

REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO

1



AYUNTAMIENTO DE MADRID
1946

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

DIRECTOR: Angel González Palencia.

SECRETARIO: Agustín Gómez Iglesias.

COMITÉ DE REDACCIÓN: Manuel Machado, Ramón Catalina,
E. Varela Hervías.

SUMARIO

ARTÍCULOS:

MANUEL GÓMEZ-MORENO.—*La desinencia «it» a propósito de «Madrid»*, pág. 3.

MIGUEL GÓMEZ DEL CAMPILLO.—*El rey, el Consejo de Castilla, el juez de imprentas y un estudiante chofista (1756)*, pág. 17.

MARÍA VICTORIA GONZÁLEZ MATEOS.—*Una escuela madrileña de bordado*, pág. 57.

JERÓNIMO RUBIO.—*Un asunto sensacional en la Corte de Felipe IV*, pág. 83.

F. PÉREZ CASTRO.—*El abasto de pan de la corte madrileña en el año 1630*, pág. 117.

MISCELÁNEA:

GONZALO MENÉNDEZ-PIDAL: *Una réplica de la casa de Lope de Vega*, pág. 151.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, por RAMÓN PAZ, pág. 155.

Índice de la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» (abarca los tomos números I a XII, correspondientes a los años 1924 a 1935), ANGELA GONZÁLEZ SIMÓN, pág. 189.

INFORMACIÓN:

El tercer centenario de Quevedo (E. PASTOR), pág. 219.—*Lectura del señor Redonet*, pág. 230.

Se publica en dos tomos anuales, que forman un volumen de 500 a 550 páginas.

Precios de suscripción: España y Portugal, **25** pesetas anuales.

Número suelto, **14** pesetas.

Hispanoamérica, **30** pesetas anuales. Los demás países, **35** pesetas.

La correspondencia dirijase a la Secretaría de la REVISTA, **Plaza**

Ayuntamiento de Madrid
Mayor, 27, Madrid.
www.memoriademadrid.es

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA DE LA BIBLIOTECA,
ARCHIVO Y MUSEO

AÑO XV

Enero, 1941

Número 17

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

Año XV

Enero, 1946

Número 53

LA DESINENCIA «IT» A PROPÓSITO DE «MADRID»

La obligada invalidación oficial de universitarios, en razón de viejos, alcanzó a tres barbudos que, sobrevivientes y poseyendo sus cuatro napoleones en capital de años, procuran desmentir tal invalidez frente a los pobretes que se les quedan a la zaga. Uno de aquéllos ahora se reengancha en madrileñismo y anda sacando a relucir las vejezes de la coronada villa; otro se ha contagiado y le busca las vueltas al nombre de la misma, desarrollando ciencia y habilidad en grande; pero quizá no dejó agotada la materia, y esto lleva al tercero a aportar un complemento de minucias, por si fuera del caso aplicarlas al problema etimológico.

No se trata siquiera de novedades eruditas, sino de repasar cierto trabajo documental en que puse mano, allá en mis muy verdes años, y se quedó a mitad de camino, sin haber hallado hasta el presente ni coyuntura para rematarlo ni alma caritativa que se encargase de ello, recibiendo graciosamente de mí lo que bastaría a su realización. Esperemos aún, por si llega.

¡Qué lejos están aquellos tiempos y qué muertos aquellos hombres que cifraban entusiasmo en etimologías, problemas geográficos y otras inutilidades, capaces de contagiar a un joven, condenándole a vivir de espaldas a lo práctico y encariñarse con tales ranciedades! Y sin embargo, ellos vivieron a gusto, y más aún este su discípulo,

que no se cambiaría por los detentadores de provechos y fama. Es el caso de dos maestros queridos, D. Leopoldo Eguílaz y D. Francisco Javier Simonet, señorial el uno, humilde el otro, tipo nada envidiable en su textura mental, pero bueno, sagaz a veces, de lo que dió testimonio el gran Dozy, honrándole con su compañerismo, y que tuvo un acierto feliz ideando su *Descripción del reino de Granada*, obra única en su género y sin rival hasta el día.

Era Simonet, además, generoso de su saber, de sus libros, hasta de sus apuntes inéditos, y gustoso en ayudar a quien, si no sabe árabe, es porque él no supo enseñarlo; pero sí aprendió en aquel su libro para intentar otro con desarrollos documentales mucho más amplios. Con este fin se recorrió todos los archivos de Granada, a la sombra de su padre y complementariamente de la investigación artística, que constituía el ideal para ambos; salieron así largas listas de entidades geográficas, que empalmaban con lo ya impreso de crónicas y documentos, y tenían por comprobante lo actual, en mapas, nomenclátors y diccionarios, con el de Madoz, que fué recorrido página a página. Todavía se pensaba ilustrar aquello con la información arqueológica, yacimientos y ruinas afectos a cada lugar, y algo de folklore, si se terciaba. Se emborronaron unas cuantas octavillas, y nada más.

Pero el acopio de materiales, dispuesto en series de papeletas, eso quedó hecho, y conservados los registros documentales sobre que se fraguaron: ello vale ahora para ir entresacando lo que viene al caso. También, para no perder la costumbre y por exigencia del mismo, he ampliado informaciones, que servirán para encuadrar el problema dentro de los límites indispensables.

Su enunciado es bien simple: hay en la toponimia española todo un grupo de terminaciones concordantes con la de Madrid, que no ha sido reconocido hasta el día. Ellas constituyen una evolución romanceada sobre el *-etum* latino, y aparecen dentro de un área geográfica bien definida, teniendo por su foco más documentado el reino granadino. Ya el señor Menéndez Pidal estudió los *-ena* y *-eira*, por ejemplo; ahora se le brinda en firme este otro; veremos, y él verá, sobre todo, si es aplicable a lo madrileño.

Atendamos primero a lo negativo en nuestra geografía. Remontándonos a la antigüedad, casi nada previene el problema en cuestión: un *Axati*, hacia Sevilla, citado por Plinio y en una inscripción

(C. I. L. II, núm. 1.055), nada nos dice; pero algo, y únicamente, la *Belgida* celtibérica de Appiano (Βελγίδη), que podría recabar, mejor que *Belia*, ser originaria de nuestra Belchite, como luego aclararemos. Pasando a lo medieval, tenemos la abundantísima serie de nombres topográficos citados en la documentación de toda nuestra zona reconquistada hasta el Duero. Lo normal en ella son desinencias en -eto, -edo, como Cardeto, Noceto, Fresnedo, Barneto, Saleceto e innumerables más, cuyas transparentes etimologías conciertan con las en -etum latinas. Resultan excepcionales allá, un Conchido, de Compostela, citado en 916, con los Ceresito, Rennito y Olquit del cartulario de Sahagún, correspondientes a 953, 1006 y 1136; más un Desterit, de Mondoñedo, en 1128, y aquí mismo, en 1202, un Villamaldriz poco claro. De todo ello parece inferirse que ni el -itum es de solera indígena, ni en los romances nortefios compitió, ni mucho menos, con el normal latino -etum, que es nuestro -edo moderno.

Pero no todo era así en la España medieval, ya partida en dos por la invasión árabe, que aisló de la corriente europea a los españoles sometidos a aquélla, quedando petrificada para los mismos la evolución del lenguaje nativo. Es lo que observamos en los sefardíes arrancados de entre nosotros, y es el campo de estudio con que nos brinda la toponimia expresada por los árabes en su escritura propia o mediante la trasmisión oral, hasta reincorporarse sus reliquias a la sociedad conquistadora. Concretando a lo nuestro, aquí es donde la desinencia en cuestión aparece en boga.

Sabido es cuán poco trastornaron los árabes nuestra geografía, así como es fenómeno curioso la desaparición de la onomástica clásica en gran parte, sustituida por otras denominaciones de estirpe latina. Así, Granata en vez de Eliberri; Murviedro, por Sagunto; Cáceres, por Norba; Jaén, por Aurgi; Montoro, por Epora; Martos, por Tucci, etc.; y esta misma revolución hizo aparecer una serie de nombres nuevos no árabes, que los cronistas y geógrafos medievales consignan. He aquí los que vienen a nuestro propósito escritos en árabe:

Arnit, citado en el Bayán y por Yacut y el Edrisí, que es Arnedo, en la Rioja, contracción acaso de un *arenatium* o *arenetum*.

Tamarit, citado por Almacarí, que es Tamarite de Litera: de *tamarix*, nuestro taraje.

Orit, que es la antigua *Oretum*, en la Mancha, tal como se la cita en el Ajbar, en el Bayán y por Yacut, donde ya tenemos deformado el *-etum* en *-it*.

Alyit, castillo citado por Abenhayán, que es la Aledo moderna, quizá derivada de un *Ad Litus* bajo los romanos.

Alcardit, que aparece en escritura toledana, correspondiente a la actual Villanueva de Alcardete, y provendrá del latino *carduetum*, cardizal.

Belgid o Belxid, o sea Belchite, transcrito Belgit en el siglo XII. Aquí la terminación *d* en árabe acredita diversidad fonética, como palabra prelatina que era la *Belgida* originaria probable.

Forgolit, alquería citada por Yacut hacia Segura de la Sierra, que pudiera ser la cortijada de Gorgollitas, enclavada en su término. Quizá presenta una forma bárbara, concordante con *frugifer*, como *frugoletum*; o bien de *forga*, fragua; o de *furca*, como Horcajo.

Guadisalit, río citado en el Bayán, que es el arroyo Guazaleta, hacia Toledo; como 'salado', tal vez.

Finalmente, nuestro Calaa Magerit, citado en el Bayán y por Abenpaxual, como es sabido; pero no se alega la otra forma Maxerit, que trae Abdelguáhid en su Historia de los almohades; ni tampoco lo de «castillo de Mongerid», del moro Rasis, primera noticia de Madrid que se nos alcanza, y digna de que se la saque a relucir ahora. Probablemente, el traductor castellano interpretó mal lo escrito en árabe, quizá sin mociones, poniendo Mon- por Ma-; pero, en todo caso, es cita interesante.

Estos pocos datos de geografía no árabe, pero arabizada, ya testifican la aparición del *-it* como contracción de *-ito*, en vez del *-eto* septentrional, y adjunto a radicales tal vez expresivas de accidentes topográficos en lengua latina, sugiriendo la idea de un romance mozárabe con formas peculiares suyas, que luego hemos de ver desarrolladas.

En efecto, el territorio granadino las ofrece copiosamente, ya consignadas en letra árabe también, ya en la nuestra. Lo primero se registra en textos conocidos, especialmente los de Abenaljatib; pero además en escrituras varias, cuyo más copioso lote corresponde a la Casa de los Infantes de Granada, entroncada luego con el marquesado de Campotéjar, que fueron revisadas por Simonet, y él puso a mi disposición sus notas, ya perdidas. Pero los originales pasaron al

Estado, cuando la avenencia que cerró el famoso pleito del Generallife, obra confidencial mía, sin más tropiezo que la pérdida de la preciosa espada de Boabdil, víctima de habilidades diplomáticas a la italiana, que dieron por fruto su expatriación clandestina. En la Escuela de Estudios Árabes de Granada se prepara la publicación de dichas escrituras, demorada lastimosamente años y años. De otras sólo quedan versiones castellanas; pero ello es poco ante el acopio enorme de datos geográficos, primero en nuestras crónicas, luego en las bulas de erección de parroquias a raíz de la reconquista, y en repartos de contribuciones y otros servicios, que dan listas de los pueblos que constituían el reino de Granada; después, en apeos de fincas correspondientes a los *habices* o posesiones de las mezquitas, que pasaron a ser bienes parroquiales; las de la *agüela* y otras, adjudicadas al Concejo de la ciudad; los libros de repoblación, una vez expulsados los moriscos del reino, desde 1571, y así muchos más datos dispersos, hasta el *Diccionario geográfico* de Madoz y nomenclatores modernos; ello sin contar el monumental catastro del marqués de la Ensenada, a que no llegó mi rebusca, como tampoco a los archivos de Málaga y Almería, donde habrá más documentación utilizable.

En este acervo de toponimia granadina hay proporción diversa tocante a etimologías. Los nombres de lugar menor, en su gran mayoría son árabes; al contrario, los de pueblos que, aun respondiendo poquísimos a la geografía clásica, presentan estructuras claramente latinas, o bien otras de incierto origen y significado, que se prestan a estudio. Concretando a lo de ahora, hay que ponerse en guardia, porque tenemos ejemplos de falsas desinencias en -it; por ejemplo, en la transcripción castellana de cierto lugar llamado Arromayliti en el libro de repoblación de Guadix, y que en escritura árabe de aquí mismo, fechada en 1432, resulta Arromailat, diminutivo plural de *arramla*, 'el arenal' en árabe, trocada su desinencia -at en -iti por el andalucismo de pronunciación llamado *imela*; y así más casos de engañosa correspondencia, que habremos de excluir.

Los nombres de tipo español, al parecer, citados en caracteres árabes son los siguientes, con un ensayo de su significación, sujeto a enmiendas desde luego:

Ardit, en Yacut, es Ardite, alquería en término de Guaro, en la hoya de Málaga, despoblada desde antes de la reconquista; se la cita

en los libros de repoblación (1573) como tierras, atalaya y sierra hacia Tólox, y se conserva el mismo nombre hoy. Significará pizarra, del *ardesia* y *ardusia* latinos, o bien de *arduus*, fragoso.

Alentexit, en escrituras de Campotéjar, hoy Lentejé y antes Alentexí (1514), en tierra de Almuñécar. El señor Asín le da por etimología *alintixat*, 'la alegría'; preferible traerla de *lens*, como 'lentejar', quizá.

Annechit, en escrituras de Campotéjar: acequia en término de Laujar de Andarax, coincidente con la alquería de Nechite en la taha de Ugíjar. El señor Asín, suponiendo incorrecta dicha grafía, explica la voz por *naxit*, 'alegre', en árabe; pero en tal caso mejor le cuadraría la misma palabra en sentido de 'vereda transversal'. Podría derivarse de *niger*, como 'negral', acaso.

Arrubít, en Müler, pequeña eminencia de tierra roja, junto a Granada, hacia Güétor, hoy llamada el Rebite, pero antes Rubite, alto y bajo (açuffi), o el Rublate (1505, repoblación). En el Çuhey l alpujarreño está la alquería de Rubite, antes Rubit y Rubrit (1527), donde aluden a tierras bermejas los libros de repoblación. En Albolote se cita el Rubit de la Calahorra (1506), hoy pago del Rubite, con tierra colorada. En los Ogtjares, también en la vega de Granada, hubo un barrio, con su rábita, escuela y macáber, llamado Arrubít (1505), el Rubital (1511) y el Rubít (repoblación). En el valle de Lecrín, hacia Cozbíjar, un pago del Rubit o Rubite (1531). Otro, en la taha de Boloduy (1511). Un hauz Arrobit y fuente de Rubite, en el hoy despoblado Unqueira, junto a Laroles (1530). Un río de Rubite, en la ajarquía de Málaga, hacia Sedella (repoblación), que hoy conserva el mismo nombre; además es el de un caserío de Canillas de Azeituno, y en Igualaja, serranía de Ronda, se cita el bancal del Rubite o Rubete (repoblación). El señor Asín da a dicho río y al Rubite de Granada la etimología de «Rubit, pequeña Rápita»; aunque el diminutivo de *ribat* parece ser *rubaita*, y sobre esta palabra, como nombre geográfico, disertó largamente el señor Oliver Asín, sin que apuntara relación alguna de ella con nuestros Rubites, lo que es definitivo. Por contraprueba tenemos en Adra un Arribate (1572), que sí corresponderá a 'convento militar musulmán'. Con independencia de esta categoría, en todas las ciudades y pueblos del territorio granadino son innumerables las rábitas, o sea ermitas u oratorios, que consignan los documentos. Desechado todo ello, la coinciden-

cia, en tres casos a lo menos, de tierras bermejas en nuestros Rubites da fuerza a la etimología de *rubeus*, como 'rubial', y aun la afianzan sus formas secundarias: Rubrit, Rublate y Rubital. De *rubetum*, zarzal, y de *roboretum*, robledal, no parece razonable derivarlo, y más cuando la tierra granadina da encinas y no robles, y aludiendo a zarzas resulta desproporcionada la difusión de este nombre.

Alchit, en Abenaljatib, es el Chite, en el valle de Lecrín, con variantes antiguas de Achite (erección) y Chit o Elchit, pues no siempre lleva artículo, ni puede garantizarse si el *al-el-* entra en la palabra misma. Hay pagos del mismo nombre en Melegís y Tíjola, y se cita un despoblado Achite o Lachite, en Casarabonela (Bernáldez, repoblación). Desde luego no es palabra árabe; pero tampoco aceptable la etimología de *civitas* que propuso Simonet, siguiendo a Fernández Guerra. Podría pensarse en *elicetum* o en el *archa*, que Simonet registra como equivalente español de 'zarza'; pero sin garantía de acierto.

Cannit, en el Bayán y Abenhayán: castillo en tierra de Ronda, hoy Cañete la Real. Ya Simonet consignó, por etimología suya, *cannetum*, cañaveral.

Farajxenit, en Abenalfaradí, es Fregenite, en el Çuheyli; antes, Faraxenit (1507), y vendrá de *fraxinus*, como 'fresneda'. Otro Faraxenit (1505) era pago de Güéjar. El Edrisí cita un Tafarkenit cerca de Melilla, y resulta curioso que el pueblo alpujarreño sea llamado Talfaxenite en la bula de erección de parroquias (1500).

Labatit, en Yacut: alquería hacia Algeciras, perdida. Acaso como 'lapachar' o 'lavajo', de *lavator*.

Xarit, en Yacut, con la anterior, y también desaparecida. Quizá como 'jaral'.

Marnit, en Abenaljatib, alquería de Granada, que se redujo a pago de Marnit o Marlit, al pie de Güevéjar (1547). Quizá como 'marañal'.

Massanit, en Abenaljatib: castillo cerca de Loja, pago del Manzanil (1533) hasta hoy. Homónimo, el Maçanit (1527), barrio de Válor: de *matiana*, 'manzana'.

Apolitik, alquería citada en escritura árabe de 1432, en tierra de Guadix, que es el Policar (1497), hoy Policar, junto a Lugros. Quizá de *pullus*.

Excepcional, un Periat, en Abenaljatib, aun hoy cortijo de Periate (1507), en Iznalloz: de *pariete*, probablemente.

En las transcripciones anteriores no guardamos las reglas impuestas en la Escuela de Estudios Arabes, porque si éstas son admirables para traducir las grafías propias a través de nuestro alfabeto, en cambio resultan conculcadoras de la tradición española, obtenida cuando moros y cristianos convivían aquí. Pero además, como ésta era recogida de viva voz, ayuda a suplir deficiencias de la escritura árabe, descubriéndonos el empleo de las vocales *e*, *o*, las alteraciones fonéticas del artículo y la *imela*, así como ayuda, en el caso presente, a fijar concordancias y etimologías adecuadas. Es lastimoso que, si se hace bien conservando el «Almanzor», sea regla poner 'Abd al-Rahman para nombrar complicada y deficientemente a nuestro Abderrahman.

Tocante a lo mismo, valgan observaciones sobre transcripción de algunas letras: de las aspiradas, el *ja* con punto sonaba *c* en Alfacar y Bibalfacarin, lo que es notable; los *sin* y *sad* son siempre *c*, *s*; en cambio, el *xin* es *s*, y también *j*, *ch*, *x*, y en lo muy antiguo *sc*, acreditando valor fricativo persistente; y el *chin* se resuelve también por *ch*, *j*; rara vez por *x*, *s*. Infíere-se, pues, cierta confusión de sonidos entre ambas letras árabes, que da por resultado grafías dobles: así, nuestro *Macherit* y *Maxerit*, y un *Dexma*, en el Edrisí, y *Dechma*, en Abenassairafi, aludiendo a Diezma, alquería en tierra de Guadix, nombre explicable si allí caía una mansión vial *decima*.

Volviendo a lo nuestro, la serie más nutrida de topónimos granadinos se da en la documentación castellana, como ya se dijo, y corresponde a alquerías y sus barrios, cortijos y despoblados, o bien a pagos rústicos (*haus*, en árabe), que son innumerables, y a ciertos accidentes topográficos, como fuentes, arroyos, ramblas, montes, caminos, acequias y aljibes. En esta nomenclatura menuda e inestable es natural que predomine lo arábigo; pero aun se cuentan por muchos centenares las voces extrañas a su lengua y llegadas a nosotros con más o menos exactitud y pureza, ya por errores de lectura en los documentos, ya porque, recogidas generalmente al oído, de boca de los moriscos, se incurre en vacilaciones y torpezas, bien justificadas tratándose de palabras sin sentido ya para ellos. Aun puede dudarse, respecto de algunas, si son árabes o del habla anda-

luza preislámica, por lo que nos abstendremos de tomar en consideración no pocas, entre el medio centenar largo de ellas, terminadas en *it* o *ite*, indistintamente por lo común, y que sugieren etimologías algo verosímiles. Helas aquí, empezando por las de alquerías desdobladas:

Jubrite estaba en tierra de Motril, entre Guájjar la Alta y Molbizar; se le cita en los libros de repoblación, y conservan su nombre un cortijo y un cerro. Hubo también un pago de Jobrite en Sierro, hacia el río Almanzora, citado en los mismos libros. Compárese con el Jubrique de Ronda. Seguramente de *suber*, como 'alcornocal', que cuadra perfectamente al bosque de aquellas tierras.

Ubrite, en el Çuheyl o Çehel chico, entre Fregenite y Rubite. Figura en la bula de erección de parroquias (1500), y aun existía cuando la rebelión; hoy perdido. Compárese con el Ubrique de la serranía de Ronda. Como etimología, si no la anterior, pudiera pensarse en el *uber* latino o en nuestro 'huebra', tal vez.

Lubrite era pago de la Peza, según los libros de repoblación, y puede explicarse por *lubricus*, en sentido de resbaladizo o liso. En la misma tierra de Guadix subsiste Lubros, hoy Lugros; hacia Salobreña, Lobras; otro Lobres, en la Alpujarra; Lubrín, en tierra de Vera, que en árabe se escribe Lubraín, según escritura de Campotéjar; y añádase un Lubre gallego.

Verдите es ahora cortijo de Sorbilán, en el Çehel. Cuando la repoblación (1574), se cita un pago de Verdite Azeytuno en Almejjar, hacia Pitras, lugar muy desviado del anterior, dentro de la Alpujarra. Derivados de *viridis* y *viriderium*.

Lazmit, sierra en Casarabonela; Laubit y Focairit, montes también, cerca de Guaro, citados en los libros de repoblación y de los que ahora no hallo noticias. El último nombre pudiera ser diminutivo del árabe *faqir*, hondonada, canal.

Los siguientes corresponden casi todos a pagos. Se les menciona en apeos de fincas, bienes de *Habices* principalmente, consignados desde 1505 los del término de Granada con su vega, y después en 1547; los de la Alpujarra, en 1527 y 1530 (este último, más comprensivo); cierto deslinde del Çehel, en 1559, y documentos sueltos: todo ello conservado en el Archivo de Diezmos con el de la Curia eclesiástica de Granada, bastando indicar la fecha en cada caso para inferir el origen del dato. Otra serie proviene de los libros de re-

población, cuya cita expresaremos con una R simplemente: datan los más de 1571 a 1574; muy pocos, de los tres años siguientes, y abarcan todo el reino de Granada, tocante a sus alquerías; pero faltan algunos volúmenes y forman parte del Archivo de Hacienda de Granada, aunque hoy depositados en la Casa de los Tiros. También hay apeos y deslindes, muy restringidos, de fincas que fueron de conventos; otros, mucho más numerosos y antiguos (desde 1505, 1506 y 1528), corresponden a bienes propios del Ayuntamiento de Granada.

Vienen a nuestro propósito los siguientes, eliminados algunos por dudosos y otros por árabes, aunque a veces no alcancemos claramente su significado; y seguimos un orden alfabético aproximado al enumerarlos:

Arnite, en Benaque (R.). *Arna* es colmena; aplicable también *arena*. Recuérdense los Arnedo y otros.

Bardainit, peñón en Guájár Alfondón (R.). De nuestro 'bardal', o como *bardena* en bajo latín.

El Buchit, en Capileyra de Poqueyra (1527), y el Buxit, en Laroles (R.). De *buxus*, boj, mejor que de *bucitum*, dehesa boyar.

Calachit, en Alcolea de Andarax (1530); otro en Cádiar (1527) y otro en Aylácar, junto a Pitres de Ferreyra (1527). De *calx*, como *calchera*, calera.

Conchit, en Güéjar (1505), de *conca*. Cónchar es alquería del valle de Lecrín, junto a un barranco lleno de conchas fósiles.

El Coronite o Cornite se llamaban: un cerro con su atalaya, fuente y arroyo, entre Daimalos y Sedella, en la ajarquía de Málaga (R.); un pago cerca de Ugíjar, en la Alpujarra (1530), y otro, llamado Cornit Alfondón, en Dílar (1547). *Cornus* es el cerezo silvestre; *corona* da nombre a cerros frecuentemente.

Charachite, en los Bérchules (R.): quizá de *cerasum*. Charches, cortijo en tierra de Guadix, ahora.

Alfelchit, en Válor (1527): de *filectum*, helecho.

Fornachit, en Monachil (1547), y Jornachit, en Tíjola (R.): de *fornus*.

Agarnit, en Otura (1505), y Garnite, en Cástaras (R.): quizá de *grania*, granero.

Guaralite, en Melegís (1547). Guaro es pueblo de la hoya de Málaga, y Guarros otro en Andarax. *Guarida* es como *specula*, en bajo latín; y el mismo origen tendrá nuestro 'guarida'.

Xarnit o Jarnit, en Otura (1505), y el Chernit, en Gavia (1505). Quizá de 'serna'.

Laconit, en Güéjar (1505): de *lacuna*.

Lauchit, en Mayrena de la Alpujarra (1530). *Lausa* es losa: de donde Lauxa, hoy Loja, Laujar y otros, probablemente.

Laurit, en Otura (R.): de *laurus*, laurel.

Almanacit, en Albolote (1549). *Managium*, en bajo latín, es *mansio*.

Marnit o Marlit, en Güevéjar (1547, R.). *Marla* o *marna*, en bajo latín, es *marga*.

El Nuchit, en Alfondón (1530): de *nocetum*, nogueral.

Alpaxarate, en Ollas de Málaga (R.). Quizá como 'pasera'.

Palacite, en la Peza (R.). Quizá de *platea*, como 'plaza'.

El Paraite, en Armuña (R.): de *pariete*. Parauta, en la serranía de Ronda. 'Parata' es bancal sobre pared rústica, y 'albarrada' la pared misma, en Andalucía.

Polpite, en Cúllar de Baza (R.): de *populus*, chopo; así como Padul viene de *palus*, etimología bien acreditada por su laguna. Compárese con Polopos, alquería del Céhel, y Pópulos, arroyo en Comares (R.).

Porurit, en Monachil (1547): *porrus* es el puerro.

El Toronchit, en los Bérchules (1527): de 'toronja'. Esta es palabra que «dicen ser nombre arábigo», según Covarrubias, y la trae el diccionario de R. Martín (toronch); pero, careciendo de raíz árabe, quizá es más probablemente voz española, con sentido de redondez voluminosa, como nuestros tora, torondo, turrón.

Labdite o Alaudit, en Güéjar (1505); Calcorinit, en Alfacar (1547); Alcaninit, en Narila (1527); Cocalbit, despoblado en Monda (R.); Faxarnit, en Alhendín (1505); el Xerit, en Dúrcal (R.), y algún otro resultan más difíciles de explicar en su significado.

Aun eliminando todo lo que parezca inconsistente de estas listas, quedan sobrados testimonios para acreditar que en el Mediodía español, y especialmente en sus montañas, hubo todo un sistema topónimoico en que la desinencia *-it* viene a sustituir al *-eto* septentrional como expresión de características locales, en sentido de abundancia, aspecto, labores, etc., resultando un cambio de vocal respecto del *-etum* latino, conforme al fenómeno andaluz llamado *-imela* tocante a lo árabe, como si él partiese de lo romanceado. Y algo análogo

observó Simonet refiriéndose a otros nombres geográficos, cuales son Xuncaril, alquería de Granada y luego pago de Junquerín (1506), por 'junquera'; Monaxtil, en vez del Monaxtel de Abenaljatib, por 'monasterio', que es hoy Monachil; y los Cannit y Palmit, de tierra sevillana, explicables por *cannetum* y *palmetum* perfectamente.

A estos dos últimos topónimos, más un Fondite, que vendrá de *fundus*, es cuanto da de sí, a nuestro propósito, el *Repartimiento de Sevilla* formulado por Alfonso el Sabio; y también hallamos un Parchit, hacia Arcos, en *Privilegio* del mismo fechado en 1274 (*Memorial histórico español*. I, 297). Este nombre puede concertarse con el de cuatro distritos granadinos, citados por Abenaljatib sobre cierta crónica árabe del siglo XII, que puede leerse Parchela y vendrá de *pars*, en sentido de parcelación, lo que es chocante no advirtiese Simonet, dejando inexplicada esta palabra. Tal escasez de topónimos en *-it* contrasta con lo abundantísimo de los en *-ena*, *-ana*, *-ina* de origen latino, en los mismos documentos; como si esta desproporción respecto de los granadinos revelase divergencias entre el habla romanceada de las dos Andalucías, Alta y Baja, túrdula y tartesia, respectivamente, en sus orígenes.

A la parte contraria, el *Repartimiento de Valencia* descubre otro fenómeno, conformándose con lo septentrional peninsular sus designaciones en *-et* sobre radicales que nos son familiares, como Lauret (de *laurus*), Liriet (de *lilium*), Capdet (de *capita*), Negret (de *nigrum*), Tedret (de *teter*, quizá), Canaxet (de *canna*, quizá), etcétera; y adviértese allí que los nombres árabes no vocalizan con la *imela* granadina. En Mallorca se dan ambas soluciones: ya simplemente finales en *-et*, ya otros en *-etx* o en *-itx*, que son los más abundantes. Ejemplos: Alpinnilet, Cannet, Alcannelet, Hubrietx, Potzueletx, Rubinitx, Fontitx, Torritx, Castalitx, Fardaritx, Attrallaritx, Leucaritx, Porxatitx, etc., cuya similitud con el grupo granadino en *-it* sorprende. Y como todo esto aparece en el libro del *Repartimiento*, cuyo cariz es netamente árabe, resulta posible que sus transcripciones en *-tx* correspondan al *ta*, final obligado de sus similares granadinos; pero Simonet, desentendiéndose de ella, consideró estas formas como simples plurales.

Tomado en conjunto nuestro grupo de topónimos, parece observarse que su significado abarca muy especialmente plantas y árboles; casi nunca animales, en lo que podría reconocerse cierto sentido

diferencial entre las desinencias *-it*, sobre *-etum*, y *-eira* sobre *-aria*. Porque si esta segunda serie nos ofrece Pampaneyra, Junqueyra, Fabeyre, Ferreyra y Aryanteyra, también abarca alusiones de fauna en Poqueyra, tres Capileyra, Cabreira, Colombaira, con más un Loporaila, pago de Almuñécar (1506); Alcapayra, en la Malaha (1505), y Mosqueyra, en Berja (R.). Todavía los moriscos alpujarreños usaban de apelativos coincidentes, aludiendo en Codva (1530) a «un camino que se dice carreyra por do pasa el ganado», palabra que, designando pagos, se repite ocho veces en torno de Granada. Otro dato curioso es la reaparición del nombre árabe de nuestra gran sierra, el *Solorius mons* o Jíbal Xolair, al citarse el «barranco de Jolaire, que baja de la sierra Nevada», hacia Andarax (R.). También del *Pucialia* clásico, o algo parecido, saldría nuestro Alpujarra, que fué Puxaira en lo más antiguo; y le son similares el Albuxaira, en pagos de Monachil y Alfacar (1505); el Pujaire, cortijo de Níjar aun hoy, y Puxerra, alquería de Ronda.

Valga completar la serie con estos otros nombres inéditos del territorio granadino, adscritos a pagos generalmente: Alfonayra, barrio de Bérchul (erección); Aloneyra, en Beas (1547); Canjayre, cañada en Orgiva (R.); Fonqueyra, fuente en las Albuñuelas (1547, R.); Lonqueyra, en Gavia, y Loncayre, en Escúzar (1547); Llomatayre, en Pinos de Rey (R.); el Montayre, monte hacia Güéneja (R.); Hizn-almunqueire, castillejo en Monda (R.); Ocanaila, en Cantoria (R.); Padequeyra, en Mondújar (1516); Alpandeyre, en Faraján (R.), con Pandeyre, alquería de Ronda (erección); Pereyra, en Coin (R.); Pinabayra, en Lúcar (R.); Yunqueyra, alquería de Ugíjar (1530). Otros pagos repiten nombres ya conocidos: Capileyra, en Notaes y Caniles (R.), y el cerro de Capalayran, en Codva (R.); Alferreira, en la Malaha (1505), y acequia de Farrayra, en Mondújar (R.); Pampaneyra, en Cáñar e Itrabo (R.), y Buñón de Poqueyra, en Cástaras (R.).

Estas digresiones, aun cayendo fuera de propósito, afianzan la teoría del sustrato lingüístico español, conservado en la Andalucía Alta con caracteres de originalidad a través del dominio árabe, y cierta sistematización en el empleo de sufijos expresivos de entidades geográficas, entre los que venía siendo olvidado el *-it* que ahora nos ocupa, en su sentido colectivo.

Volviendo, por último, al tema inicial, intentemos aplicar nuestras observaciones al proceso etimológico del *Madrid*, buscando una

solución de acuerdo con los ejemplos andaluces. Apoyémonos para ello en el vulgar 'majada', saliera o no del *magalia*, reputado de púnico, o bien del *maxeria*, que en bajo latín significa choza, etimología nada comprometedora tratándose de sitio, como el de Madrid, sin más dotes naturales que monte y pastos, y absolutamente estéril desde los tiempos prehistóricos hasta muy entrada la Edad Media, salvo el pobladito romanizado del Pardo en su cuartel de Trofa, donde acampaban MANVCIQues, gente de origen céltico probable. Sobre ello cabe suponer un colectivo 'majadar', equivalente al 'majadal' en uso, con su locativo 'majadarit', y una contracción en 'magdrit', que permitiese dos transcripciones, allá en el siglo x, cuando la erudición andaluza cultivaba nuestra geografía: la una, conforme a la fonética árabe, daría el Magerit o Maxerit, con sonido de *ch* francesa su consonante medial, autorizado por los autores medievales, y la otra saldría al oído, diversamente simplificada, en el Madrid vulgar. Esto no parece forzado; pero además no goza de originalidad, puesto que ya Covarrubias alegó al propósito el *mandra* latino, en su acepción de aprisco o majada, solución ineficaz, desde luego. Y nada más se me ocurre.

MANUEL GÓMEZ-MORENO

BIBLIOGRAFÍA ESPECIAL

- SIMONET: *Descripción del reino de Granada*. Segunda edición. Granada, 1872.
Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes. Madrid, 1888.
Diccionario de geografía árabe de España. (Inédito.)
- ESPINOSA DE LOS MONTEROS: *Historia, antigüedades y grandezas de Sevilla, 1630*. (Repartimiento de Sevilla, en su segunda parte.)
- BOFARULL: *Colección de documentos inéditos... de la Corona de Aragón*. Tomo XI. Barcelona, 1856. (Con los repartimientos de Valencia y Mallorca.)
- ASÍN: *Contribución a la toponimia árabe en España*. Madrid, 1940.
- MENÉNDEZ PIDAL: *La etimología de Madrid y la antigua Carpetania*. 1945.

EL REY, EL CONSEJO DE CASTILLA, EL JUEZ DE IMPRENTAS Y UN ESTUDIANTE CHOFISTA

(1 7 5 6)

I.—EL REY MANDA Y CASTIGA

Enorme escándalo, aparente o fomentado, produjo en la tranquila y morigerada Corte de Fernando VI y Doña María Bárbara de Braganza la venta de un libreo impreso en Madrid (su autor, don Francisco de Valdemoros, profesor de Teología en la Universidad de Alcalá), titulado *El Piscator Complutense*, que, como tantos otros de su género, se había esparcido en Madrid por vendedores ambulantes, en las gradas de San Felipe y otros sitios, en las primeras semanas de 1756, undécimo del feliz reinado de aquel monarca. Sin duda, este *Piscator* había excedido la medida del desenfado y tolerancia de tales engendros de pronóstico y adivinación, porque nada menos que el primer secretario de Estado y del despacho, D. Ricardo Wall, elevado a este cargo desde la Embajada en Londres hacía casi dos años (a la muerte de D. José Carvajal Lancaster), dirigió, el 28 de enero, al obispo gobernador del Consejo de Castilla¹, en nombre del rey, que había visto y aprobado la minuta, una orden² severísima, haciendo constar el escándalo que había producido en el público la obra citada, por sus desvergüenzas, insolencias y desacatos, de todo lo cual había tenido conocimiento el rey, que, justamente horrorizado y lleno de enojo, dudaba en discernir qué era lo que con más vehemencia había excitado su indignación: si la auda-

¹ El obispo de Cartagena, D. Diego de Rojas y Contreras.

² A. H. N., *Estado*, leg. 3.185, exp. 2; como todos los documentos.

cia desenfrenada del autor de la obra, el disimulo de los aprobantes en calificar por dignos de impresión los dislates y groserías que por su carácter religioso debían detestar y censurar con mayor libertad, el ver autorizada la publicación por el Consejo, o considerar el abandono del juez de imprentas en el desempeño de su cargo.

Por todo ello, mandaba el rey que el gobernador del Consejo leyera la orden «en Consejo pleno, y que en el mismo, públicamente, manifieste al Ministro encargado de la Comisión de Imprentas el desagrado, la extrañeza y justo enojo de Su Majestad, dándole una severísima reprensión por el descuido con que ha procedido en caso de tanta importancia; haciéndole saber que si no bastara esta prevención para evitar semejantes atentados en adelante, tomará Su Majestad las mas severas providencias».

Mandaba también el rey que el autor saliera desterrado a veinte leguas de la Corte y de Alcalá por cinco años, con prohibición absoluta de escribir pronósticos; e igualmente que salieran de los conventos de esta Corte a otros de sus religiones, a veinte leguas de distancia, los dos aprobantes, y que se recogieran todos los ejemplares y se enviaran con las diligencias a la Primera Secretaría de Estado.

Ante disposición tan expresiva y conminatoria, no se descuidó el gobernador del Consejo en cumplimentarla con rapidez, pues habiéndola recibido el día 29, a las ocho de la mañana, este mismo día oficiaba a Wall su recibo y le remitía copias de las órdenes, dirigidas: al alcalde de Casa y Corte, D. Cristóbal de Cehegín, para que transmitiera las de destierro a los dos informantes; al corregidor de Alcalá, para que hiciera lo mismo con el autor del folleto, y al juez de imprentas, D. Juan Curiel,¹ a fin de que dijera los nombres de los informantes, lo que supiera del autor, y enviara los documentos de aprobación con el original, licencia de impresión y demás del expediente.

¹ En esta prestigiosa REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO (número 1 de 1944) publicó mi querido amigo y compañero D. Angel González Palencia un artículo titulado *Joaquín Ibarra y el Juzgado de Imprentas*, tan interesante y documentado como todos los suyos, y en él (página 11) hace referencia a éste de *El Piscator*, demorado mucho tiempo por especiales circunstancias. Prometiéndome él ampliar la biografía de Curiel, a ella me remito en lo que se encuentre faltar en éste.

El mismo día 29 dirigía Curiel al gobernador un largo oficio, excusándose en primer término de no haber podido cumplir en el acto la orden por ser día feriado e indispensable buscar al escribano y traer los autos y demás papeles, por los que se verán las formalidades con que se daban las licencias para imprimir: el procurador que formulaba la petición había de tener poder de la parte (o quedar su responsable) y expresar el título de la obra, su autor, y presentar el original; éste se remitía a censura de «persona condecorada y de aquellas que por sus muchas ocupaciones y magisterio no se excusan de tomar este trabajo en obras de poca importancia». El portero encargado llevaba el decreto y el original al presunto censor, y si aceptaba el encargo, se quedaba con él y lo volvía a recoger el portero, y vista la aprobación por el juez, daba la licencia para la impresión.

Con objeto de que nada se pudiera quitar, añadir o borrar del texto censurado, se pasaba a la Escribanía de Cámara y de Gobierno, que tenía obligación de rubricar todas las hojas y firmar al final, anotando todas las tachaduras y enmiendas que hubiera, de suerte que ni los impresores se atrevieran a añadir ni quitar cosa alguna, como antes se hacía, ni los aprobantes temieran se les desfigurase su censura. Estas prácticas conforme a las leyes habían sufrido muchas contradicciones; y dice Curiel: «... y yo la nota de rígido, ridículo e impertinente en hacer así se observe y alguna vez me hizo V. I. [el gobernador del Consejo] entender de orden del Rey, que aunque Su Majestad quería se observasen puntualmente las Leyes del Reino, procurase evitar las quejas, especialmente de autores religiosos, que por lo común son los que han sentido más esta observancia.»

Todos estos requisitos se cumplieron antes de conceder el permiso para la impresión del *Piscator*, y como el juez de imprentas no podía examinar por sí mismo, ni la ley lo ordenaba, la multitud de impresiones despachadas por su Juzgado, nada supo de ésta hasta el día 25 de febrero, que recibió un oficio del padre maestro fray Vicente Marín, predicador mayor en su convento de Benedictinos de San Martín¹, pidiendo fuese recogido el folleto, por ser distinto del que él había aprobado, y a tal efecto le enviaba un ejemplar, que visto por Curiel lo encontró escandaloso, y poniéndolo por cabeza

¹ Pieza primera del expediente.

de proceso, en los días 25, 26 y 27 se practicaron diligencias¹ en Madrid y en Alcalá, recogiendo ejemplares de las librerías y en averiguación del verdadero autor; insistiendo Curiel en que ni el Consejo ni el juez de imprentas, aunque «sean Argos los más vigilantes», es posible puedan evitar los abusos, ni en las leyes existen providencias para atajarlos, y por esto cualquier impreso, aun con licencias del Consejo y del vicario eclesiástico, puede ser recogido, y con frecuencia lo hace la Inquisición, sin que por esto sean responsables el Consejo ni el vicario.

Efectivamente, el padre fray Vicente Marín escribió a Curiel en la fecha anotada de 25 de enero:

«Señor: El honor que V. S. me ha hecho en remitir a mi censura el Pronóstico de Alcalá que incluyo, me precisa a dar satisfacción al reparo que V. S. habrá hecho, de ver aprobado por mí un escrito en un todo delatable. Luego que recibí la orden de V. S. pedí el Pronóstico para verle; leíle con reflexión, aunque se necesitaba poca para negar la aprobación, como lo hice, por ser todo una sátira contra muchos Cuerpos respetables y concebida en términos nada políticos y ofensivos.

Noticiosos y al parecer convencidos de la realidad los interesados, convinieron en el dictamen de que el author formase una idea y coplas a asuntos indiferentes en cuya suposición di la aprobación sin la menor sospecha de que se efectuase lo contrario; apenas le vi yo puesto en la *Gaceta*, quando envie a buscarle y viendo que quanto yo había borrado, estaba impreso y añadido algo más de lo que había visto en el original, me causó el mayor sentimiento y sonrojo que expliqué a uno de los interesados, con orden de que recogiese en el día toda la impresion, lo que me aseguró se ejecutaría de pronto y noticioso de que no lo ha hecho y que prosigue venal dicho escrito infamatorio con perjuicio de mi honor, y no pudiendo yo satisfacer a todos los lectores con la verídica relación del hecho, se desdora cada día más mi fama.

Suplico a V. S. que así por merecerlo el escrito (en el que pongo rayado todo lo que tildé en el original) como por las demás circunstancias que no se ocultan a la comprehensión

¹ Pieza cuarta del expediente.

de V. S. se sirva prohibirle y no permitir que corra semejante pronóstico, aplicando quanto antes el remedio para atajar los daños que ocasiona; favor especial que espero de la notoria justificación de V. S.—San Martín y Henero 25 de 1756.»

Fray Vicente olvidaba en enero la aprobación suscrita por él mismo en 23 de noviembre anterior, de que más adelante se hablará; no se percató entonces de la «sátira contra muchos Cuerpos respetables», ni los términos le parecieron «nada políticos y ofensivos».

Es probable que el origen de esta protesta fuera otro: habíase empezado a vender el *Piscator*—que se anunció en la *Gaceta*—el 30 de diciembre; tuvo cierta aceptación por su desenfadado y atrevido lenguaje, o por las disimuladas críticas políticas; debió comentarse en muchos lugares, hasta en las antesalas y cámaras regias, y si de ello tuvo conocimiento el padre Marín y sabía algo del nublado que se enrarecía en las alturas, creyó que le serviría de pararrayos su oficio a Curiel alegando que habían variado el original y las tachaduras por él puestas, y pidiendo su prohibición y recogida.

Pero de nada les sirvió a los censores aprobantes esta precaución, porque el día 30 de enero, personado el alcalde Cehegín en el convento de Carmelitas, primero, y en el monasterio de San Martín después, notificaba a fray Antonio de la Madre de Dios y a fray Vicente Marín la orden real de destierro, en presencia de sus respectivos superiores, saliendo ambos a cumplir su pena: el primero, a Ciudad Real, y el segundo, al monasterio de Nuestra Señora de la Antigua, de Avila. Ambos religiosos acudieron en el mes de mayo en súplica al rey para que, «teniendo por suficiente descargo las aflicciones que han sufrido estando fuera del centro de sus conventos, como también los continuos trabajos que actualmente están padeciendo con sus respectivos Prelados por hallarse en desgracia de V. M., se sirva, supliendo su acostumbrada Real Misericordia lo que les falta de mérito para conseguir la gracia, mandar se les alce el destierro, y que se restituyan a sus respectivos Conventos». Wall, en decreto autógrafo, dice: «El Rey les concede la gracia de levantar el destierro.—29 mayo de 1756.»

El magnánimo ministro perdonó a los verdaderos causantes de todo el conflicto con sus imprudentes aprobaciones; pero no se acordó del pobre estudiante, porque el hilo tendido por las circunstancias,

desde el rey al chofista, pasando por el secretario de Estado, el Consejo de Castilla, el juez de imprentas y los religiosos censores, falló por el más débil, que siguió en el destierro, obteniendo años después honorable dignidad eclesiástica.

II. — EL CONSEJO CONSULTA, SE DEFIENDE Y PIDE SATISFACCION

No podía decorosamente el Consejo de Castilla dejar sin respuesta adecuada la orden del rey de 28 de enero, porque ejecutándola como lo hizo, no hacía, aparte de cumplir un deber, sino documentarse para la respuesta; además de que el mismo D. Juan Curiel la promovió muy dignamente con escrito al Consejo, de 2 de febrero, que más tarde se incluyó íntegro en la consulta elevada al rey en 23 del mismo mes, previo el informe de los fiscales.

El Consejo pleno, presidido por el obispo-gobernador, D. Diego de Rojas, y con asistencia de los consejeros marqués de los Llanos, D. Diego Adorno, D. Arias Díaz Campomanes, D. Pedro Colón de Larreategui, fiscal; D. Miguel Ric y Exea, fiscal; D. Manuel de Montoya y Zárate, marqués de Puertonuevo, marqués de Monterreal, D. Francisco José de Cepeda, D. Simón de Baños, D. Isidoro Gil de Jaz, D. José Aparicio Ordóñez, fiscal; D. Miguel María de Nava y Carreño y D. Andrés de Valcárcel Dato (todos encanecidos en el servicio de alcaldes de Casa y Corte, oidores, regentes y presidentes de Audiencias y Chancillerías), no asistiendo D. Juan Curiel como interesado en la cuestión, se dirigen al rey en grave consulta: insertan textualmente la orden comunicada por D. Ricardo Wall el 28 de enero; muestran en seguida la confusión y sentimiento que les produjo, por no estar acostumbrados a oír de orden de sus soberanos, ni con su anuencia, expresiones de tanta severidad y de tan sensible mortificación a un Tribunal compuesto de ministros ancianos, llenos de celo y de experiencia y en quien los reyes han descargado sus conciencias; respetado, aplaudido y aun envidiado de las naciones de Europa, y que con incesante desvelo trabaja en no dar al rey motivos de la más ligera desazón.

Entristecidos, dirigieron su queja a D. Juan Curiel, juez de imprentas, que desde su nombramiento no había cesado de trabajar

con el mayor esfuerzo en la puntual observancia de las disposiciones legales, el cual, considerándose responsable al Consejo y deudor de su satisfacción, pidió se examinase el expediente para imprimir el *Piscator*, por si en él hubiera abandono o descuido por su parte. Reconocido el expediente por el Consejo, halló que el juez de imprentas había cumplido con la más puntual exactitud cuanto previenen las leyes, y el Consejo no pudo hacer otra cosa que darse por satisfecho de su ministro y compadecerle como el más lastimado en la real orden.

Pero habiéndose divulgado el contenido de ésta, con descrédito del Consejo y del juez de imprentas, éste hizo su representación de 2 de febrero, digna, sentida y justa, que puede servir de modelo de cómo un funcionario vejado sin razón se dirige al más alto Tribunal del reino y también a la Real Majestad, y con ésta al primer secretario de Estado, sin desdoro a esas instituciones.

Reseñaba la consulta en primer término la real disposición, y seguía con el escrito de Curiel:

«Si en el horror y justo enojo con que se dice haber oído S. M. este escándalo, no hubiese tenido parte el Consejo, ni la hubiese yo tenido como Juez de Imprentas, al Consejo y a mí hubiera servido de una particular complacencia el desvelo y cuidado, conque S. M. provee de remedio y cела con la más exacta diligencia el evitar los escándalos y contener con el castigo unos tales excesos tan dignos del enfado y desabrimiento de S. M.; pero como en el parangón que se hace... se haya regulado igual, la audacia... del autor, la disimulación de los aprobantes, con la licencia autorizada con el nombre del Consejo y el abandono del Juez de Imprentas... sólo yo puedo ser el culpado, como que soy el único a quien el Consejo y S. M. por su Real Cédula tiene cometido este encargo...; y yo solo soy responsable a semejantes licencias; y si se hubiese tenido noticia de esta práctica no se hubiera incluido al Consejo entre los cómplices de este escándalo; pero como S. M. no la ignore tan solo en su resolución corrigió con el castigo al autor de la obra y a sus aprobantes y con más severidad y rigor al Juez de Imprentas... y a la verdad no pudo su piadoso corazón haber manifestado más alto y vivo su desagrado y justo enojo, que castigando con un público sonrojo y con una severísima reprehensión a un Ministro, que por el dilatado tiempo de 34 años ha

trabajado en la conservación de su honor y en evitar el menor desagrado a su soberano.

Pero como no infaman los castigos, por vergonzosos que sean, sino infaman los delitos a que se imponen, hallándome yo inocente aun del descuido en que se me ha culpado, solo tuve que sentir el desagrado de S. M. y hallarme comprendido en su justo enojo.»

Por ello pedía al Consejo:

«1.º—Que pues ha visto y examinado el expediente de impresión del *Piscator Complutense* en que se ejecutaron cuantas diligencias previenen las leyes del Reino, se sirva Vuestra Alteza hacerme la justicia de informar a S. M. que ni aun la leve culpa de un descuido tuve en este despacho, pero aun cuando hubiera tenido alguno, no me puedo haber hecho digno de un castigo tan acerbo y tan extraño en el piadoso corazón de S. M. como solo y único para corregir la mayor malicia de un Ministro de su Consejo a quien se perdonase la vida; pues ni la privación de la plaza, ni un destierro, ni la pérdida de los mayores haberes, puede equivaler al rubor y sonrojo que padece un Ministro cuando su delito le ha hecho merecedor de una pena en que perdido su honor y la gracia de su soberano, nada le queda estimable, sino la vida; ni más sensible que haber de continuar desacreditado en su Ministerio.»

Añadía, después de hacer constar las diligencias y requisitos cumplidos:

«No hubiera sido mucho que censurado yo tantas veces del rigor y nimia exactitud que practico en las impresiones, hubiera dispensado alguna formalidad en una obra, por su carácter, ni digna de un aprobante tan autorizado, ni del mayor cuidado en su examen, pues de estos *Piscatores* salen todos los años muchos y se consienten y corren, examinados antes, porque la juventud con la emulación o por el interés, se active y aplique al estudio de la Astronomía y para que la gente ociosa, o la que ocupada necesita de algún descanso, logren esta diversión o pasatiempo inocente.

Tan para estos solos es la lectura de semejantes *Piscatores* y corren tan fuera del comercio de la gente sería que siendo tantos los Ministros del Consejo, ninguno había visto este *Complutense*, hasta que el haberlo hecho recoger... el día 26 del pasado movió la curiosidad y avivó en todos el deseo de verle (lo que frecuentemente sucede siempre que se manda recoger cualquiera Impresión). Y esto se hace más creíble a vista de que teniendo S. M. a su lado tantas personas de distinción y afición a las buenas letras y tantos Ministros celosos del bien público, no llegó a sus oídos este escándalo hasta el día 28 en que ya dos días antes estaba recogida por mí la impresión, lo que si se hubiera hecho presente a S. M. se hubiera mitigado su justo enojo, reconociendo, que si el Juez de Imprentas había tenido algún descuido en permitir la impresión, ninguno tuvo en la enmienda.»

Don Juan Curiel, como buen académico de la Española, era muy hábil en el manejo del idioma, y con toda suavidad y respeto envía a su blanco intencionadas flechas, sin darles importancia y sólo como observaciones al correr de la pluma. No dejarían de llegar a su destino, que era la casaca de D. Ricardo Wall, que empleando el mismo sistema había castigado a Curiel por asunto ajeno al *Piscator* y personalizando en él la ruina de ambiciosas pretensiones—si la hipótesis que luego se formula fuera cierta—en torno a la Dirección de la Real Academia Española, que Carvajal ocupó hasta su muerte.

El segundo punto a que se contraía la meditada representación del juez de imprentas al Consejo era el mandato del rey de que, si no bastase lo anterior para evitar semejantes desacatos, tomaría Su Majestad las más severas providencias. Curiel dice textualmente:

«Yo veo que cumpliendo cuanto está prevenido por las Leyes y encargado por S. M. no puedo evitar semejantes atentados a que es consiguiente llegue luego la conminación y un nuevo y mayor enojo de S. M. por lo que no hallo otro refugio que el abstenerme de dar cualesquiera género de licencia para imprimir, interín que S. M. no resuelva o el Consejo me dá nueva norma que me asegure de la satisfacción de S. M. en el

caso de que sin culpa mía salga a la luz pública alguna cosa que le desagrade.

Sin embargo para mi consuelo he creído que el papel que se ha leído en el Consejo contiene en sus expresiones una acrimonia muy extraña de la piedad del Rey, para con su Consejo y sus Ministros (acaso por haberse considerado preciso para manifestar el Real desagrado y enfado) pero S. M. más piadoso y mejor instruido, no ignorando cuanto he trabajado y estoy trabajando en la Comisión de Imprentas y que a sus Reales oídos llegan quejas del rigor, demasiado celo y nimia exactitud, con que hago cumplir lo prevenido en las Leyes, solo extrañó mi descuido en esta ocasión, pero no el abandono que se supone en lo universal de mi comisión.»

Continuaba Curiel relatando lo que las leyes disponían en cuanto a censores, y concluía proponiendo que se nombrara un Cuerpo de éstos, retribuidos conforme a arancel fijado por el Consejo; terminando:

«Yo no hallo otro modo de satisfacer a S. M. ni otros medios para evitar en adelante su disgusto y desagrado... pero ni ellos son bastantes a dejar responsable al Consejo, ni al Juez de Imprentas de los atentados que pueden resultar de las impresiones.»

Mandada pasar esta representación de Curiel a los fiscales, éstos, en 11 de febrero, se conformaron con ella, comentando y ampliando:

«No pueden persuadirse los Fiscales... a que trasladados los hechos referidos a la noticia de S. M. deje su justificación y corazón piadoso de convertir hoy en blandura y satisfacción su enfado, dando a un Ministro tan justo, de un Consejo que ha logrado siempre su atención, todo aquel honor y consuelo que le reintegre a la estimación que le granjeó el celoso servicio de tantos años, el trabajo que ha puesto en que se observen las Leyes del Reino sobre Impresiones y el particular cuidado con que procedió en este mismo caso.»

Continúa la consulta:

«El Consejo, Señor, cuando oyó el papel de D. Ricardo Wall se creyó precisado a dar a V. M. una cumplida satisfacción por sí y por el Juez de Imprentas; pero persuadido a que su justo sentimiento podría quedar reservado en sus Archivos y atento siempre a no ocupar la Real atención de V. M. necesitada a mayores importancias, con la ocasión de ser día de consulta, se encargó vuestro Gobernador de informar a V. M. en el banquillo¹ de la inculpabilidad del Consejo y del ningún descuido del Juez de Imprentas; pero como este se creyese difamado en el público y desautorizado ya de aquella estimación y buen concepto que le habilitaba a continuar el servicio de V. M. en este encargo tuvo por preciso hacer aquella representación.»

Y terminaba, después de verídicas, sensatas y no menos intencionadas consideraciones:

«Es de parecer que V. M. como un efecto de su justificación y de su estimación a un Ministro que con tanto celo le sirve y ha padecido inocente se digne declarar que en la Impresión del *Piscator Complutense* se arregló D. Juan Curiel Juez de Imprentas a las Leyes del Reino y no haber incurrido en la más leve culpa, que pudiese dar motivo al desagrado de V. M. y que en este caso y en el desempeño de su comisión ha procedido con el celo correspondiente a sus circunstancias y al carácter de Ministro de este Consejo; y que asimismo se sirva V. M. declarar que ni el Consejo ni el Juez de Imprentas son responsables al contenido de los impresos por su licencia, siendo ésta dada según y en la forma que previenen las Leyes, Autos acordados y Reales resoluciones y que para que en adelante se aseguren censores doctos, juiciosos y prudentes a quienes con competente remuneración por su trabajo se remitan los censores de los libros... el

¹ No es, naturalmente, este banquillo que menciona el Consejo el de los acusados; se refiere a las conversaciones reservadas y sin testigo alguno habidas entre los reyes y los presidentes de Castilla en la cámara regia, sentándose éstos en taburete o banquillo, «tratándose entre los dos las materias más secretas y escondidas, pues se reducen a boca, sin intervención de otra persona, papel, Decreto ni Consulta».

Consejo los elija luego en el número que tenga por conveniente y aceptando los nombrados hagan el juramento que previene la Ley, formando el Consejo Arancel y practicándose la Real Pragmática de los señores Reyes Católicos mandada observar por el señor Rey Felipe IV en este particular y en el modo y forma que en su representación propone Don Juan Curiel. V. M. sobre todo mandará lo que sea más de su Real agrado.—Madrid, 23 de febrero de 1756.*

III.—EL REY DECRETA Y WALL CONFIRMA

A la respetuosa, digna y enérgica consulta del Consejo de Castilla en pleno, el rey decretó: *«Quedo enterado y mando al Consejo que absteniéndose en adelante de hacer semejantes consultas cele la puntual observancia de las leyes.»* (29 de febrero.)

Positivamente, de la memoria de Fernando VI habían desaparecido el recuerdo del *Piscator*, de su texto y autor, y hasta de su horror y enojo, que con frases tan trágicas pintaba el primer secretario de Estado en la real orden de 28 de enero, pues de lo contrario su decreto hubiera podido y aun debido ser más concreto y autoritario, iniciando reformas necesarias y reprochando de algún modo a la primera institución política de España el intento de desconocer la infabilidad de su poder absoluto. No da expresamente la satisfacción solicitada; pero ni la reprocha con acritud, ni se menciona tampoco al juez de imprentas.

La bondad del rey se sobrepuso a su indignación pasajera y tal vez impuesta por el ministro de Estado, y habla sólo como rey absoluto, celoso de su derecho; pero sin descender a cosas de menor importancia y no oponiéndose a los propósitos del Consejo y del juez de imprentas, que cristalizaron en dos disposiciones de que se dará cuenta en el cuarto apartado de este artículo.

Pero D. Ricardo Wall creyó de su deber animar al rey e inyectarle algo de firmeza y energía en sus relaciones con el Consejo, del que debía tener alguna queja; y en escrito¹ sin fecha—coetáneo, sin duda, al decreto de la consulta—le dice:

¹ En el expediente citado. (A. H. N., *Estado*.)

«La resolución de V. M. incluye en pocas palabras con la mayor gravedad y energía, quanto se puede y debe prevenir al Consejo en la resolución a su dilatada Consulta.

Han sido muchas las ocasiones en que con mayor severidad se ha reprehendido al Consejo por descuidos tal vez de menor importancia y nunca se ha atrevido a pedir satisfacción, como substancialmente lo intenta en esta Consulta, pretendiendo se declare su inculpabilidad, y la del juez de imprentas y no haber dado motivo al desagrado que manifestó Vuestra Majestad, quando ha sido tan justo, que no niega el Consejo la indignidad de la obra que ha salido autorizada con su nombre. Por esto se le previene con mucha razón, que se abstenga en adelante de semejantes consultas.

También es justísimo lo que se le manda de que cele la puntual observancia de las leyes. En ellas están ordenadas cuantas providencias son necesarias para que solo se permita publicar obras útiles y de buena doctrina y enseñanza. Velen sobre su exacto cumplimiento, y no se verá cada día recoger y prohibir obras impresas con autoridad del Consejo.

Si estas providencias no bastaban y eran necesarias las que ahora proponen, ¿por qué no las hicieron presentes a Vuestra Majestad, el Consejo y el juez de imprentas en la dilatada ordenanza que de nuevo se formó con tantos capítulos y sobre qué se ha molestado a V. M. con recursos y consultas?¹

La idea que ahora propone es inútil para el fin y perjudicial en sus efectos. ¿De qué servirá que el Consejo nombre, como intenta, cierto número de examinadores de libros y que se les tase el salario correspondiente, sino de aumentar la regalía y autoridad del Consejo en crear y proveer estos nuevos empleos y gravar con este tributo a los autores y a los libros, dificultando el trabajo y publicación de obras útiles, en perjuicio del adelantamiento de las letras que V. M. tanto desea?

Los aprobantes no serán mejores ni más escrupulosos en el cumplimiento de su obligación porque tengan salario; antes bien se hará grangería de este encargo que solo debe cometerse a sujetos doctos, literatos, de honor y desinteresados. En mediando interés entrará luego la solicitud y empeño para lograr estos empleos.»

¹ Publicadas por González Palencia en su artículo y por Ruméu de Armas, *Historia de la censura*. (Madrid, 1940.)

Seguía Wall enumerando las disposiciones legales pertinentes a la censura, y terminaba:

«Todo esto manifiesta que el soberano ha descargado siempre su conciencia sobre este asunto en el cuidado cometido al Consejo... Este sólo quiere quedar con la autoridad y regalía; pero sin obligación a la vigilancia que le encargan las leyes. Por eso es preciso se le prevenga los cele y cuide de su observancia.»

No es posible deducir si estas observaciones de Wall son anteriores o posteriores al decreto del rey, porque en el primer caso más se parecen a una seca lección de política que a comedido informe de un secretario de Estado. Claro que se dirigía a un monarca, como Fernando VI, que heredando de su madre la bondad, también llevaba en sí la debilidad paterna. Pero es que el francoirlandés se mostraba como celoso de las numerosas facultades que el Consejo de Castilla, por prestigio, por ley y por costumbre, gozaba, y en sus consultas de interés general raras veces el rey, por absoluto que fuera, podía separarse de ellas: tan ajustadas a la conciencia nacional las formulaba, y en puridad eran los Consejos el único freno y contrapeso del capricho real o de la arbitrariedad ministerial en muchos casos.

Absoluta era la Monarquía española en esta época; pero con frecuencia eran o pretendieron ser más despóticos los secretarios del despacho, tropezando en sus intentos con la autoridad y prestigio de los Consejos, que por su continuidad en los altos problemas de la administración pública, por las personas que los integraban y por la costumbre de abordar y resolver intrincados asuntos jurídicos, estaban en inmejorables condiciones para informar y consultar al rey con la independencia y alteza de miras que correspondían a su tratamiento, precisamente de *Alteza*.

Muchos secretarios del despacho terminaban en el destierro; los Consejos seguían su vida serena, porque el consejero que había sido ponente en un intringuloso pleito de tenuta, que duraban lustros, estaba capacitado para proponer la resolución de cualquier asunto, siempre menos complicado y libre de influencias que aquéllos.

¿Había alguna otra causa que pudiera ser origen de la notoria animosidad de D. Ricardo Wall hacia el respetabilísimo y altamente conceptuado Consejo de Castilla, en quien *descargaba el rey su conciencia*, según sus propias palabras, y contra el rígido y escrupuloso juez de imprentas D. Juan Curiel, que además pertenecía al Consejo de la Suprema Inquisición?

Vamos a aventurar una sospecha que en principio parecerá atrevida, pero que pudiera tener algo que ver con estos incidentes.

Don José Carvajal, antecesor de D. Ricardo Wall en la Primera Secretaría de Estado, Ministerio de Estado o Presidencia del Gobierno (como se quiera decir), gozaba como anexo del cargo de protector de la Real Academia de las tres Nobles Artes. A la vez era el quinto director de la Real Academia Española desde 13 de mayo de 1751, en que fué elegido, *pidiendo al rey dispensa del Estatuto, por no ser académico y habersele nombrado sin limitación de tiempo. El rey lo aprobó todo en 21 de mayo de 1751. Falleció en 8 de abril de 1754.*¹ Carvajal fué el único director de la Academia Española no elegido antes académico de número.

¿Pretendería Wall suceder a Carvajal en la dirección de la Española, como le sustituyó en la Primera Secretaría de Estado y en el protectorado de la de Nobles Artes?

La Academia con algún apresuramiento, el 17 de abril de 1754 (nueve días después de la muerte de Carvajal), elige como su sexto director al académico de número D. Fernando de Silva Alvarez de Toledo, duque de Alba, que además de su jerarquía personal, que nunca tuvieron Carvajal y Wall, era caballero del Toisón de Oro, como Carvajal; del Espíritu Santo, que no lo fueron los otros; decano del Consejo de Estado, como Carvajal, y teniente general, como Wall, y si éste había sido embajador en Londres, Alba lo fué en Francia cuando sólo se llamaba duque de Huéscar.

Es decir, que será casual, pero parece intencionada la elección, con el fin de evitar competencias, igualando jerarquía con jerarquía, cerrando la puerta a toda ambición ilegítima y afirmando la Academia su derecho a la elección de director entre los miembros de ella más distinguidos socialmente, según costumbre inveterada de la época.

¹ *Anuario de la Real Academia Española*, 1946.

Por otra parte, el 9 de abril del mismo año era designado por el rey primer secretario de Estado, interino, el duque de Huéscar, casualmente elegido director de la Española, y cuando en mayo llegó Wall a Madrid, recibe el día 15 su nombramiento, con las importantes obligaciones o— por decirlo en lenguaje de aquel tiempo — regaldas que se mencionan:

Correspondencia con las Cortes extranjeras. Nombramientos de embajadores y ministros en ellas y sus despachos. Tratados y sus negociaciones. Representaciones, quejas o pretensiones de extranjeros. Gastos por razón de Estado y sueldos. Correspondencia con la reina viuda [Isabel Farnesio] y rey [el de las Dos Sicilias, luego Carlos III de España] e infantes. Superintendencia general de Correos. Reconocimiento, cuidado y conservación de los Archivos generales del reino. Sitios reales, bosques y Alcázares. Real acequia del Jarama. Grandezas de España (concesiones, honores, etc.). Formación de Academias y lo que ocurriere sobre las ya formadas. Insigne Orden del Toisón de Oro.

Si tuvo el propósito de ser, como Carvajal, y sin derecho de académico, director de la Española, al encontrarse ocupado el puesto por persona con quien no podía competir, ¿personalizó en D. Juan Curiel, que como juez de imprentas era su inferior y académico de los más antiguos, su desencanto y despecho al no presidir, como su antecesor, dos de las tres formadas y *lo que ocurriere en ellas*?

Todo cabe en lo posible, porque la indumentaria y las costumbres no varían mucho la naturaleza humana en sus virtudes, y menos en sus defectos.

Pero si fué así, el avisado D. Juan Curiel no incurrió en imprevisión, y cuando fueron nombrados, como se leerá más adelante, cuarenta censores para Madrid, no incluyó como Cuerpos consultivos para la censura, aunque luego se recurrió a ellas muchas veces, a las tres Reales Academias existentes, ni a otros organismos científicos, ni a los calificadores del Tribunal del Santo Oficio como tales, sino que de los cuarenta designó a diecinueve sacerdotes seculares, diecisiete regulares y sólo cuatro seglares, sin perjuicio de mencionar su cualidad de académicos o de calificadores en los que lo eran.

Naturalmente, el secretario de Estado enmudeció, pues lo contrario hubiera sido para él asaz peligroso.

IV.—EL JUEZ DE IMPRENTAS PROPONE Y EL CONSEJO ACUERDA

Prescindiendo de referir la tramitación necesaria, el 19 de julio de 1756 se firmó y publicó el auto del Consejo¹, en vista de la representación de D. Juan Curiel, a la que prestaron su conformidad los fiscales, nombrando para Madrid cuarenta censores, «personas literatas de las calidades que previene la Ley de las más acreditadas circunstancias de literatura, juicio y prudencia», las cuales, mediante el moderado salario que el Consejo acordó, examinarían las obras cuya impresión se solicitase del Consejo y las que, impresas, necesitaran licencia para venderse.

Fueron nombrados:

Los trece curas párrocos de Madrid que son y serán más adelante.

Don José de Rada, cura de Palacio y académico de la Española.

Don Juan de Santander, canónigo de Segovia y bibliotecario mayor de Su Majestad.

Los padres Nicolás Gallo y Juan de Aravaca, del oratorio del Salvador, y Miguel de Alvira, del de San Felipe Neri.

Don Leopoldo Puig, capellán de San Isidro y académico de la Española.

Doctor D. José Domínguez, administrador del Hospital General.

Doctor D. José de la Fuente, ecónomo de San Ginés.

Don Francisco Mestre, colector del Hospital de Aragón.

Doctor D. Miguel Pérez Pastor, de las Academias Española y de la Historia.

El abad de San Basilio, padre Alejandro Aguado, calificador de la Suprema Inquisición.

El lector de Teología fray Isidoro Rubio, benedictino de San Martín.

El padre Antonio Núñez, clérigo menor, calificador de la Suprema Inquisición.

El agonizante padre Juan Antonio del Río.

¹ A. H. N., *Consejos*, libro 1.481 e, fols. 242-245.

El carmelita fray José Rey, predicador de número de Su Majestad.

El trinitario fray Alonso Cano, académico de la Historia y calificador de la Suprema Inquisición.

Los dominicos fray Juan Alvarez, prior del Rosario, y fray Eugenio Basualdo, prior de Santo Tomás, calificadores de la Suprema Inquisición.

El mercedario fray Cristóbal Ximénez, definidor general y teólogo de la Junta de la Concepción.

Los jesuitas padres Diego de Rivera, catedrático de Alcalá (jubilado), y Juan Manuel Villarrubia, prefecto de Estudios en el Colegio Imperial.

Los franciscanos fray Fernando Mansueza, padre de provincia, y fray Ignacio Moraleda, examinador sinodal.

El mínimo fray Juan Ponce, lector jubilado; y

Los abogados de los Reales Consejos D. Juan Antonio Herrero, D. Rafael de Bustamante y D. Pedro Campomanes, académico de la Historia.

Todos los nombrados cuidarían de la puntual observancia y exacto cumplimiento de lo prevenido por las leyes del reino, autos acordados y resoluciones de Su Majestad sobre impresiones y venta de libros, conforme a las instrucciones de que el juez de imprentas les prevendría.

Con la misma fecha del auto se imprimieron las «Instrucciones que de orden del Consejo y con su aprobación ha formado el Señor D. Juan Curiel, Ministro de él y del de la Suprema y General Inquisición y Superintendente General de Imprentas en estos Reinos, sobre el modo y método conque los Censores que tiene nombrados y nombrase en adelante el Consejo, deberán examinar y dar su censura en los libros y obras, que se les remitieren, o ya sea para imprimir o reimprimir en estos Reynos, o ya para que los impresos fuera de ellos, puedan venderse por los Mercaderes y Libreros».¹

¹ Debo la noticia de un ejemplar impreso a la buena amistad del académico de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas D. Luis Redonet y López Dóriga, en la primorosa biblioteca de esta Academia, que él dirige hace años con singular pericia profesional. (Sig.: Sala 1.^a—4—1—vol. 703.) Ruméu publica estas «Instrucciones» en la obra citada.

Lo más importante de ellas en relación con el asunto de que se trata—y aun de todas las obras—es lo siguiente:

El examen de estas obras y su censura no sólo ha de ser sobre si contienen algo contra la religión, contra las buenas costumbres o contra las regalías de Su Majestad, sino también si son apócrifas, supersticiosas, reprobadas o de cosas vanas y sin provecho, o si contienen alguna ofensa a comunidad o a particular, o en agravio del honor y decoro de la nación; y aunque el juicio y dictamen del censor deba extenderse a todos estos respectos para formar su resolución, en la censura bastará que diga si contienen o no algo contra la religión, buenas costumbres y regalías de Su Majestad, y si son o no dignas de la luz pública.

Se encarga a los censores reduzcan su censura a estas meras o equivalentes expresiones, procurando excusar dilatadas extensiones en alabanza del autor o de las obras, sin mezclarse en sus asuntos, para evitar la molestia del Consejo o del señor juez de imprentas que las ha de reconocer y que acaso necesitará, con perjuicio de la parte, remitir a otro censor la misma censura; pues cuando el autor quiera aprobaciones más dilatadas, podrá y deberá presentarlas con la misma obra para que todo vaya a la censura...

Se previene a los censores que si dichas obras tuvieran conexión con materias de Estado, Tratados de paces y sus semejantes, o se tratase en ellas del Santo Misterio de la Inmaculada Concepción, o de cosas de las Indias, o pertenecientes a otros Tribunales a cuya jurisdicción competa lo que se hubiere de imprimir, o en que se trate de comercio, fábricas u otras maniobras, o perteneciente a metales, sus valores y pesos para su comercio, o de regalías de la Corona, lo adviertan y prevengan en esquila separada, dando sin embargo su censura en la forma ordinaria, para que el Consejo o el señor juez de imprentas den la providencia que corresponda.

Y a todos se previene y encarga muy particularmente el mayor cuidado en lo perteneciente a nuestra santa fe, «teniendo presente el empeño y sagacidad con que los enemigos de la Religión esfuerzan su malicia, introduciendo cautelosamente disimulado el veneno y contagio de las herejías y errores, nunca más terribles, que en los tiempos presentes, ni más dignos del cuidado y vigilancia del Consejo».

Es de observar, en cuanto a la calidad de los informantes, que entre ellos no se da participación a las Ordenes religiosas de agustinos, bernardos, hospitalarios, jerónimos, premostratenses ni escolapios, todos los cuales tenían conventos, monasterios o colegios en Madrid.

¿A qué pudo obedecer esta preterición del juez de imprentas? El dicente no ha podido rastrearla. Es cierto que los bernardos y los jerónimos estaban en este sentido muy oscurecidos; pero éstos eran los más propíncuos a la Casa Real con su Escorial y con su templo de Madrid, en el que se celebraban las ceremonias palatinas; los agustinos gozaron siempre, muy justamente, del mayor prestigio científico, y por entonces vivía el padre Flórez; los escolapios, educadores de gran parte de la juventud española e insignes pedagogos, entre los cuales descollaba el padre Andrés Merino; los premostratenses, con su padre Jaime Pascual a la cabeza, cumplidores de su instituto; y los hospitalarios, dedicados a la más ardiente caridad, por su específica misión conocedores de las malas costumbres en sus más tristes consecuencias, bien podían censurar las que se llamaban buenas. Resulta inexplicable la decisión de Curiel, e indudablemente causas debió de haber para adoptarla.

Con las nuevas instrucciones, pocas eran las obras que además de la censura no necesitasen de otro permiso especial, según su materia, y abarcaban campo tan extenso las que designaban, que poco quedaba libre del segundo examen o prohibición: el misterio de la Inmaculada Concepción, asuntos de Estado, Indias, comercio, industria, tráfico de metales y los que compitieran a otros Tribunales.

No es de extrañar pudiera producirse algún marasmo en la producción literaria y científica, y que los libreros se sintiesen molestos con los nuevos gravámenes y tramitaciones establecidos por el Consejo, sobre el que había de recaer la animadversión y la crítica.

V.—EL CUERPO DEL DELITO

En 22 de noviembre de 1755, el juez de imprentas decretaba la solicitud de impresión del *Piscator Complutense*, conclusiones de los *colegiales chofistas*, *Diario de quartos de Luna* y *Juicio de los acontecimientos naturales y políticos de toda la Europa para este*

año de 1756. Su autor Don Francisco de Valdemoros, Profesor de Theología en la Universidad de Alcalá, remitiendo la obra a la censura del padre maestro fray Vicente Marín, de Madrid¹.

El nombrado aprobó la obra en la forma siguiente, con fecha 23 del mismo mes:

«M. P. S.—Mándame V. A. que vea y censure el *Piscator Complutense* que ha compuesto para el año 1756 D. Francisco Valdemoros, Profesor theologo en la Universidad de Alcalá. Y habiendole leydo, hallo que siendo un almanak como todos los demás, en cuya formación ofrecen sus autores una jocosa diversión a la ociosidad, D. Francisco Valdemoros, no solo se esmera en la ingeniosa inventiva y composición de su pronóstico, como astrólogo, sino que como dedicado a otra más noble y sagrada ocupación, quiere manifestar la precisa conexión que la Astrología, como medio para el conocimiento de un verdadero criador, dice con la sagrada facultad que profesa, la hermosa fábrica de los cielos, el curso y movimiento de su planeta, es sin duda uno de los medios más eficaces o visibles, como dice el Apostol, que tiene el Dogmático, para convencer al atheista más protérvo.

Es verdad que la malicia de algunos hombres, quiso adelantar su credulidad, persuadiéndose, a que del influjo de las estrellas dependía, no solo el arbitrio humano, futuros sucesos, sino también la disposición Divina. Y aun en la Astrología permitida es tan escasa la veracidad de sus predicciones que todas deben decir subordinación al Supremo Numen, que todo lo gobierna. Sabido es el Proloquio: *quanto los Astronomos miden, tanto mienten los astrologos*. El grande Agustino, habiendose dedicado algún tiempo a este estudio, confiesa no haber hallado en esta Facultad, mas que engaños y falacias.

Con el *Dios sobre todo*, se reprehende la ciega credulidad de los unos; y la poca seguridad y acierto en lo que los otros predicen. Con esta cláusula soy de sentir se puede conceder licencia para imprimirse, por no hallar cosa que se oponga a nuestros Sagrado Dogma, y Reales Decretos, «saluo meliori». S. Martin de Madrid.»

¹ Expediente citado, pieza segunda.

Requirióse también la censura del padre fray Antonio de la Madre de Dios, predicador conventual y bibliotecario de su religioso convento de San Hermenegildo de Carmelitas descalzos, de esta Corte, que dijo:

«De orden de V. S. he visto el *Piscator Complutense* que para el año que viene de 1756 ha escrito Don Francisco Valdemoros, Profesor de Theología en la Universidad de Alcalá y habiéndole leído con atenta reflexión no he hallado en el expresión que se oponga a los Dogmas y Preceptos de la Fee, ni a las regalías de S. M. (Dios le guarde) antes bien soy de parecer que por su invención es digno de que se le conceda la licencia que solicita, interin que la primavera de su edad se fecunda con más sazonados frutos que dé a la prensa; así lo siento «salvo semper meliore iudicio», en este de S. Hermenegildo.—22 Nov. 1755.»¹

Para completar las disposiciones legales en estas materias de impresiones, se unió también al expediente la licencia del vicario eclesiástico, que dice:

«...damos licencia para que se pueda imprimir e imprima el *Piscator Complutense*..., mediante que de nuestra orden se ha visto y reconocido y no parece tiene ni contiene cosa que se oponga a nuestra santa Fee Catholica y buenas costumbres. Madrid 25 de Noviembre de 1755.»²

En virtud de las aprobaciones insertas, el juez de imprentas concedió la licencia para la impresión «con tal que se haga en papel fino». En 15 de diciembre se tasó cada pliego a seis maravedís, y el secretario de Gobierno del Consejo rubricó todas las hojas del original y en otra aparte consignó las tachaduras que se le habían hecho.

Sentirá el autor de este artículo escandalizar o asquear a los presuntos lectores reproduciendo parte del original (eliminando lo más soez); pero su lectura es indispensable para el exacto juicio:

¹ Expediente citado, pieza segunda.

² Idem, íd.

•YNTRO DUCION¹

Estatico de vista, y tullido de acciones, solo, con la contemplacion en las Batuecas embuchado en un capote burdo, engarabitadas las manos como muerto..., estaba pocos dias haze en mi quarto. Pensaba en lo asqueroso de mi suerte, y en mi Fortuna verdulera, maldiciendo la marranería de mi destino. Acordabame de la embardurnada intención conque Naturaleza quiso jugar en mi nacimiento, criandome a mi para mostrador de tiznes, y repostería de piltrajos. Revolvía en mi Memoria la remangada Alcurnia con que quiso empringarme, manchando los sucios pañales en que me fajaron mis Abuelas.. Y sirviendome estos recuerdos de cordel ensebado, no distaba dos dedos de aorcarme, quando vi entrar por un Escotillón de mi aposento a mi Amigo *Facilidades*; ¡Hombre famoso a todas luces! tan enredador que parecen sus miembros de Azogue. Unos ojos como granitos de mostaza, pero tan retozones que cosquilleaban a los parpados; quien lo vea travesear asta con los picaportes de las puertas pensara que esta hecho con pergamino inflamado; una nariz como picadura de pulga; y una boca a q.^{na} dejaban sus labios mas estrecha que ogete de Cotilla. En el breve espacio que tardó saludandome se hechó en la Cama, revolvió mis Libros, se sentó siete veces, hizo cabriolas, montó en el respaldo de una silla, y tocó una guitarra. Al ruido q. hizo este demonio de bulle bulle, se recobró mi engatusada Ymaginatiba, y reparando en su inquietud no pude menos de esparramar los Carrillos con una grande Carcajada. El entonces haciendo mas mudanzas, que un saltinbac, y cogiendome de un brazo me dijo: ¡pigre como desanima la vigorosa resistencia de tus bostezos! deja las melancolías para pretendientes, y pleiteantes, y tu entregate a la olganza, y a la briba. Que se te da a ti de que los Principes se rompan la cabeza sobre sus fantasticas intenciones? que te importa, que el otro se engulla sin mascar los ascensos, dejando sin comer a mil pobretes? que sufran los maridos llevar guedejas de medellín, vistiendose de cornucopias la frente? Para ti nunca ha de faltarte una sepultura en los vientres de visión o en los

¹ Expediente citado, pieza tercera.

rincones de un cementerio; ni la horca ni tiempo en q. te mueras de hambre. Dixo, y llevandome de un rempujon hasta la puerta; vamos, prosiguió, a mi Colegio, porque esta tarde, tiene el Licenciado Garrulla conclusiones, y nos dará a la noche una zena grandiosa.

Casi en volandas me llevó a la puerta de la Capilla. Ocupaban la entrada algunos colegiales, y la venerable tunantería. Brujulendo sobre los bonetes, y sombreros, descubrí al Presidente; estaba vestido de habitos, que lo hacian clerigo campesino, magro y montesco, trasquilado a tropezones como pelambre de tiñoso; su boca más ancha, que conciencia de ventero, tenía por lengua una morcilla, que cuando azotaba los dientes para pronunciar alguna cosa parecía que derramaba las zurrapas; tapaba su circunferencia una ristra de dientes como cuernos de cabra, que asomandose por sus panfludos labios mas negros que culo de Etiope amenazarían al Gigante Galafre... La sotana estaba llena de manchas, y desgarrones, y por cuello llevaba un retazo de colador.

Sonaban grandes gritos sobre el Apetito de la materia primera. El arguyente, que era una figurita de talco, mas suavecito que cariño de monja, sacaba sus manecitas, que eran como raspas de sardina, y enarbolando sus deditos mas delgados que cuerdas de guitarra, daba unas vocecitas mas atipladas, que pedito de niña melindrosa. Pero el Presidente corajudo arrojando sanguaza por su garganchón, y poniendo sus ojos mas tiesos que garrotes daba bofetones en la mesa como porras de Batan. Parecía querer merendarse a nuestra cosita de filigrana, y hinchando los mechinales alargaba las manoplas, que parecían quijadas de borrico; daba horror verle las pesuñas de sus dedos mas encorbados que rabo de Demonio, y con una manera horrible, daba a entender quería estrujarlo como piejo... Hasta que, últimamente, le hablo así el abigarrado Pantufo. Seor Filipichin, no nos venga Vm. con gerundios, y guarde esas criticas para quando trate con los Cartesianos de Neuton. La Doctrina, que se le responde la trae el Yll^{mo}. Montalban, y es expresissima en mi Angel Maestro; pues que mas quiere el renacuajo? Piensa que a mi me suponen nada los Judios Gasendistas, que dicen anda el sol por debajo de la agua, y que son los cielos de tela de cebolla? Pues vea el escarabajito confitado al Maestro Vbigant en el tratado de Matrimonio donde refuta a esta perra canalla que no admiten el Concilio tridentino y dan por licita la Poligamia. Con esas

se me venía el digecito? noramala pa el picaurolo, mas le baliera, que leiese en el Maestro Picazo si es «Filius euisdem rationis, el q. quadaria deficiente Spiritu Sancto» que no las Matematicas de Simon mago, y finalmente, si no quiere q. me lo meta en las narices, Yo le «precipio meré consiliativé», que cante la Palinodia...

Callaron, y empezó su Argumento un chofista de los mas calificados de la turba, estudiantonazo mazuzo de aquellos q. tosen cuatro vezes entre palabra y palabra. Estaba desven- cijado de Corchetes, y asaeteado de Manto, el bonete desquar- tillado de puntas... y los lados opuestos estaban aforrados de papel de estraza y la Coronilla era un pegote de polaina azul... Su caraza estaba vestida de leznas, con mofletes barri- gudos... Su pescuezo parecía morcon de huesos rodeado de pringue... y su boca bacin de Fraile carmelita con una escoba por lenguaza. Su pelo eran sanguijuelas destripadas, y sus orejas dos abarcas de gallega frisona. Levantose con tan re- molon mobimiento, que parecían sus miembros tajones de cocina. Borneó los tartamudos perniles, y con una Voz mas pesada que rueda de molino, puso el antecedente de un en- timema, y al decir el consiguiente se le heló su laringe. Man- dolo el vize Rector que se explicara en materia; pero el... dijo, q. le respondiese el sustentante.

Hizolo así el afamado Garrulla. Hombre abigarrado de carrillos, ojos de tinajón de azeite cubiertos de un espeso ma- torral de crines como Hisopo de monjas recoletas... Enfaldado de boca, y pierniabierto de dentadura, porque tenia los colmi- llos como pilares de Puente de madera. Los labios eran un entresijo de berraco, aforrados en pimientos verdes, y sus barbas manojos de zerdas de marrano pegadas con engrudo... Sacaba de rato en rato una palabra, como q.^a sube agua de los pozos, y salían a rempujones como cochino que mea... Arreaba el presidente de quando en quando la remolona languidez de Garrulla y entonces goteaba algunos vocablos carcomidos. Ultimamente concluyó la Respuesta a pausas...

No se acabó la función interin avisaron que esperaba la cena.

Marchamos en retalla por un corredorcillo angosto y en- tramos en un cuarto de figura triangular. Estaba el suelo re- mendado de pedazos de estera, abarrancado y con dos piedras de amolador. El techo eran unos palitroques de jaramúa, ripia y espadaña entreverados como rejilla de confesonario... Pusie-

ron por manteles el manto de un chofista y después de haber-nos comido a puñados una fuente de remolachas, pusieron un potentísimo pipote de arroz. El Presidente (que estaba en cabecera) desatacándose los corchetes de un jubón pardo, desató de una pretina de vaqueta una cuchara de querno y arregangado el brazo derecho hacia platos. Sacaba en cada azadonada que daba en el tarro una cabeza de carnero, o una asadura, o los pies y manos de una oveja, atados con las tripillas e intestinos. Gracias a Dios se llenó el bandul de este matalotaje, cenose a tutiplen... Por lo que toca a la santa palabra, se remojo a satisfacción y se chifló de lo lindo. Filipichin bebía en la cáscara de un piñon y comía el arroz con la punta de un alfiler. Para postre trajeron una canasta de cebollas asadas y cabezas de ajos y para Filipichin dos anisillas confitadas.

El Maestro que tenía por ojos dos botellas de Pedro Gime-nez, rebotaba odrinas en cada respiración; caballeros, dijo, para complemento de esta celebridad, yo he discurrido un bello medio; que cosa?, replicamos todos y el apretando los puños... hai es nada, respondió; que esta noche hemos de componer un almanak y pues tenemos acá nuestro *Piscator*, que ajuste los cómputos y lunaciones y por nosotros correrá disfrazar los sucesos políticos en coplas...»

Seguía el texto, y como de costumbre, después de los cómputos y fiestas movibles, las estaciones y pronósticos de los meses y cuartos de Luna, aderezados la mayoría con algunos versos, de entre los cuales he escogido los siguientes, como menos indecentes o más intencionados:

[Fol. 10 v.]

«Un argonauta velígero
se queda con rostro pálido
porque al león más colérico
la cuartana deja lánguido.

Un estadista muy rígido
pretende, sin ser gramático,
hacer conjugar a un Príncipe
desgraciado, el verbo *vápulo*.»¹

¹ Se refiere indudablemente a D. Ricardo Wall, que empezó su carrera militar como marino e ingresó luego en el Ejército. El autor del *Piscator*, excelente latinista,

[Fol. 15 v.] «El marido que cuartos
quiere y dinero,
lleve como la luna
primero cuernos.

Y esta certeza
en jamás se le caiga
de la cabeza.»

[Fol. 16.] «Están cuatro ministros
de gabinete
pensando en cierta cosa
sin entenderse.

Y el uno ha dicho,
gran cosa es lo que callo,
me han entendido?

Respondióle el más docto
con sobrecejo,
nosotros, solo, amigo
nos entendemos.

No habrá ni ha habido
hombres a nuestras solas
más entendidos.»¹

[Fol. 24] «Ya no dan las Prebendas,
grados y honores
sino empeños, regalos
y sumisiones.

Y a un estudiante
con estas zancadillas
derriba un paje.»

[Fol. 25.] «No eres tu el Sol? pues como cortos astros
presiden el celeste pavimento
y siendo tus vasallos, se levantan
con la divina rienda del gobierno
.....

debió usar el verbo *vápulo* con cierta malicia, pues siendo en latín de forma activa, tiene la significación pasiva, no sólo de *ser azotado*, sino también *ser murmurado* o *criticado*; lo que ofendería a Wall.

¹ Eran entonces secretarios del despacho, además de Wall: de Marina, el bailío frey Julián de Arriaga; de Guerra, D. Sebastián Eslava; de Hacienda, el marqués de Valdeparaíso, y de Gracia y Justicia, el marqués del Campo del Villar.

Escucha, bien está, los atendidos
arbitrios que te den tus consejeros
y desprecia o admite sus avisos,
pero escribe, tu solo, los Decretos.»¹

[FOL. 26.]

«Más matan los Doctores
con sus recetas
que tomates, pepinos
y berengenas.

Dios nos remedie:
por matar, han jurado
matar la muerte.»

Años hacía que se había propagado en España la publicación de estos calendarios o almanaques, imitación probable de los italianos, y a ello se dedicaron escritores de renombre con el suyo propio y otros con seudónimos: «Basilio Pholt de Pyzagra», «José Herramelluri Pérez de Guzmán el Bueno», «Alexos de Torres» (éste, de Zaragoza), y el mismo D. Diego de Torres Villarroel, que los cultivó mucho tiempo.

El doctor Valdemoros había publicado en 1755 una *Disertación phísica: Origen y formación del terremoto padecido el día 1.º de Noviembre de 1755...*, dedicada al duque de Frías, y *El Piscator Complutense y primer Teólogo astrólogo...* (Año 1755. Su autor, don Francisco Solem, Profesor de Teología en la Universidad de Alcalá².) No carecía el autor de ingenio, y sin apelar a chistes chocarreros, empieza este *Piscator* para 1755:

«La forzosa obligación de continuar mi carrera, me obligó a dexas la Patria y baxar al famoso Compluto. Ya señalado el día de mi marcha, compuse el triste ajuar de un estudiante, que en unos habitos, quatro camisas y dos chupas está cifrado. La noche antecedente dormí a pierna suelta, sin los cuidados de que se me olvidara algo importante. Tan entregado estaba al sueño que en grande rato no oí las voces, los gritos y patadas que mi criado conductor daba en la puerta. A fuerza, en

¹ No puede ser más clara la alusión a Fernando VI.

² Hay ejemplar en el expediente.

fin, de maldiciones, juramentos y porvidas, y lo que es mas, el ruido que causa una piedra, con que rompió un encerado de papel que estaba en el quarteron derecho de mi ventana, desperté.»

No podían faltar algunos versos:

[PÁG. 20] «Un avaro está malo
de sabañones,
por que a el solo le afligen
cosas que comen.
El Doctor le ha mandado
se ponga un parche,
que a este solo le curan
cosas que agarren.»

[PÁG. 22] «Un Letrado (que bien hecho)
perdió un ojo en un Estrado:
el izquierdo es, que un Letrado
nunca perderá el *Derecho*.
Y con deseos sangrientos,
si alguno le fuere a ver,
aunque le pida Poder,
le presenta *Pedimentos*.»

[PÁG. 23] «Una Doña Fulana
por la Comedia,
ni ollas tiene, ni platos
ni aun la Cazuela.
La mujer que no gusta
de la cocina.
si acaso logra olla
será podrida.
Yo te haría, por Christo,
con un buen leño,
ya que de ollas no gustas,
hacer pucheros.»

Pero los productos líquidos obtenidos de la venta de un *Piscator* eran bien exiguos. No se conoce lo que ganó el autor con el de 1755. Debió ser poco, y por ello extremó su desfachatez en el siguiente

año, con el resultado contenido en el balance del librero Juan de San Martín, de la calle de la Montera¹, que a continuación insertamos:

«Se han impreso 500 mpleares del *Piscator Complutense*.

Distribución:

| | |
|--|-----------|
| En 28 Diciembre entregado al autor..... | 32 |
| id. para la <i>Gaceta</i> | 6 |
| 29 id. para el Notario..... | 7 |
| 30 id. para la Biblioteca..... | 1 |
| 30 id. al autor para Alcalá..... | 50 |
| 1.º Enero 1756 al Sr. Martínez..... | 2 |
| id. id. Librería del Escorial..... | 1 |
| Recogidos por orden del Juez de Imprentas..... | 36 |
| Vendidos al público..... | 365 |
| | <hr/> 500 |

VENTA

Importan los 365 ej. vendidos a 1 r. y $\frac{1}{2}$ uno... 547 r.s y $\frac{1}{2}$

GASTOS

| | |
|--|---------------|
| Impresión: a 34 r.s cada pliego y tiene 5..... | 170 r.s |
| Cinco resmas de papel a 27 r.s cada una..... | 135 — |
| Encuadernación a 12 r.s el ciento..... | 60 — |
| | <hr/> 365 r.s |

| | |
|-------------|-------------------------------|
| Venta..... | 547 r.s y $\frac{1}{2}$ |
| Gastos..... | 365 — |
| | <hr/> 182 r.s y $\frac{1}{2}$ |

Ciento ochenta y dos reales y medio le produjo al estudiante su *Piscator*, sin contar los cinco años de destierro. Y aunque hubiera vendido toda la edición, su producto hubiera sido unos trescientos y tantos reales. Poco, desde luego; pero esos reales, dado el valor

¹ Pieza quinta.

de la moneda entonces, hubieran librado de alguna penuria a la pobre viuda de Almazán y al mismo estudiante, evitándole en ocasiones comer *bofes* o *chofes*, que dan nombre a una clase de estudiantes, o la *bazofia*, que con gran espíritu de caridad y ninguno de limpieza se formaba del modo que explica el título XIV de las *Constituciones de la Universidad de Alcalá*¹:

«Item ordenamos y mandamos que todo lo que sobrare de comida en el Refitorio del Colegio Mayor, se vaya echando por un familiar, el pan en una cesta y la vianda en una cazuela que ha de haber en la última mesa a la entrada del Refitorio, sin que del se pueda sacar ninguna cosa de lo que así sobrare de las porciones, para ninguna persona, aunque lo mande el Rector ni todo el Colegio y en saliendo la Comunidad del Refitorio, el Familiar Refitolero ha de repartir todo lo que hubiere sobrado de pan y vianda a trece estudiantes pobres... y estos pobres los nombra el Rector todos los años el día de Todos los Santos.»

Abundantes serían las raciones; ¡pero qué repugnantes! Sólo estómagos jóvenes y hambrientos podrían soportar el deglutir aquella ingrata mezcla de sobras de comida, sin cubiertos y con los dedos, que hacían el oficio de tenedores y aun de cuchillos; la cuchara únicamente funcionaba como en las *asadonadas* mencionadas en la *Introducción*.

La cuestión de educación, limpieza y aseo personal de los estudiantes de Alcalá no se refleja mucho en las *Constituciones*, tan detallistas, de la Universidad y de los Colegios Mayor y Menores; es cierto que en el título XVI, número 19, mandan «para el gasto de agua se libre al Algibero mayor treinta ducados y veinte fanegas de cebada cada un año»; y en el número 23, «para la mula de la noria se libren veintidos fanegas de cebada y para paja y gastos de reparos de la noria, once ducados cada un año». Había agua en la Universidad, y el Henares no interrumpía su curso ningún día; pero se ignora cómo se empleaba, y la dedicada a beber no sería mucha, pues bien se fijaba (título XVI) la ración diaria de vino en media azumbre por persona.

¹ *Constituciones de la Universidad. Alcalá, 1716. (A. H. N., Universidades.)*

En el título LXXIV, que trata de los Colegios menores, se habla también de los porcionistas, o sea de los que tenían estudiantes a pupilo; y en los números 108, 109 y 110 se les ordena que la ración ordinaria de cada estudiante sea «una libra de carnero de 16 onzas y alguna fruta para principio y postre, y el pan que fuere menester; y algún desayuno leve y por la tarde algo para poder beber... y todo se ha de dar a sus horas muy bien aderezado y con toda limpieza y puntualidad. Que se les dé un candilón de hoja de lata con su pie y el aceite necesario para estudiar tres horas de noche y tres por la mañana; les hagan las camas y barran el cuarto cada día y les den ropa limpia de camisa, calzoncillos y calcetas cada semana y cada 15 días las sábanas y almohadas de la cama; y el estudiante había de buscar las ropas de la cama y alhajas (*sic*) del cuarto». Pero éstos eran los pudientes.

¿Se cumplirían todas estas oportunas disposiciones?

La minuciosidad de las *Constituciones* llegan al curioso ejemplo siguiente:

«Estatuto XVIII. — La clausura del Colegio. — Núm. 4. Item, ordenamos que el Rector visite todos los aposentos y Colegio, después de cerrada la puerta, quando le parezca conveniente, y por lo menos una vez cada semana y a qualquiera persona, que hallare dentro del Colegio, aunque sea sin culpa suya, y aunque sea citado del Rector u de otra persona, sea llevada a la librería y por la ventana que cae sobre la puerta principal, sea hechado en una cesta con una maroma fuerte, que para ello ha de haber y los familiares acudan a ejecutarlo para que baxe con seguridad, en que no pueda dispensar el Rector ni toda la Capilla lo qual se cumpla debajo de las penas de la *Constitución* y mas 50.000 maravedís para la nuestra Cámara en que se condena al Rector y Consiliario...»

Un poco nos hemos alejado del *Piscator*, por la intención de dar algunos detalles de intimidades domésticas de la vida universitaria complutense.

En la requisita practicada por orden del alcalde Cehegín se encontraron en la librería de Juan de San Martín los ejemplares indicados en el balance, y ninguno en otras de la plaza de la Cebada,

calles de Toledo, Atocha, Montera, Puerta del Sol y gradas de San Felipe, respondiendo todos «que estaba ya prohibido y recogido por el Señor Juez de Imprentas y que no le hallaría aunque diera un doblón de a ocho por él»; y las mujeres ambulantes dijeron que habían vendido algunas docenas de ellos y «que si le tuvieran había habido hombre que ofrecía por cada uno quanto quisieran pedir»¹.

Razón tenía D. Juan Curiel al decir cuánto mueve la curiosidad y aviva en todos el deseo de ver cualquier impresión recogida. De esta rigurosa persecución del *Piscator* se originó, aunque poco estimable, una rareza bibliográfica, porque en el expediente de Estado no quedó ejemplar; el destinado a la Biblioteca Real fué devuelto después de la requisa, gracias a la seria reclamación del bibliotecario mayor, D. Juan de Santander; pero no existe en la actual Biblioteca Nacional. Ignoro si estará en la de El Escorial. Algún día podrá aparecer en desconocida biblioteca.

VI.—EL AUTOR Y VICTIMA

Y ¿quién era el autor del *Piscator*, cuya publicación había movido este estrépito y enturbiado las relaciones entre tan altas personalidades?

Un pobrísimo estudiante de Alcalá, doctor en Sagrada Teología por la Universidad de Osma —grado que recibió, con dispensa de la Nunciatura Apostólica, a los veintiún años—, nacido en Almazán, con madre viuda y siete hermanos menores que esperaban con ansia sus triunfos académicos para alivio de su situación, y que vivía en el Colegio de Irlandeses, de Alcalá, hospedado probablemente de caridad.

Algunas diligencias se realizaron para averiguar su verdadero nombre y domicilio y notificarle la orden del rey, excediéndose los ministros de la Justicia en sus deberes, puesto que procedieron a encarcelarlo en Alcalá y preso fué trasladado a Madrid, como criminal de importancia. Veamos cómo:

En virtud de orden del gobernador del Consejo², recibida por el corregidor de Alcalá, en 31 de enero, a las nueve de la noche, dis-

¹ Pieza quinta.

² Idem cuarta.

puso su cumplimiento, y al siguiente día se personó en el Colegio de Clérigos menores, donde se decía en la orden estaba D. Francisco Valdemoros; pero el superior manifestó que había error, pues el que estuvo de criado en aquella casa se encontraba en Toledo a pretender curatos, y nunca se había ocupado en escribir pronósticos «ni tenía tal habilidad».

Se preguntó al librero D. Carlos del Castillo, donde se recogieron los pronósticos, y éste dijo que el autor se llamaba D. Francisco Martínez Molés Valdemoros, era profesor de Teología y vivía en el Colegio de Irlandeses. En éste se advirtió había salido a misa. Se le buscó en «dos juegos de trucos», donde tampoco estaba, y se pasó el día sin verle, porque el rector y colegiales de Irlandeses no avisaron su presencia al corregidor, como les habían encargado. Al fin fué notificado el día 2, y preguntado cuándo quería salir a su destierro a las ocho de la noche, dijo: «Ahora vamos», y al llegar a la plaza del Mercado, otro ministro de Justicia, con autorización para ello y diciendo «¡Favor al rey!», se aseguró del D. Francisco, y todos juntos, escribano y corchetes, lo llevaron a la cárcel, «por partes no sagradas».

Efectivamente, el alcalde D. Cristóbal de Cehegín, lleno de celo en el cumplimiento de las órdenes del omnipotente ministro, había enviado a Alcalá nueva requisitoria con un oficial de Sala para prender, de orden del rey, que no la había dado, a D. Francisco Martínez Molés y remitirle a la cárcel de Corte. Sin duda, el buen alcalde veía ya próximo el premio de su diligencia en estos autos tan criminosos con la plaza de oidor o presidente de una Audiencia o Chancillería¹.

El 3 de febrero, por la mañana, el corregidor de Alcalá requería en la cárcel la salida del estudiante, formalmente entregado al escribano y alguacil, quienes, auxiliados por dos soldados del regimiento de Saboya, habían de conducir al *criminal*, en una calesa que estaba a la puerta, *por camino que no toque ni pise en lugar sagrado*, a la cárcel de Corte.

¡Satisfecho debió quedar Cehegín al saber cómo sus colaboradores seguan excediéndose, requiriendo hasta *escolta militar*!

¹ Cesó como alcalde de Casa y Corte el 20 de mayo de 1760. Por decreto de 29 de febrero de ese año fué nombrado ministro del Consejo de Ordenes militares, y al mismo tiempo se le concedió el hábito de Santiago (A. H. N., *Ordenes militares*, Santiago Expte. 1.848.) Sus pruebas se aprobaron el 5 de mayo.

La calesa con sus ocupantes salió de Alcalá a las doce de la mañana, y a cosa de las cinco y media entregaban en la cárcel de Corte al preso, *conducido desde Alcalá libre de inmunidad eclesiástica*.

Se observará que por tres veces se insiste en hacer constar que el preso no ha ido a la cárcel de Alcalá ni a la de Madrid con sus conductores pisando lugar sagrado, y que estaba libre de inmunidad eclesiástica. De tal modo temían que la Iglesia, con bastante justicia, hubiera defendido a un clérigo suyo, pues lo era, aunque de clase ínfima.

El 5 de febrero de 1756, en la cárcel de Corte, ante el alcalde Cehégín, comparece el que declaró ser D. Francisco Martínez Molés de Valdemoros, soltero, de veinticuatro años, estudiante, graduado de doctor en Teología en la Universidad de Osma, residente en Alcalá hacía cuatro años para continuar sus estudios, ordenado de primera tonsura, sin poseer capellanía ni renta eclesiástica, ni estar adscrito a iglesia alguna por haberse ordenado a título de suficiencia, y se había mantenido a expensas de su tío D. José Martínez Molés, vecino de Madrid y empleado en casa del marqués de Murillo.

Escribió el *Piscator* y lo remitió a su tío, que corrió con las licencias, aprobación e impresión, cuyo coste había de pagarse con el producto de la obra.

Reconoce el original como suyo, y también son escritos por él los dos impresos que se le exhiben¹. No se valió de persona alguna para escribir aquél, siendo su propósito *divertir la ociosidad, haciendo digresión de otros estudios mayores, no con ánimo de ofender a nadie*. Usaba diversidad de apellidos *por haberle parecido indecente a la facultad que principalmente profesa ocuparse en otras inferiores, cual es la Astrología*.

El 24 de febrero de aquel año se presentaba el desterrado ante el alcalde mayor de Zaragoza. Nada se sabe de cómo hizo el viaje,

Debió llegar a su noticia el indulto de los religiosos informantes. porque desde Zaragoza, en 25 de mayo de 1756, elevaba al rey un memorial por conducto de D. Ricardo Wall, al que también suplicaba con el lenguaje ampuloso y ditirámico propio de aquel tiempo,

¹ Pieza quinta. Eran estos impresos la *Disertación física... del terremoto y el Piscator* para 1755, ya citados.

pidiendo su indulto. Usaba de la adulación con maestría, pues entre otras cosas le decía al ministro: «Verdad es que ninguna privanza se ha fundado en más sólida base: porque, ¿qué Ministro hasta ahora ha llevado su empleo con tanta dignidad, tanta integridad, tanta habilidad como V. E.? quien ha juntado la solidez de la Prudencia humana con la Política más recta sino V. E. en quien mira la España, oye la Europa y publica el Mundo trascender la Justicia las demás virtudes para formar este tiempo el mas glorioso de nuestro Reino? Que mucho que nuestro augustísimo Monarca haya establecido a V. E. en el superior cargo que ocupa, si nuestro soberano, nacido para delicias de los españoles, no podía dejar a los votos que ansiadamente hacían para la elevación de V. E.» Pero, sin embargo de tanto incienso, no ahorrado tampoco en el memorial al rey, ni siquiera fué decretada su petición.

Algo hay que rectificar en su escrito al rey, donde dice, para extremar y avivar lo triste de su situación, «se ve pasando una pobreza desdichada en un país extraño, sin posibilidad de continuar su carrera scholastica, negado a la esperanza, con que prometía su afán, el amparo de una Madre y siete Hermanos». Aquí se le fué la pluma, como en el *Piscator*, al estudiante teólogo. Llamar país extraño a la hospitalaria y «muy benéfica» ciudad de Zaragoza es tremenda ligereza y absoluta ignorancia. Su pobreza continuaría, no hay duda; pero bien se puede afirmar que en el Seminario, en la Universidad de Cerbuna, o en último caso en el Refugio, no le darían de comer la *bazofia* formada y prevista en los colegios de Alcalá, con las sobras del refectorio, para los estudiantes pobres. Además, allí pudo recibir las Sagradas órdenes, señal de que no estaría tan solo y falto de protección, como suele suceder en país extraño de verdad.

El indulto no lo consigue hasta el 27 de febrero de 1760, en virtud de decreto autógrafo de Wall, que dice: «Indultado y que se abstenga de semejantes escritos.» Todavía le escocían al ministro los versos del chofista y el verbo *vápulo*. En el nuevo memorial al rey hace constar que es presbítero, que no ha podido conseguir el indulto, y sin embargo a los aprobantes se les concedió a los cuatro meses, y que por acto de la real clemencia se le tuviera presente en las consultas de provisiones del Real Patronato.

Aquí hubiera terminado el presente artículo del *Piscator Complutense*, si al consultar los copiosos índices de nuestra Biblioteca

Nacional, en busca del librejo, no hubiera encontrado al doctor Martínez Molés como traductor de Bossuet¹. La natural curiosidad me hizo buscar el expediente de impresión² de las *Meditaciones sobre el Evangelio* del obispo de Meaux, y de él he podido deducir nuevos datos biográficos del autor del *Piscator*.

No produjo escándalo esta nueva obra del doctor D. Francisco; pero sí algún rozamiento con la Real Academia Española, ignorándolo él, al menos oficialmente.

Presentada la traducción del primer volumen, con su prólogo, en el Consejo el 18 de junio de 1769, fué enviada a censura del dominico fray Baltasar de Quiñones, quien la dió favorable en 13 de noviembre, así como la aprobó el vicario eclesiástico; pero en 6 de diciembre el Consejo remitió la traducción a la Real Academia Española para nueva censura, que evacuó en 20 de enero de 1770, según informe de los académicos D. Juan de Aravaca y D. José Vela, que la Academia hizo suyo, y en él advierte: «Aunque el traductor, generalmente hablando, guarda exactitud y usa una regular gramática y lenguaje castellano, examinada por menor, hemos notado bastantes descuidos en la formación de los tiempos y muchas voces desconocidas en la lengua castellana que hacen desagradable su lectura...» Como ejemplo de estas deficiencias señalaba como no castellanos los vocablos *misántropo*, *famélicos*, *céntuplo*, *impiadoso*, *perclusos* y algunas frases poco correctas a su juicio. Pero donde extremaba su crítica la Academia era en la parte del prólogo dedicada a referir cómo un consejero y camarista de Castilla le animó a traducir las obras de Bossuet. Según la Academia, en la especie de apología por la virtud y religión de ese ministro «le injuria mucho más que le alaba». El consejero y camarista a que aludía el traductor era don Pedro Rodríguez Campomanes, tercer director de la Real Academia de la Historia y más tarde numerario de la Española. En el prólogo, su elogio anónimo es abundante; tal vez peque de indiscreto; y en el original aparecen cuidadosamente tachados sus cargos de fiscal y director de la Academia de la Historia; pero no se necesita mucha pericia paleográfica para poder leer lo que se intentó ocultar.

¹ Tradujo y se imprimieron las *Meditaciones sobre el Evangelio* y la *Defensa de la declaración del clero de Francia de 1682*.

² Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, Impresiones, leg. 5.531, exp. 3.

El Consejo, en vista de la acre censura de la Española, dió traslado de ella al traductor, sin decir, naturalmente, de dónde procedía, y en cuanto al prólogo, lo retuvo, mandando hiciese otro nuevo.

El antiguo estudiante de Alcalá, con abundante graforrea y pedante suficiencia, contestó a la censura, para él anónima, satisfaciendo los reparos puestos; y en vista de ello, el Consejo, reservadamente, envió la obra original, su traducción, censura y respuesta al trinitario fray Alonso Cano, de la Real Academia de la Historia, «para que en vista de una y otra arregle como juzgue conveniente las voces y cláusulas censuradas de la traducción y cualesquiera otras si en ellas hallare justo reparo».

Fray Alonso Cano cumplió su cometido el 17 de abril. Aproximadamente en la mitad de las tachas acepta las voces del traductor y mantiene las otras, y termina: «No advierto inconveniente antes si notoria utilidad en que se de a leer en nuestro idioma una obra tan excelente en materia de religión y piedad, como difícil de traducir por la elevación y laconismo de su estilo.»

Con este dictamen se conformó el Consejo, que concedió la licencia de impresión del tomo primero, y más tarde, en julio de 1771, la de los tomos segundo, tercero y cuarto, previo informe de fray Baltasar de Quiñones y aprobación del vicario eclesiástico.

El padre Quiñones llama al traductor «Abad de Villafranca», que no es otro que D. Francisco Martínez, cuya letra, firma y rúbrica son las del autor del *Piscator*, D. Francisco Martínez Molés. Mucho había subido el buen doctor teólogo en pocos años: nada menos que hasta la abadía o colegiata de Villafranca del Bierzo, del señorío de los marqueses del mismo título; había sido capellán del convento de la Anunciación de la misma villa, y en ésta tenía su casa el conde de Campomanes. Bien supo manejarse el avisnado chofista, aparte, naturalmente, de los méritos y virtudes que son de suponer. No repetiría:

«Ya no dan las Prebendas
grados y honores,
sino empeños, regalos
y sumisiones.

Y a un estudiante
con esas zancadillas
derriba un paje.»

El es quien habría «zancadilleado» a muchos, asegurándose la protección de personajes de calidad: Campomanes, los marqueses de Villafranca, la duquesa del Infantado, a quien dedica la traducción...

Hora es ya de poner punto final a estas cuartillas, sumario reflejo de un ligero matiz de la vida y costumbres de aquellos tiempos, no por pasados mejores que los presentes, aun con las variadas anomalías que diversas circunstancias imponen a los nuestros. El estudiante de Alcalá, ávido de dinero, saturando su lenguaje de los adjetivos más soeces y de las comparaciones más indecentes, escribe lo que podría llamarse grosera degradación de la novela picaresca, pero queriendo pintar con burdos brochazos las exageraciones—muchas sin gracia alguna—de ese género literario, su vida y la de sus compañeros de estudios y de briba, y al mismo tiempo hacer feroz y grotesca mofa de solemnes actos académicos, ya decaídos. Las críticas políticas, la obsesión de burlarse de los maridos demasiado pacientes o ciegos y de los médicos son usuales y corrientes en todos los escritores satíricos.

Si es lícito parodiar a la inversa el conocido aforismo *Mens sana in corpore sano* en relación con este impreso, podría afirmarse que es difícil haya espíritu limpio en cuerpo sucio; y este abandono rezuma de todo el *Piscator* censurado.

Nadie se acuerda de las *buenas costumbres*, tan apreciadas en las censuras: ni al benedictino ni al carmelita, censores favorables; ni al vicario eclesiástico, aprobante; ni a los funcionarios del Consejo de Castilla, por cuyas manos pasa el original, choca ese lenguaje desenfadado, chabacano, grosero hasta la indecencia, demostración evidente, no diré de que fuera el habitual, pero sí el tolerado sin escandalizar, en el ambiente público. A *doblón*, decían los vendedores ambulantes, hubieran podido colocar los ejemplares recogidos, que valían a real y medio.

Y en verdad, fueran cualesquiera los verdaderos móviles de la conducta de D. Ricardo Wall en este asunto, es el único que se acuerda de aquellas buenas costumbres. ¿Por ser el fácil asidero para reprochar al Consejo y a Curiel? Es posible.

En fin, el chofista de Alcalá, convertido en reverendo y respetado abad de Villafranca del Bierzo, ante su mesa pulcra y sustanciosa, puede que recordara melancólico los «potentísimos pipotes de

arroz» con despojos ovejunos al comer las golosinas del convento de la Anunciación. Y entre sus bártulos de ahora, más abastecidos, como es de rigor, no dejaría de guardar muy cautamente sendos ejemplares de sus *Piscadores*, con los cuales recordaría, añorándolos, dos sazonados ingredientes de la vida pasada: la juventud y la alegría.

MIGUEL GÓMEZ DEL CAMPILLO.

UNA ESCUELA MADRILEÑA DE BORDADO

En el reinado de Carlos III, se crearon en España las Sociedades Económicas de Amigos del País. Su objeto está definido en el siguiente artículo de sus estatutos (título I, artículo 2.º), impresos en Madrid en 1775 por Pedro Marín, y que dice así: «Su instituto es conferir y producir las memorias para mejorar la industria popular y los oficios, los secretos de las artes, las máquinas para facilitar las maniobras y auxiliar la enseñanza.»¹

Basándose en esto, una bordadora, doña Josefa Joaquina Ruiz de Careaga, presentó a la Sociedad Económica de Madrid, en agosto de 1780, un memorial solicitando se le diese plaza de maestra para enseñar a bordar a punto de tambor.

La Sociedad estudió esta petición, y le pareció bien crear una escuela de bordado, porque pensó que tendría gran éxito, y de este modo fomentaba aquel ramo de la industria.

En aquellos finales del siglo XVIII, la moda imponía las telas tejidas con sedas e hilos metálicos², y los bordados de plata, oro y lentejuelas en casacas, trajes y uniformes.

Nadie mejor que Goya puede decirnos cómo eran los vestidos de sus contemporáneos. El retrató a los reyes y a los aristócratas; pero también buscó sus modelos entre las clases populares, y en el atavío de los personajes de sus cuadros y cartones para tapices centellean las lentejuelas y los hilos metálicos de los bordados.

¹ A. H. N., Archivo de Osuna, leg. 320.

² Dato curioso, que puede leerse en las *Memorias económicas y políticas* de don Eugenio Larruga (Madrid, 1787, t. I), es que las telas y gasas tejidas con hilos de oro y plata las vendía en Madrid el gremio de joyeros.

No es extraño que en «La familia de Carlos IV» la reina María Luisa luzca un vestido de raso blanco bordado en oro y una sobrefalda de tisú de oro bordada con lentejuelas de plata (fig. 1); ni que la reina de Etruria lleve un vestido de gasa bordada en oro, y que las casacas de Carlos IV y su hijo Fernando sean, una, de terciopelo, y otra, de seda, bordadas en plata. En el mismo estilo está ataviado el resto de los personajes que componen el grupo.

También brillan los bordados de oro y plata en otros cuadros, retratos de la reina María Luisa, como aquel en el que aparece con un enorme miriñaque, y en las casacas de los retratos de Carlos IV.

Pero dejando a un lado la familia real y fijándonos en los personajes de la serie de cartones para tapices que se conservan en el Museo del Prado, veremos que el bordado en metales lo usaban en sus vestidos no sólo los reyes y príncipes, damas y caballeros, sino también los majos y las manolas, los artesanos y los vendedores.

En «El cacharrero», una dama, como guardada en un fanal, asoma tras el vidrio de una carroza, y a través de él brillan los bordados de oro, velados por las gasas que componen su atavío.

Labradores acomodados deben de ser los protagonistas del cartón «La boda»: la novia luce un vestido de seda azul salpicada de motas doradas, con un delantal de la misma tela adornado con franjas bordadas en oro, anchas bocamangas de tisú del mismo metal y la falda rematada con tres franjas doradas (fig. 2). Es natural que el vestido de una novia sea más rico que el que lleve a diario; pero podemos fijarnos en otros cartones en que los personajes no llevan, seguramente, sus vestidos de gala. Por ejemplo, «La maja y los embizados»: también ella luce en su vestido bordados de oro (fig. 3).

En «La merienda a orillas del Manzanares» vemos a una mujer con una cesta de naranjas al brazo; probablemente es una vendedora, y sin embargo, su falda es de seda tejida con oro, y también es dorada la franja que lleva al borde (fig. 4).

Y así podría seguir citando ejemplos; pero reanudaré el relato de la fundación de la Escuela de Bordados en Madrid.

Se examinó a doña Josefa Joaquina para ocupar la plaza, a crear, de maestra, el día 16 de diciembre de 1780, y se la juzgó muy instruída en todo género de bordados, «así de punto de tambor como

en blanco y con metales, y en estado de poder enseñar la referida manufactura¹, por lo que la Sociedad estimaba conveniente crear una escuela pública y gratuita, al frente de la cual estaría dicha maestra.

Los señores de la Junta se encargaron de redactar un reglamento, y decidieron que la misma enseñanza sería provechoso se extendiera a los colegios reales de Santa Isabel y Loreto, San Antonio, Monte Rey y Leganés y a los conventos de religiosas.

Siguieron con lentitud los trámites para la creación de la Escuela, y en 31 de marzo de 1782, D. Antonio de la Quadra, director que era entonces de la Sociedad, recibió una real orden, comunicada por el conde de Floridablanca, en la que le hacía saber que Su Majestad había asignado a doña Josefa Joaquina, «sobre el Producto de *Gazeta y Mercurio Económico*, trescientos ducados anuales, con obligación de que mantubiese abierta una escuela de bordar a punto de tambor, en blanco, y con metales, bajo la inspección de la Real Sociedad, para cuyo efecto se le satisfaría por cuenta del mismo fondo, el alquiler de la Casa que ocupase»².

Se instaló la Escuela en el cuarto bajo que habitaba doña Josefa en una casa propiedad del duque del Parque, sita en la plazuela de Leganitos, muy a propósito para el fin a que se la dedicaba, por tener amplias salas donde dar las clases; pero poco tiempo estuvo allí, porque después vivió esta señora en las calles Mayor y de las Infantas.

El reglamento, que hasta entonces no se había hecho, lo formaron en 22 de agosto de 1782³ los señores conde del Carpio, D. Juan Francisco Alday y D. Manuel Codes.

Se estipulaba en él que la maestra tenía la obligación de enseñar a las discípulas pobres que admitiera la Sociedad, y de su cuenta sería proveer a éstas de bastidores, agujas, dibujos, sedas, hilos, festones, flores y modelos, así como de telas para bordar.

Las discípulas tenían el deber de respetar y obedecer a la profesora, y ésta, por su parte, el de inculcar en aquéllas el temor de Dios, alabando y bendiciendo su Santo Nombre al entrar y salir de la Escuela.

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 78, núm. 13.

² *Ibid.*, leg. 82, núm. 24.

³ *Ibid.*, leg. 34, núm. 42.

Los trabajos realizados por las discípulas pobres en los seis primeros meses de su enseñanza quedarían a beneficio de la maestra, y pasado ese tiempo se repartiría el producto entre alumnas y profesora a partes iguales; pero si las discípulas llevaban los materiales por su cuenta, quedarían dueñas de su trabajo. De las clases de bordados que allí se aprenderían hablaré más adelante.

El reglamento se pasó a la maestra para que lo leyese e informase; mas esta señora, que debía de tener un carácter muy independiente, encontró defectos en casi todos los capítulos del reglamento, poniendo reparos sobre todo en aquellos que la obligaban a estar controlada por la Sociedad. Quería también hacer contratas por su cuenta con las discípulas, no admitir a éstas más que en el número que a ella le conviniese, y no quería comprometerse a proveer de materiales y utensilios a todas las niñas, sino solamente a cuatro o cinco¹.

Pero a pesar de todos estos inconvenientes que opuso al reglamento, doña Josefa se sometió a medias, y de maestra de la Escuela de Bordados estuvo hasta su muerte, ocurrida en el año 1785. En efecto; en la junta general celebrada el 1 de octubre de dicho año, el secretario dió cuenta del fallecimiento de la Careaga² y se comisionó a D. Francisco Alday para que informase sobre el estado de la Escuela y si era conveniente que siguiera funcionando. Dicho señor informó en 15 de octubre, manifestando que «la Careaga uncam^{te}. había enseñado a bordar alguna Chupa de Mahón; pero no Lienzos, Cotonías, Paño, Seda, Algodón, ni a festonear en batisa, Cambray, Clarín, etc., sin haber enseñado a Oficiala alguna, pues María Rada, que según informes del Marido de la Careaga, había sido de las mejores, y que había frecuentado la Escuela por tres años, debía sus adelantamientos a su Madre.

»Que el corto número de Aprendizaz q^e habían concurrido, habían sido puestas por las Diputaciones, y que la de aquel Barrio la contribuía con seiscientos reales en recompensa de su trabajo, y algunas otras utilidades que la producía la enseñanza a particulares, faltando a su obligación y frustrando las R^{as}. intenciones

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 34, núm. 33.

² *Ibid.*, leg. 82, núm. 24.

de V. M. en el establecimiento de la Escuela, efectos todos de la insubordinación que tubo a la Sociedad, y oposición a las ordenanzas.

»En quanto al particular de si convendría o no continuase dha. Escuela, manifestó le parecía más útil continuase, quando se presentase persona de igual o mayor habilidad que la Careaga, y que su enseñanza fuese de Bordar en Batista, Cambray, Clarín, Algodón, Chupas, Vestidos de Señoras, etc., con calidad de abrazar las ordenanzas que se la prescribiesen.»¹

En 1786, la Sociedad nombró una nueva Comisión, formada por D. Juan Francisco Alday, D. Sebastián de Torres, D. Ignacio María Serrá y D. Juan Antonio de Salas, que informó sobre que sería conveniente continuar con el reglamento hecho para la fallecida doña Josefa², y que habían examinado a las opositoras a la vacante dejada por ella. Eran estas bordadoras doña Vicenta Gutiérrez, doña Jacinta Palacios, doña Isabel Pérez, doña María Rada, su hija y doña Margarita Díez, que resultó elegida.

Se pensó en buscar un local para establecer en él la Escuela, y que fuese céntrico, para «que concurran con más facilidad las niñas ricas que serán, ordinariamente, las que más se dedicarán a esta Industria.»³ La Sociedad tenía noticias de que un Mr. Rey iba a dejar un piso libre en la calle de las Carretas; pero no llegó a desalquilarse.

El 29 de enero de 1787, el conde de Floridablanca se dirigió al administrador de la *Gaceta*, D. Santiago Burafaldi, para que anualmente entregase al tesorero de la Sociedad Económica 3.300 reales, dedicados a la maestra de bordados, más lo que importase el alquiler de la casa donde se estableciese la Escuela, ya que todos estos gastos estaba ordenado que saliesen del fondo de *Gacetas* y *Mercurios*.

Pero en el mes de marzo aun seguían buscando piso, y en 16 de junio del mismo año se hicieron diligencias para ocupar una habitación, que iba a quedar libre, en la casa del conde de Saceda, en el pasadizo de San Miguel, alquiler que tampoco se llevó a efecto.

Por estas fechas aparece, en relación con la Escuela de Bordados, una interesante figura femenina de la época: doña María Josefa

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 82, núm. 24.

² *Ibid.*, leg. 84, núms. 32 y 42.

³ *Ibid.*, leg. 82, núm. 24.

Alonso Pimentel Téllez Girón y Borja, condesa-duquesa de Benavente (fig. 5), casada con el noveno duque de Osuna, dama inteligente, famosa en España y Europa por su estirpe, riqueza y elegancia, en las que podía competir con la duquesa Cayetana de Alba. Protegió a escritores como D. Ramón de la Cruz e Iriarte. Goya decoró su finca, la famosa Alameda de Osuna¹, que ella creó y bautizó «Mi Capricho»; y para que no falte en su vida el detalle castizo, propio de su época, transcribo los siguientes recibos de los gastos que originó la confección de un traje regalado por ella al torero «Pepe Hillo» y que bordó el bordador de su casa, que lo era también de la cámara de Sus Majestades, Bernardino Pandeavenas²:

«Cuenta que io Bernardino Pandeavenas, Bordador, presento por haber bordado un vestido de Majo, y coste de tela y demás cabos, correspondientes al Vestido por Orden de la Exma. Sa Duquesa Condesa de Benavente Arcos &a mi Señora = Dicho Vestido fué para Josef Delgado, en este presente Mes de Octubre de 1788 =

| | |
|--|-----------------------------|
| Primeramte. Materiales de Oro, plata y pied ^s | 2.784 |
| Echuras..... | 1.578 |
| Tela blanca pa los bastidores y seda..... | 036 |
| Sombrero..... | 066 |
| Presilla..... | 060 |
| Medias..... | 064 |
| Redecilla y borla..... | 105 |
| Cuenta del Cordonero..... | 782 |
| Cuenta del Sastre..... | 282 |
| Cuenta del Mercader de los Géneros..... | 1.192 |
| TOTAL..... | 6.949 r^s. |

Bernardino Pandeavenas (rubricado).

Madrid 7 de Nov^e. de 1788.»

* * *

¹ Don Aureliano de Beruete publica en su obra *Goya recibos de las obras hechas por este pintor para la Alameda*.

² A. H. N., Archivo de Osuna, leg. 401, núm. 3.

«Cuenta de la hobra de Cordonería p^a el Bestido y faja de Pepe Hillo por mandado de el Señor Filiz Moreno y es como sigue:

| | |
|--|-------|
| unos hombrillos con Brillantes y las Borlas y el fle- | |
| quillo | 532 |
| Y dos terzias de Rapazejo con Brillantes p ^a la faja .. | 250 |
| | <hr/> |
| | 782 |

resibi Manuel Romero (rubricado).»

* * *

«Cuenta de las hechuras y material de un Bestido con dos Chalecos p^a Pepe Hillo de Horden de mi Señora la duquesa de Hosuna.

| | |
|--|---------|
| hechuras de dho. Bestido y faja | 190 |
| Y 4 1/2 v ^s . de Cotanza, a 15 r ^s ... | 067 1/2 |
| Y Sedas y demás material p ^a dho. Bestido | 025 |
| | <hr/> |
| | 282 1/2 |

Rezivi de el Sor. Bernardino pan de Abena dha. Cantidad
Feliz Moreno (rubricado).»

* * *

Es también curioso el siguiente recibo, que se refiere a gastos de tocador y adorno de la duquesa¹:

«Deve mi Sra. La Condessa de Benavente a Juan Burlet

| | | | |
|---------------|---------------------------|--------|-------|
| En 3 de Sbre. | 2 arrobas de Polvos | a 75.. | 150 |
| de 1780 | alfileres negros | | 20 |
| a la buelta | una Cofia de Luto | | 80 |
| del Campo | 3 baras de gasa | | 25 |
| | | | <hr/> |
| | Suma y sigue | | 275 |

¹ A. H. N., Archivo de Osuna, leg. 390, núm. 10.

| | | |
|---------------|-------------------------------------|------------------------|
| | <i>Suma anterior.....</i> | 275 |
| | 4 arrobas de polvos..... | 300 |
| | 12 Botes de pomada de oso.. a 10.. | 120 |
| | una piesa de sinta Color de poncean | 360 |
| | pelo para el Chignon..... | 80 |
| | boucle..... | 70 |
| | | <hr/> 1.205 |
| en 20 octubre | adelante a la modista Vicente..... | 600 |
| de 1776 | 50 Botes de Pomada..... a 8.. | 400 |
| | | <hr/> TOTAL..... 2.205 |

Recivii dicha cantidad por
mano del Sor. don juan jamboa
en madrid oy 18 de junio de 1781.

juan Burlet (rubricado).•

No sólo en el arreglo del rostro consumiría esta señora tales cantidades de polvos; eran éstos tan necesarios para el peinado, como los postizos que en la cuenta anterior figuran. Con el pelo empolvado nos la presenta Goya en el cuadro que se conserva en el Museo del Prado. (Núm. 739.) Está sentada en una butaca, rodeada de su marido y sus cuatro hijos. Su figura es menuda y suave, vaporosa con su vestido blanco grisáceo, levemente rosado en el corpiño, con unos botones que recuerdan camafeos¹. Las dos niñas, con vestidos semejantes al de su madre, parecen diminutas señoritas con sus abanicos en las manos; ambas son rubias, como sus dos hermanos, que, vestidos de verde con bordados de oro y fajas rosa, juegan, uno, montado en un bastón, y el otro, tirando de una carroza de juguete. El duque lleva traje de terciopelo oscuro bordado en plata (fig. 6).

Veamos ahora qué relación tuvo la duquesa con la Escuela de Bordados. A ella se dirigió la Sociedad Económica, en 27 de julio de 1787², pidiéndole aceptase el cargo de curadora protectora de la

¹ El *Catálogo* del Museo del Prado dice que los botones son de porcelana, con paisajes.

² A. H. N., Archivo de Osuna, leg. 320.



Fig. 1.—GOYA: *La familia de Carlos IV.*
(Detalle: la reina y sus hijos.)

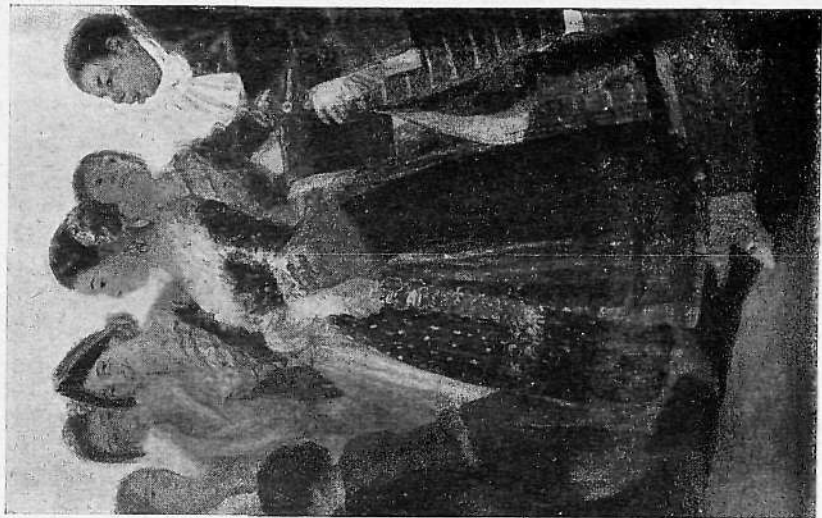


Fig. 2.—GOYA: *La boda.* (Detalle: la novia.)

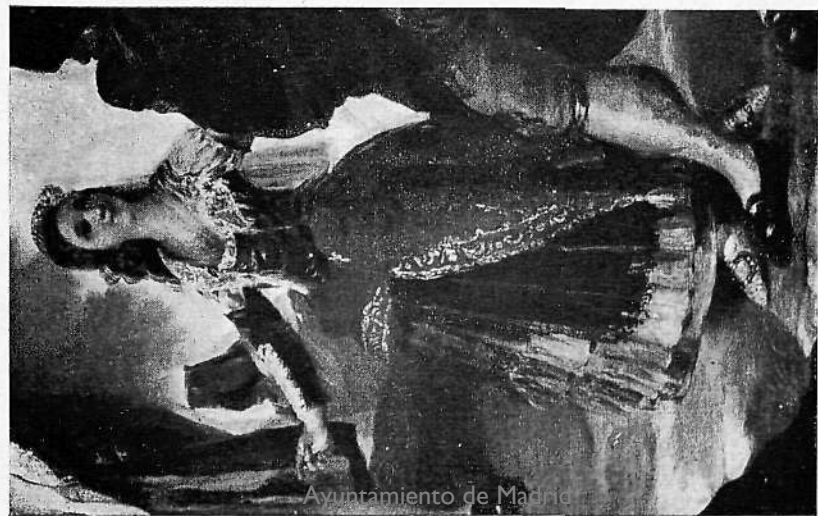


Fig. 3.—Goya: *La maja y los emboscados*.
(Detalle: la maja.)



Fig. 4.—Goya: *La merienda a orillas del Manzanares*.
(Detalle: la naranjera.)



Fig. 5.—GOYA: *La condesa-duquesa de Benavente, duquesa de Osuna.*



Fig. 6.—GOYA: *Los duques de Osuna y sus hijos*,
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

Escuela, que gustosa admitió el 30 de dicho mes y año. Seguramente, la Junta se había dado cuenta de que podría ser beneficiosa la intervención de una mujer, por considerarla más entendida en dichas materias.

Unos meses antes (el 22 de febrero) se había pedido un informe sobre el reglamento a D. Manuel de Ambrona, miembro de la Sociedad Económica, quien consideraba inútil y mal encaminado todo lo que en él se establecía, e insuficientes los 300 ducados asignados a la maestra, si con ellos tenía que proporcionar además los materiales a las alumnas. En cuanto a la enseñanza, decía que «el Bordado de Realze o Relieve rara o ninguna vez se encarga, por ser obra para los Soberanos; el de matizado de oro, plata, estambres, sedas y algodón requiere suma inteligencia en el dibujo e idea para imitar el natural; el de Cañamazo es inútil, y el de Recortados de telas así entendido, y sin otra expresión que no comprenda colgaduras de camas, ornm^{tos}. y otros, recaiendo sobre la palabra vordado, es contra el arte, y fraude del comprador, y solo puede hacerse a combenio»¹.

La condesa de Benavente estudió el reglamento, pidió parecer sobre él a su bordador Pandeavenas, y con la contestación de éste² y lo que su inteligencia le dictó, presentó un informe a la Junta³, en 30 de agosto de 1787, impugnando varios de sus capítulos.

Establecía el reglamento de la Escuela, en el capítulo 5.º, lo siguiente⁴:

«En todos aquellos días en que la Iglesia permite trabajar, estará abierta la Escuela desde las nueve hasta las doce, por la mañana, y desde las dos hasta las cuatro por la tarde en los meses de Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero y Marzo, y en los demás meses, desde las siete hasta las once por la mañana y desde las tres hasta las seis por la tarde, en cuyas horas no podrá faltar la Maestra a la enseñanza de sus Discipulas.»

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 73, núm. 6.

² A. H. N., Archivo de Osuna, leg. 320.

³ *Ibid.*

⁴ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 73, núm. 18.

Y la condesa de Benavente, en su informe, dice:

«El Capítulo 5.º prebiene las oras en que debe entrarse a la Escuela y a mí me parece pudieran ser otras por las razones que manifestaré.

»Nada se necesita más que la práctica de esta enseñanza y por lo mismo es mui del caso emplear quantas oras se pueda en el trabajo. En los meses de Octubre, Noviembre, Diciembre, Febrero y Marzo, sería conveniente entrasen las niñas por las mañanas a las ocho en punto y saliesen a las doce; por la tarde debían entrar a las dos hasta las cinco, pues desde las dos hasta las quatro según está prebenido, apenas hay lugar para tomar la lavor y recojerla. En los demás meses deben entrar a las siete en punto por la mañana, hasta las doce, y por la tarde a las tres, hasta las ocho pues no encuentro justo desaprovechar dos oras de día en Invierno, y tres en verano, y entre éstas las dos más cómodas para trabajar en dicha estación...

»... la Maestra... debe hacer una muestra de todas las clases de bordado que se ha obligado a enseñar delante de las discípulas... para que estas se actuen desde luego de lo que van a hacer, y de la colocación de las manos en el Bastidor, pues de esto depende principalmente la hermosura y brillantez de la labor...»

También en su informe se refería la condesa de Benavente a las clases de bordados que en la Escuela se aprenderían. Pero antes de transcribir su juicio, conviene leer los capítulos del reglamento en los que se especifican con todo detalle. Y dicen así los números 3, 18, 19 y 20:

«3. El obgeto de la Escuela, es la enseñanza de todo género de Bordados en blanco, y principalmente el que llaman de punto y tambor, en todo género de vestidos y ropas, botones, charreteras, etc., con Lana, Estambre, Seda, Plata y Lantejuelas.

»18. Para que no haya duda acerca de los géneros de bordados, que estará obligada a enseñar la Maestra, se expresan aquí, según los nombres que comunmente se les dá en la manera siguiente: el de un haz o dos haces; esto es a una cara,

o dos caras: El de Lantejuelas cargadas, huebos guarnecidos, o a dos puntadas, planchas de oro, y plata de varios colores: el de cartulina o saidalla: el de Broca o hilos llanos; el de Sal-tate-randate: el de Cañamazos: el de recortados de Telas: el de China o cadeneta: y el de punto torcido, al qual se le dá también el nombre de chinesco.

Tambien será obligación de la Maestra enseñar el punto de matices de Sedas, Lanas, Estambre y Algodón: El de Felpillas matizadas, y el de aguadas en la parte que sepa, mediante a que para enseñarlo con perfección imitando al natural, no tiene la inteligencia que es necesaria, en el modelo y dibuxo.

»19. Las Telas que con preferencia se empleará el bordado, serán aquellas que más se consumen en el Reyno, y así la Maestra enseñará a bordar en punto de tambor en Lienzos, Cotones, paños, sedas, rasos lisos y otros géneros de Telas y Algodones que tanto se gastan en la Corte y en otros Pueblos principales; y a festonear perfectamente en batista, Cambray, Clarín, Algodón, etc. de suerte que estas labores sean de dura, y no como el Bordado de Cadeneta, que suelen traer algunas bueltas de fuera del Reyno, que en breve se deshacen.

»20. Enseñará también a bordar en todo género de vestidos, como Casacas, Chupas, Calzones, Zagalejos, Delantales, y así mismo botones, charreteras, etc. con Lana, Estambre, Algodón, seda, oro, plata y Lantejuelas, según lo pidiere quien encargase la obra, procurando siempre el buen gusto, color y permanencia en el dibuxo y bordado, de modo que iguale en lo posible a los que vienen de fuera.»

Sobre estos capítulos informa la condesa lo siguiente:

«No hay clase de bordado de quantas prescribe el Reglamento, que no sean precisas y de vso; pero devo decir, que el bordado de bueltas de Muselina, y festonear, corresponden a las Maestras de coser y no a quien borda en Bastidor.

»El punto de Tambor es mui bueno, fácil y de mucho consumo; pero carecemos en España de algunas cosas que son indispensables para que salga con perfección, pues el hilo de plata y oro, que llaman cama de araña, no le tenemos aquí de la calidad que se requiere, pues no es tan delgado, cubierto ni pastoso como el que usa el extranjero, y así desluze el trabajo

en que se emplea. Además falta la máquina más esencial que es el cilindro por donde debe pasar esta especie de bordado, y que tienen en Ytalia y Francia de varios anchos, para darle el lustre y asiento que se nota en los que vienen de fuera. Por esto yo ceñiría el punto de Tambor o cadeneta, que es lo propio, a sólo lana y seda, y el género en que se bordase que fuese precisamente de color, y sólo blanco en siendo tela de seda, y enteramente omitiría este género de bordado en Muselina con hilo, hilo de plata y oro, y de estos dos últimos materiales jamás me serviría, pues en sabiendo las niñas el punto, lo mismo es ejecutarlo con seda o lana que con otro material; y siendo tan costoso el de oro y plata, y no pudiendo salir perfecto lo que se trabaje con él, por las razones dichas, soy de parecer no se exerciten las niñas en él.

»Si la Maestra no tiene un conocimiento más que regular del dibujo y de éste enseña algo a sus discípulas, será imposible aprendan estas a matizar, aunque bordarán matizando siempre que se las presente el dibujo colorido, pues le copiarán sabiendo la clase de bordado en que debe hacerse; pero no serán capaces, sin esta muestra, de matizar por sí solas, ni de saber donde corresponde el claro y oscuro.»

Los señores que habían redactado el reglamento exigían demasiadas cosas a la maestra. No hay más que leer el capítulo 15, que dice así:

«Convendrá también que la Maestra enseñe especialmente a las Discípulas, en quienes advirtiese disposición, a hacer los instrumentos, y en especial las agujas, respecto a ser tan necesarias, y haber tan pocas personas que sepan hacerlas.»

A lo que la de Benavente contestaba en su informe:

«Nada tiene que ver con la enseñanza de bordados el hacer los materiales y instrumentos que se necesitan para estas labores, pues es Ramo mui distinto, y el Bordador más acreditado no emplea en esto su tiempo; si no se surte de lo preciso de las Tiendas y demás parajes donde se fabrican o venden los géneros. Sólo Dn. Francisco Tolosa, tiene en su Casa, y esto con

separación del Obrador, las máquinas que se requieren para tirar oro, plata, torcer estos materiales, hacer planchas de Talco, lantejuelas, &^a; pero todo esto es perteneciente a un Tirador, y mui costoso para que lo costee la Maestra, ni la Escuela, y así no juzgo, deva, ni pueda enseñarlo, aunque se haya obligado a ello; y menos las agujas, pues estas aun las que se hacen aquí, son de mui mala calidad, y no las mas a proposito para hacer buena lavor...»

Quizá la Sociedad Económica, en vista del buen trabajo llevado a cabo por la duquesa de Osuna, en esta y otras actividades que tenía a su cargo, pensó que las damas no eran del todo inútiles y que podrían ayudar en las numerosas tareas por la Real Sociedad emprendidas. Y así, en un memorial dirigido a la mencionada señora en 23 de septiembre de 1787, se dice que «... quan conveniente sería establecer en esta Corte, una Junta de Señoras de Honor y de Mérito, que regularmente y con separación traten de los mejores medios de promover la virtud, la aplicación y la industria de su sexo...»¹; términos que se repiten en otro memorial² enviado a la misma dama, cinco días después, anunciándole que por aclamación había sido nombrada presidenta de dicha Junta en el momento de constituirse.

Esta Junta tenía varios establecimientos sobre qué velar, como explica el artículo 7.º del «Orden con que han de tratar las materias en la Junta de Señoras»³, y que dice así:

«La Junta nombrará Curadoras para las cuatro Escuelas Patrióticas de hilar (establecidas en los respectivos distritos de otras tantas Parroquias de Madrid) y para la de bordados, que aún no está establecida. Las de hilar lino y algodón están situadas: La de San Martín en la calle de los Reyes; la de San Sebastián en la calle de las Huertas y la de San Ginés en la calle de las Infantas. La de San Andrés que es la de hilados de lana, está junto a la Orden tercera de San Francisco...»

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 78, núm. 11.

² A. H. N., Archivo de Osuna, leg. 820.

³ *Ibid.*

Vemos, pues, que eran varias las escuelas que mantenía la Sociedad Económica, y que la de Bordados, aunque tenía nombrada maestra, que era doña Margarita Díez, no había vuelto a funcionar desde la muerte de la Careaga.

Otra escuela existía, de la que no se hace mención en el anterior artículo, y que también dependía de la Real Sociedad: la de Encajes, establecida en la Casa de Desamparados, edificio que ya aparece en el plano de D. Pedro Texeira «Topografía de la villa de Madrid» del año 1656, con la indicación de que es para los «Niños que gimen desamparados», situado en la calle de Atocha. También esta escuela tenía su reglamento, del que conozco un ejemplar impreso por D. Antonio Sancha, «Impresor de la Real Sociedad», del año 1784¹ y que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, en el ya mencionado legajo 320 del Archivo de Osuna.

El rey, para dar pruebas de que consideraba útiles todos estos trabajos que llevaba a cabo la Sociedad Económica a beneficio de la nación, quiso que «la Princesa nuestra Señora y las Señoras Ynfantas D^a María Ana Victoria y D^a María Josefa se alistasen como Socias de la Real Sociedad de Damas»², noticia que comunicó el conde de Floridablanca, el 11 de octubre de 1787, al secretario de la Sociedad Económica de Madrid.

Formaba parte de la Junta de Damas lo más florido de la aristocracia madrileña, y se nombró secretaria a otra distinguida señora de la época, que más adelante fué abuela de una emperatriz: doña María Francisca de Sales Portocarrero y Zúñiga, condesa del Montijo, que por entonces tendría poco más de treinta años.

En las minutas de cartas que a continuación copio, cruzadas entre la presidenta y la secretaria de la Junta, se adivina una sonrisa maliciosa y zumbona de la Montijo al pensar en el chasco que se llevaría una de las señoras de «Honor y de Mérito» al presentarse en Palacio con un vestido inadecuado para un besamanos al que asistiría la Junta³.

¹ Sobre él ha escrito un artículo D. Mariano Rodríguez de Rivas en la *Revista de las Artes y los Oficios*. (Núms. 17 y 18, octubre-noviembre 1945.)

² Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 78, núm. 9.

³ A. H. N., Archivo de Osuna, leg. 320.

Montijo:

«Querida María Pepa: En vista de tu papel he avisado a todas las señoras de Besamanos, y habiéndose escusado éstas me ha parecido que para ir alguna de las que no son, era más regular fuese una de las más antiguas, por lo que he avisado a Da Teresa Losada que a admitido como verás por su respuesta que te incluyo; no he querido avisar a ninguna de las Damas por las razones que tenemos hablado; tu dispondrás lo que gustes y quedo tuia de corazón.»

Benavente casada:

«Querida María Francisca: Respecto que ha admitido Da Teresa Losada solo falta que esta avise quando tenga el vestido de corte y esté pronta pues hasta este caso no puedo pasar a pedir día y hora a la Camarera; te debuelvo su papel de admisión y quedo tuya de corazón.»

Montijo:

«Querida mía de mi vida: Ayer después de la Junta pensé pasarme por tu casa, pero no se me pudo componer, para decirte se había leído en la Junta el elogio de la Infanta Da Mariana i la Junta determinó se llevase hoy a la Junta general para que se lea en ella por las Señoras. La Losada dice que ya está pronta, y que puedes pedir la hora quando gustes, pero si nos la dan el Domingo será chasco para ella, porque el vestido que se ha hecho es de luto, y aquel día es día de gala, y quedo tuia de Corazón.»

Se fué pasando el año 1787, entró el 88 y la Escuela aun no estaba establecida definitivamente. Desde la muerte de la Careaga no había vuelto a funcionar con normalidad.

La maestra que había de sustituirla estaba nombrada; pero no llegó a ejercer el cargo, pues el 5 de abril de 1788 D. Juan Francisco Alday dió cuenta en la junta ordinaria que se celebró ese día que doña Margarita Díez, «Maestra nombrada con aprobación

de S. M. para la Escuela de Bordados que ha de establecerse en Madrid, en virtud de su Real Orden¹, había fallecido.

Puede decirse que después de la muerte de esta señora fué cuando verdaderamente la Escuela funcionó como tal y entró en período de producción.

En 20 de septiembre de 1788 mandó la Junta de Señoras que se insertase para su publicación el siguiente anuncio en el *Diario*²:

«Se halla vacante el Magisterio de la Escuela de Bordados establecida en esta Corte de orden de S. M. por la Rl. Sociedad Económica y ahora baxo la dirección de la Junta de Señoras de honor y mérito: Su dotación es de 9 R^s. vellón diarios y Casa; los Maestros o Maestras que quieran sugetarse al exámen se presentarán en el término de quince días en Casa de la S^{ra}. D^a María del Rosario Cepeda de Gorostiza, Segunda Secretaria de dicha Junta: Vive Calle de la Montera, fuente de Sn. Luis N^o 38, quarto segundo.»

A la convocatoria acudieron seis maestros. Fué elegido José Nieto, que tenía la ventaja sobre los demás de que su mujer y su hija política eran bordadoras. La primera, Isabel Pérez, «tenía la habilidad de Bordar en blanco y executar los acolchados del mismo modo q^e. en Francia, proporcionándola Madama Flaman este género de Bordados, de quien fué Discípula, y después Pasanta por espacio de diez años³. Su hija, María Rada, sabía «bordar todo género de sedas y metales», y había trabajado en la Escuela cuando la Careaga vivía. El, por su parte, se comprometía a dibujar y dirigir el obrador, como estaba acostumbrado a hacerlo en el de su propiedad.

El 28 de enero de 1789 se examinó a José Nieto en presencia de la condesa del Carpio, de doña María de los Dolores Beytía, la marquesa de Someruelos y la de Altamira, y fué contratado por cuatro años, contrata que se renovó a su término por otros cuatro.

Se comprometió a recibir en la Escuela a veinticuatro niñas, de las que dieciséis aprenderían con su hija María Rada todo género de bordados en seda y metales; a las restantes enseñaría su mujer a

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 78, núm. 8.

² *Ibid.*, leg. 78, núm. 13.

³ *Ibid.*, leg. 82, núm. 25.

bordar en blanco y acolchado, y al cabo de los cuatro años estarían capacitadas para trabajar por sí mismas en cualquier obrador. Él proporcionaría los materiales para la enseñanza, y a las más aplicadas las gratificaría al segundo año con un real diario; al tercero, con dos reales, y al cuarto, con cuatro, y si después querían quedarse en el obrador como oficiales, les pagaría por cada pieza concluida su justo valor.

El producto del trabajo de las muchachas sería para el maestro, ya que era él quien ponía los materiales. Las niñas no serían menores de doce años para el bordado en seda y metales, y de nueve a diez años para el acolchado y en blanco; serían examinadas cada seis meses, y tendrían parte en la distribución de premios hecha a las escuelas patrocinadas por la Sociedad. Ésta proporcionaría un sacerdote que las enseñase la doctrina cristiana, teniendo además la maestra que cuidar de repasársela. El maestro recibiría al término de los cuatro años una gratificación de 200 reales por cada alumna que presentase perfectamente enseñada¹.

La mayor dificultad para establecer la Escuela seguía siendo encontrar local a propósito. En 1789 piensa la Sociedad pedir el «cuarto principal que se halla desalquilado en la Puerta del Sol sobre la tienda de D. Franco. Pérez»², y por fin, cuando el año terminaba, ya la Escuela estaba en pleno funcionamiento, lo que hace suponer que habrían conseguido piso adecuado para su instalación.

Por otra parte, la familia de bordadores encargada de la enseñanza debía de saber bien su oficio, y ayudada por la Sociedad, introdujo mejoras en su sistema. Ya la condesa de Benavente, dos años antes, en su informe sobre el reglamento, decía que la dificultad para el bordado en metales estaba, no sólo en la calidad del hilo empleado, sino en la falta de «la máquina más esencial que es el cilindro por donde debe pasar esta especie de bordado». Pues bien; para subsanar estos defectos, la Sociedad Económica se obligó a contribuir con cuatro reales diarios vitalicios a la flamenca doña Isabel Brechimier, que se comprometió a descubrir y enseñar a los maestros de la Escuela de Bordados «el secreto del cilindro para el bordado con Ylo de oro al Tambor y enseñarles del mismo modo a lavar las piezas que se deban

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 78, núm. 13.

² *Ibid.*

lavar¹. Por su parte, José Nieto se comprometió a comunicar el secreto al maestro que le sucediese en el cargo, y a sus discípulas cuando llevasen cuatro años de aprendizaje. En caso de que él falleciere, sería su hija, María Rada, la encargada de transmitir el secreto².

Los exámenes de las alumnas debían celebrarse por San Juan y Navidad. Así, con arreglo a esto se efectuaron los primeros exámenes en diciembre de 1789, en los que se emplearon los materiales que indican los siguientes recibos³:

«Razón de los Materiales y demás géneros que se gastaron en el Examen de las Niñas de la Escuela de bord^o en el Mes de Dizbre. de 1789:

| | |
|---|---------------------------------------|
| Primte. 1 $\frac{1}{2}$ v ^s . de Grod ^r . a 36 r ^s | 54 r ^s . v ⁿ . |
| Id. 1 $\frac{1}{2}$ v ^s . de Raso a 32..... | 48 |
| Id. $\frac{1}{3}$ de Muselina a 48 v ^a | 16 |
| Id ^m . de seda torcidillo y regular..... | 54 |
| Id ^m . Materiales de oro pied ^s . y Esmaltes.. | 68 |
| Id ^m . 1 v ^a de lienzo para forro del Colchado.... | 06 |
| | <hr/> |
| | 246 r ^s . v ⁿ . |

Ruí. Josef Nieto (rubricado).»

* * *

«Razón de los Materiales que se gastaron en el primer Examen en la Escuela de Bordados:

| | |
|--|----------------------|
| Para 3 Carteras de punto de tambor 3 g ^s . de tela grodetur..... | 27 r ^s . |
| Sedas para bordarla... .. a 36..... | 45 r ^s . |
| Para 2 yd. y una tapa..... 3 g ^s . yd..... | 27 |
| Por el Canutillo, lantej ^s . y piedras: sedas de Matiz y de tambor p ^a bordarlas... .. | 140 r ^s . |
| Por el Raso, lienzo y sedas del colchado... .. | 28 r ^s . |
| Murselina p ^a muestras de bueltas..... | 12 |
| | <hr/> |
| | 279 |

Rví. Josef Nieto (rubricado).»

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 78, núm. 13.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

La Escuela fué adquiriendo importancia durante los cuatro primeros años que José Nieto y su familia estuvieron al frente de ella; tanto, que la Sociedad renovó por otros cuatro años la contrata¹.

Los encargos abundaban, y los reyes mandaban bordar allí sus vestidos². De las cuarenta y ocho educandas ingresadas, habían salido perfectamente enseñadas once, bordando en color, y siete en blanco; de las primeras, seis habían llegado a oficialas, y el maestro las daba por su trabajo más de once reales diarios, con lo que se cumplía uno de los fines de la Escuela: el de dar ocupación retribuida a las mujeres. En cambio, aquélla estaba mal dotada con 300 ducados, y fueron varias las veces que, tanto José Nieto como la secretaria de la Junta, pidieron que se aumentase la consignación.

Por el año 1793 estaba instalada en la calle de Bordadores; ocupaba el piso segundo de una casa propiedad de la Congregación de San Felipe Neri. Como Nieto se había comprometido a enseñar a veinticuatro niñas y llegó a reunir cincuenta, se pensó en buscar un local mayor. Entonces quedó vacío el cuarto de al lado, al dejarlo libre la Escuela de Blondas, que se trasladó al edificio del Hospicio, y de este modo se amplió la de Bordados.

El alquiler, como dije anteriormente, se pagaba de los fondos consignados para *Gacetas* y *Mercurios*, que no solían llegar con puntualidad, y por ello, en varias ocasiones, la Congregación de San Felipe Neri tuvo que reclamar alquileres atrasados. Uno de los cuartos rentaba 1.800 reales, y el otro, 1.100, y se debían pagar en dos plazos: cada medio año. En septiembre de 1800, la Escuela debía a la Congregación 5.100 reales³.

No he visto documentos que hablen de la Escuela pasado el año 1800. De tres años antes es el siguiente comunicado de la condesa del Montijo, que nos dice cómo seguía trabajando la Escuela en el vestuario de importantes personajes⁴:

«La Sora. Da. Maria Josefa Panes Curadora interina de la Escuela de Bordados presentó en la Junta de ayer el chaleco que se dispuso hacer en la misma Escuela para el

¹ Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 78, núm. 12.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, leg. 78, núm. 13.

Exmo. Sr. Príncipe de la Paz, con el obgeto de experimentar las sedas que dió la Rl. Sociedad, y habiendo parecido mui bien a la Junta y después de haberlo aprobado en todas sus partes, acordó le pasase a V. S. a fin de que se sirva hacerle presente a la Rl. Sociedad.

Nro. Sr. gue. a V. S. m^s. a^s.—Madrid 12 de Agosto de 1797.

La Condesa del Montijo (rubricado).

Secret^a.

S^or. D. Policarpo Saenz de Texada Hermoso.»

Y aquí terminan los datos que he podido obtener sobre esta madrileña Escuela de Bordado, que, por la moda de aquella época y la protección regia, debió de alcanzar gran importancia.

MARÍA VICTORIA GONZÁLEZ MATEOS. •

APENDICE

(Copia certificada del Reglamento formado por la clase de Yndustria para el gobierno de la Escuela de Bordados.)¹

«Reglamento formado por la Real Sociedad Económica de Madrid para gobierno de la Escuela gratuita de Bordados, baxo la Real Protección de S. M.:

1.º Se establece desde luego esta Escuela gratuita de Bordados, bajo la Real Protección del Rey nuestro Señor, por cuya real munificencia se han consignado a la Maestra, Trescientos Ducados anuales, y el pago del alquiler de la Casa.

2.º Estará esta Escuela al cargo de la Real Sociedad Económica de Madrid como S. M. tiene mandado para que la dirija, y gobierne por medio de la clase de Industria, y Curadores que esta nombre, con su aprobacón.

1 Archivo de la Sociedad Económica Matritense, leg. 73, núm. 18.

3.º El objeto de la Escuela, es la enseñanza de todo género de Bordados en blanco, y principalmente el que llaman de punto y tambor, en todo genero de vestidos y ropas, botones, charreteras etc. con Lana, Estambre Seda, Plata y Lantejuelas.

4.º Será obligación de la Maestra enseñar las Discípulas pobres, que admitirá en la Escuela, precediendo el consentimiento de los Curadores.

5.º En todos aquellos días en que la Iglesia permite trabajar, estará abierta la Escuela desde las nueve hasta las doce, por la mañana, y desde las dos hasta las cuatro por la tarde en los meses de Octubre, Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero y Marzo, y en los demás meses, desde las siete, hasta las once por la mañana y desde las tres hasta las seis por la tarde, en cuyas horas no podrá faltar la Maestra a la enseñanza de sus Discípulas.

6.º Será de cuenta de la Maestra proveer de bastidores, agujas, dibujos, seda, hilos de lino, plata, y oro, festones, flores, y demás modelos del bordado, como igualmente de las Telas para bordar, a las Discípulas pobres; cuidando con especial esmero de que los modelos sean de gusto y de uso, y que las Discípulas no imiten los caprichosos, contra las reglas del arte del dibuxo.

7.º Para evitar este inconveniente, y estender el buen gusto en este ramo de Industria, deberá la Maestra presentar a los Socios Curadores, los dibuxos, en que las Niñas aprendan, y los demás modelos en que trabajen.

8.º Tambien deberá presentar a los Curadores las muestras de todos los Bastidores, agujas, devanaderas, tornos, torcedores, y demás instrumentos de la labor y enseñanza.

9.º Para que los Socios Curadores se instruyan de esto y de los trabajos de las Discípulas, destinarán un día cada semana, en el que tendrán sus Juntas, en las cuales tomando noticias de la Maestra, acordarán lo que tengan por conveniente a cerca de lo que ocurra en la Escuela.

10. Las que desearan entrar en ella, lo habrán de solicitar por medio de la Maestra, y será obligación suya, antes de admitirlas, dar noticia a los Socios Curadores para que acuerden lo

conveniente a su admisión, evitando parcialidades. Tampoco podrá la Maestra sin su consentimiento excluir Discípula alguna de la Escuela.

11. Las Discípulas deberán tener respeto, y obediencia a la Maestra, atendiendo con humildad sus Consejos, y recibiendo con cuidado las instrucciones que las diere para su enseñanza, procurando adelantar en aquella labor a que se las destine, y dando en todo pruebas de su aplicación, y si en alguna llegase a ser notable la falta de subordinación, será despedida de la Escuela.

12. La Maestra de su parte procurará imprimir en quantas asistan a ella el temor de Dios, y hará que así al entrar, como al salir de la Escuela alaben y bendigan su Santo nombre, con las oraciones que se acostumbra en las demás Escuelas. Su porte y acciones darán tambien muestras de modestia, y compostura, para que en todo reciban las Niñas buen exemplo.

13. No las permitirá la Maestra cantares inmodestos, ni visitas que las distraigan; cuidará de que trabajen con separación, y orden constantes; que entren y salgan de la Escuela a las horas señaladas, advirtiendolas vayan en derechura a sus Casas, encargando a las mayores, dirijan a ellas las más pequeñas, y que si buenamente pudiesen, las dejen en poder de sus Padres, evitando que se extravien.

14. Comenzará la Maestra la enseñanza de sus Discípulas, manifestandoles con claridad, y paciencia, el manejo y uso de los Tambores, Bastidores, agujas, dibujos, y demás instrumentos del Bordado, y despues todas las operaciones pertenecientes a este.

15. Convendrá también, que la Maestra enseñe especialmente a las Discípulas en quienes advirtiese disposicion a hacer los mismos instrumentos, y en especial las agujas, respecto a ser tan necesarias, y haber tan pocas personas que sepan hacerlas.

16. Las instruirá asi mismo en el torcido de todo género de pelos, lanas, estambres, Algodones, sedas, y demás materiales que se hayan de emplear en los bordados, telas, o vestidos, haciendolas notar el gusto en la variedad, y mezcla de los Colores, de que resulta, que son tanto más agradables, quanto más imitan la naturaleza.

17. Instruidas en esto las Discipulas pasará despues la Maestra a poner en práctica su enseñanza por lo más facil, deteniendose solo lo necesario en cada grado, hacia la perfeccion, y sin pasar atropelladamente por ellos: bien entendido que al fin de cada quatro años ha de dar enseñadas las Discipulas. Y para que no se descuide esta obligacion tan importante habrá dos exámenes por San Juan y Navidad de cada año, bajo las mismas reglas que se practican los de las Escuelas Patrióticas, para averiguar por grados el adelantamiento de las Discipulas, y buen desempeño de la Maestra; de cuyas resulas se dará cuenta a nuestra Real Sociedad, acompañando los trabajos de las Niñas, para que inteligenciada de todo, pueda hacerlo presente a S. M. como está mandado. Y a fin de que se proceda en los exámenes con el debido conocimiento, se hará una separación metódica de toda esta enseñanza, dividiendola en ocho partes, con expresion de primera, segunda, etc. para que sobre ellas respectivamente se vayan haciendo los exámenes.

18. Para que no haya duda acerca de los géneros de bordados, que estará obligada a enseñar la Maestra, se expresan aquí, según los nombres que comunmente se les dá en la manera siguiente: el de una haz o dos haces; esto es a una cara, o dos caras: El de Lantejuelas cargadas, huebos guarnecidos, o a dos puntadas, planchas de oro, y plata de varios colores: el de cartulina, o saidalla: el de Broca, o hilos llanos: el de Saltate-randate: el de Cañamazos: el de recortados de Telas: el de China o de cadeneta: y el de punto torcido, al qual se le dá tambien el nombre de chinesco.

Tambien será obligación de la Maestra enseñar el punto de matices de Sedas, Lanas, Estambre y Algodón: El de Felpillas matizadas y el de Aguadas en la parte que sepa, mediante a que para enseñarlo con perfeccion imitando al natural, no tiene la inteligencia que es necesaria en el modelo y dibuxo.

19. La Telas que con preferencia se empleará el bordado, serán aquellas que más se consumen en el Reyno, y así la Maestra enseñará a bordar de punto de tambor en Lienzos, cotones, paños, sedas, rasos lisos y otros generos de Telas y Algodones que tanto se gastan en la Corte y en otros Pueblos principales; y a festonear perfectamente en batista, Cambray, Clarín, Algodón etc. de suerte que estas labores sean de dura, y no como el Bordado de Cadeneta, que suelen traer algunas bueltas de fuera del Reyno, que en breve se deshacen.

20. Enseñará también a bordar en todo género de vestidos, como Casacas, Chupas, Calzones, Zagalejos, Delantales, y así mismo botones, charreteras etc. con Lana, Estambre, Algodón, seda, oro, plata y Lantejuelas, según lo pidiere quien encargase la obra, procurando siempre el buen gusto, color, y permanencia en el dibuxo, y bordado, de modo que iguale en lo posible a los que vienen de fuera.

21. Para evitar dudas y motibos de quexa en adelante, y fomentar la enseñanza de esta Escuela, y la aplicación se previene, que quanta obra hagan las Discipulas pobres en los primeros seis meses de su enseñanza, ha de quedar a beneficio de la Maestra, y despues de los seis primeros meses, se habrá de partir por mitad la ganancia de qualquiera obra util, entre la Maestra y aquella Discipula que la haya executado, mientras permanezca en la Clase de Educanda. Si las Discipulas supliesen los materiales, serán dueñas de su trabajo, aunque la Maestra las haya subministrado las ahujas, bastidor, y otros instrumentos, y concurrido con su instrucción.

22. Si la Maestra tuviese alguna obra de bordado por su cuenta, y quisiese valerse para dar cumplimiento a ella, de algunas Discipulas inteligentes, deberá interesar en su producto a las que hayan concurrido a dicha obra, según el convenio y arreglo que hiciese, con intervención de los Curadores.

23. Si algunas personas de conveniencias, quisiesen embiar a esta Escuela a sus hijas o recomendadas, pagarán a la Maestra por razón de la enseñanza, la cantidad en que se convinieren, con acuerdo de los mismos Curadores.

24. Habrá un Libro en la Escuela en el qual se asentarán los nombres de las Discipulas, el día de su entrada, y despedida, y los adelantamientos especiales que hubieren hecho, y al margen del asiento de cada una, se notará la que hubiese aprovechado.

25. Los Socios Curadores de esta Escuela, procurarán hacer se guarde entera igualdad en la enseñanza con todas las Discipulas, y un trato uniforme y dulce: en inteligencia de que la Sociedad promoverá su aplicación, dando parte a S. M. de todos los adelantamientos.

26. Ultimamente los propios Curadores cuidarán de la puntual observancia de estas Ordenanzas, y darán parte a la Clase, y esta a la Sociedad, siempre que con la variacion de los tiempos, conven-

ga suprimir, añadir o enmendar algún Capítulo: bien entendido que la Maestra ha de estar y pasar por lo que en esta parte se determine, y al exacto cumplimiento de los Capítulos de este Reglamento, a cuyo fin luego que se haya aprobado por la Real Sociedad, se la enterará de él, y lo firmará para que en ningún tiempo pueda alegar ignorancia.

Madrid veinte y dos de Marzo de mil setecientos ochenta y siete.

He formado este nuevo Reglamento de orden de la Clase de Yndustria, con arreglo al anterior y adicciones y modificaciones acordadas en la Junta de veinte y dos de este mes, y habiendole leído en la de hoy, quedó aprobado.—Madrid veinte y nueve de Marzo de mil setecientos ochenta y siete.—Antonio Blanco.—He visto y leído con toda reflexión el contenido de los Capítulos de este Reglamento los quales me allano y obligo a cumplir, segun y como en ellos se contiene. Y para que conste lo firmo juntamente con mi Marido en Madrid a cinco de Abril de mil setecientos ochenta y siete.—Fausto Diez Rodriguez.—Margarita Diez.

Es copia del original que queda en la Secretaría de la Real Sociedad de mi cargo.—Madrid veinte de Abril de mil setecientos ochenta y siete.—Policarpo Saenz de Texada Hermoso (rubricado).•

UN ASUNTO SENSACIONAL EN LA CORTE DE FELIPE IV

(EPISODIO DE LA VIDA DEL CARDENAL MOSCOSO)

Para los aficionados a truculencias, que siempre los hubo, fué pródigo, hasta henchirles las medidas, el año 1654.

Comienza con la ejecución, en 28 de enero, del caballero realista inglés Guillermo Sparch o Sparkes, uno de los que asesinaron a Antonio Ascham, representante de Crómwelล์ cerca de la Corte española, para vengar en él la muerte en el cadalso de Carlos I; sigue con la pena de garrote cumplida en la persona de D. Juan Hurtado de Tapia, contador de Multas de Su Majestad, que no contento con haber envenenado a su primera esposa, y animado por la impunidad en que quedó aquel crimen, eliminó de igual forma a la segunda, aunque ésta vez con peor suerte, porque descubierto el delito, hubo de pagar de una vez ambos desafueros, entregando su cuello al verdugo; y por último, el bárbaro asesinato del virtuoso teniente cura de San Justo y capellán de la ermita de San Isidro D. Juan de Lasalde, al que un hijo del zapatero del rey, en un rapto absurdo de celos, pues era bien pública la vida intachable del sacerdote, sin más que por hallarle hablando con la esposa del agresor, la hirió a ella gravísimamente y partió el corazón de una puñalada al clérigo, dándose después a la fuga, sin que a la Justicia le fuese posible hallarle para hacerle purgar su sacrílego crimen.

Pero aun dando no poca materia a las hablillas del Mentidero todas estas tragedias, por la calidad de víctimas y autores, ninguna apasionó tanto ni dió lugar a mayores comentarios ni a más sonadas consecuencias que la dramática muerte del marqués de Cañete,

ocurrida el 8 de agosto del referido año, que ocasionó una violenta pugna entre la potestad eclesiástica, defendida enérgicamente por el cardenal arzobispo de Toledo, D. Baltasar de Moscoso Sandoval, y la Justicia civil, representada por el corregidor de Madrid, por el Consejo de Castilla y hasta por el propio monarca Felipe IV, y que durante varios meses mantuvo bastante esquinadas a ambas potestades.

Pero antes de entrar, como diríamos en términos procesales, en el estudio del «hecho de autos», muchas de cuyas particularidades permanecen todavía en el misterio, debemos indicar las fuentes de información de que nos hemos valido para su mejor conocimiento.

* * *

Figuran en primer término las tres biografías del cardenal Moscoso, cuya personalidad es, por decirlo así, el eje de todos los acontecimientos que pasamos a referir.

Cronológicamente, la más antigua es la del jesuita padre Alonso Andrade¹; sigue la de D. Andrés Passano de Haro, capellán de Reyes Nuevos de Toledo², y por último, la del madrileño fray Anto-

¹ Biblioteca Nacional, sig. 2-35491. «Idea del | Perfecto Prelado, | en la vida | del Eminentísimo | Cardenal D. Baltasar de | Moscoso y Sandoval, Arçobispo de Toledo, | Primado de las Españas | por el P. Alonso de Andrade, de la | Compañía de Jesús, natural de Toledo, Calificador del Consejo | Supremo de la Santa y General Inquisición | Dedicale | al Eminentísimo Señor Don Pascual de | Aragón Cardenal de Santa Balbina, Arçobispo de Toledo Prima- | do de las Españas, Canciller Mayor de Castilla, del Consejo de Esta- | do de Su Magestad y de la Junta de Gobierno Vniuersal de la | Monarquía && | Con licencia en Madrid | Por Josef Fernández de Buendía, Año 1668». (Procede el ejemplar de la Biblioteca Nacional del Real Convento de San Gil, de Madrid.)

² Biblioteca Nacional, sig. 3-8,087. «Exemplar eterno | de Prelados, | Impresso en el corazón y executado | en la vida y acciones | del Emo Sr. | El Señor Don Baltasar | de Moscoso y Sandoval | Presbítero Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, | del Títvlo de Santa Cruz en Ierusalem, Obispo | de Iaén, Arzobispo de Toledo, Primado de las | Españas, Canciller mayor de Castilla | del Consejo | de Estado de Sv Magestad y de la Junta del | Gobierno de esta Católica | Monarquía | escrito | por Don Andrés Passano de Haro, | Capellán de Su Magestad el Rey Catholico de las Españas, nues | tro Señor, en su Real Capilla de los Señores Reyes Nuevos en la | Santa Iglesia de Toledo, Secretario y Gentilhombre de | Cámara (que fué) de su Eminencia | dedicado al Eminentísimo Señor | el Señor Don Pascual | de Aragón | Cardenal de la Santa Iglesia de Roma | del Título de Santa Balbina, Protector de España | Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas | Canciller Mayor de Castilla, del Consejo | de Estado de Sv Magestad y de la | Junta de Gobierno de | estos Reynos | Con privilegio | En Toledo. Por Francisco Caluo, Inpressor de su Magestad, Año de 1670.»

nio de Jesús María¹, carmelita descalzo. Añádanse a ellas las incluidas en diversos diccionarios y enciclopedias y en varios relatos históricos relativos a la época, todas con datos de segunda mano y que nada añaden a las mencionadas biografías.

En cuanto al hecho mismo de la muerte del marqués y sus consecuencias inmediatas, hay dos fuentes principales de información: una, los conocidos *Avisos* de Barrionuevo², y la segunda, una *Relación anónima*, que creemos inédita³ y que a nuestro entender es de gran valor para formarse idea clara de los sucesos. Referencias muy sintéticas de los mismos aparecen en unos apuntes hechos por mano de cierto Miguel de Soria⁴ y en un estudio eruditísimo y bien documentado, como todos los suyos, que publicó D. Armando Cotarello Valledor⁵.

Hay entre las versiones de los biógrafos del cardenal, los *Avisos* de Barrionuevo y la relación anónima diferencias de detalle, aunque convengan en lo esencial; pues las primeras, por su carácter apolo-gético (dos de ellas lo son hasta en los títulos) y escritas años después de los sucesos, presentan a menudo el aspecto de «verdad oficial» elaborada «a posteriori» para justificar determinadas actuacio-

¹ Por su indudable interés, transcribo la portada de esta obra según un ejemplar admirablemente conservado en el archivo del Ayuntamiento de Toledo: «Don Baltasar | de Moscoso i Sandoval, | Presbytero Cardenal | de la I. R. | Del Título del Sta. Cruz | en Ierusalem | Arzobispo de Toledo | Primado de las Españas | Canciller maior de Castilla | del Consejo de Estado, i Iunta de Gobierno | Universal de la Monarquía | describible F. Antonio de Jesús María | Natural de Madrid, religioso | Descalzo de la Reforma de N. Señora del Carmen | en ocho libros | que dedica | al Ilustrísimo y Reverendísimo Señor | Dean, | I Cabildo | de la Santa Iglesia Patriarcal | de Toledo, Primada de las Españas | Con un Índice de los Libros, I de los Capítulos, Otro de las cosas notables | Con Privilegio | En Madrid: Por Bernardo del Villa-Diego Impresor del Rei N. S. Año de MDCLXXX».

Debo el conocimiento y consulta de este libro a mi docto compañero D. Clemente Palencia, académico de la Real de Bellas Artes de Toledo y archivero de su Ayuntamiento, a quien reitero por ello nuevamente mi gratitud.

² Publicados por el señor Paz y Meliá en los tomos 94, 96, 99 y 103 de la Colección de Escritores castellanos, conforme al original manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, sig. H-100-2397.

³ Está contenida en el legajo número 1.683 de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

⁴ «Libro de las | cofas memorables q̄ an fucedido desde | el año de mil y quinien | tos noueta y nueve | efcritas por mano de Miguel de Soriã e Madrid». Manuscrito de la Biblioteca Nacional núm. 9.856.

⁵ *Don Mateo Segade de Bogueyro, arzobispo de Méjico*, por Armando Cotarello Valledor. (*Revista de Indias*, 1943.)

nes del prelado, en tanto que las segundas son, al decir de sus autores, relatos de testigos oculares que exponen los sucesos a medida que se van desenvolviendo, y presentan, por tanto, mayores caracteres de evidencia.

* * *

Tomando como base la *Relación anónima*, resulta que el sábado 8 de agosto de 1654 el marqués de Cañete fué muerto por un criado suyo, aragonés, «que dió a S. E. una estocada por la espaldilla porque le llamó cornudo». Barrionuevo, en sus primeros *Avisos*, nada dice de cómo ocurrió el suceso, comenzando su relato con el de la erección del cadalso, limitándose a manifestar que la causa de ello era la muerte del marqués de Cañete. En cambio, las referencias biográficas—aunque con errores—respecto a las personas de agredido y agresor, que luego señalaremos, son más detalladas y se enlazan más lógicamente con los acontecimientos posteriores. Reproduzcamos textualmente las palabras del carmelita fray Antonio: «Estando don García Hurtado de Mendoza, sexto Marqués de Cañete, tan empeñado en reñir a un pobre lacayo suyo..., volvió por el mismo criado su caballerizo, que era D. Antonio Joseph de Hamada, caballero catalán. Enfadóse tanto el Marqués de que procurase irse a la mano, que sacó la espada contra él. Bajóse retirando D. Antonio por una escalera, hasta que un coche que estaba dentro del zaguán, le detuvo. Sacó entonces la espada para defenderse, precisamente *como siempre dijo y es verdad*, pero el Marqués se arrojó tan deslumbrado que se entró por la punta. Desgracia que causó grandísima lástima y alboroto en Madrid, así por la grandeza de tal Señor, como por lo leve de la ocasión a que fatalmente conspiraron la cólera del amo y la demasía en contradecirle del criado.»

En la misma forma lo explican Andrade y Passano, agregando solamente este último que el caballerizo «dió de espaldas en el estribo del coche que estaba en el zaguán y como el Marqués iba cargando sobre él se le metió por la espada, recibiendo la herida de que murió».

Como se ve, hay una diferencia esencial entre los relatos: del anónimo aparece la existencia de un homicidio por vindicación de

ofensa grave próxima, y en cambio, del de los biógrafos se deduce el resultado de homicidio involuntario, o a lo sumo por legítima defensa, lo cual explica las simpatías que desde el primer momento se despertaron en la opinión pública en favor del reo.

* * *

Antes de relatar el conflicto de potestades que con tan triste acontecimiento se produjo, haremos una semblanza de los más destacados personajes que figuran en el mismo, comenzando por las dos víctimas, pues su desastrado fin justifica la prelación.

Precisa ante todo determinar la personalidad del marqués, respecto de la cual hay un evidente error en los relatos de los biógrafos, y de la que nada dicen ni Barrionuevo ni el autor de la *Relación anónima*, que se limitan a designarle por su título, sin duda por ser éste sobradamente conocido de los contemporáneos, aunque para la posteridad no resulte tan clara su identificación, como lo prueba el error de los biógrafos del cardenal, que todos escriben varios años después de la tragedia.

Tanto Passano como el carmelita dicen que el muerto fué *don García Hurtado de Mendoza, sexto marqués de Cañete*, identificación incierta, pues en la cronología de los que llevaron este título no hay más «García» que el glorioso pacificador de Chile y severo juez de D. Alonso de Ercilla, cuya historia escribió aquel antipático y doctísimo Cristóbal Suárez de Figueroa¹ y que tan brillante actuación tuvo como virrey del Perú, de donde su padre, D. Andrés, el segundo marqués de Cañete, fué también virrey con el tercer lugar de los que desempeñaron ese cargo. Este D. García, contemporáneo de Felipe II, murió en 15 de septiembre de 1609, es decir, mucho antes del suceso que relatamos. Hubo otro «García», hijo primogénito del quinto marqués de Cañete; pero no llegó a ostentar el título por haber muerto en Flandes, en la toma de la Belva, aún en vida de su padre.

¹ *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza*, por el Doctor Christoval Suárez de Figueroa. (Madrid. Imprenta Real, 1613.) (Hay segunda edición, de 1616.)

Extinguida la línea de varón¹, pasa el título de Cañete a doña Juana Antonia de Mendoza y Cárdenas, que murió soltera, legándolo a su hermana, doña Teresa Antonia de Mendoza y Cárdenas, también designada con los apellidos de «Manrique de Mendoza», la cual hubo de sostener largo y empeñado pleito con su primo, D. Juan Hurtado de Mendoza, marqués de Desio, capitán de armas del Estado de Milán, que reclamaba el mayorazgo y título como único varón descendiente del primer marqués, D. Diego, virrey de Navarra, y por entender que no podía ser preferida la línea femenina, aunque fuera más directa, mientras hubiese algún representante de la masculina².

Esta doña Teresa Antonia, que en 1656 agregó a sus títulos los de duquesa de Nájera y de Maqueda, marquesa de Elche y de Belmonte y condesa de Treviño y de Valencia, viuda de su primer marido, D. Fernando de Faro, hijo del conde de Vimieiro, contrajo segundas nupcias en 1642 con D. Juan Antonio de Torres Portugal, tercer conde de Villardompardo, que es, atendiendo a la cronología, el que tuvo que ser la víctima del suceso. En 1646, dicho señor solicita del monarca la grandeza de España y ser nombrado gentilhomme de Su Majestad, o las alcabalas del estado de Cañete, «que vacaron por muerte del marqués su suegro»³.

Como doña Teresa, a su fallecimiento en 1657, aparece casada con D. Juan de Borja y Aragón, es evidente que quien llevaba el título de marqués de Cañete en 1654, a título de consorte, era el referido D. Juan Antonio de Torres Portugal, que debió de ser la víctima del suceso. Todas las referencias señalan al marqués muerto dentro de la familia Hurtado de Mendoza, a que D. Juan Antonio pertenecía por su esposa⁴.

¹ Respecto a los marqueses de Cañete, hay noticias en los *Nobiliarios* de Baños de Velasco, Jerónimo de Villa, Miguel de Salazar, Francisco Lozano, Vilar y Psayla, Burgos, Bethencourt, Garrafa, etc., en los que puede verse la cronología completa del marquesado desde el momento en que D. Juan Hurtado de Mendoza, señor de Cañete, fué elevado a tal título por los Reyes Católicos.

² Este pleito voluminoso figura en el Archivo Histórico Nacional con el número 882 del catálogo y en el legajo 29.686.

³ Véase el *Memorial* por la Casa de Cañete, de Rodrigo Méndez de Silva. (Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, núm. 12.615.)

⁴ Sobre los tres matrimonios de la marquesa, véase Gutiérrez Coronel, *Historia genealógica de la Casa de Mendoza* (Madrid, 1946), en *Biblioteca Conquense*, volúmenes III y IV.

Desde luego, este conde de Villardompardo debió ser hombre que disfrutase de pocas simpatías, pues la *Relación anónima* dice de él: «Dicho marqués de Cañete fué origen de grandes inquietudes en la Corte por su genio»; y lo confirma el sarcástico comentario de Barrionuevo al rumor que circuló después de la ejecución de Amada de que el alma de éste se había aparecido al jesuita padre Eusebio, que dice textualmente: «Si a mí se me hubiese aparecido no dejaría de preguntar por el alma de su amo, aunque me respondiera que por guardada no la había visto; que los demonios cuando va allí algún gran señor, lo encierran con gran cuidado temerosos no se quieran levantar en el infierno como lo hacen acá en el mundo.»

De todos modos, el marqués era hombre poderoso y rico, emparentado con las Casas más ilustres de la Nobleza, y desde el primer momento se debió ejercer enorme presión sobre las autoridades, y acaso hasta con el mismo monarca, para que su muerte fuese rápida y severísimamente castigada.

* * *

En tanto, el acusado, D. Antonio Joseph de Amada, aragonés (de Benabarre) y no catalán—como dicen Passano y fray Antonio de Jesús—, hijo del médico de Carñena, desde luego inspira grandes simpatías a todos los narradores del suceso que venimos refiriendo, y Barrionuevo no puede ser más explícito al hablar de su persona, describiéndole como «mozo de muy linda disposición, talle, cordura y modestia y sobre todo de extremado entendimiento y a quien parece quitó de industria la Naturaleza el ojo derecho para que viéndose con dos, no llegase a desvariar mirándose con partes naturales tan buenas». Añádase a esto las circunstancias de la muerte del marqués, lo desabrido del carácter de éste y las tribulaciones por que el desgraciado mozo hubo de pasar antes de conseguir el eterno descanso, y se comprenderá la reflexión del autor de los *Avisos*: «La verdad es que el pueblo está muy de su parte y que sólo los señores claman.»

Y vamos ahora con el personaje principal del conflicto que sobrevino: el cardenal Moscoso, que no temió arrostrar las iras del

Consejo ni el juego doble del monarca, incurriendo en su desagrado (a pesar de lo adicto que era a su persona), por defender lo que él creía fueros de la justicia. Pero tan gran señor merece capítulo aparte.

* * *

Aunque D. Baltasar de Moscoso y Sandoval no hubiese llegado a ostentar el altísimo principado de la Iglesia, en cualquier otra actividad hubiese sido una figura relevante de su época, pues a ello le llamaban sus circunstancias familiares. Fué el segundo de los hijos de D. Lope de Moscoso y Ossorio, sexto conde de Altamira, y de doña Leonor de Sandoval y Rojas, ambos de la más linajuda aristocracia. Por su madre (aya durante largos años de las infantas) era sobrino del todopoderoso valido duque de Lerma y del arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, aquel cuya mediana protección pagó con tan encendidos elogios Miguel de Cervantes.

Aunque algunos le suponen nacido en Santiago, los registros universitarios a él referentes señalan a Altamira y el 9 de marzo de 1580 como lugar y fecha de su nacimiento.

Educado como correspondía a su clase por sus ayos, Juan Martínez de Bilbao y Juan Pérez del Rincón, se trasladó a Salamanca, en 1600, en compañía de sus hermanos D. Gaspar, sucesor del padre en el título; D. Rodrigo, que pasados los años fué deán de Santiago, y D. Antonio, posteriormente canónigo de Toledo, maestro y valido del cardenal-infante D. Fernando. En la famosa Universidad siguió sus estudios, siendo discípulo del que llamaban «el Quintiliano español», maestro Baltasar de Céspedes, al que siempre profesó gran afecto y cuyos tres hijos tomó a su servicio cuando fué obispo y cardenal.

Pasa en Salamanca por un período de vida mundana y disipada, del que se regeneró pronto y que lamentó siempre, y en 1609 le hacen rector de la Universidad (puesto que, como es sabido, desempeñaba un estudiante), y allí sigue hasta graduarse en cánones en 1610, trasladándose después al famoso colegio de San Salvador,

de Oviedo, del que fué gala y ornamento por su saber y virtudes fray Toribio de Mogrovejo, luego arzobispo de Lima y hoy canonizado por la Iglesia.

Pronto comenzaron a llover sobre él los honores, que no en vano tenía fuertes apoyos en la Corte, y fué sucesivamente arcediano de Guadalajara, canónigo de Toledo, capellán mayor de Reyes Nuevos y deán de la Primada.

En 1615 se licencia, y después se doctora en cánones en Sigüenza — «la Universidad silvestre», como entonces la llamaban—, y ya comienza a destacar como la principal de sus virtudes la de la caridad, no sólo por sus generosas limosnas, sino también por su asistencia personal a los pobres en el hospital del Rey, a cuya Hermandad se adscribió, practicando personal y escrupulosamente sus normas de asistir a los enfermos, aun después de ser arzobispo. No se le conoce más afición profana que la caza.

En el mismo año, Paulo V le promueve a cardenal, imponiéndole la birreta en las Descalzas Reales su tío el arzobispo D. Bernardo.

En 27 de febrero de 1616 se ordena de sacerdote en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, y canta su primera misa, en 29 de mayo, en el convento de Valdemoro, fundación de su tío el duque de Lerma, y del que era abadesa sor Ana de San Víctor, hermana de D. Baltasar, el cual dió gran impulso a las obras.

Vacante el obispado de Jaén por fallecimiento de D. Francisco Martínez de Ceniceros, el monarca presentó para el mismo al sobrino de su favorito e hijo del aya de las infantas, y aunque el beneficiado se resistía, por modestia, a aceptar el cargo, le decidieron a ello los consejos del padre Simón de Rojas, verificándose la consagración en 25 de abril de 1618.

Su labor episcopal fué provechosa y enérgica. Aparte de haber fundado un convento de capuchinos y un recogimiento para mujeres de mal vivir, y de tratar de realzar su diócesis, encomendando al maestro Francisco Ruy-Puertas la tarea de escribir las vidas de los varones ilustres de la misma, procuró evitar abusos y restablecer la disciplina en aquel clero, un tanto desmandado, llegando hasta cerrar un convento de religiosas por haber relajado la clausura, no obstante tratar de impedirlo poderosos valedores eclesiásticos. Era preciso restablecer las buenas normas, y al efecto, y después de

cuarenta años que no se hacía, se decide a convocar Sínodo para 1624. La medida desagradó a muchos, no faltando murmuraciones contra el cardenal y su confesor, a cuya influencia se atribuía la decisión; e incluso la Musa anónima y satírica se despachó a su costa, como puede verse por el siguiente soneto dialogado, de «cabo roto», y por las décimas que van a continuación:

•SONETO AL SÍNODO QUE HIZO NUESTRO CARDENAL
MOSCOSO EN LA CIUDAD DE JAÉN

Interlocutores: MANFRODIO y PASCHINO

PASCHINO. Manfrodio amigo, sabes lo que pa
donde es Obispo un joven de Gali
a Sínodo convoca muy apri
con que alborota todo el obispa

MANFRODIO. Paschino amigo, ya sé que es Prela
poco experimentado en el ofi
y menos honrador de sus ami;
será su Sínodo agua de cerra

PASCHINO. Los Priors quiere que se llamen cu
que en un pie a la francesa den su no
por ser todos en todo mamotre

MANFRODIO. ¡Gran letrado parece el boquirru!

PASCHINO. Más parece estadista y Barbarro
Que con crueldad imita a Maquiave.

DECIMA AL CONFESOR DEL CARDENAL

•Tanto el Cardenal temió
el peligro que amenaza
que para vencer con traza
tal teólogo escogió.
En el cual disimuló

gran tiro en poco persona
y así el Cardenal blasona
que ha de salir victorioso
cuando defiende a Moscoso
el que es la mosca de Arjona.»¹

* * *

A pesar de burlas y veras, el cardenal se mantuvo firme; el Sínodo se reunió, y las sinodales aprobadas se impusieron como normas para evitar corruptelas que exigían inmediata reforma, no sin disgustos para el prelado, que después de rechazar el obispado de Córdoba, que por entonces se le ofreció, y de madura consulta con el doctor Martín de Alderete, presentó al rey, que se negó a aceptarla, la renuncia de su obispado.

Acaso influyese en esta decisión la hostilidad, poco disimulada, que le manifestó el nuncio de Su Santidad, monseñor Máximo, obispo de Venrinoro, y la de sus propios prebendados, que no acababan de acomodarse a las sinodales.

Dos asuntos de gran interés ocuparon la atención de D. Baltasar durante su episcopado jienense: el descubrimiento de los restos de los mártires de Arjona y el proceso de beatificación—y luego de canonización—de su ascendiente el duque de Gandía, hoy San Francisco de Borja.

Con motivo del primero, elevó a la Santa Sede un *Memorial*² solicitando que a dichos mártires se les comprendiese en el indulto de Gregorio XIII para que se les pudiese dar culto, lográndolo por fin y ordenándolo por su decreto de 1640, que disponía que se rezase en la diócesis a los Santos naturales de ella³.

¹ Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos. Colección «Parnaso español», tomo X, núm. 3.920, fol. 280.

² «Memorial por los Santos | naturales de Obis | pado de Jaen | cuya memoria | el martirologio de Roma | no celebra | sobre | la pretensión de que sean declarados por naturales | y como | tales comprendidos en el Indulto de Gregorio 13 para | poderse rezar de ellos en el Obispado. | Al Eminentísimo Señor D. Baltasar Moscoso | Sandoval | Cardenal de la Sta. Iglesia de Roma | Obispo de Jaen. El autor Mtro. Fco. de Ruy-Puertas.» (Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, núm. 6.184.)

³ Los Santos a que se refería el decreto eran los siguientes:

De Baeza: San Justo, Abundio, Víctor Straton, Rufino, Rufiniano, Alejandro y Mariano.

Cuando el viaje real a Andalucía, dió D. Baltasar hospedaje al monarca Felipe IV, y probó su espíritu patriótico equipando a sus expensas una lucida compañía, que envió a luchar contra los ingleses que habían asaltado a Cádiz.

Salió de su diócesis por orden real para acudir a Roma a la elección de Pontífice; pero verificada ésta con mayor rapidez de la prevista, hubo de suspender el viaje, que ya no tenía finalidad inmediata; a costa de lo cual también se ejercitó la inspiración, llamémosla así, de algún desconocido coplero con esta décima, nada bien intencionada en sus alusiones:

«Es su ventura de modo
y estrella tan feliz tiene
qué a su visita previene
y se va a Roma por todo.
Enemigos dá del codo,
con su ausencia les disgusta
y hacer por Baeza gusta
este devoto camino
y para hacerlo imagino
les dá una causa que es Justa.»¹

Realiza por fin el viaje a Roma y la obligada visita «ad límina», cuando Felipe IV, alarmado por los triunfos de Gustavo Adolfo de Suecia y la difícil situación del emperador de Austria, quiso impulsar al Papa Urbano VIII a formar una Liga de príncipes católicos para combatir al protestantismo, enviando al efecto para ello a la Ciudad Eterna a todos los cardenales españoles.

De Bejjar: Santos Vicente y Fausto.

De Martos: Santos Amador, Máximo, Marino, Juliano, Teodoro y Océano.

De Andújar: Santos Bonoso, Maximiano y Santa Potenciana, al descubrimiento e identificación de cuyos restos asistió el propio cardenal en 30 de abril de 1628.

De Cástulo: San Amando.

De Sabiote: San Juanuario.

De Marmolejo: Santos Máximo, Magno y Casa.

Sirviendo de fundamento principal para la historia de estos Santos las ficciones del padre Román de la Higuera y sus falsos cronicones, ignoramos si la incorporación de todos estos varones al martirologio quedó como definitiva.

¹ Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, núm. 3.920.

Laboriosas y difíciles fueron las negociaciones, y Moscoso habló repetidas veces al Pontífice—que en otros aspectos le otorgó la mayor confianza—, sin lograr por parte de éste una respuesta satisfactoria, como se deduce de la correspondencia cruzada entre don Baltasar y el monarca¹. Ante la actitud dilatoria del Pontífice, los cardenales españoles formularon una «protesta», que motivó una agria discusión entre el cardenal D. Gaspar de Borja y el cardenal Barberini, y que hubo de apaciguar el obispo de Jaén².

La actitud enérgica de los cardenales españoles tuvo por único resultado que el Papa diese satisfacciones al emperador. Terminada su misión, sale D. Baltasar de Roma en abril de 1633, no sin antes haber demostrado su espíritu evangélico, porque caído en desgracia del Pontífice el ex nuncio en España, obispo de Venrinoro, y nombrado para juzgar su causa el cardenal Moscoso, cuya gestión en Jaén tanto había entorpecido el acusado con su animosidad, logró sacarle indemne de cuantos cargos se le formulaban.

Sus constantes servicios a la Corona tuvieron al fin la debida recompensa. Muerto en 28 de diciembre de 1645 el cardenal D. Gaspar de Borja y Velasco, arzobispo de Toledo, inmediatamente el monarca propuso a D. Baltasar para sustituirle.

Hubo que tropezar, sin embargo, y más aún que al hacerle obispo, con la terminante negativa de éste a ocupar tan alto cargo, y fueron precisas dos cartas del rey, el parecer afirmativo de una Junta de hombres doctos y la expedición de las bulas por el Papa en 21 y 28 de mayo de 1646 para forzarle a la aceptación; y da idea de su despeggo por los bienes materiales el hecho de que, a pesar de su patrimonio familiar y de los cargos que había ocupado, para emprender el viaje, a fin de posesionarse del arzobispado, hubo de pedir prestados ochocientos pesos. Con gran dolor se despidió de su diócesis de Jaén.

La situación de la de Toledo era bastante espinosa, por diferentes causas, y Moscoso se apresuró a nombrar un Consejo de Gobierno,

¹ Puede verse esta correspondencia en las obras de los biógrafos del cardenal, y particularmente en la de fray Antonio de Jesús.

² Véase Cardenal Borja: *Papel publicado con motivo de la protesta de los Cardenales españoles ante el Papa Urbano VIII*. (Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, número 18.842.)

compuesto de personas de saber y virtud, que le asesorasen en la resolución de los diversos asuntos y enojosos pleitos en que la Silla se veía envuelta¹.

Pronto da muestras de su actividad, promoviendo con gran interés la obra de las Misiones, ayudando con su protección a la Universidad de Toledo, cooperando a la beatificación de fray Toribio de Mogrovejo—cuya memoria veneraba desde sus tiempos de estudiante en San Salvador de Oviedo—, en su actuación como presidente de la Junta para lograr la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen, y con las constantes y generosas muestras de su caridad inagotable. Pero en lo que, pese a su carácter conciliador y bondadoso, se mostraba siempre inquebrantable era en la defensa de los derechos y privilegios de la Mitra, no obstante las amarguras y sinsabores que por ello hubo de soportar, empezando por sus diferencias con el Ayuntamiento toledano—que por cuestiones de etiqueta había tomado el acuerdo de abstenerse de asistir a las procesiones—, y siguiendo por los pleitos que por motivos jurisdiccionales hubo de sostener con las Ordenes militares de Calatrava, San Juan y Santiago, en todos los cuales se vió tan escasamente asistido por quienes debían apoyarle, que estuvo tentado de renunciar a la sede, de lo que le hicieron desistir los consejos de sus amigos el doctor Pedro de Tapia, catedrático de Avila, y sobre todo el venerable Juan de Palafox, al que uníale un entrañable afecto, y por cuya avenencia con la Compañía de Jesús hizo cuanto estuvo de su parte.

Hasta con el propio monarca hubo de enfrentarse de modo indirecto y en asunto que muy de cerca le concernía. Se había obtenido una bula del Papa adjudicando a D. Juan de Austria, el bastardo real, las rentas de los beneficios vacantes en la diócesis de Toledo, y al pretender los agentes del favorecido proceder al cobro de las mismas, el cardenal se opone tenazmente por la injusticia que supo-

¹ Componían el referido Consejo: como presidente, D. Miguel Verdejo de Calatrava; como secretario, D. Antonio Fernández de Rivera, y como miembros del mismo, el doctor D. Eugenio de Andrade, catedrático de Cánones de la Universidad de Toledo, el doctor D. Francisco Pío, doctoral de Segovia y luego arzobispo de Santo Domingo en la Española; D. Diego de Osorio, después obispo de Tlascala, y el doctor D. Alonso dela Palma, catedrático de Prima de Toledo, posteriormente electo obispo de Cuenca. Para gestionar los diversos asuntos de la Mitra en Madrid ante el Consejo Real designó a D. Esteban de Pérola, y ante la Nunciatura, a D. Jerónimo de Moya.

nía entregar tales emolumentos a un seglar, máxime cuando la situación económica de la Mitra era tal que el año anterior había tenido que solicitar préstamos para no suspender sus acostumbrados socorros a los pobres.

Largo y empeñado fué el pleito, que terminó con una concordia en 14 de marzo de 1654.

Igualmente chocó con la Justicia civil por haberse apoderado ésta de los caballeros realistas ingleses que asesinaron al representante de Crómwell sin que aquellos que los prendieron respetasen el sagrado recinto a que se habían acogido después de cometido el delito, logrando D. Baltasar que se reconociese el derecho de asilo de la Iglesia y le fueran reintegrados los reos, que al fin lograron fugarse, excepto Guillermo Sparch, que, como hemos visto, pagó por todos por haberle sacado con engaños de su refugio de Nuestra Señora de Atocha el corregidor D. Martín de Lanuza, que tan desdichadamente había de salir de su cargo algún tiempo después¹.

Encargado por el monarca de la composición del conflicto surgió entre la Chancillería y el arzobispo de Granada, D. Baltasar sostiene con igual tesón la primacía eclesiástica.

No es, pues, de extrañar que en un asunto como el de Amada, en que, según la enérgica frase de Barrionuevo, «todo el infierno se ha soltado», arrostrase el cardenal las iras de golillas y leguleyos y lo que fué para él más penoso: el desagrado real, pues no sólo por la fe monárquica, común a todos los españoles de la época, sino por la adhesión personal al monarca, al que tanto debía, era la mayor prueba a que podía sometersele.

* * *

Presentados ya los principales personajes del suceso, volvamos a éste, refiriendo las andanzas del infortunado Amada y el choque de jurisdicciones a que dió lugar su triste suerte.

Apenas ocurrida la muerte del marqués, su supuesto autor, Amada, fué reducido a prisión por el teniente de corregidor don

¹ Acerca del final de este personaje, véanse los *Avisos* de Barrionuevo.

Alonso de Castro. Recurrió inmediatamente el acusado al vicario de Madrid, D. Juan de Narbona, alegando ser eclesiástico de órdenes menores y con un beneficio en el obispado de Lérida, presentando los oportunos títulos¹, por lo cual la autoridad canónica despachó las «letras ordinarias», disponiendo, con amenaza de censura en caso de desobediencia, que el teniente de corregidor se inhibiese y le enviase los autos; a lo que respondió éste que no podía hacerlo por haberlos remitido al Consejo², donde se declaró «no estar la causa en estado», a pesar de lo cual, y cediendo sin duda a las presiones de la poderosa familia de Cañete, el teniente de corregidor, decidido a todo por servirla, condenó a muerte al reo y mandó ponerle en capilla el día 12.

Ante tales desafueros, y por haber «innovado» el teniente, el vicario excomulgó a las autoridades civiles y mandó poner sus nombres en la tablilla de las iglesias, por inobedientes y contumaces; pero el Consejo dispuso que se absolviese a los excomulgados y se alzase por cuatro días el entredicho.

No hay que forzar los argumentos para percatarse de la manifiesta parcialidad de las autoridades seculares, llevada hasta el extremo de que el consejero de Castilla D. Juan de Morales dijo, refiriéndose al reo: «Ese hombre debería ya estar ahorcado.» ¡Y no había pasado una semana de la muerte del marqués!

Llegó a oídos del teniente de corregidor el dicho del consejero, y sin pararse en barras ni aguardar la resolución del Consejo, tomó la de ejecutar la sentencia aquella misma mañana, antes de la hora acostumbrada y llevando al reo por trayecto desusado.

En efecto; el viernes, 14, amaneció levantado el cadalso en la plaza pública y puesto el palo para dar garrote. El vicario, ante la urgencia del caso, marchó a dar conocimiento al cardenal Moscoso, entonces de estancia en Madrid, el cual, suspendiendo sus preparativos para decir misa en su oratorio, le recibió en el acto, y enterado del caso, marchó inmediatamente a Palacio, donde fué pasado a la presencia del monarca, que acababa de recibir la comunión. Manifestó el cardenal taxativamente que su intención no era la

¹ «Papeles todos legítimos y auténticos», dice Passano.

² Passano afirma, por el contrario, que el vicario remitió lo actuado al Consejo mientras el corregidor dictó la sentencia de muerte.

de salvar al reo, sino que pretendía tan sólo que éste fuera juzgado por la jurisdicción a que correspondiese; recibiendo del rey la promesa de que se suspendería la ejecución¹.

Sosegóse con esto el prelado; pero al regresar a su casa y pasar por la plaza de la Villa, vió que, a pesar de lo desusado de la hora (no eran más que las diez de la mañana), la Justicia civil llevaba al reo para ejecutarlo, y en el acto envió a su camarero, D. Juan de Zurita, para que notificase al corregidor su conversación con el monarca y la promesa de éste.

Acerca de lo ocurrido después, difieren bastante la *Relación anónima* y el apologético historiador del cardenal. La primera dice simplemente «que llevándole ya los ministros de la justicia seglar por la puerta de Guadalajara... les acometieron muchos clérigos para quitárselo y no pudiendo por el gran riesgo y cantidad de espadas de los alguaciles y pistolas que llevaban llegaron al cadalso con él, y estando para darle garrote, ya puesto en el palo vino un Obispo de anillo del Arzobispado con una orden del Rey Felipe IV para que se suspendiera el castigo y llegando en su coche al cadalso se apearon cuatro clérigos y subiendo le quitaron en fe de la orden que de su magestad llevaban y metiendo en el coche al delincuente le llevaba el Obispo en casa del Señor Arzobispo a el cual le encontró en el camino que venía de Palacio de hablar a Su Magestad de donde resultó el orden de la entrega del delincuente, por quien desde que se metió en la capilla, no habían cesado las campanas de todas las iglesias de tocar al entredicho».

La versión del carmelita fray Antonio es la de que, no logrando D. Juan de Zurita (el camarero enviado por el cardenal) llegar hasta el corregidor, por impedírselo el gentío, ni hacerse oír por las muchas voces y ruidos, trató de abrirse paso, y creyendo los alguaciles que

¹ Passano transcribe, según dice, literalmente el diálogo entre el monarca y el cardenal en estos términos:

«Señor: no vengo a pedir que no se castiguen delitos, ni que si este hombre los tiene, deje de llevar la pena que merece. Lo que suplico a V. M. con todo el rendimiento y respeto es que sea oída la Iglesia y no se atropellen los fueros de su inmundad.

REV.—Bien podeis volver sin cuidado, que por hoy está mandado suspender la ejecución de la sentencia y mañana es fiesta y tambien es otro día.»

Supone Passano que los del Consejo creían que se había notificado al cardenal la suspensión de la ejecución y que su ida a Palacio respondía al deseo de salvar al reo. Por lo cual lo apresuraron todo.

quería forzarlos, sacaron las espadas y le apuntaron con algunas carabinas, por lo cual él sacó el bonete del cardenal, que llevaba al pecho para darse a conocer; pero no le hicieron caso, y entonces regresó al palacio episcopal, en cuya escalera encontró al cardenal, informándole de lo ocurrido, disponiendo éste que el obispo de Ossola, que le acompañaba, tomase su coche y fuera a hablar al corregidor. Cuando el obispo llegó a la plaza, el corregidor, que estaba en ella y podía perfectamente oír sus voces, por la poca distancia que los separaba, se hizo al desentendido y se marchó hacia otro lado. La multitud abrió paso al mensajero hasta el cadalso, donde estaba ya el preso con la argolla en la garganta, sin que, con la precipitación, se hubiesen cuidado de atarle, ni, a pesar de sus ruegos, le hubieran permitido reconciliarse.

Compadecidos todos del reo, y creyendo que el obispo traía el regio perdón, subieron al cadalso, arrebataron a Amada, y a pesar de las protestas del representante del cardenal, metieron al condenado en su coche, y pinchando con dagas a las mulas, las hicieron llegar a carrera abierta al palacio arzobispal, cuyas estancias invadieron antes de que el de Ossola pudiera informar al cardenal de lo ocurrido. Con grandes trabajos y dificultades lograron los criados desalojar a la multitud y cerrar las puertas, cesando el tumulto.

* * *

Como se ve, hay gran diferencia entre los relatos: el de Passano y el del carmelita (la verdad oficial) hacen ver que el elemento eclesiástico no hizo nada más que tratar de suspender la ejecución, siendo el rapto del reo y su conducción al palacio episcopal obra de la multitud; mientras que el desconocido autor de la *Relación anónima* asegura haber visto y presenciado cómo los clérigos quitaron al acusado del lugar del suplicio y lo metieron en el coche, que partió a toda velocidad. Claro está que él habla de una orden real, que por lo visto no existió. Pero ¿qué explicación cabe para un espectador que no está en antecedentes de aquel extraño rapto de un reo en el momento mismo de ponerle la argolla? La rapidez extraordinaria con que se desarrollaron los sucesos da más fuerza de evidencia al relato del testigo presencial que a los de quienes lo refieren muchos

años después de ocurrir; aparte de la imposibilidad material, dado el apremio del tiempo, de tantas idas y venidas como consignan los biógrafos del cardenal.

Hay que suponer, pues, que el elemento eclesiástico se vió forzado a actuar de manera decidida y rápida para evitar que se consumase lo irreparable¹, en lo que se vió apoyado por las simpatías de la multitud a favor del reo, y una reflexión de Barrionuevo nos hace pensar que aun los mismos alguaciles, contagiados de la piedad colectiva, contribuyeron con su pasividad a que el rescate del sentenciado fuese posible. Dice el sagaz y curioso autor de los *Avisos*: «Fué cosa admirable que hallándose el corregidor a pie, infinitas espadas con la suya brillando en el aire, *parece que Dios les cegó*, pues sin poderlos resistir le metieron en el coche y muy luego azotando las mulas, partieron de carrera por la calle de Toledo metiéndole por una puerta falsa en casa del cardenal.»

De la actitud de éste ante el inesperado huésped nada dicen ni la *Relación anónima* ni los biógrafos; pero Barrionuevo afirma «que le abrazó en llegando y sacó bizcochos y vino, haciéndole acostar en una cama muy bien aderezada al que medio cuarto de hora antes esperaba verse en siete pies de tierra».

* * *

La situación creada era muy difícil, y es perfectamente lógico lo que a continuación manifiesta el carmelita, o sea que el cardenal mandó en el acto al rey una carta con D. Pedro de Losada asegurándole que ni él ni ninguno de su casa habían participado en el hecho, limitándose a querer notificar al corregidor la orden de suspender la ejecución. El mismo D. Pedro marchó luego a informar al presidente del Consejo de Castilla, el cual, dando con él una prueba más de su pasión en el asunto, le trató muy desabridamente².

Decidida por lo visto la autoridad civil a poner la justicia al servicio de la venganza, hizo el corregidor una información suplemen-

¹ Andrade dice que «los Religiosos que asistían al ajusticiado oyendo al pueblo clamar perdón le quitaron del palo y le metieron en el coche del Obispo». Esto confirma lo aseverado por el testigo presencial autor de la *Relación anónima*.

² Passano dice que luego que Losada ofreció sus explicaciones al Consejo, el pre-

taria a base de las declaraciones de tres testigos sin solvencia, que aseguraron haber visto al arzobispo parar su silla junto a la fuente de San Salvador, enviar a D. Juan de Zurita con un recado para la Justicia, y que éste—que como sabemos no pudo llegar hasta el cadalso—quiso poner al reo el bonete del cardenal para así ampararle del privilegio de perdón, llevandoselo luego.

Sin más base que esta amañada y burda información, el Consejo da por probado que se ha querido forzar a la Justicia, y conmina al cardenal para que entregue al reo, sopena de incurrir en lo dispuesto en las leyes contra las personas eclesiásticas que promuevan tumulto e impidan la acción de la Justicia, haciéndosele de ello la oportuna notificación por Miguel Fernández de Noriega, secretario de Cámara del rey.

El cardenal negó rotundamente la mayor parte de los hechos de la información, asegurando que ni los clérigos arrancaron al reo del cadalso, ni él paró su silla junto al delincuente, ni hizo nada por sí, salvo notificar por medio de su camarero la orden verbal de suspender la ejecución, y al ver que éste no era atendido, enviar al obispo sufragáneo, para mayor autoridad; que el cerrar las puertas de su casa fué obra de los criados, para expulsar a la muchedumbre, la cual por sí misma hizo todo lo demás. En cuanto a lo de entregar al reo, no podía hacerlo sin faltar a sus deberes como cardenal y dar mal ejemplo a la Iglesia católica al no defender debidamente su potestad.

Exigió Noriega la respuesta por escrito, y se le dió, además de una relación del obispo de Ossola refiriendo lo ocurrido, y de la cual dice fray Antonio que ha copiado todo este lance.

Al poder apreciar el cardenal el apasionamiento y falta de ecuanimidad del Consejo, retorna a Palacio e informa al rey de palabra, suplicándole amparase a quien defiende los derechos de la Iglesia, y que haga las oportunas advertencias en tal sentido a sus ministros.

* * *

sidente le contestó con la mayor sequedad: «Este Consejo se hará temer de la mayor dignidad de la Iglesia.» A lo que replicó Losada: «Señor, pues V. S. I. no se sirve oírme, muy dudosa quedará la verdad y mucho más el juicio que de ella se hiciere.»

Queda, pues, plenamente planteada la cuestión jurisdiccional, que, pensando con lógica, debió haberse resuelto de una manera objetiva y con la meditación necesaria en tan espinoso asunto. El cardenal estaba en lo firme y nada prejuzgaba, pues su pretensión era únicamente que se hiciese justicia por quien debiera administrarla. Pero la parcialidad y espíritu autoritario del Consejo, el apasionamiento y violencia del corregidor y sus secuaces, y las vacilaciones y acaso el doble juego del rey, sobre el cual pesarían a la vez la influencia de la Casa de Cañete, los apremios de su Consejo y el respeto debido al primado, que era el único que estaba verdaderamente en su puesto, no lo consintieron y precipitaron la catástrofe.

Todas las narraciones coinciden en que el reo fué arrancado por la fuerza de la casa del cardenal, conforme algunos temían¹.

* * *

Al día siguiente, fiesta de la Asunción, fueron al palacio episcopal tres alcaldes de Corte y el propio primer corregidor, D. Alvaro Queipo de Llano², con gran escolta de ministriles, que tomaron las bocacalles y pusieron guardas en las puertas; y mientras los alcaldes notificaban al cardenal un recado del presidente, el corregidor, que por el médico que había asistido al reo sabía dónde éste estaba, se apoderó de su persona, y sin darle tiempo ni para vestirse, pues le halló en el lecho, haciéndole envolverse en una capa negra, y enchancletado, se lo llevó a la cárcel de Villa.

¹ Refiere Passano que los que así pensaban en la servidumbre del cardenal hicieron que durante la noche pasase Amada a una casa de la vecindad, con idea de que hubiese y tomase refugio en San Francisco; pero sabiendo el acusado que allí estaba enterrado el marqués, no quiso entrar, volviéndose a la casa, donde un sobrino y un ministro de Su Eminencia, temerosos de los atropellos que éste pudiera sufrir por la fuga del reo, y confiados en que se lograría el indulto, le aconsejaron que se volviera al palacio.

Han resultado infructuosas todas mis gestiones para hallar el proceso original. Entre los procedentes del Consejo de Castilla que se conservan en el Archivo Histórico Nacional, no hay ninguno que tenga relación con este asunto.

² Este D. Alvaro Queipo de Llano era hombre cuyas dotes de tacto y cordura habían quedado plenamente demostradas tiempos atrás al apaciguar el grave motín surgido en Granada contra el corregidor D. Francisco de Arévalo y Suazo, que se había hecho odioso a los granadinos por su rigor y su torpe política de abastos. Su actitud violenta y desorbitada en este asunto es una prueba más de que obedecía a presiones superiores.

Los alcaldes, que de momento no pudieron hablar al cardenal por estar éste celebrando misa, fueron a ver al presidente y a darle cuenta de lo actuado, que todavía le pareció insuficiente, dándoles orden de que se prendiese también a algunas personas del séquito y servicio del prelado, en cumplimiento de lo cual volvieron al palacio y apresaron a varios criados y lacayos y a un canónigo de Toledo que en él hallaron; y por la tarde, a todos ellos y al reo, cubiertos los rostros y encadenados, los trasladaron a la cárcel de Corte.

El vicario, que había conminado al corregidor y a los alcaldes para que no sacasen al reo, viéndose desobedecido, los denunció de anatemas, poniéndolos en entredicho.

Recurrieron ellos al Consejo, pidiendo «mejora», y éste dispuso que se alzase por veinte días el entredicho. Consultado acerca de esto el cardenal, en aras de la paz y creyendo que ese término se emplearía en el estudio detenido del asunto, accedió a lo dispuesto por el Consejo; pero poniendo por condiciones que «la justicia real no innovase» y que las censuras quedarían puestas para hacerlas firmes sin más declaración en caso de reincidencia.

Por haber ordenado el rey a la Sala de Alcaldes que no se dilatase el asunto, con la misma precipitación con que desde el primer momento se había llevado todo él, el martes, 18, el Consejo vió a la vez las dos causas: la del carácter eclesiástico del reo y la de la inmunidad de las personas al servicio del cardenal que habían sido detenidas. Resolvió la primera en el sentido de declararle laico, y la *Relación anónima* lo explica diciendo que los títulos presentados por Amada no se referían a él, sino a un hermano suyo; cosa poco probable, pues la disparidad de nombres que entonces tenía que aparecer entre el consignado en ellos y los del supuesto delincuente se hubiera observado desde el primer momento, y la cuestión jurisdiccional no hubiera podido ni plantearse¹.

Declarado seglar el reo, se conminó al vicario para que se inhibiese, como tuvo que hacerlo. La relativa a los criados del car-

¹ Una prueba más de la parcialidad del Consejo, como observa Passano, es que, a pesar de no haberse añadido nada en la causa contra Amada, que primeramente declaró el mismo Consejo «que no venía en estado», se dictó el auto de legos.

denal—¡a los cuales ni siquiera se les había incoado proceso!—se resolvió en el sentido de que no les alcanzaba la inmunidad eclesiástica¹.

En cuanto al cardenal, se decretó su destierro a catorce leguas de la corte, comunicándosele por el mismo Noriega la siguiente orden escrita, en el estilo machacón e insistente peculiar de la Cancillería, y cuya ortografía modernizamos:

«Don Felipe IV, etc., a Vos, el Muy Reverendo en Cristo Padre D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, Cardenal Arzobispo de Toledo, de el nuestro Consejo de Estado, salud y gracia. Sabed que a nuestro servicio conviene que dentro de 24 horas salgáis de nuestra Corte y no volváis a ella sin licencia expresa de nuestra Real persona, y para que así se cumpla, visto por los de nuestro Consejo y con Nos consultado, fué acordado debíamos dar esta nuestra Carta para Vos con la dicha razón, y Nos tuvimoslo por bien, por lo cual os mandamos que dentro de las dichas 24 horas primeras siguientes de como sea mostrada salgáis de esta dicha nuestra Corte y no volváis a ella sin tener licencia expresa nuestra; y sin ella no entraréis en otro lugar o sitio a donde nuestra Real persona asistiese. Que así es nuestra voluntad, de la cual mandamos dar y dimos esta nuestra Carta, sellada con nuestro sello y librada por los de el nuestro Consejo en la Villa de Madrid a diez y nueve del mes de Agosto de 1654 años.—Licenciado D. Diego de Riaño y Gamboa.—Licenciado D. Antonio de Valdés.—Doctor D. Agustín del Yerro.—Licenciado D. Gabriel de Porras y Silva.—Doctor D. Pedro Munive.—Yo, Miguel Fernández de Noriega, Secretario de Cámara del Rey nuestro Señor, la hice escribir por su mandado, con acuerdo de los de su Consejo.—Registrada.—D. Pedro de Castañeda, Canciller Mayor.»

Al margen va la notificación en los siguientes términos:

«En la Villa de Madrid a 21 de Agosto de 1654 años, a cosa de las cinco de la tarde poco más o menos, yo el Secretario de Cámara hice notoria la Real provisión de esta otra parte al

¹ Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, núm. 1.443. (En su parte esencial la traen los biógrafos.)

eminentísimo Señor Cardenal D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, Cardenal de Toledo, y su Eminencia habiéndola visto, oído y entendido, dijo que pide que se le dé traslado de la dicha Real provisión para los efectos que hubieren lugar en derecho, y quedó el precedente Escribano de Cámara vaya mañana a la tarde por la respuesta, y los firmó su Eminencia. El Cardenal Sandoval.—Miguel F^z de Noriega.»¹

Como se ve, y según la gráfica frase del cardenal a sus íntimos, «El Consejo había disparado toda la munición»; y decidió darle largas al asunto, «porque las más de las veces se negocia mejor con dejar correr dos horas que con acelerar muchas diligencias, porque ningunos medicamentos son tan eficaces como la tolerancia y el tiempo para curar dolencias del ánimo»; determinando que cuando el escribano volviese se le dijera que no le podía recibir por estar enfermo, y que ya lo haría cuando estuviera mejor.

* * *

Pero ni el Consejo ni el corregidor estaban dispuestos a aceptar dilaciones, y una vez que se había forzado a inhibirse al vicario, decidieron cortar por lo sano en lo que al castigo del supuesto culpable se refería, y el mismo viernes 21 de agosto, a las once y media de la mañana, sacaron al reo de la cárcel para llevarle al cadalso, rodeado sólo de cuatro alguaciles; «pero yendo a la deshilada toda la turba de escribas y fariseos con las carabinas encubiertas y orden de disparar sobre quien se desmandase».

El reo, con bastante más valor que la primera vez, fué al suplicio «tan galán, que hombres y mujeres lloraban», y murió con gran

¹ La respuesta del cardenal que traen los biógrafos se resume en manifestar que está en Madrid por ser la parte principal de la diócesis y lugar más cómodo para los que vienen a negociar con el prelado; que no está ocioso, sino ejerciendo obligaciones de su oficio; que de suponer que el rey no era gustoso de que estuviese en Madrid, le hubiera bastado una insinuación para obedecerle; pero en la forma que se ha hecho supone grave culpa en el cardenal, que si se allanase a ello la daría por buena, faltando así al servicio de Su Majestad, agravando a la Sede Apostólica, al Sacro Colegio de los Cardenales y a todos los prelados de la cristiandad, y no se le puede culpar más que de haber acudido a Su Majestad en un caso en que se ve atropellada su jurisdicción.

fervor cristiano y notable entereza, lo que sabido por el cardenal le hizo decir «que por el consuelo que tenía en haber sido alguna parte en que aquel caballero muriese tan bien dispuesto, se gozaba en todo lo que padecía», y mandó que se le dijese muchas misas.

Ejecutado el infeliz Amada, el verdugo le cortó la mano derecha, en lo cual «hubo grande dilación porque parecía que ni el brazo se le daba de buena gana ni que en él se encontraba la coyuntura», y poniéndola en un palo, la fué a colocar junto a la casa del marqués de Cañete.

Así acabó aquel desdichado caballero, que por dos veces sufrió los horrores de la capilla y del cadalso; pero no con ello terminó tan ruidoso asunto, que tuvo aún interesantes derivaciones.

* * *

En primer término atendió el Consejo a liquidar la que consideraba grave desobediencia de la potestad eclesiástica y a castigar a los demás que directa o indirectamente tomaron parte en el asunto; y hay que reconocer que ni anduvo en ello remiso, ni se quedó corto en las penalidades impuestas.

La misma pena de destierro que se impuso al cardenal, pero agravada con el extrañamiento del reino, se decretó para el obispo de Ossola, para D. Juan de Zurita y para el padre Ortigas, de la Compañía de Jesús, que había asistido al reo en su doble subida al cadalso y al que, con no sabemos qué fundamento, se atribuía el haber movido toda esta tramoya. Al canónigo toledano le privaron de su canonjía; al hijo de un mercader de paños que dió un banquillo para que bajasen al reo del cadalso, y a un platero que hizo señas con un papel de que había indulto del rey, les impusieron azotes y penas pecuniarias. La familia del marqués debió quedar plenamente satisfecha de tanta severidad; no podremos decir lo mismo de la justicia pura.

En cuanto al cardenal, nuevamente se le requiere el lunes 31 de agosto para que al siguiente jueves saliera de Madrid, a lo que, siguiendo su táctica dilatoria, dice que continúa indispuerto, y dirige un memorial al rey doliéndose de que ni su palabra ni la del obispo de Ossola hubiesen sido apreciadas, y pidiendo que se revocasen las

órdenes de destierro; contestándosele secamente por conducto de D. Fernando Ruiz de Contreras, secretario universal del despacho, «que el rey había ordenado la notificación y que el asunto era materia y punto de justicia y conservación de su jurisdicción real, y así corre por manos del Consejo a quien lo tiene remitido»¹.

Se reitera el requerimiento en 3 de septiembre, respondiendo el arzobispo que «era vasallo de Su Majestad y de su Consejo de Estado y que si se lo notificaban y mandaban como a tal, era menester hacerlo con Cédula del rey, como se acostumbra con los grandes y que si solo el Consejo lo decía, no era éste el apropiado por ser cardenal príncipe de la Iglesia y en esto yo no puedo venir».

Como reguero de pólvora corrió por la Corte la caída en desgracia del arzobispo, que pronto empezó a experimentar la frialdad de todo el mundillo palaciego, que rehufa su trato, empezando por su propio hermano, el conde de Altamira; pero aun así no le faltaron consuelos por la leal adhesión de D. Francisco Gaetano, arzobispo de Rodas y nuncio de Su Santidad², y la del marqués de Leganés, consejero de Estado, Guerra e Italia, que no sólo le visitaron asiduamente, sino que interpusieron sus valiosas influencias para lograr la libertad de los criados detenidos.

De igual modo le confortó la actitud del Cabildo toledano, que apenas tuvo noticias de lo ocurrido se reunió, acordando enviar a la Corte a los canónigos D. Miguel Ferrer y D. Mateo Segade Bogueiro³ para practicar cuantas diligencias fuesen precisas en apoyo de su prelado⁴ y ofrecer a éste el tesoro del Sagrario; conducta que

¹ Tanto irritó al Consejo la actitud del cardenal, que pretendía establecer paridad entre su caso y la expulsión y extrañamiento de París del cardenal de Retz, y hasta el propio monarca llegó a decir: «Vemos que en Francia se prende y extermina a un cardenal, y en Madrid se extraña esta determinación.» A lo que muy juiciosamente le contestó el marqués de Aitona: «Señor: mucha diferencia ha de haber de España a Francia.» Y de cardenal a cardenal, debía añadir.

² Este monseñor Gaetano fué—no mucho después de estos sucesos—suspendido de la Nunciatura por intrigas de la Corte de Roma y de algunos envidiosos de la de Madrid, con harto sentimiento de los españoles. (Véase manuscrito número 2.384 de la Biblioteca Nacional.)

³ Acerca de este personaje, véase el documentadísimo estudio del señor Cotarelo, citado anteriormente.

⁴ El memorial presentado por los representantes del Cabildo al monarca puede verse en la obra de Passano, pág. 286.

también siguieron los insignes colegiales magistrales de Alcalá y Talavera y su antigua diócesis de Jaén, que tan gratos recuerdos conservaba del que fué su pastor.

Como la cuestión se agudizaba cada vez más, quiso el cardenal asesorarse de una Junta de teólogos y hombres graves, en la que entró el nuncio y a la que se presentó D. Baltasar en actitud tan enérgica, que decía «está resuelto si le aprietan . . . a salir como lo manda el Concilio, a pie, las cruces enlutadas, tirando piedras hacia atrás, sin volver el rostro y dejando consumido el Santísimo Sacramento en todas las Parroquias», y «formulando su última protesta en las puertas de la Villa ante cuatro obispos, cuatro notarios y multitud de clérigos y público».

Desgraciadamente, el prelado no se vió asistido de modo incondicional más que por su confesor, el padre Juan de Orduña. Los demás, acaso temerosos de la Corte, buscaron subterfugios y términos medios, y aun alabando la entereza del cardenal para defender las prerrogativas de la Iglesia, le aconsejaron que cediese, paliando la obediencia al Consejo con el pretexto de salida voluntaria por tiempo breve. El prelado les agradeció cortésmente su consejo, pero persistió en su actitud, comunicando todo lo ocurrido a los obispos sufragáneos, y abrió por su parte una información en la que declararon más de cuarenta testigos.

* * *

La situación era ya tan violenta, que, por no agravar el escándalo, el obispo de Ossola y D. Juan de Zurita obedecieron la orden de destierro que contra ellos se había fulminado, si bien D. Baltasar, para que no pareciese que ni aun tácitamente les reconocía como culpables, les compensó con un beneficio vacante en San Justo, de Madrid, y otro en Belinches.

Aunque la gente palaciega seguía haciendo el vacío en torno suyo, parece que se empezaban a poner los jalones para un arreglo, pues el mismo Barrionuevo nos dice «que al Cardenal de Toledo procuran contentar y tiénese por cierto que volverán los desterrados que no es poco», y hasta un ministro, allegado de Moscoso, quiso actuar de zurcidor de voluntades, aconsejándole que saliese de Ma-

drid con pretexto de visitar el Cristo de El Pardo; pero D. Baltasar se negó a toda componenda y a reconocer sobre él otra autoridad que la del rey, al que por medio del nuncio insistía en pedir que anulase todo lo actuado, al propio tiempo que, para que la gente no creyese que estaba preso, salía con frecuencia en su coche—si bien llevando las cortinillas echadas—por la puerta de Guadalajara, calle Mayor y otros sitios céntricos.

Así transcurrieron cuatro meses, durante los cuales—según parece deducirse de una carta del inquisidor general, D. Diego de Arce—la justicia de la causa del cardenal, la reacción producida en el pueblo por las posteriores derivaciones del asunto Amada y las gestiones del nuncio y del marqués de Leganés, fueron haciendo mella en el ánimo del rey, y el temporal fué amainando. Comprobada la obediencia a la orden del Consejo con la salida de Madrid del obispo de Ossola y de D. Juan de Zurita, se les autorizó para volver a la Corte, y posteriormente se devolvió la libertad a los servidores del cardenal que aun estaban presos.

Como ya no tenía objeto mantenerse en la actitud de protesta, pues—aparte la muerte del desdichado Amada—todo lo que era reparable había sido reparado, accedió el cardenal a que fray Nicolás Bautista, de la Orden de Observantes, actuara como mediador suyo cerca del valido, y éste fué preparando el ánimo del rey para buscar el término satisfactorio del asunto, que ya solamente dificultaba la exigencia del Consejo de que por parte del cardenal se le diese alguna muestra de acatamiento, a lo que accedió éste, aunque insistiendo enérgicamente en la verdad de todo lo que había afirmado y en su falta de culpa, con lo cual los señores consejeros se dieron por satisfechos y su presidente fué a ver al monarca, que declaró «que D. Baltasar podía regresar cuando quisiera», lo que D. Luis Méndez de Haro se apresuró a comunicarle con una afectuosa carta.

Cuando el cardenal, en virtud de la autorización otorgada, volvió a Palacio, el monarca le recibió muy afectuosamente, consolándole de lo ocurrido, y el valido y sus hijos le acompañaron a la salida.

Recobrado el favor real, hasta el presidente del Consejo le envió una cariñosa carta dándole la enhorabuena.

Era preciso, sin embargo, que alguien pagase los vidrios rotos, y, como siempre, la sogá se quebró por lo más delgado. El teniente

corregidor D. Alonso de Castro, ejecutor material—aunque demasiado presuroso—de las órdenes superiores, salió desterrado, considerándosele, y no sin razón, como el causante, con su precipitado obrar, de tan grave conflicto.

Los eclesiásticos biógrafos de Moscoso a quienes con frecuencia hemos citado agregan con sencilla fe que la mano de Dios se dejó sentir pronto en los que intervinieron en este asunto, pues el ministro del Consejo D. Juan de Morales, que tanta prisa tenía por ver ahorcado a Amada, y el alcalde D. Francisco Guillén del Aguila, que fué quien le sacó de casa del cardenal, murieron al poco tiempo faltos de juicio; D. Alonso de Castro falleció en Alcalá cumpliendo su destierro, y el presidente, D. Diego Riaño, fué retirado de su cargo, marchando a su pueblo natal, cercano a Burgos, desde donde sostuvo con el cardenal afectuosa correspondencia. Passano llega hasta a afirmar que el padre Nieremberg consideraba la pérdida de Arras, por entonces ocurrida, como un castigo de Dios por la desconsideración con que había sido tratada su Iglesia.

* * *

Pero a todo esto el asunto Amada recobró actualidad con insospechadas derivaciones, que dieron por completo la razón al cardenal en su empeño de que se resolviese con el detenimiento necesario.

El fino instinto popular nunca había creído por completo en la culpabilidad de Amada (que ni por un momento dejó de protestar de su inocencia), y manifestó por él las mayores simpatías.

A los pocos días de su muerte, comenzó a circular el rumor de que su alma se había aparecido al padre Eusebio, de la Compañía de Jesús, haciéndole saber que gozaba de la divina bienaventuranza. Hablóse también de que la marquesa de Cañete, impresionada por ciertas cosas y ruidos inexplicables ocurridos en su casa, la había abandonado, trasladándose a otra vivienda, y por último, surgió ya la prueba plena del tremendo error judicial cometido con D. Antonio José Amada, y que Barrionuevo explica en su *Aviso* correspondiente al 9 de septiembre de 1654.

Sigámosle literalmente:

«En la muerte del Marques de Cañete dije que sucedió arrojarle un lacayo por una ventana y perniquebrarse por lo que no se pudo librar de la justicia. Llevaronle a la carcel de Corte y habiendo ajusticiado a Amada y no hallando contra el lacayo cosa de importancia le soltaron luego. Fuese a curar y permitió Dios que de las llagas y detención que hubo en acudir a ellas, llegó a morir antes de ayer sobreviniéndole un pasmo y calentura que le acabó. Estando ya para expirar, llamó al que le ayudaba a bien morir y testigos, delante de los cuales dijo que él era el que había muerto al Marqués de Cañete porque saliendo su mujer a pedirle de rodillas que no hiriese a su marido, la había dado de coces y de bofetadas y que lo confesaba así para descargo de su conciencia y que para el paso en que estaba, esta era la verdad y que como era el anochecer, se puso detrás del dicho D. Antonio Amada y que sin que nadie le viera ejecutó la herida y que como luego le oyó decir que le habían muerto se subió la escalera arriba y se echó por una ventana para escaparse.»

Ni la *Relación anónima* ni los *Avisos* de Barrionuevo nos refieren cómo ocurrió la muerte del marqués, limitándose la primera a manifestar que fué muerto por un criado suyo, a quien había insultado gravemente, y no comenzando el segundo su narración hasta el momento de ser llevado al cadalso el supuesto reo.

Tenemos, por tanto, que atenernos, como única fuente de información, a los relatos posteriores a Passano y el carmelita¹, pues no hemos tenido la suerte de hallar otras referencias del suceso, ni mucho menos los autos procesales, que acaso hubo interés en hacer desaparecer, cumpliendo la orden real de que «se recogiese todo lo actuado».

En esos relatos nada se dice de la violencia del marqués con la esposa del lacayo. ¿Fué ésta anterior a la mediación de Amada para aplacar a su señor, que reñía violentamente al criado, y éste se

¹ Passano ofrece también la declaración del lacayo en trance de muerte; aunque no le da un valor tan terminante como Barrionuevo.

aprovechó de la intervención del infeliz caballerizo para vengar su propio agravio y el inferido a su esposa?

Es evidente que si Amada, que según Barrionuevo—hablando «como testigo de oído y vista»—ni un solo momento dejó de protestar de su inocencia en la capilla y hasta en el momento de sacarle a ajusticiar, cuando ya todo fingimiento era inútil, hubiese presenciado el atropello de la mujer por el marqués, ¿no hubiese siquiera apuntado la posibilidad de que el marido de la ultrajada hubiese causado la herida a mansalva?

El se limitó a protestar una y otra vez de que si el marqués no se metió por su espada, *otro ejecutó la herida*. Un detalle de la *Relación anónima* nos pueba lo inverosímil de que Amada fuese el agresor: el de que «el criado dió a S. E. una estocada por la espaldilla».

Al no hacer Amada más que defenderse de los ataques del marqués, es evidente que ni aun entrándosele éste por la espada, como suponía el infeliz ajusticiado—acaso por no saber el lugar donde estaba la herida—, era posible que resultase herido por la espalda, sino que se hubiese ensartado por el pecho. La situación de la herida exige un agresor distinto de Amada, y bien pudo ser el criado, que aprovechando la oscuridad y saliendo de detrás del caballerizo, tomase la venganza por su mano.

El que los juzgadores no se fijasen en detalle de tanta trascendencia da idea de su poco afán por depurar lo ocurrido y de su deseo de aplicar, fuese como fuese, una vindicta inmediata. Con razón dice Barrionuevo a su corresponsal: «Mire V. M. los juicios de Dios y el atropellamiento de la justicia que tuvo con él, dándole términos por hora, que si se hubiera dilatado pudiera ser que no muriera.» Y luego agrega: «Lo cierto es que se ven portentos y casi milagros en favor de D. Antonio Amada y que sin duda quiere Dios volver por su memoria.»

La mano fué retirada del palo en que aun estaba, y parece que el monarca tuvo un gran sentimiento cuando por un criado supo la verdad de lo ocurrido. La *musa anónima*, siempre certera, señala en las siguientes décimas que Amada fué víctima de los choques entre autoridades, y aun haciendo un juego de palabras de dudoso gusto con el defecto físico del infeliz y la injusticia que con él se había cometido, muestra bien claro el sentir popular acerca del asunto:

«Yace aquí un infiel criado
casi por lo que el Inglés¹
que como mató al marqués
muere por razón de Estado.
Todo un vulgo alborotado
no le ha importado dos higas
y al teatino sus fatigas
también salieron en balde,
que en tal caso el padre Alcalde
es mejor que el padre Hortigas.

No fué el ruido casual
aunque lo extrañó la gente,
que el cuerpo de un delincuente
tiene cierto un cardenal.
De uno en otro Tribunal
anduvo entre vivo y muerto
y en gran cuidado el acierto
puso a los jueces mayores,
tanto derecho, señores,
costó castigar un tuerto.»

Con bastante más seriedad, y calando más hondo en la verdadera entraña del asunto, se refiere también al mismo suceso el soneto que reproducimos, cuyo autor no se indica en el manuscrito de donde lo copiamos:

«Al mundo y Dios en juicio riguroso
opuestos en un pleito, han sentenciado.
Al marqués siempre el mundo le ha salvado
trocando en impiedad lo lastimoso.

Pero Dios, que obra siempre misterioso
(desmintiendo los jueces) ha dejado
con sombras al marqués de condenado,
con vislumbres al reo de glorioso.

¹ Alude a la ejecución de Sparkes pocos meses antes, a quien, a pesar de las simpatías populares por el que había delinquido en venganza de su rey, hubo que ejecutar para satisfacer a Crómwel.

En Dios no puede hallarse destemplanza
del hombre propio efecto es la malicia
la sentencia no admite circunstancia.

Luego infiérese bien que fué injusticia
la que el mundo trazó, por la venganza
disfrazada con nombre de justicia.»¹

De todos los que intervinieron en este desdichado asunto, sólo una figura sale completamente a salvo: la del cardenal, cuya mejor semblanza está hecha en una información que desde Roma envía un funcionario español a algún alto dignatario de la Corte acerca de la vida, costumbres, opiniones, etc., de los cardenales del Sacro Colegio:

«El Cardenal D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, fué creado de Paulo V. a 2 de Septiembre de 1625, tiene título de Santa Cruz de Jerusalem y es Arzobispo de Toledo después de haber sido muchos años Obispo de Jaén. Su sangre y nobleza es muy conocida; su edad de más de 60 años; su capacidad, virtud y letras muy notorias, su piedad para los pobres mucha. Las dependencias, de Su Magestad por ser Cardenal nacional. Algunos disgustos ha tenido por la integridad y puntualidad de su condición. Estuvo en Roma y dejó opinión de sujeto de mucha bondad y si se hallare al Cónclave siguiera el dictamen de los Ministros de S. M. si no se lo embarazase algún es-crúpulo.»

Fino psicólogo era el informante, como lo corroboran otras siluetas de príncipes de la Iglesia que traza y de las que no resultan por cierto tan acrisoladas virtudes como las atribuidas a nuestro cardenal toledano².

La fama de su rectitud y caridad—especialmente sus generosos auxilios a los súbditos ingleses católicos desterrados por Crómwell—dieron prestigio a su nombre en el extranjero, y el entonces pre-

¹ Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, núm. 17.666, fol. 657.

² Idem, id., núm. 2.384, fol. 213.

tendiente y luego Carlos II le escribió una expresiva carta de reconocimiento, rogándole que siguiese favoreciéndolos, carta a la que el cardenal no pudo responder porque Felipe IV le manifestó que con ello contrariaría a su política con relación a Inglaterra, si bien le exhortaba a que continuase su misión caritativa.

Una prueba evidente del prestigio de esta gran figura de la Iglesia española nos la da Passano cuando afirma que siendo obispo de Jaén, y en la elección de Inocencio X, obtuvo votos para el Pontificado.

Desde luego, su entereza inquebrantable en la defensa de lo que creía justo se manifiesta en repetidos episodios de su vida y le hace digno ante la posteridad de haber ocupado aquella gloriosa sede primada, por la que han desfilado tantas figuras señeras de nuestra historia nacional.

JERÓNIMO RUBIO.

EL ABASTO DE PAN DE LA CORTE MADRILEÑA EN EL AÑO 1630

I

DILIGENCIAS EFECTUADAS POR EL JUEZ DE COMISIÓN DEL PÓSITO
D. PEDRO DE VERGARA

Es indudable que los brillantes cuadros de lo que pudiéramos llamar gran historia sólo han podido trazarse después de una larga labor de acumulación de pequeños datos, de concretas noticias, que, formando a modo de pinceladas de los más diversos matices, súmanse para ofrecernos la viva pintura de un pueblo, de una época, de un momento. Si esto es exacto por lo que a la historia general se refiere, tanto más le cuadra a la historia de las ciudades, que, por sus más reducidas proporciones, requiere una valoración aun mayor, si cabe, del dato concreto y particular. Difícilmente podrá llegarse a escribir la historia de una urbe si previamente no se han explorado sus archivos en busca de papeles que nos informen de cuáles han sido los problemas de sus habitantes en la vida diaria, y de cómo los han resuelto; pero si además la ciudad es corte o capital del reino, como Madrid, encontrándose, por tanto, su historia íntimamente entrecruzada con la de la nación, y siendo los más destacados momentos de su vida exponentes de la historia oficial del Estado (coronaciones, bodas reales, recepciones de príncipes y embajadores, Cortes, etc.), habrá que tener buen cuidado de no tomar por peculiar lo que es general. Consciente de todo esto y de su deber de ir escribiendo poco a poco la historia de nuestro Madrid con algo más que

atisbos literarios, el Archivo de Villa se ha impuesto la tarea de ir dando a conocer aquellos de sus fondos que con más propiedad se presten a revelar la verdadera faz de Madrid. Propónese dar a la luz, a base de sus documentos, todos aquellos concretos aspectos del Madrid antiguo que mejor que ninguno se prestan a reconstituir una vida que ya pasó. Entre ellos, acaso el de más trascendencia—dentro del terreno económico—sea el del abastecimiento: conocer lo que comían los madrileños, los precios que pagaban por sus alimentos, cómo estaba organizado el abasto, cuáles eran las autoridades que lo regían y con qué atribuciones, tiene sin duda extraordinaria importancia. Convencidos de ello, como queda dicho, hemos acometido la tarea de redactar el catálogo de los millares de documentos que sobre Pósito y Alhóndiga obran en él, comprendiendo desde el siglo xv hasta el siglo xix. Sólo tras esa labor previa podrá llegar a conocerse a fondo la interesantísima organización de una tan típica y eficaz institución como ésta, todavía por estudiar, cuya muerte, acaso no tan natural como pudiera creerse, aun hoy hemos de deplorar, del mismo modo que la de casi todas las más auténticamente nacionales. Como cosa viva fué desarrollándose su estructura a lo largo de una práctica continuada, y si bien en épocas ya muy tardías quedó expresada en reglamentos y ordenanzas que también, llegado el momento, estudiaremos, para percatarnos de cómo funcionaba el Pósito madrileño con anterioridad al siglo xviii es preciso sumergirse en el fárrago de autos y diligencias notariales para rastrear las actividades de tan importante institución.

Esto es lo que hoy vamos a hacer con referencia al año de 1630. Lo hemos elegido por ofrecernos interesantísimos aspectos de la actuación del Pósito madrileño en un año en que, como veremos, la situación alimenticia de la corte fué extraordinariamente precaria, habiendo tenido que ser activísimas las diligencias efectuadas para proveer de pan a Madrid. La documentación que nos ofrece datos para reconstruir el cuadro general de la actuación del Pósito en 1630 se halla distribuída en tres núcleos principales: libro de actas del Ayuntamiento, libro de acuerdos de la Junta del Pósito y Archivo de Estadística. Hoy nos vamos a limitar a este último, del cual extraemos un legajo¹ de más de cuatrocientos folios, interesantísimo

¹ Archivo de Estadística, 3-284-3.

por contener todas las diligencias efectuadas por un juez de comisión del Pósito en las provincias. De su estudio sacaremos curiosas consecuencias, especialmente sobre la forma de trabajar y poderes de que estaban dotados sus funcionarios, bien amparados por el Estado aun en litigios con altas personalidades eclesiásticas, una de las cuales, en curiosísimo pleito, que estudiaremos, llega a fulminar la excomunión mayor contra los funcionarios del Pósito madrileño; averiguaremos además concretamente las partidas de grano que aquel año condujo a Madrid el citado juez, D. Pedro de Vergara; sus precios, su sistema de transporte, etc.

En artículos sucesivos examinaremos las otras dos fuentes de información—libro de actas del Ayuntamiento y libro de acuerdos de la Junta del Pósito—, para llegar a establecer cuál fué la cantidad total de trigo que aquel año de escasez se trajo a Madrid, y cuáles fueron los lugares de que se obtuvo, completando el estudio del abasto de pan de la corte en 1630 por cuanto se refiere a cifras y organización.

NOMBRAMIENTO DEL JUEZ DE COMISIÓN PARA LA CONDUCCIÓN DE TRIGO A LA CORTE.—SU PARTIDA DE MADRID

Fué, efectivamente, el año 1630 de extrema necesidad y escasez de alimentos para la corte madrileña. Bastaría para darse cuenta del grado de penuria a que se llegó en dicho año, observar el hecho de las laboriosas gestiones del embargo de trigo—objeto de nuestro estudio—llevadas a cabo por el Pósito de Madrid en las localidades productoras de este cereal. Pero es que, además, ello se nos declara explícitamente en numerosos pasajes de la documentación que manejamos. Acaso uno de los más expresivos (folio 205), que transcribimos como botón de muestra, sea el siguiente:

«... ago saver al corregidor de la villa de Aguilar de Campos y otras qualesquiera personas della que el mucho aprieto y necesidad que oy se dan en la villa de Madrid, Corte de Su Magestad, cada día tengo correos con órdenes apretadas de los señores del Consejo... para que con mucha brevedad baya remitiendo cantidad de trigo...»

Ante tan apurada situación, entra en funciones el Pósito madrileño. En primer lugar nos enteramos de la existencia de una autoridad superior que centraliza las diligencias: es el llamado superintendente para la provisión y abasto de pan de la corte, D. Francisco de Tejada y Mendoza, quien a su vez forma parte de una Junta para la provisión de pan, nombrada posteriormente por el rey al ver que las dificultades aumentan. La cédula real del nombramiento se contiene copiada en el susodicho libro de acuerdos de la Junta del Pósito (1630 a 1632, folio 1). Hoy no entraremos en ella, pues, como queda dicho, sólo queremos ocuparnos ahora de las gestiones de D. Pedro de Vergara.

Pues bien; D. Francisco de Tejada nombra un juez de comisión —el licenciado D. Pedro de Vergara Alzola—, quien a las órdenes de aquél va recorriendo pueblos y ciudades, adquiriendo para Madrid todo el trigo que puede. Transcribimos un documento (fol. 26), emanado del mencionado superintendente, autorizando y facilitando el transporte:

«Don Francisco de Tejada y Mendoza del Consejo y Cámara de Su Magestad, superintendente para la provisión y avasto de pan desta Corte, por comisión de Su Magestad y señores de su Real Concejo de la qual yo el escribano ynfrascripto doy fee y della usando hago saver a los corregidores gobernadores, alcaldes mayores y hordinarios y otros qualesquier juezes y justicias destos reynos que Bartolomé Theresa y Andrés de Contreras, carreteros an traydo a esta Corte y Villa para el Pósito della cantidad de veynte carretas de bueyes desde la villa de Arévalo y otras partes de Castilla la Vieja y buelven de mi horden con las dichas carretas a la dicha villa de Arévalo o adonde les ordenare el licenciado don Pedro de Vergara Alzola, juez que está conduziendo trigo para la dicha provisión desta Corte, para que lo traygan al Pósito della por la qual ordeno y mando de parte de Su Magestad a las dichas justicias no impidan ni estorven a los dichos carreteros el yr ni venir con el dicho trigo, antes les den lo necesario para ellos y sus bueyes y carretas y aderezos dellas a precios justos y les dejen pastar sus bueyes en los pastos comunes, por ser del servicio de Su Magestad y vien desta república.—Fecho en la Villa de Madrid, diez y siete días del mes de mayo de mil y seiscientos y treinta.—Por su mandado Francisco Te..... (Roto.)—Para que no ympidan a los carreteros que traigan trigo al Pósito.»

Parte de Madrid el juez de comisión el día 1 de abril, acompañado de escribano y alguacil, en dirección a Segovia:

«En la Villa de Madrid a primero día del mes de abril de mill y seiscientos y treynta años, el señor licenciado don Pedro de Vergara, juez por Su Magestad para proveer de trigo la Corte, mandó a mí el escribano y a Juan del Castillo, alguacil de su comisión, nos aprestemos para partir luego de cumplimiento y execución de dever (?) sin más dilación y así lo mandó y firmó.—En Madrid, abril.—El licenciado don Pedro de Vergara Alçola (rúbrica).—Juan Luys de Oviedo (rúbrica).»

«Doy fee yo el dicho escrivano que en cumplimiento del auto y de la dicha real comisión, el dicho señor juez con sus ministros partió de la dicha villa de Madrid para la ciudad de Segovia el dicho día primero de abril, como a las doze oras de medio día.—Juan Luys de Oviedo (rúbrica).» (Fol. 28 r. v.)

Llegado a Otero de Herreros, y enterado de que el obispo de Segovia se encuentra en El Espinar, mándale cartas notificándole su misión de comprarle el trigo que se pueda para el abasto de la corte. Ya así preparada su gestión en Segovia, que, como veremos, constituirá su primer tropiezo con las autoridades eclesiásticas, procede a las diligencias que en todos los pueblos que visita para la compra de trigo habrá de hacer, o sea requerir a los alcaldes ordinarios y regidores del lugar para que, bajo juramento, declaren qué trigo hay allí almacenado.

EL JUEZ DEL PÓSITO EN SEGOVIA.—TROPIEZOS CON EL ADMINISTRADOR DE LA CATEDRAL

El día 3 de abril se encuentra ya el juez D. Pedro de Vergara en Segovia. Nada más llegar, requiere al mayordomo de la catedral para que le declare qué trigo poseen su deán y Cabildo, tanto el perteneciente a las rentas de la catedral, a los canónigos y demás prebendados de ella, como a él mismo. El mayordomo declara (fol. 32) lo siguiente:

«En la dicha ciudad de Segovia en el dicho día quatro de abril de mill y seiscientos y treynta años, se recibió juramento por el dicho señor juez del dicho Pedro García Vela, mayordomo de la santa yglesia de la dicha ciudad y el susodicho lo hizo y prometió de dezir verdad y preguntado al tenor del auto dixo queste declarante es mayordomo del yglesia catedral desta ciudad y que en su poder entran las rentas que el cabildo de la santa yglesia le señala de trigo para que con ellas y su valor pague el subsidio que la dicha yglesia paga al rey nuestro señor salarios y limosnas y otras cosas quel cabildo le ordena y que este año a entrado lo que constare por las tazmías a que se refiere, el cual tiene en su poder porque la gruesa de pan de la dicha yglesia y prevendas se reparte entre los señores prevendados y cada uno se cobra lo que le toca y que las tazmías y cuentas y papeles están en la yglesia en la contaduría questán a cargo del licenciado Robledo, presbítero, y de los contadores prevendados que todos son clérigos. Y en quanto a lo que se le pregunta del trigo propio suyo que tiene, dixo que no tiene ninguno más del de las rentas dichas y esto dixo ser la verdad so cargo del dicho juramento y lo firmo y es de çinquenta años.—García Vela (rúbrica).—Ante my Juan Luys de Oviedo.»

La declaración del mayordomo catedralicio, Pedro García Vela, llena de evasivas, obliga al juez a hacer un registro en su morada, acción que nos le presenta como investido de dicho poder requisito. Encuéntranle allí una panera con más de cuatrocientas fanegas de trigo, una troj con veinte, una panera de cebada, y en otra troj del hospital de los Desamparados, trescientas fanegas de trigo más. Comunicándole la prohibición de tocar aquel grano, bajo pena de 40.000 maravedís para la Cámara Real, el juez de comisión, «aviendo visto estos autos y que por ellos consta la variación del dicho Pedro García y aver querido encubrir las dichas partidas de trigo y no aver entregado los libros cuenta y razón del trigo que a entrado en su poder este presente año, todo a fin de encubrir y que no se sepa la cantidad ni donde está ni quien lo tiene, le mandó prender y que se ponga preso en la cárcel real desta ciudad y se entregue al alcayde della al qual mandó no lo suelte sin licencia y mandado de su merced pena de cyncuenta mill maravedis para la camara de su magestad costas y salarios de la comisión.» (Fol. 36, r. y v.)

Obsérvese, pues, que el juez iba dotado de plenos poderes para desempeñar la comisión que el Pósito y Alhóndiga de Madrid le había confiado.

Prosiguiendo sus diligencias en personas eclesiásticas, embarga también el trigo que posee D. Diego García, «arrendador de ciertas rentas de trigo de canónigos», que ascendía a cien fanegas, a pesar de que, según el declarante, estaban vendidas al convento de las Descalzas; pero sin poder exhibir en prueba la escritura de venta.

La población de Segovia, por su parte, muéstrase también reacia a la entrega del trigo, lo cual obliga al licenciado Vergara a ordenar que se lance un pregón diciendo «en las plaças y calles públicas de la dicha ciudad que todas las personas becinos y moradores estantes y abitantes en ella ansi eclesiasticos como seglares sin excepción de persona ninguna dentro de oi en todo el día parezcan ante su merced con relación jurada del trigo que cada uno tiene ansi en esta ciudad como fuera della declarando las partes sitios y paneras donde lo tienen para que dello dexando a cada uno lo que ubiere menester para su casa y familia se aga y cunpla lo que por la real comisión se manda con apercibimiento que el dicho termino pasado se dara por perdido lo que no se registrase en la forma rreferida aplicado a la real camara.» (Fol. 43.)

A pesar de ello, son muy pocas las personas seglares que se presentan a declarar sus trigos, y por otro lado, los documentos nos indican que las que lo hacen son precisamente las que necesitan el grano para el sustento de sus familias. De las personas eclesiásticas no acude ninguna a declarar. Y aquí surge el conflicto entre la autoridad real, personificada en el juez de comisión, y los que creen dañados sus intereses; conflicto que el licenciado Vergara tiene suficiente autoridad para zanjar, recurriendo a las medidas coactivas que su cargo le permite ejercer. Así manda «se visiten todas las casas de personas eclesiásticas y seglares de quien se entendiere tiene trigo y lo que se hallare se deposite en personas abonadas donde esté pronto para lo poder conducir y para escusar algunos ruydos y alborotos que podian suceder, de parte de su magestad requiere al señor corregidor y de la suya suplica le de el favor y ayuda necesario con las protestaciones que de no lo hazer se requieren...» (Fol. 45.)

Estamos, pues, ante un funcionario del Poder ejecutivo de un Estado fuerte; cuyos organismos trabajan por encima de los intereses particularistas. Así había de funcionar éste del Pósito si quería resolver el importante y nada fácil cometido de abastecer de pan a una corte cuya población había crecido excesivamente en pocos años.

Así las cosas en Segovia (sin que nos diga el resultado de la requisa), pasa el juez Vergara a la villa de Abades y otros pueblos, donde las diligencias se desarrollan con más facilidad.

De aragoneses, por ejemplo, obtiéndose cuatrocientas fanegas, pues aunque después de dejar el trigo para el consumo se embargan cuatrocientas quince, estas quince las deja el juez a disposición de los alcaldes ordinarios para que las repartan entre quienes más lo necesiten; nueva prueba del sentido de justicia que presidía la actuación de los funcionarios del Pósito. La tasa fijada para éstas y ulteriores adquisiciones es de dieciocho reales la fanega.

SISTEMA DE OBTENCIÓN DE MEDIOS DE TRANSPORTE

La gestión del juez de comisión consiste no sólo en el embargo del trigo, sino también en allegar carruajes y acémilas para su transporte. Este es un importante aspecto de sus atribuciones, ya que los transportes constituyan una de las mayores dificultades para el abasto de pan de Madrid. Por lo general se utilizan los servicios de carreteros y arrieros profesionales, y otras veces se requisan las bestias de carga que se encuentran en los mesones, siendo muy variadas las tarifas de estos transportes, aunque la más general es de *diez maravedís por legua*. (Fol. 217.)

El pasto del ganado corre a cargo de los Concejos de los lugares por donde pasan las carretas, habiéndose de prestar para ello los prados comunales; los alcaldes han de dar toda clase de facilidades. Véanse las órdenes del juez de comisión del Pósito madrileño en este sentido:

«... y porque al servicio de Su Magestad conviene questo llegue con brevedad les mando a cada uno en su jurisdicción y a los regidores y guardas y otras qualesquiera personas no les ynpidan el paso y pasto por las dehesas y prados y los de-

jen pasar y pastar en ellas según de la forma y manera que quando llevaren cargas de la persona real y proveymiento de su corte lo qual cumplan pena de veinte mill maravedís para la cámara de Su Magestad...

... E otrosí mando no les ynpidan el cortar madera en los montes enzinas y pinos y otros qualesquiera maderas que fue-re necesario para el reparo de sus carretas pena de veinte mill maravedís...» (Fol. 119.)

Sin embargo, en esta requisa de carretas, elemento esencial para abastecer de trigo a Madrid, como hemos dicho, tropezábase con grandes dificultades y resistencia de los carreteros, los cuales, bien porque hubiesen de atenerse a las tarifas oficiales, bien porque se les apremiase demasiado, recurrían a toda clase de estratagemas para eludir la prestación, como podemos ver en el folio 218:

«En la villa de Arévalo a veinte y un días del mes de mayo de mill y seiscientos y treinta años el señor licenciado don Pedro de Vergara Alçola juez de comisión por Su Magestad para proveer de trigo su real corte dixo que aviendo su merced tenido noticia de que muchos carreteros con grande número de carretas pasavan por trochas y caminos no usados huyendo de los embargos que por mandado de su merced estan mandados hacer y andan haziendo alguaziles de su comisión y nombrados para este efecto la bíspera de pasqua diez y ocho días deste mes para cojer algunas carretas que tuvo aviso yban cerca desta villa que yban huyendo ynbíó a llamar a sebastián de la serna alcaide de la cárcel de esta villa para que como otras vezes lo havia hecho de que estava pagado fuese en seguimien-to de las dichas carretas...»

La conducción del trigo, según puede verse por las diligencias notariales, no se hacía directamente, sino que, al parecer, existía una red de centros intermedios en los que se concentraba, para luego seguir a Madrid. En el caso de las villas y aldeas de las provincias de Segovia y Salamanca, estos centros intermedios son Arévalo y Segovia, unas veces, y otras, aunque menos, Brunete.

Vemos además que de Segovia se toman los fondos para atender a los pagos de carreteros y alquiler de carretas. Así, en 6 de mayo, el alguacil mandado por el juez del Pósito lleva a Arévalo 50.000 reales de la ciudad de Segovia «que por merced del dicho concejo se consignaron en la dicha ciudad para la condución del trigo». (Folio 121.)

MODO DE PROCEDER PARA LA ADQUISICIÓN DEL TRIGO

Llegado a Arévalo, el juez de comisión para el abasto de pan de la corte manda a sus representantes a que continúen los registros por otros pueblos. Damos la transcripción del documento (fol. 76), pues creemos que es lo suficientemente elocuente para dar idea, mejor que ninguna otra explicación, de cómo se procedía en los distintos lugares para la adquisición del trigo. Dice así:

«El licenciado don Pedro de Bergara Alçola juez de comisión de Su Magestad para la provisión del trigo de su real corte mando a Juan del Castillo alguacil de la dicha mi comisión que luego queste mi mandamiento vea parta a los lugares de Don Yerro, Socaloz, Norrapariegos, San Cristóbal, Montuenga, Palaçuelos de la Bega, Palaçuelos de la Deesa, Martimuñoz de la Deesa, Montero de la Vega, Tolocirio, Naarros del Monte, Costança, Nalanga, Caveças de Alanbre, Don Ximeno, San Vicente, La Nava de Aro, Magalos, Aldea Seca y en ellos areis rexistro de todo el trigo que obiere en los dichos lugares así de personas eclesiásticas como seculares conpeliendo a los alcaldes de los dichos lugares para que asistan con boz al rexistro del dicho trigo abriendo las paneras de todas e qualesquier personas aunque sean de fuera parte y ninguno se atreba ocultar ni encubrir el trigo que así tubiere sino que todo ello lo manifiesten ante vos pena del perdimiento del dicho trigo aplicado a la cámara de Su Magestad y el dicho rexistro anreis (*sic*) ante el escrivano del dicho lugar y si no le ubiere ante el fiel del concexo y no pareciendo nenguno dellos lo areis con buestra persona y los dichos alcaldes o cualquiera dellos les mando asistan con bos luego sin dilación pena de veinte mill maravedís para la cámara de Su Magestad y mas mis salarios y los de mis ministros y procedere contra ellos con todo rigor. Las personas dueños del dicho

trigo o los alcaldes de los tales lugares dentro de un día acudan ante mí a dar razón de la familia que tienen y necesidad de lo que an menester para su sustento y labores que io les dexare lo que así con[ven]ga y tengan necesidad sin acerles agravio y lo demás se les pagará a diez y ocho reales por anega por ques para el servicio de Su Magestad y sustento de su real corte y vos el dicho mi alguacil maior areis embargo de todo el dicho trigo en la persona que os pareciere y conpeled a los dichos alcaldes se constituian por depositarios del dicho trigo y no dispongan los dueños dello ni otra ninguna persona pena que serán castigados con todo rigor y los dichos alcaldes y dueños del dicho trigo parescan ante mí como dicho es dentro de un día de como se aga el embargo con la dicha razón pena de diez mill maravedís para la cámara de Su Magestad y por ello no avéis de llevar ni lleveis salarios ni derechos algunos de los dichos lugares ni de ninguna persona y así lo proveio y mando en la uilla de Arévalo donde tengo mi audiencia a veinte y cinco días del mes de abril de mill y seis-cientos y treinta años.—El licenciado don Pedro de Vergara Alçola (rúbrica).—Por su mandado Thomás Sánchez de Requena (rúbrica).»

DIFICULTADES EN ARÉVALO AL TRATAR CON EL MAYORDOMO DEL OBISPO DE AVILA

En Arévalo compra el juez Alzola en un principio doscientas ochenta y cinco fanegas de trigo a personas particulares. Pero en dicha villa, al tratar con el mayordomo del obispo de Avila, se producen los mismos choques que, según podemos observar a lo largo de toda la documentación, tienen lugar cuando los funcionarios del Pósito entran en relación con personas eclesiásticas. Trasladaremos con algún mayor detenimiento que de costumbre las diligencias referentes al caso, para deducir de ellas la eficacia de una institución que dotaba a sus representantes de poderes suficientes para que sus gestiones, encaminadas a resolver el abastecimiento rápido y seguro de Madrid, no se viesen paralizadas ante el obstáculo de privilegios o egoísmos tradicionales. Era, pues, una institución llena de vida y eficiencia, plenamente a la altura de los problemas de los tiempos que corrían:

«En la villa de Arévalo a primero día del mes de mayo de mill y seiscientos y treinta años el señor licenciado don Pedro de Vergara, juez de comisión por Su Magestad para proveer de trigo su real corte mandó se notifique a Hernando Sánchez mayordomo del señor obispo de Avila luego le entregue las llaves de las paneras donde tiene el trigo de su señoría y suyo sin dilación alguna pena de treinta mil maravedís para la cámara de Su Magestad y que a su costa estarán en esta villa los ganados de las carretas que están detenidas y los carreteros y que se procederá contra él con todo rigor como contra persona inobediente a los reales mandatos, y así lo mandó y firmó..., etc.

Luego yncontinenti visto por su merced el dicho señor juez que el dicho Hernando Sánchez no cumple lo que se le manda le mandó prender y que se le eche un par de grillos..., etc. (Fol. 103.)

... luego... prendió al dicho Hernando Sánchez y le llevó a la cárcel pública de la dicha villa y entregó a el alcaýde della y le echó un par de grillos... (Fol. 103 v.)

Luego su merced el dicho señor juez mandó se le notifique entregue las llaves so las penas puestas por el primero auto que se executarán en su persona y bienes si luego yncontinenti no las entregare... (Fol. 103 v.)

Luego estando en la cárcel pública de la dicha villa notifiqué y leí el dicho auto al dicho Hernando Sánchez en persona el qual dixo que pagándosele el trigo en esta villa (disculpa intencionada, pues bien sabía él que no podía cobrarse hasta su entrega en la alhóndiga de Madrid) está presto de dar las llaves y cuanto trigo tiene el de su señoría y suyo y quel suyo quiere darlo en la forma que su merced manda y lo que es del señor obispo por tener obligación a hazer la paga en esta villa suplica asimismo se lo paguen en ella y quel trigo su merced sabe donde está y a visto las paneras que si su merced lo quisiere sacar lo saque o haga lo que fuere servido por quel no a de entregar las llaves sin dar quenta al señor obispo.» (Folio 104.)

Ante la negativa, el juez Alzola hace uso de su acostumbrada energía, y guiado de su celo en la misión que la villa de Madrid le ha encomendado, dicta la siguiente orden:

«En la dicha villa de Arévalo en el dicho día primero de mayo de mill y seiscientos y treinta años el señor licenciado don Pedro de Vergara juez susodicho aviendo visto la rebel-día y contumacia del dicho Hernando Sánchez Vela le conde-nó en los treinta mill maravedís de pena que tiene aplicada para la real cámara la qual mandó se execute luego y se le saquen y bendan bienes que lo valgan y se remitan al señor recetor de penas de camara del real concejo y mas se le saquen para la costa de los carreteros dozientos reales...» (Fol. 104.)

Además del castigo que se le impone, ordénase el traslado a Madrid de las cuatrocientas sesenta fanegas de trigo que el mayordomo del obispo de Avila tenía en sus paneras de Arévalo. Esto era precisamente lo que se trataba de conseguir. Ante tan enérgica actitud del juez del Pósito, el funcionario eclesiástico se ve obligado a doblegarse y a declarar lo siguiente:

«El licenciado Sanchez Vela vecino de esta villa preso en la cárcel publica de ella por mandado de vuesa merced por persona de mi procurador digo que vuesa merced me tiene preso por decir no entrego las llaves de las paneras del trigo que en esta villa tiene el señor obispo de Avila por correr por mi cuenta la guarda y custodia dello y yo estoy presto de entregar a vuesa merced todo el trigo que biere en las dichas paneras o bien pagando el precio dello al dicho señor obispo y a mí en su nombre y por no les entregar vuesa merced me tiene con un par de grillos y a mandado sacarme cierta cantidad de maravedís qual me condena por no entregarle dichas llaves y para ello se estan sacando mis bienes por su alguacil de vuesa merced y por redimir mi vejación y escusar los grandes gastos y daños que se me pueden seguir desde luego entrego las llaves de la dicha panera a vuesa merced suplico los mande recibir y que se me de testimonio de como con pulso y apremiado las entrego y todavía suplico a vuesa merced se sirba que si algun trigo se saque de las paneras del dicho señor obispo para la provisión de la corte sea pagandose primero y de no lo mandar hacerasi protesto lo que protestar conviene al derecho del señor obispo...» (Fol. 105.)

Ni aun con esto se accede a su pretensión del pago al contado, sino que se mantienen las disposiciones del Pósito, según los términos empleados por D. Pedro de Vergara:

«... y en quanto a la paga se a de hazer en la villa de Madrid o ciudad de Valladolid constando del recibo en el alhóndiga de Madrid y para ello a de yr una persona por parte del dicho Hernando Sanchez con salario de ocho reales por día a entregar el dicho trigo y cobrar el dinero o sacar la librança para Valladolid el qual salario se le a de pagar por cuenta de la villa sin descontarle cosa alguna.» (Fol. 105 v.)

Como puede deducirse de este documento, Valladolid debía ser otro de los centros intermedios que el Pósito de Madrid había creado para facilitar las transacciones.

COLISIONES DE AUTORIDAD CON FUNCIONARIOS CIVILES Y CON OTRAS ALHÓNDIGAS

Es interesante comprobar por los documentos que nos ocupan que este sistema de registros para el embargo del trigo con destino al abastecimiento de los grandes núcleos de población no era exclusivo del Pósito de Madrid, sino que debía estar en uso también en otras capitales. Así, por ejemplo, vemos que en el lugar de Palacios-rubios, jurisdicción de Salamanca, encuéntrase el juez de comisión del Pósito madrileño con que ya se le ha adelantado el enviado del corregidor de Salamanca. A pesar de ello, llamados los alcaldes, logra obtener doscientas cincuentas fanegas para Madrid, sin que se nos diga si privando de ellas al corregidor de Salamanca o después de haber sacado ya éste la partida registrada. Lo probable, sin embargo, es lo primero, ya que un lugar tan pequeño no daría tanto contingente de trigo como para proveer a las dos capitales.

Debió existir, no obstante, cierta reglamentación para el repartimiento de los lugares que a cada gran núcleo urbano correspondía a los efectos de la adquisición de granos. Creemos que esta reglamentación basábase en el criterio de la distancia, pues precisamente a continuación de las diligencias notariales efectuadas en Palacios-

rubios, leemos un mandamiento del juez Vergara comisionando a su alguacil y a su escribano para que en su nombre «vayan a la villa de Horcajo que es del marqués de Murillo (?) y a las demás partes y lugares de estos reinos de Castilla con que no eçedan de treynta y dos leguas de distancia de la corte...»

Claro está que no debe extrañarnos que a veces, después de haberse adquirido trigo de un pueblo por parte del funcionario de determinada ciudad o alhóndiga, llegue el juez de comisión del Pósito madrileño y adquiera a su vez otro tanto de trigo del mismo lugar, ya que, según vemos, los registros no eran exhaustivos, debido la mayor parte de las veces a las ocultaciones de los vecinos. Por ello, en muchos pueblos se efectúa a veces más de un registro; primero lo lleva a cabo el representante del juez de comisión, y luego éste en persona, al comprobar que se ha obtenido poco. Así es el caso en Villanueva del Aceral, donde se registra primero el 2 de mayo, y después el 9 del mismo mes. La primera vez se encuentran cuatrocientas fanegas, y la segunda, novecientas, de las que se adquieren para el Pósito madrileño setecientas. El dueño de ellas, Pelayo Zurdo (fol. 130), no se aviene a ese segundo embargo, «por lo cual su merced tomo las llaves de las paneras y echo dos candados para que no se pudiese sacar trigo ninguno y mando al dicho Pelayo Zurdo no saque de las dichas paneras trigo, pena de cinquenta mill maravedís para la camara de Su Magestad y de los gastos y costas...»

No cabe duda, pues, de que los funcionarios del Pósito, para vencer la resistencia y las ocultaciones de los vecinos, valíanse de denunciadores, hasta sacar a los lugares y villas, en sucesivos registros, el máximo rendimiento.

A veces, los funcionarios de la Alhóndiga de Madrid chocan, no ya con los intereses eclesiásticos, sino con las Alhóndigas de otras villas ricas, caso que merece destacarse. Así, por ejemplo, ocurre en Madrigal. Si en los pequeños lugares vemos por la documentación que los alcaldes ordinarios y vecinos se someten sin resistencia al embargo, no ocurre lo mismo en pueblos ricos, como éste, donde un Concejo de mayor personalidad y relieve no se aviene a la entrega del grano sin antes protestar «en forma de derecho» contra el pretendido atropello, haciendo alarde de su conciencia jurídica. Dice así el documento:

«Don Francisco de Maestresala, Gabriel de Morales, Juan Hidalgo y Francisco Vaca vecinos desta Villa procuradores generales de entrambos estados della sin ser visto atribuir a vuesa merced mas jurisdicción de la que de derecho le compete y essa no declinable por lo a nos tocante y en nombre desta dicha villa y conzexo parezemos ante vuesa merced y deçimos ser venido a nuestra notiçia que vuesa merced a proveido auto por el qual manda al mayordomo de la Alhóndiga desta villa que no mida el pan dañado que para renobar la dicha alhóndiga esta mandado dar y repartir entre los vezinos en conformidad de la antigua costumbre que tiene esta villa y reales leyes y pregmaticas que ansi lo disponen de lo qual se sigue muy grande daño a la dicha alhondiga y a los dichos vezinos por ser pobres y estar la dicha alhondiga dedicada para tales neçesidades como las que oy padecen y se espera de proximo con la amenaza que promete el año pressente de mala cosecha. Y porque en casso que su comission de vuesa merced se estendiera a que para la conduçion del pan que para la corte de su magestad previene tamvien uviera de ser el poder sacarlo de alhondigas sin embargo de sus privilegios estas eran caussas bastantes para que vuesa merced haciendo merced a esta villa sobreseyera atal proçedimiento y embargo en esta parte, suplicamos a vuesa merced se sirba de mandar sobreseher en el dicho embargo en caso que juez se halle y de qualquier manera exsivir su comission y hacerla notoria al corregidor de esta villa y que della se nos de un tanto signado y en pública forma con ynserçion del auto por vuesa merced proveido en razón de que no se mida el dicho pan mandado repartir por la justiçia y regimiento desta dicha villa y otros qualesquier autos que vuesa merced en razon desto uviera proveido y fecho para en guarda de nuestro derecho y de lo contrario y prozeder en otra manera ablando devidamente y con la cortesía y acatamiento que devemos, protestamos contra quien y con derecho debamos los daños que en qualquier manera se siguieren anssi a dicha alondiga como a esta villa y conzexo apelamos para ante el rey nuestro señor y su real conzexo de justiçia y junta donde ubiere emagnado su comision de vuesa merced y para ante quien y con derecho debemos y pedimos se nos de por testimonio ynserito este pedimiento con su rrespuesta y auto de vuesa merced todo signado y autorizado y en publica forma y manera que fee haga y lo firmamos y en todo justiçia e para hello ezetera ymploración deoficio.—Gabriel de Morales (?) (rubrica).—Juan Hidalgo (rubrica).» (Fol. 148.)

Esta apelación al Consejo Real nos produce cierta impresión de ingenuidad. No se dan cuenta la villa de Madrigal ni los procuradores nombrados por su Alhóndiga de que es precisamente ese Consejo quien ha dado a la Alhóndiga de Madrid poderes bastantes para hacer, como si dijéramos, tributarias de ella a las de otras villas y lugares. Había pasado la época en que Madrid se bastaba a sí mismo: era ya la capital hipertrofiada de un vastísimo reino, sobrecargada por el consiguiente exceso de población, y a cuyo mantenimiento han de subvenir las provincias.

Bien sabía el juez de comisión, D. Pedro de Vergara, que su gestión estaba bien respaldada, y por ello, seguro de sí mismo, manda responder a la villa de Madrigal lo siguiente:

«Su merced tiene dado cuenta deste negocio a su señoría el señor don Francisco de Tejada y Mendoza de los concejos de justicia y camara de su magestad superyntendente de las cosas tocantes a la conducción del trigo de la corte ante quien la villa puede acudir a pedir lo que le convenga y a dezir las razones que tiene para que no les saque trigo de su alhóndiga y que se les de el testimonio que piden con ynscripción de la declaración del alhondiguero para que conste como tiene tres mill y trezientas fanegas de trigo y respecto de que esta villa no tiene trezientos vezinos parece ques cosa bastante la mitad del dicho trigo para de aqui al agosto y que muchos vecinos desta villa tienen trigo para sus casas. El señor don Pedro de Vergara Alçola juez de comisión por su magestad para la conducción de trigo para la corte lo proveyo en Madrigal a quinze dias de mayo de mill y seiscientos y treinta años..... El licenciado don Pedro de Vergara Alçola (rúbrica).—Ante my Juan Luys de Oviedo (rúbrica).» (Fol. 149.)

Esta declaración tiene gran interés, además, por ser un dato para el cálculo del racionamiento de trigo que se establecía, ya que nos dice que seiscientas cincuenta fanegas de trigo bastarán para unos trescientos vecinos desde el 15 de mayo hasta agosto. Desde luego, *el cálculo no resulta del todo exacto, ya que hay que contar además*, según nos declara el documento, con el trigo que particularmente almacenaban los vecinos.

Igualmente se producen choques con otras Alhóndigas, como la de Olmedo, que al enterarse de que el juez de comisión de la de Madrid va embargando trigo por los pueblos de su jurisdicción, se adelanta a adquirir para sí las cantidades de grano que en ellos hay. (Fol. 161.) Igual procedimiento trata de emplear el corregidor de Zamora en villas de su jurisdicción; pero sin resultado. (Fols. 203, 204.)

Lo mismo hacen los alcaldes de San Pedro de Latarce y Castromembibre, deseosos de salvar el trigo del embargo; pero siempre se impone la jurisdicción de la Alhóndiga de Madrid, que goza de privilegio sobre todas las demás. (Fol. 181 y ss.)

Lo mismo ocurre en Puras, jurisdicción de la villa de Olmedo:

«En el lugar de Puras jurisdicción de la billa de Olmedo a dos días del mes de junio de mill y seiscientos y treynta años el señor licenciado don Pedro de Bergara Alçola juez por Su Magestad llevo al dicho lugar a haçer rexistro del trigo que en el ay para que dexando lo neçesario a los dueños para el sustento de sus familias açer remitir lo demas a la billa de Madrid y allo que por mandamiento del señor correxidor de la billa de Olmedo estaba hecho y enbargadas doçientas y sesenta y seis fanegas de trigo para llevarlas a la dicha billa y por conbenir al serbiçio de Su Magestad que este trigo se llebe a la billa de Madrid para el sustento della su merçed mando a Francisco Martín Pedro Barbero y Miguel Cuerbo alcaldes hordinarios del dicho lugar tengan de pronto las dichas doçientas y sesenta y seis fanegas de trigo para que cada y quando que su merced ynbie carruaje se pueda cargar y llevar a la dicha billa de Madrid sin embargo de otros qualesquier autos y mandamientos en contrario desto aya porque en quanto a la dicha cantidad les da por libres en abiendolo entregado a los carreteros y sacado rreçibo lo cual cumplan pena de veinte mill maravedís para la camara de Su Magestad a cada uno de ellos y de que las costas y gastos que se siguieren y recreçieren y de la detención seran por su quenta y riesgo y ansi lo mando y firmo. Testado quar.—El licenciado don Pedro de Vergara (rúbrica).—Ante my Juan Luys de Oviedo.»

También en Ciudad Rodrigo queda la Alhóndiga de Madrid triunfante sobre la de aquella ciudad. (Fol. 230 y ss.)

«Nicolas Gigante vezino de la ciudad de Ciudad Rodrigo y mayordomo del alhóndiga de la dicha ciudad estante al presente en esta villa de Villamayor de Campos digo que yo e benido a ella en nombre de la dicha ciudad con mas de cynquenta carros a cobrar del licenciado Lucas Aguado y Antonio Manjon alcalde mayor y Ysavel Borrega biuda e su yerno todos vecinos desta dicha villa ochoçientas y sesenta y cinco fanegas de trigo que los sobredichos por contrato estavan obligados a entregar a la dicha ciudad y su alhóndiga y a don Manuel de Chaves y Miguel de Valencia regidores de la dicha ciudad con quien se hiço el dicho contrato. Y aunque les e pedido me entreguen el dicho trigo para cargar los dichos carros y aviar los carreteros por estar como estan detenidos mas a de dos dias no lo açen por decir vuesa merced como juez nombrado por Su Magestad para proveer de pan su real corte se lo a enbargado y sacado de su poder e ynbiado a la villa de Madrid en carros a la alhóndiga della para el proveimiento de los vecinos della y porque la dicha ciudad y sus becynos estan con muy grande necesidad de pan y de no se cargar los carros que han venido a esta villa por el que estava comprado en ella se seguira a la alhóndiga de la dicha ciudad muy gran daño y perjuicio porque el precio a que bienen concertados a sido (?) que se les aya de dar de porte por cada fanega medio ducado que en solo el porte suman al pie de cynco mill reales y los becynos de la dicha ciudad pereçeran de ambre. Suplico a vuesa merced se sirva haçer merced a la dicha çiudad y a mi en su nombre de mandar se me entregue el dicho trigo que en ello recibire muy gran merced y los pobres de la dicha ciudad muy gran limosna. [Va entre renglones] y los veçinos de la dicha ciudad pereçeran de anbre. Vale.—Nicolas Gigante (rúbrica).»

«En la villa de Villamayor en veinte y un dias de junio de mill y seiscientos y treynta años ante el señor licenciado don Pedro de Vergara Alçola juez de comision por S. M. para proveer de trigo su real corte presento esta petiçion Nicolas Gigante en nombre de la çiudad de Çiudad Rodrigo y pidio justicia y testimonio. Su merced el dicho señor juez dixo que un ministro de su audiencia con comision para enbargar y cargar trigo para Madrid enbargo y hizo cargar el trigo que hallo en esta villa y va caminando para la villa de Madrid y asi no a lugar lo que pide y si quisiere testimonio se le de.—El licenciado don Pedro de Vergara Alçola (rúbrica).—Ante my Juan Luys de Oviedo.»

Nuevamente vuelve a pedir la Alhóndiga de Ciudad Rodrigo que se le devuelva su trigo; pero también sin resultado:

«Nicolas Gigante escribano de la ciudad de Ciudad Rodrigo y mayordomo del alhóndiga della en nombre de la dicha ciudad y dicha alhóndiga digo que por otra peticion e suplicado a vuesa merced alçase el envargo del pan que el licenciado Lucas Aguado Antonio Manjon Ysabel Borrega y su yerno tenian bendido para la dicha alhóndiga que son ochocientas y sesenta y cynco fanegas de trigo y se sirbiera mandarmelo entregar para remitirlo a la dicha alhóndiga con los carreteros que por ello para ella an benido porque no se buelban de bacio y los pobres de Çiudad Rodrigo no perescan y de nuevo se lo buelvo a suplicar y caso que lo dicho no aya lugar para que conste a la dicha ciudad de Çiudad Rodrigo del dicho envargo y de como por vuesa merced a sido tomado el dicho pan y no se me entrega cosa ninguna del e suplico mande se me de por testimonio para en guarda de mi derecho y que en la dicha çiudad por la justicia y rregimiento della ni ottra persona ninguna se me pueda poner culpa ninguna en ningun tiempo pido jura y testimonio y para ello..., etc.—Nicolas Gigante (rúbrica).»

«Cumplase lo proveydo y si quisiere testimonio se le de. El señor licenciado don Pedro de Vergara Alçola juez de comision por su Magestad lo proveyó en Villamayor a veinte y uno de junio de mill y seiscientos y treynta años.—El licenciado D. Pedro de Vergara Alçola (rúbrica).—Ante my Juan Luys de Oviedo.»

Otras veces, los alcaldes se resisten todavía más, llegando a encarcelar a los carreteros que van a cargar el trigo embargado. Este es el caso de Castronuño. (Fols. 191-195.)

SANCIONES

Por lo que respecta a los procedimientos coactivos empleados, es interesante observar que, sin duda, al comprobarse que los vecinos de las aldeas, según va difundiéndose la noticia del embargo, usan de toda clase de ardides para escamotear su trigo, aumentanse las penas impuestas. En efecto; si bien, como hemos venido viendo,

lo más corriente es la sanción de veinte mil maravedís para la cámara de Su Majestad a los que oculten trigo, hay pueblos, como Fuentes de Coca, en los que además se amenaza a quien encubriere el trigo de otras personas con *doscientos azotes y cuatro años de galeras*. (Fol. 173.) Como se ve, el Pósito de Madrid empleaba enérgicos medios para cumplir su importante cometido.

PLEITOS CON EL OBISPO DE SALAMANCA.—EL JUEZ DE COMISIÓN DEL
PÓSITO MADRILEÑO ES EXCOMULGADO.

Después de efectuado el registro del trigo existente en multitud de pueblos de las provincias de Madrid, Avila y Salamanca, que al final de este artículo enumeramos en un estadillo para mayor claridad, así como las cantidades de grano que cada uno entrega, llega D. Pedro de Vergara a la villa de Cantalapiedra, en la cual, y tras las dificultades con que ya hubo de tropezar en sus relaciones con los funcionarios episcopales de Segovia y Avila, se le ha de originar el tercero y más grave conflicto con personas eclesiásticas: el pleito con el obispo de Salamanca, D. Antonio Corrionero, quien llevado de su extraordinario celo en la defensa de sus intereses, llega incluso a fulminar la excomunión contra el juez del Pósito y sus ministros. Trátase, pues, de un pleito extraordinariamente curioso y pintoresco para nuestra mentalidad moderna; tanto, que creemos conveniente exponerlo con algún detalle.

El primer documento (fol. 140) que poseemos de la actuación del juez de comisión en Cantalapiedra, y que nos expone claramente el problema que se plantea, es el siguiente:

•En la villa de Cantalapiedra a treze dias de mayo de mill y seyscientos y treynta años el señor licenciado don Pedro de Vergara Alçola juez de comision por Su Magestad para proveer de trigo su real corte dixo que por quanto su merced a hecho registro en esta villa de las paneras de trigo que ay y parece que en las paneras del señor obispo de Salamanca avia tres mill fanegas asi suyas como de personas eclesiasticas que no an registrado ni manifestado cantidad ninguna y porque para el gasto y grandeza de la casa del señor obispo de mas del trigo que pendia en otras partes le deja mill y quinientas

fanegas y manda que otras mill y quinientas fanegas de trigo esten de manifiesto para que cada y quando llegue el carruaje se puedan cargar y llevar a la corte y para que esto este con toda seguridad y no aya dilaciones mando se echen dos candados a las paneras de mas de las cerraduras que tienen y las llaves dellos se entreguen a los alcaldes de esta villa para que las tengan en su poder guarda y custodia a los quales manda no consientan abrir las dichas paneras ni que dellas en manera alguna se saque trigo en ninguna cantidad pena del ynterese y de cinquenta mill maravedis para la camara de Su Magestad y demas de que las costas y gastos de la dilacion sean por su cuenta y riesgo.

Y porque del trigo que se a visto de los vecinos parece respecto de la poca cantidad que no conviene apretallos demasiado solo les a repartido su merced entre todos dozientas fanegas de trigo las quales para que con mas comodidad se saquen cometio a los dichos alcaldes el hazer el repartimiento y executar lo advirtiendole que se ha de hazer con toda ygualdad y procurando que se les deje lo necesario para el sustento de sus familias que para ello y lo dependiente y poner y executar penas a los ynobedientes les da comision en forma quan bastante de derecho se requiere y asi lo mando y firmo.—El licenciado don Pedro de Vergara Alçola (rúbrica).—Ante my Juan Luys de Oviedo.»

Ante este pretendido atropello, el licenciado Bartolomé García, mayordomo del obispo de Salamanca en Cantalapiedra, recurre a los Tribunales eclesiásticos para hacer valer lo que estima su derecho. El juez Saldaña le atiende y amenaza a D. Pedro de Vergara con graves censuras y excomunión mayor si no levanta los embargos del trigo:

«El licenciado Bartolomé García mayordomo y tesorero del señor obispo de Salamanca don Antonio Corrionero del concesejo (*sic*) del rey nuestro señor como mas aya lugar de derecho paresco ante vuestra merced y digo que teniendo el señor obispo parte y yo en su nombre cantidad de mill y duçientas fanegas de trigo en las sus paneras de la villa de Cantalapiedra donde se recoxe el trigo de su obispado para el sustento de su casa es benido a su noticia que el señor licenciado D. Pedro de Bergara Arçola (*sic*) juez que se dice de Su

Magestad a enbargado y quiere tomar la dicha cantidad de trigo teniendo dello tanta necesidad su señoría que sin ello no podrá sustentar la grandeza de su casa. Porque pido y suplico a vuesa merced mande dar su carta y mandamiento con penas y censuras lata sentencia para que el dicho señor juez rreponga qualquier secresto y embargo que aya hecho en el dicho trigo y lo dexe libremente para el dicho señor obispo mi parte y su casa ynibiendose de la dicha causa y de hacer bexación y molestia al dicho mi parte y sus bienes y rrititiendolo a buesa merced como a juez conpetente al qual pido justicia y para ello... etc.—El licenciado Bartolome Garcia.»

«Y presentado dixo y pidio lo en el contenido y justicia y por nos bisto mandamos dar y dimos la presente por la qual a vuesa merced el dicho señor don Pedro de Bergara juez y a otro qualquiera juez y parte amonestamos requerimos y necesario siendo mandamos en virtud de sancta obediencia y so pena de excomunion mayor late sentencia ypso facto yncurrenda tunc canonica monicione premisa que siendo con ella requeridos e siendole notificada dentro de un dia natural al primero siguiente de la notificacion que le damos y asinamos por tres canonicas moniciones y termino perentorio quel derecho manda se yniban y ayan por ynibidos del conocimiento de la dicha causa y causas de que en el dicho pedimiento se ace mension y repongan y den por ningunos todos y qualesquier embargos que ayan puesto en el dicho trigo de su señoría dicho señor obispo contenido en el dicho pedimiento asi de oficio como de pedimiento de qualquiera parte y no procedan mas en raçon de lo contenido en el dicho pedimiento antes nos lo rimitan todo como juez conpetente que somos de la dicha causa o si alguno se agrabiare o tuviere que alegar no ynobando en cosa alguna so la dicha pena de excomuniõn mayor late sentençia tunc canonica monicione ypso facto yncurrenda parescan ante nos por si o procurador lixitimo a decir por que no lo deban cunplir que les oyremos y guardaremos justicia; donde no el dicho termino pasado en caso de ynobediencia procederemos a agravacion de las censuras como allaremos por derecho para lo qual ybe (*sic*) recebir ynformacion de qualquiera ynovacion por la presente le citamos y llamamos perentoriamente.—Dada en Salamanca a doce de mayo de mill y seiscientos treinta.—El licenciado Saldaña. Por su mandado Anacleto de Lenafia.» (Fol. 2 y ss.)

El 13 de mayo se le notifica la sentencia a D. Pedro de Vergara, y éste contesta que «procede por comisión particular del consejo por la gran necesidad de trigo que ay en la corte y teniendo noticia de la mucha cantidad que tiene el señor obispo de Salamanca en esta villa y que su señoría a bendido cantidad a muchas personas pagandose de contado, bino a ella y bisto las paneras y a bisto que en ellas tiene mas de tres mil fanegas y para la grandeça y fasto de su casa su merced le a dexado mill y quinientas fanegas y a enbargado otras mill y quinientas para conducir a la corte y pagárselas a diez y ocho reales en abiendose entregado en la villa de Madrid en el alhóndiga della y respeto no es negocio litijioso que los señores obispos de Segovia y Avila an dado el trigo que an tenido para la dicha condiçion cumpliendo lo que Su Magestad manda se pudiera escusar este mandamiento y de qualquiera suerte por temor de las censuras justas o injustas apella y protesta el rreal ausilio de la fuerça y de ynbiar este mandamiento orijinalmente al consejo para que le bea su poca justificacion». (Fol. 3 v. y s.)

Melchor Pasarín, en nombre del obispo, se dirige al juez, diciéndole que, aunque se había comunicado a D. Pedro de Vergara una inhibitoria, según la cual el obispo permitía sacar su trigo, menos ochocientas fanegas que necesita para el mantenimiento de conventos, hospitales, etc., aquél contestó que «su señoría tenia en la panera de la dicha villa de Cantalapiedra tres mil fanegas de trigo y que le dexava mill y quinientas. Y por que se vea con la justificación que el dicho señor obispo procede yo en su nombre me allano que dexando las dichas ochocientas fanegas de trigo en la dicha panera se lleben todas las demas que en ella ay para la provisión de la dicha corte». Pide y suplica al juez competente proceda por «censuras y pena agrabándolas contra el dicho señor juez y contra los alcaldes de la dicha villa y otras cualesquiera personas que tengan las llaves de la dicha panera para que no dexen sacar ni llevar las dichas ochocientas fanegas sino que dexen allí para las dichas necesidades que son muchas y muy grandes en dicha ciudad y obispado por la pobreza del y muchos conbentos que ay muy pobres y ospitales a que le es fuerça su señoría acuda como tan piadoso prelado y pastor y pidio justicia costas y lo necesario. Otrosí a vuesa merced pido y suplico mande dar su comision para el vicario de la dicha villa para que proceda contra los dichos alcaldes y señor juez de comisión y las

demas personas que quieran sacar las dichas ochocientas fanegas de trigo y pido..., etc.—Pasarín». (Fol. 4 v. y ss.)

El licenciado Saldaña atiende esta petición y la cursa a los interesados, a 14 de mayo de 1630, prohibiéndoles sacar las ochocientas fanegas, bajo graves censuras y amenaza de excomunión, por intermedio del vicario del obispo en la villa de Cantalapiedra.

Ahora bien; ¿cómo se explica la aparente contradicción de que el obispo no acepte la proposición del juez Alzola de dejarle mil quinientas fanegas, sino que insiste en ochocientas? La razón parece clara: el obispo no ratifica la existencia de tres mil fanegas en sus paneras, sino que sigue manteniendo su afirmación de que posee en ellas mil doscientas, y accede «benévolamente» a entregar cuatrocientas, con la intención de conseguir de los alcaldes de Cantalapiedra sacar trigo hasta dejar allí solamente la cantidad declarada; es decir, que de este modo quedarían en su poder dos mil setecientas fanegas (mil ochocientas sacadas subrepticamente y las ochocientas que oficialmente reclama), en vez de las mil quinientas que Vergara Alzola trata de dejarle.

Esta segunda intención del obispo se desprende claramente de la frase, que consta en la declaración hecha por los alcaldes de Cantalapiedra, Alonso Bravo y Juan García Bautista, a 15 de mayo:

«... dixeron que por mandado del señor don Pedro de Bergara Alçola y por el horden que para ello tiene de su magestad estan encargados de no consentir sacar ningun trigo de las paneras del señor obispo de Salamanca que estan en esta villa y les estan puestas por su magestad muchas y graves penas si lo consintieren sacar y asi en birtud del dicho mandamiento no pueden consentir se saque el dicho trigo entre tanto que no biniere orden del dicho señor juez y de su magestad y de los señores de su real concejo para cuya provision se mando enbargar dicho trigo.» (Fol. 7.)

No cabe, pues, duda de que el obispo les había ordenado oficialmente sacar trigo de sus paneras para dejar en ellas sólo lo declarado.

Dichos alcaldes apelan al mismo tiempo para que se les levanten las censuras y excomunión, en razón de lo alegado. No obstante, el

mayordomo y administrador de los frutos y rentas del obispo en Cantalapiedra, Fernando Gómez, insiste y pide se «mande agravar y regrabar las censuras puestas por el señor probisor de Salamanca y por vuesa merced en su nombre contra don Pedro de Bergara Arçola juez que se dice de su majestad y contra Alonso Bravo y Juan García Batista alcaldes hordinarios de la dicha villa por cuanto no an cumplido ni quieren cumplir sus mandatos sino antes se estan en su dureça y obstinaçion haciendo las cerimonias que la sancta yglesia manda repicando las campanas y matando las candelas en el agua todo conforme a derecho». (Fol. 8 v.)

En efecto, el 16 de mayo, el bachiller Juan Alonso, cura de Cantalapiedra y vicario del obispo en aquella villa, ordena a los demás miembros de su iglesia se ejecute como queda dicho, a toque de campana y matando las candelas en el agua, la excomunión mayor de los mencionados rebeldes, reiterando la argumentación: «por aver puesto candados en las paneras de su señoría y no querer entregar las llaves como les esta notificado».

El administrador, Francisco Gómez, insiste también, por su parte, en que se les agraven las penas a los desobedientes juez y alcaldes, a fin de que se «yniban de la causa y quiten los candados y llaves que estan puestas en las paneras del dicho señor obispo o me las entreguen porque esta acienda no reciba detrimento de goteras y gorgojo», pidiendo para ellos se les ponga en eclesiástico entredicho.

Mas no por esto se dejan intimidar los alcaldes de la villa, y se mantienen firmes en el cumplimiento de la orden de Su Majestad, recibida del juez del Pósito madrileño. Protestan además de la excomunión de que se les ha hecho objeto, implorando el auxilio real de la fuerza. Es de notar la valentía con que resisten a los alegatos de los agentes del obispo, así como cierta ironía ante las ficticias razones con que se les quiere mover a hacer entrega de las llaves:

«... pues tienen causa lejitima para no entregar dichas llaves hasta que por su magestad se les de horden para ello en especial que no an sacado ni intentado sacar dicho trigo ni echo violencia ninguna sino solo tener las llaves que se les entregaron para bolverlas a su tiempo y esto mejor porque a sido muy breve y esta muy fuera de suceder lo que por la parte contraria se pide de deterioración de gorgojo y goteras

que son raçones fuera de toda sustancia y muy desproporcionadas para el hecho con que mas notoriamente constara de la poca justificación de las censuras ante el juez donde se conociera de la causa en el grado de apelación que tiene ynterpuesta.» (Fol. 12 v.)

Efectivamente; llegado el recurso interpuesto a la Cámara del rey, éste dicta una provisión, en 19 de mayo de 1630, dirigida al obispo de Salamanca, al provisor de su obispado y a todos los jueces eclesiásticos, ordenándoles no conozcan ni procedan en la causa y la remitan a los jueces competentes, levantando las censuras y excomuniones por término de ochenta días, mientras se dicta sentencia. Con esto vemos que la autoridad del Pósito de Madrid, plenamente amparado por el Estado, triunfa contra un adversario tan poderoso como éste. He aquí la mencionada provisión (fol. 14):

«Don Phelippe por la gracia de Dios rey de Castilla de Leon de Aragon de las dos Sizilias de Jerusalem de Portugal de Navarra de Granada de Toledo de Valençia de Galiçia de Mallorcas de Sivilla de Çerdeña de Cordova de Corcega de Murçia de Jaen de Los Algarves de Algeçiras de Gibraltar señor de Vizcaya y de Molina etcetera a vos el reberendo..... padre obispo de Salamanca del nuestro conssejo y buestro provisor en el dicho obispado jueçes eclesiasticos que os deçis ser del negoçio y causa que de yuso en esta nuestra carta se hará mençion y a otro qualquier juez eclessiastico que della aya conoçido o conozca y a cada uno de vos a quien fuere mostrada salud y graçia. Sepades que Lucas Davila Quintanilla en nombre del liçenciado don Pedro de Vergara Alçola nuestro juez de comision en la villa de Madrigal y otras partes para conduçir y sacar trigo para la provision y abasto de esta nuestra corte, nos hizo relaçion que aviendo llegado su parte a la villa de Cantalapiedra en virtud de la dicha comision y allado en las paneras que teniades en ella asta en cantidad de tres mill fanegas de trigo vuestras y de algunos clerigos que lo avian ençerrado y guardado y aviendootos escripto una carta diçiendo tuviesedes por vien de que se sacase el dicho trigo para conduçirlo asta nuestra corte representando la neçesidad que en ella avia y ofreçiendootos el precio y paga de lo que montase en esa dicha ciudad aviades respondido que no se

podian sacar mas que quatrocientas fanegas y aviades ynviado un mandamiento con censuras para que no llegase a las dichas paneras de que avia apelado y proctestado el absilio real de la fuerça y avia puesto dos candados a las dichas paneras y con penas a los alcaldes hordinarios de la dicha villa no consintiesen que abriesen ni sacase el trigo dellas hasta que ynviase carruaje y se sacasen mill y quinientas fanegas de trigo y lo demas se quedase para vos y los dichos clerigos y sobre ello le teniades excomulgado y a los ofiçiales de su comision y a los dichos alcaldes hordinarios en que les aviades hecho y açiades notoria fuerça y agravio la qual alzando y quitando nos pidio y suplico les mandasemos dar nuestra carta y provisión para que bos el dicho obispo y el licenciado Saldaño (*sic*) vuestro provisor no conoçiesedes de la dicha causa absolviessedes a su parte y a sus ministros y ofiçiales y a los alcaldes hordinarios de la dicha villa de Cantalapiedra y a las demas personas que sobre ello tuviesedes excomulgadas o enviasedes el pleito ante los del nuestro consejo para que se viese so la dicha fuerça o como la nuestra merced fuese lo qual visto por los del nuestro consejo fue acordado que deviamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razon y nos tuvimoslo por vien. Por lo qual os mandamos que siendo con ella requeridos no conozcais ni proçedais mas en la dicha causa que de suso se açe mençion y la remitais a las justicias y jueçes que della pueden y deven conocer o dentro de quinze dias primeros siguientes de como os sea notificada ynviad ante los del nuestro conssejo el proceso original que en la dicha causa tuviesedes fecho con todos los autos a el tocantes para aquellos lo vean y provean lo que sea justia y mandamos so pena de la nuestra merced y de diez mill maravedis para la nuestra camara al escrivano o notario ante quien pasare el dicho proceso o en cuyo poder esta que dentro del dicho termino le traygan o ynvien segun y para lo que dicho es que a la perssona que lo truxere le mandaran pagar el salario que por ello justamente oviere de aver y en el entretanto que el dicho proceso se ve y determina vos rogamos y encargamos que por termino de ochenta dias alzeis y quiteis qualesquier censuras y entredicho que sobre la dicha causa tuvieredes puestas y fulminadas y absolvais al dicho licenciado don Pedro de Vergara Alçola y a sus ministros y ofiçiales y a los alcaldes hordinarios de la dicha villa de Cantalapiedra y a las demás personas que sobre ello tuvieredes excomulgadas que en ello nos servireis.

Y otrosi por esta nuestra carta mandamos a la parte a cuyo pedimiento procedeis en la dicha causa que dentro de los dichos quince dias venga o ynvie su procurador suficiẽte con su poder bastante vien ynstruto e ynformado ante los del nuestro conssejo a estar y ser presente a la vista y determinacion del dicho negocio e ynformar en el de su justiciã con apercivimiento que le açemos que si dentro del dicho termino no viniere o ynviare segun dicho es los del nuestro conssejo veran el dicho negocio y determinaran en el lo que allaren por justicia. Y mandamos so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedis para la nuestra camara a cualquier escrivano lo notifique y dello de su testimonio.—Dada en Madrid a diez y nueve dias del mes de mayo de mil y seiscientos y treinta años.—El obispo de Solsona (rúbrica).—El licenciado don Jhoan de Chaves y Mendoça (rúbrica).—El licenciado don Belenque Daviz (rúbrica).—Doctor don Pedro Marmolejo (rúbrica).—Licenciado don Diego Cuenca y Contreras (rúbrica).

Yo el licenciado Rios Angulo escrivano del rey nuestro señor y su notario de cámara fize escribir por su mandado con acuerdo de los del su consejo. (Restos del sello de placa.) Registrada don Pedro de Alarcon (rúbrica). Cançiller mayor don Pedro de Alarcon (rúbrica).—Para que los jueces eclesiasticos no conozcan de una caussa absuelban de ruego o ynvien el pleito al consejo a pedimiento de don Pedro de Vergara Alcola.»

Tras esta intervención real, D. Pedro de Vergara Alzola procede ya al traslado a Madrid de las fanegas del trigo de Cantalapiedra «que quedó a su cargo repartir entre los vecinos de la dicha villa de lo que en ella se avia registrado», conduciéndose doscientas fanegas el día 24 de mayo.

El 28 de mayo, el obispo de Salamanca entrega por fin quinientas cincuenta y cuatro fanegas de sus paneras de Cantalapiedra; el 29, doscientas diecisiete fanegas por un lado y ciento sesenta y dos fanegas por otro; de estas últimas, ciento doce pertenecientes al licenciado Juan Alonso, vicario de Cantalapiedra. Es decir, que de las paneras de D. Antonio Corrionero, aun después de la provisión real, sólo se sacan ochocientas ochenta y tres fanegas de trigo, en vez de las mil quinientas que se proponía D. Pedro de Vergara.

Con ello queda concluso el pintoresco pleito entre el funcionario del Pósito y Alhóndiga de Madrid y el señor obispo de Salamanca, en el que se pone claramente de manifiesto cuán difícil era la misión de proveer de trigo la corte madrileña, y cuán eficaz y dotada de medios jurídicos había de ser una institución de abastos para salvar tamaños obstáculos.

CANTIDADES DE TRIGO TRAÍDAS A MADRID

De entre el fárrago de diligencias y autos notariales que nos van dando los datos del trigo traído a Madrid en el año 1630 para remediar la extremada necesidad de la villa y corte, surge una carta del superintendente para la provisión de trigo, D. Francisco de Tejada y Mendoza, dirigida al ya por nosotros bien conocido juez de comisión D. Pedro de Vergara, en la cual nos proporciona la cifra de trigo que hubo de conducir aquel año a la corte el juez D. Pedro de Vergara. Por ella vemos que a su cargo corrió la adquisición de cincuenta y cinco mil fanegas, y que además el alcalde de Zamora, Veas Vellón, igualmente comisionado para el caso y cuya actuación estudiaremos en otra ocasión, condujo cuarenta y dos mil. Así, pues, vemos que el total de fanegas de trigo que sólo ellos dos enviaron aquel año de escasez a Madrid fué de noventa y siete mil fanegas. He aquí la carta (fol. 236):

«Estoy con muy gran cuidado de si a llegado a manos de vuesa merced una carta que le escrivi encaminada por Madrigal adonde se esperaba a vuesa merced en la qual le dezia quel tiempo yva mostrando no solo ser necesario proveer de pan esta villa pero a toda su tierra y que así sobre la partida que pedi a vuesa merced era necesario proveer otras veynte mill fanegas de trigo mas, diez mill por vuesa merced y diez mill por el alcalde Veas Vellón a quien escrivi en la mesma conformidad pero no hallandole mi carta en execucion de lo que vuesa merced le advirtio por mi orden hizo cargar las diez y seis mill fanegas y del embargo mas de veynte y seis mill que tenia prevenidas y ha venido de manera que llegara aqui mañana con que toda esta sobre carga de veynte mill fanegas mas de las treynta y cinco mill que pedi a vuesa merced a de

ser por su cuydado y trabajo y asi e dado orden que toda la carreteria acuda a donde vuesa merced estuviere porque a quedado mucha que fue a cargar el trigo que de echo estaba prevenido por el alcalde. Vuesa merced vea si esta provisión se pueda hazer en la tierra donde se halla o en otra menos lejos de donde estava el alcalde y sino pasara ella que no podra faltar por que se que ay y que tenia ciertas sesenta mill fanegas y para mas brevedad en llegando a esta corte le pedire la relación y la ynbiaré a vuesa merced con diligencia.

Tenga vuesa merced paciencia y este cierto que quien le encarga este trabajo procurara que le sea de provecho en su acrecentamiento y aviseme luego del recibo desta porque estare con cuydado hasta tenerle y sera necesario prevenir la carreteria que se halla donde dira el portador porque a su ynstancia escribo esta aunque tornare a hazerlo dentro de dos dias.—Guarde Dios a vuesa merced como deseo.—Madrid y junio nueve de mill seyscientos y treynta años.—Por que no le falte a vuesa merced termino le prorrogo otros quinze dias mas menos los que no fueren menester.—Don Francisco de Tejada y Mendoça.»

Después de enterarnos por esta carta del superintendente de la cantidad de trigo que D. Pedro de Vergara trasladó a Madrid y su provincia, cantidad, como puede verse, muy considerable, insertamos a continuación un estadillo precisando las adquisiciones hechas en diferentes pueblos, los más importantes, por el juez D. Pedro de Vergara. Si bien esta suma, por falta de diligencias en el legajo que nos ocupa, o por el desorden de su redacción, que en muchos casos nos impide saber si se trata de fanegas simplemente registradas o adquiridas para el Pósito, no coincide con el número total de fanegas traídas por el juez a Madrid, según la carta antes transcrita, hemos creído de interés recoger estas cifras para comprobar en qué medida contribuyeron los pueblos más importantes, y consiguientemente el grado de prosperidad económica de que cada uno gozaba en aquel año con arreglo al trigo de que podían desprenderse. Ello constituye un dato de indudable valor para la historia económica de España. Para sistematizar un poco esta relación, los agruparemos por provincias.

PROVINCIA DE AVILA

| | Fanegas | | Fanegas |
|-----------------------------|---------|--------------------------|---------|
| Arévalo..... | 2.816 | Mamblas | 410 |
| Bercial..... | 1.370 | Moraleja de Matacabras.. | 880 |
| Blasconuño de Matabras..... | 130 | Orbita..... | 353 |
| Cabezas del Pozo..... | 100 | Palacios de la Dehesa... | 300 |
| Donvidas..... | 650 | Palacios de Goda..... | 420 |
| Fuente el Sauz..... | 250 | Rasueros..... | 100 |
| Madrigal..... | 410 | Sinlabajos..... | 400 |
| Magazos..... | 140 | Tornadizos..... | 50 |
| | | Villanueva del Aceral... | 800 |

PROVINCIA DE SALAMANCA

| | Fanegas | | Fanegas |
|---------------------|---------|----------------------|---------|
| Babilafuente..... | 300 | Palaciosrubios | 250 |
| Cantalapiedra..... | 1.083 | Rágama..... | 200 |
| Ciudad Rodrigo..... | 865 | | |

PROVINCIA DE SEGOVIA

| | Fanegas | | Fanegas |
|---------------------------------|---------|-------------------------|---------|
| Abades..... | 200 | Montejo de la Vega..... | 200 |
| Aragoneses | 400 | Palazuelos..... | 160 |
| Fuentes de Coca..... | 1.610 | Paradinas | 700 |
| Martín Muñoz de la Dehesa | 100 | Santiuste de Coca..... | 170 |
| Matilla | 164 | Tolocirio..... | 60 |

PROVINCIA DE VALLADOLID

| | Fanegas | | Fanegas |
|-------------------------|---------|--------------------------|---------|
| Aguilar de Campos | 2.500 | Puras..... | 266 |
| Bolaños | 1.000 | San Llorente..... | 220 |
| Castroña..... | 450 | San Pedro de Latarce ... | 1.700 |
| Castroverde..... | 1.100 | Villabrágima..... | 1.000 |
| Lomoviejo | 256 | Villacid..... | 200 |
| Muriel | 400 | Villafrechós | 1.700 |
| Ontilana (?)..... | 100 | Villagarcía..... | 100 |
| Pozuelo | 530 | Villavicencio..... | 800 |

PROVINCIA DE ZAMORA

| | Fanegas | | Fanegas |
|-------------------------|---------|---------------------|---------|
| Moreruela de los Infan- | | Villalobos..... | 292 |
| zones..... | 1.100 | Villalpando..... | 150 |
| Pinilla..... | 80 | Villamayor..... | 404 |
| Toro..... | 6.000 | Villardondiego..... | 400 |

Para terminar, creemos de interés resumir en algunos puntos las conclusiones más importantes que se sacan del estudio de la documentación que hemos manejado.

CONCLUSIONES

Primera. Los jueces de comisión del Pósito actúan a las órdenes de un superintendente general, que a su vez forma parte de una Junta para la provisión de pan a la corte, nombrada por el rey.

Segunda. El juez de comisión va investido de muy amplios poderes requisitorios y coactivos, que en los litigios que se plantean le hacen quedar triunfante incluso sobre destacadas autoridades eclesiásticas.

Tercera. Don Pedro de Vergara conduce a Madrid cincuenta y cinco mil fanegas de trigo en el año 1630.

Cuarta. La tasa oficial aquel año de escasez es de dieciocho reales por fanega.

Quinta. El sistema de transporte está perfectamente organizado, viniendo obligados los Concejos a atender al mantenimiento del ganado de tiro y a la reparación de los vehículos. La tarifa de transporte es, por lo general, de diez maravedís por legua. Existe además una red de centros intermedios para facilitar la conducción del grano; y

Sexta. El Pósito y Alhóndiga de Madrid ocupa lugar preeminente sobre las Alhóndigas de otras ciudades españolas, privilegio que es preciso concederle ante la realidad de no ser ya la hipertrofiada corte de Felipe IV la ciudad que se bastaba a sí misma, como en tiempos pasados.

F. PÉREZ CASTRO.

MISCELANEA

Una réplica de la casa de Lope de Vega

En 1935, el Centro de Estudios Históricos publicó un librito en que los señores Muguruza, Cavestany y Sánchez Cantón daban documentada noticia de la restauración llevada a cabo por ellos en la casa que Lope de Vega habitó en Madrid la última época de su vida, y a la que hace repetidas alusiones en su obra literaria.

Por noticia de Mesonero Romanos, que pudo disponer de documentación conservada aún en 1881, se sabía que la casa que Lope de Vega compró en 1610 y que habitó hasta el día de su muerte era la señalada con el número 15 de la calle de Francos. Esta casa, en 1935, subsistía en lo esencial con el número 11 de la que hoy se llama de Cervantes; pero hasta entonces había sufrido numerosas reformas y ampliaciones. Hubo, por tanto, que demoler lo añadido y restaurarla en lo posible a su forma primitiva. Para ello, los autores de la reconstrucción tuvieron que valerse de los pocos documentos disponibles y de las reliquias e indicios que la propia casa ofrecía, gracias a todo lo cual la casa se encuentra hoy como todos saben.

Don Pedro Muguruza, en un estudio publicado en 1941 (*La casa de Lope de Vega*), explicó con toda clase de pormenores la forma en que la casa volvió a cobrar su aspecto seiscentista. Hoy ofrezco aquí un curioso documento de 1619 que viene a corroborar el acierto con que se hizo tal reconstrucción.

Recientemente, y gracias a la usual amabilidad de D. Antonio Guzmán, tuve ocasión de ver detenidamente en la Librería Antigua y Moderna dos tomos de papeles varios, formados por extensa documentación referente a una finca urbana con fachada a las calles de Francos y Cantarranas. La documentación comienza en 1566, y más adelante se dice cómo «en 18 Marzo 1619 Juan Muñoz fabricó esta casa de nueva planta según la licencia del Ayuntamiento y traza

que acompaña a estos títulos que se halla aprobada en dicha fecha por el escribano Juan Bautista del Valle, según declaración del Alarife Juan de Aranda».

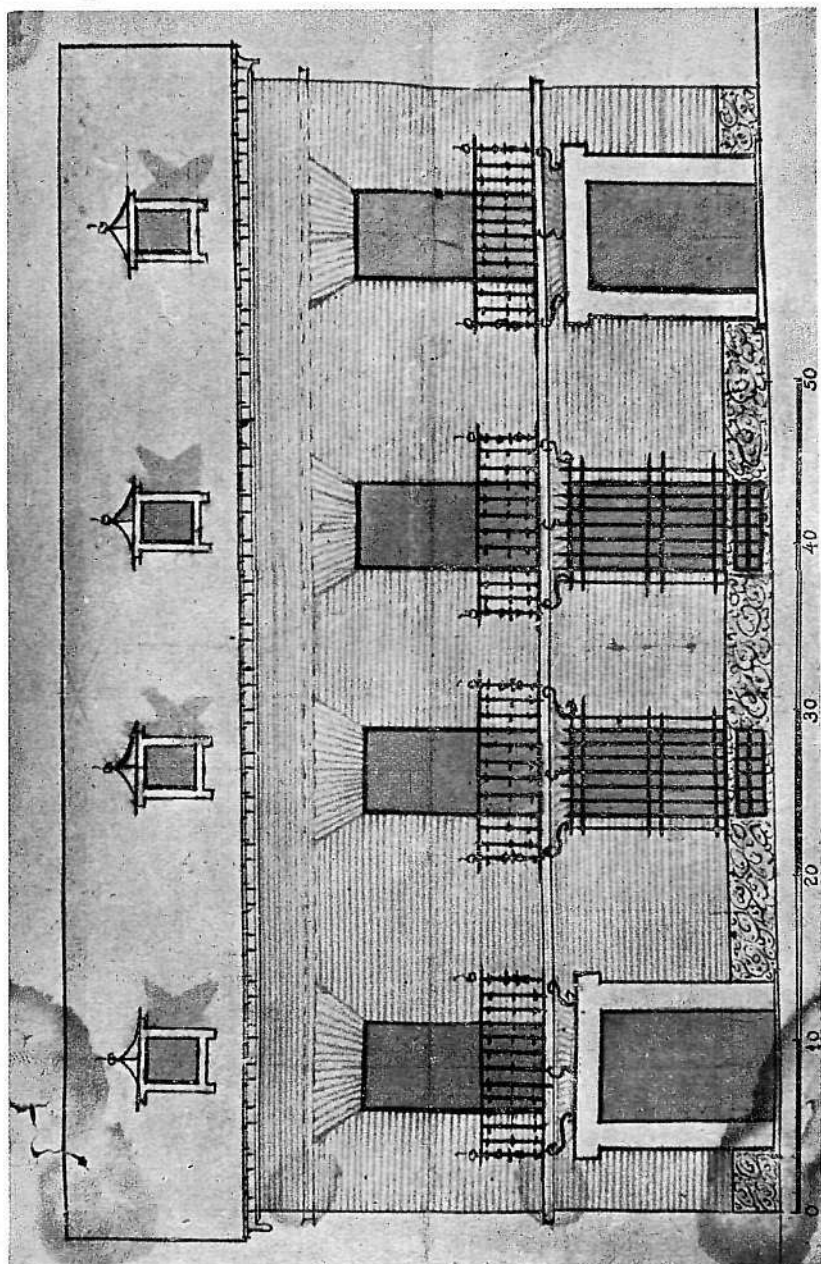
Efectivamente; allí figura un alzado, graciosamente ejecutado, de la nueva fachada que se iba a construir. El dibujo está hecho a tinta negra en sus líneas generales; las hiladas de ladrillo se hallan representadas por rayas rojas, y el tejado y los huecos van coloreados con una ligera aguada gris. El conjunto tiene un indudable carácter de época, y constituye sin duda uno de los pocos documentos técnicos y gráficos referentes a las fachadas modestas que se veían en el Madrid de Lope de Vega.

El dibujo de que hablo tiene un pequeño texto explicativo, que dice:

«Conforme a esta traça a de labrar la delantera de su cassa que tiene Juan Muñoz comprador de sus Alteças en la calle de Cantarranas, a de poner las dos portadas de piedra y los balcones y regas de yerro, en el alero de madera a de bolar media bara y no mas y se pondra todo lo demás en esta traça contenido, y adbierto que antes que senpieçe la obra se aya de presentar esta traça ante pedro Morties [o Marties?] escribano mayor desta villa de Madrid; fecha a ocho de março 1619 años; an de ser las cabeças de madera labradas.—Juan Gomez de Mora.»

Fuera de esto, en el mismo papel figura una escala gráfica, en pies, que he transportado debajo de la fotografía que reproduzco aquí. Por ella venimos en conocimiento de que la fachada levantada en 1619 por Juan Muñoz era de dimensiones muy semejantes a la que hacía nueve años pertenecía a Lope de Vega.

La traza general de las fachadas modestas debió de tener pocas variantes en el Madrid del xvii: las dimensiones parecidas de las fincas y la costumbre ayudaban a la semejanza; pero también es cierto que en la fachada que aquí reproduzco pudo influir la traza de la casa vecina, del popularísimo Lope, ya que tantas son las analogías apreciables. Así, por ejemplo, la casa de Juan Muñoz tuvo, según el dibujo, sesenta y dos pies, y la de Lope, cincuenta y tres; ambas son de dos plantas de a cuatro huecos cada una, con cuatro balcones arriba, y ambas con una decoración muy semejante; las alturas de pisos y huecos son también parecidas: la casa de Juan Muñoz tuvo puertas y balcones de diez pies de altura, y ventanas de nueve pies



de alto; ventanas y balcones tuvieron cinco pies de ancho, y las puertas, un ancho de seis pies, proporción en todo acorde con el supuesto modelo lopeveguesco.

Además es curioso notar que en el librito publicado en 1935 por el Centro de Estudios Históricos se dice en la página 29 cómo en la casa de Lope «se ha preferido conservar los cuatro guardillones que posteriormente se alzaron detrás del alero, porque dan luz y ventilación a la buhardilla»; y precisamente en el dibujo que hoy presento aquí figuran los cuatro guardillones que aun conserva la casa de Lope y que, sin duda por datos que desconozco, sus actuales restauradores tachan de posteriormente añadidos.

No son abundantes los dibujos del siglo xvii que hoy conservamos como muestras de alzados de los grandes edificios de entonces; pero mucho más raros resultan aún los dibujos técnicos que, como el que hoy publico, se refieren a edificaciones modestas. Con él ofrezco a los ilustres restauradores de la casa de Lope de Vega un documento más, que viene a corroborar otra vez la plenitud del acierto que presidió esa restauración.—GONZALO MENÉNDEZ-PIDAL

BIBLIOGRAFIA MADRILEÑA

POR RAMÓN PAZ

Obras bibliográficas de carácter general

- González Simón, Angela.—*Índice de la Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo. Ayuntamiento de Madrid*. REVBAM, 1944, XIII, 473-498; 1945, XIV, 227-250, 473-501.
- Sierra Corella, Antonio.—*Anales bibliográficos de Madrid. Continuación abreviada de la obra de Pérez Pastor*. BH, 1944, III, 503-516, 578-595, 677-689; 1945, IV, 26-44, 73-99, 183-188, 254-259, 425-434, 598-609; 1946, V, 54-58, 115-124, 178-182.

Archivos

- Documento (Un), interesante respecto al abandono de Ordán (1791)*. [AHN, Consejo de Estado.] Maur, 1945, XVIII, núm. 210, 141-142.
= M. F.[ernández]. A.[magro]. REP, 1945, XI, núm. 21, 417-418.
- Fitz-James Stuart, Jacobo, duque de Alba.—*El virreinato del Conde de Lemos en el Perú, según los documentos del archivo de la Casa de Alba, 1667-1672*. Madrid, Imp. de la Vda. de E. Maestre, 1946, 27 págs., 4.º
- Gutiérrez del Arroyo, Consuelo.—*Privilegios reales de la Orden de Santiago en la Edad Media. Catálogo de la serie existente en el Archivo Histórico Nacional*. Madrid, Blass, S. a.: 1946, 400 páginas, 8 láms., 4.º Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- Javierre Mur, Aurea L.—*Privilegios reales de la Orden de Montesa en la Edad Media. Catálogo de la serie existente en el Archivo Histórico Nacional*. Madrid, Blass, 1945, 361 págs., 9 láms., 4.º Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos.

- López Nieulant, José, conde de Atarés.—*Diputación Permanente y Consejo de la Grandesa de España. Apuntes del Archivo, 1815-1864*. Segunda edición. Madrid, Imp. E. Jiménez, 1944, XIV + 291 págs., 4.º
- Mateu y Llopis, Felipe.—*El antiguo Archivo de Vallecas y el régimen de su Concejo*. His, 1945, V, núm. 18, 72-130.
- S.[ánchez]. C.[antón, Francisco Javier].—*Un documento para la biografía de Ercilla [del Archivo de las Descalzas Reales]*. CE, 1940, I, núm. 2, 60.

Bibliotecas

- Catálogo de autores y obras anónimas*. Madrid, Imp. Selecciones Gráficas, 1945, 321 págs., 4.º Dirección General de Marruecos y Colonias. Biblioteca.
- Concha, Ignacio de la.—*Un dictamen de D. José de Carvajal y Lancaster sobre el «juicio de residencia»*. [Biblioteca Real, ms. 2.818.] AHDE, 1942-1943, XIV, 635-638.
- Hemeroteca Municipal de Madrid. XXV aniversario de su fundación*. Contiene: *La contingencia en la Hemeroteca Municipal*, por «Azorín». *Dos monólogos sobre la Prensa y la Cultura*, por Gregorio Marañón. *Noticia sobre la historia y organización de la Hemeroteca Municipal*, por E. Varela Hervías. *Materiales para una bibliografía de la historia de la Prensa hispánica*, por E. V.[arela] H.[ervías]. Madrid, Artes Gráf. Municipales, 1945, 88 págs., 7 láms., 4.º
- López Nieulant, José, conde de Atarés.—«*Memoria de las que obo en el Reyno llamadas Comunidades...*» [Academia de la Historia, Colección Salazar, G. 62.] BAH, 1945, CXVI, 417-467, CXVII, 417-448. = E. L. R. REP, 1945, XII, núms. 22-23, 528.
- Llamas, José.—*Los manuscritos hebreos de la Universidad de Madrid*. Sef, 1945, V, 261-284.
- Pidal y Bernaldo de Quirós, Roque.—*Catálogo para la venta de una biblioteca de propiedad particular. Libros, estampas y manuscritos*. San Sebastián, Imp. V. Echeverría, 1945, 3 folletos, 8.º
- Redonet y López Dóriga, Luis.—*Una visita a nuestra Biblioteca*. Discurso. Madrid, Imp. de la Editorial Magisterio Español, S. a.: 1942, 45 págs., 4.º Publicaciones del Instituto de España.
- Sierra Corella, Antonio.—*La Biblioteca Social del Ministerio de Trabajo*. RT, 1945, 66-76.

BIBLIOTECA NACIONAL

- Fernández Pousa, Ramón.—*Catálogo de una biblioteca española del año 1331: El Monasterio de San Clemente, de Toledo*. [Biblioteca Nacional, ms. núm. 13.058.] RevBN, 1940, I, 48-50.
- Fernández Pousa, Ramón.—*Los manuscritos visigóticos de la Biblioteca Nacional*. Madrid, 1945, 48 págs., 4.º Separata de VyV, 1945, III, núm. 10.
- Fernández Pousa, Ramón.—*La preeminencia de España sobre Inglaterra en Basilea. Trasunto de la bula que la define*. [Biblioteca Nacional, ms. 1.091.] AHDE, 1936-1941, XIII, 406-408.
- Huarte, Amalio.—*Sobre la segunda impresión de la «Poética» de Luzán*. [Biblioteca Nacional, ms. 17.521.] RevBN, 1943, IV, 247-265.
- Huidobro Serna, Luciano.—*Vida de San Vitores de Cerezo*. [Biblioteca Nacional, ms. núm. 9.481, fols. 3-8.] BCPBurgos, 1945, XXIV, núm. 91, 506-513.
- Izarra, Teodoro de.—*En torno al pergamino relativo a San Vitores existente en la Biblioteca Nacional de Madrid*. BCPBurgos, 1945, XXIV, núm. 92, 593-602.
- Jerónimo de San José.—*Cartas de Fray... al cronista Juan F. Andrés de Ustarroz*. Edición de José Manuel Blecuá. [Biblioteca Nacional, ms. núm. 8.389.] AFA, 1945, I, 33-150.
- Juan de Avila, Beato.—*Un manuscrito inédito del B. Avila sobre las Bienaventuranzas*. [Transcripción del ms. núm. 6.342 de la Biblioteca Nacional. Preámbulo y notas por José Solá.] Manr, 1943, núm. 56, 271-282.
- Longás, Pedro.—*Datos acerca de la «Historia Sarracénica» compuesta por Jorge Elmácino, llamado en Oriente Ibn Amid, traducida al latín por Thomas Van Erpen, y al castellano por don José Pellicer de Ossau y de Tovar, según dos copias manuscritas que se conservan en nuestra Biblioteca Nacional*. RevBN, 1940, I, 41-44.
- López Estrada, Francisco.—*Dichos de Catón*. [Embajada a Tamorlán, Biblioteca Nacional, ms. núm. 9.218, fol. 152.] RevBN, 1943, IV, 286-289.
- M. T. A.—*Noticiario del siglo XVII*. [Del Epistolario de don Juan Francisco Andrés Ustarroz. Biblioteca Nacional, ms. números 8.388, 8.389 y 8.391.] AFA, 1945, I, 347-375.

- Maldonado y Fernández del Torco, José. — *En torno a un texto modificado de una ley de Partidas*. [Biblioteca Nacional, manuscrito número 6.725.] RUM, 1942, II, núm. 3, 79-106. = AHDE, 1944, XV, 826.
- Matilla Rengel, Florencio, Matías del Niño Jesús, O. C. D. — *La bibliografía de San Juan de la Cruz en la Exposición de la Biblioteca Nacional*. RE, 1943, 51-74, 283-321.
- Millás Vallicrosa, José María. — *El libro de Astrología de D. Enrique de Villena*. [Biblioteca Nacional, ms. R-2]. RFE, 1943, XXVII, 1-29.
- Navarro, Martín Miguel. — *Poestas*. Editadas por J.[osé] M.[anuel] B.[lecua]. [Biblioteca Nacional, ms. núm. 6.685.] AFA, 1945, I, 217-317.
- Sánchez de Arévalo, Rodrigo. — *Suma de la política*. Edición y estudio de Juan Beneyto. [Biblioteca Nacional, ms. núm. 1.221.] Madrid, Imp. de Galo Sáez, 1944, 135 págs., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Francisco de Vitoria. Publicaciones del Seminario de Historia de las Doctrinas Políticas, II. = J. A. Maravall. REP, 1944, IX, núm. 18, 767-771. — A. García Gallo. AHDE, 1944, XV, 760-765.

EL ESCORIAL

- Abu Ishaq de Elvira. Un alfaquí español:... Texto árabe de su «Diwán», según el manuscrito escurialense 404*, publicado por primera vez, con introducción, análisis, notas e índices, por Emilio García Gómez. Madrid-Granada, 1944, 186 páginas.
- Ayuso Marazuela, Teófilo. — *Las Biblias de El Escorial. El Códice latino B-II-17, interesante y poco conocido*. CD, 1946, CLVIII, 127-177.
- Caso, Alfonso. — *El calendario de los tarascos*. [Biblioteca de El Escorial.] AMM, 1944, núm. 3. = M. Ballesteros Gaibrois. RdeInd, 1945, VI, núm. 22, 751.
- Hauptmann, O. H. — *The «General Estoria» of Alfonso el Sabio and Escorial Biblical Manuscript I. j. 8*. HR, 1945, XIII, 45-59.
- Rabanal, Vicente. — *Los libros corales de El Escorial*. CD, 1946, CLVIII, 75-106.

Imprentas, Librerías. Artes del Libro

- Barbazán, Julián.—*La Inquisición y los libreros en 1629*. RevBN, 1941, II, 259-264.
- Catálogo general de la Librería Española e Hispanoamericana. Años 1901-1930. Tomo II: D.-G.* Segunda impresión, con enmiendas. Madrid, Gráf. González, 1944, 710 págs., 4.º Instituto Nacional del Libro Español.
- López Serrano, Matilde.—*La encuadernación madrileña durante el reinado de Carlos III*. AEArte, 1945, XVIII, núm. 67, 1-16.*
- Rodríguez Moñino, Antonio.—*Catálogos de libreros españoles, 1661-1840. Intento bibliográfico*. Madrid, Imp. Langa y Compañía, 1945, 204 págs., grab., 1 lám., 4.º
- Rosell, Jaime.—*Los albores de la Imprenta en Madrid*. Ját, 1943, núms. 10-11, 30-31.
- Rosell, Jaime.—*Grandesa y decadencia de la Imprenta Real*. Ját, 1943, núms. 12-13, 27-29.
- Sabbe, Maurits.—*Viaje a España del librero Baltasar Moreto (1680)*. Traducción, prólogo, notas y apéndices por Antonio Rodríguez Moñino. Madrid, Imp. Langa y Comp.*, 1944, 168 págs., 5 facs., 8.º
- Sierra Corella, Antonio.—*Libros y papeles impresos en Madrid en 1642*. BH, 1942, núm. 5, 24-37.
- Vindel, Francisco, Paúl Cid Noé [seud].—*Historia de una librería (1865-1921)*. Madrid, Imp. Góngora, 1945, 238 págs., grab., 4.º
- Vindel, Francisco.—*Un gran editor y librero del siglo XVIII*. [Pedro José Alonso y Padilla.] Ját, 1943, núms. 10-11, 22-25.
- Vindel, Francisco.—*Los impresores madrileños en su aportación a la labor misionera española en América durante los siglos XVII y XVIII*. EspMis, 1945, II, núm. 8, 537-554.

Geografía. Viajes

- Ballesteros Beretta, Antonio.—*Datos para una topografía de Madrid en el siglo XIII*. CE, 1940, I, núm. 3, 81-83.
- Biro, P.—*Sobre la morfología del segmento occidental de la sierra del Guadarrama*. Traducción de Carlos Vidal Box. EG, 1945, VI, núm. 18, 155-168.
- Ramos, Demetrio.—*Desplazamientos de población en el Jarama, Henares y Tajo medio*. EG, 1944, V, núm. 17, 815-879.

- Rivas, J.—*Observaciones edafo-ecológicas en la flora de la provincia de Madrid*. Anales del Instituto de Edafología, Ecología y Fisiología Vegetal, 1942, I, noviembre.
- Ruiz Almansa, Javier.—*Estructura y evolución de la población de Madrid desde 1800. Ensayo de una monografía demográfico-estadística sobre el tema de la capital de España*. RIS, 1945, III, núm. 10, 389-420; núms. 11-12, 245-267.

Guías

- Arias, José.—*Guía de Madrid y provincias. Carreteras y ferrocarriles*. Madrid, Imp. Gráficas Velasco, S. a.: 1945, 288 págs., grabados, II + 5 planos, 8.º
- Arias, José.—*Guía de Madrid y provincias. Carreteras y ferrocarriles*. Madrid, Imp. A. Aguado, 1946, 173 págs., 57 hojas, 4 láms., 9 mapas, 8.º
- Blanca y González, Juan Manuel de la.—*Guía madrileña*. Madrid. Imp. Juan Bravo, 3, S. a.: 1945, 208 págs., 1 plano, 8.º
- Gaya Nuño, J. A.—*Guías artísticas de España: Madrid*. Primera edición. Barcelona, Edit. Aries, Julia y Montegud, 1944, 204 págs., 348 ilustr.=F. A.[bbad]. AEArte, 1945, XVIII, núm. 71, 315-316.
- Guía directorio de Madrid y su provincia. (Bailly-Baillière-Riera.)* Barcelona, Anuarios Bailly-Baillière y Riera, reunidos, Imprenta Ideal Forns y Romero, 1945, 904 págs., 11 planos, 4.º
- Guía oficial de Madrid y su provincia*. Madrid, Talls. Gráf. Administrativas, 1943, 3 tomos en 1 vol., 6 planos plegables, 6 láms., 8.º Sindicato de Iniciativas y Turismo.
- Guía del veraneante. Sierra de Guadarrama. Cercedilla y sus alrededores*. Madrid, Carlos Varela Hervías y Jacinto Varela Hervías, Imp. J. Cosano, 1945, 17 hojas, grab., 3 láms., 4.º
- Mesonero, Ramón Vicente.—*Plano-guía [de Madrid]*. Madrid, Gráficas Afrodisio Aguado, 1944, 179 págs., 2 planos, 8.º

Derecho. Economía

- Castañeda, Vicente.—*Aportaciones para la biografía española. El Consejo de Castilla en 1637*. BAH, 1945, CXVI, 315-324.
- González de Amezúa, Agustín.—*Andanzas y meditaciones de un procurador castellano [Ginés de Rocamora y Torreno] en las Cortes de Madrid de 1592 a 1598*. Discurso. Madrid, Imp. Viuda

- de Galo Sáez, 1945, 86 págs., 1 lám., 8.º Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. = A. G.[onzález] P.[alencia]. *RevBAM*, 1945, XIV, núm. 52, 471-472.
- Pardo Suárez, Rafael.—*El abastecimiento de Madrid en la época de los Austrias*. AN, 1943, dic. núm. 27, 14.
- V.[arela] H.[ervías], E.[ulogio]. — *Arancel del confitero. Madrid, 14, VII, 1620. Libros de Acuerdos del Concejo, núm. XLIV, fol. 228*. CE, 1941, II, núm. 11, 33-36.

Enseñanza. Universidades. Colegios.

- Albareda Herrera, José María.—*Universidad, farmacia y vida rural*. Discurso. ARAF, 1943, núm. 2, 129-156.
- Alonso Cantarino, Maurino.—*Nuestro colegio [Alfonso XII de El Escorial]. Estudio histórico-descriptivo*. El Escorial, Imprenta del Real Monasterio, 1945, 190 págs., 8.º = CD, 1945, CLVII, 200.
- Beltrán de Heredia, Vicente.—*La Teología en la Universidad de Alcalá*. RET, 1945, V, 145-178, 405-432 y 497-527. = L. E. P.[alacios]. REP, 1946, XIV, núms. 25-26, 453.
- C.[astañeda] A.[lcover], V.[icente]. — *La rifa del Real Estudio de Medicina*. CE, 1943, III, núms. 23-24, 154-155.
- Cavestany, Julio, marqués de Moret.—*Floreros y bodegones en la pintura española. Catálogo ilustrado de la Exposición*. Madrid, Blass, 1940, 192 págs., 88 láms., grab., fol. Sociedad Española de Amigos del Arte. = E. Lafuente. *RevBN*, 1940, I, 60-61.
- Cortés, Javier.—*La Exposición de las pinturas de Oriz en la Sociedad de Amigos del Arte. La victoria del Emperador Carlos V en Sajonia y otros asuntos*. AEsp, 1945, XVI, 4-8.
- Francés, José.—*Vicente López en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*. RNE, 1944, IV, núm. 40, 23-53.
- García Matamoros, Alfonso.—*Lección que el maestro Matamoros tenía para decir en Alcalá delante del Príncipe Don Carlos y por su indisposición cesó*. Haz, 1943, nov., 12-13.
- Sánchez de Lamadrid, Rafael.—*Para la historia de la Universidad de Alcalá. Las cátedras de Cánones durante los siglos XVI y XVII*. ATG, 1942, V, 5-28.
- Simón Díaz, José.—*Para la historia de la enseñanza en Madrid*. Guía, 1944, núm. 179, 2-4.

- Simón Díaz, José.—*Un informe de Maella [sobre el «Cuerpo humano» de Juan de Arfe para la clase de Dibujo del Real Seminario de Nobles de Madrid]*. AEArte, 1945, XVIII, núm. 68, 113-114.
- Simón Díaz, José.—*Ratz y ascendencia del Madrid universitario*. Císn, 1945, III, núm. 10, 41-46.

Academias

- Amunátegui Reyes, Miguel Luis.—*La Real Academia Española y sus relaciones con sus hijas de América*. Santiago de Chile, Imp. de la Dirección Gral. de Prisiones, 1943, 154 págs., 8.º
- Anglés, Higinio.—*La música en la España de Fernando el Santo y de Alfonso el Sabio*. Discurso. Madrid, Barcelona, Casa Provincial de Caridad, 1943, 69 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Asín Palacios, Miguel.—*Un botánico árábigoandaluz desconocido*. Discurso. Madrid, S. Aguirre, 1942, 23 págs., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Barber Sánchez, Mariano.—*Homenaje a Jovellanos*. Conferencia. Madrid, Gráfica Informaciones, 1944, 15 págs., 8.º Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.
- Bullón, Eloy, marqués de Selva Alegre.—*La teoría del Estado según Francisco de Vitoria*. Discurso. Madrid, 1946, Instituto de España.
- Bullón, Eloy, marqués de Selva Alegre.—*Menéndez y Pelayo y la tradición jurídica española*. Discurso. Madrid, Imp. Vda. de Galo Sáez, 1945, 67 págs., 8.º Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.
- Cavestany, Julio, marqués de Moret.—*El marco en la pintura española*. Discurso. Madrid, 1941, 46 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Contreras y López de Ayala, Juan de, marqués de Lozoya.—*La teoría de las artes plásticas en el siglo XIX*. Discurso. Madrid, Nuevas Gráficas, 1940, 44 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Cotarelo Valledor, Armando.—*Don Martín Fernández de Navarrete en la Real Academia Española de la Lengua*. Discurso. Madrid, Imp. Editorial Magisterio Español, 1945, 80 págs., 1 lám., 4.º Primer centenario de D. Martín Fernández de Navarrete, conmemorado por el Instituto de España en los salones del Museo Naval.

- Cotarelo Valledor, Armando.—*Las jornadas del Cardenal* [D. Rodrigo de Castro Osorio]. Discurso. Madrid, Editorial Magisterio Español, 1944, 102 págs., 1 lám., 4.º Real Academia de la Historia. = P. Alvarez Rubiano. His, 1945, V, núm. 18, 166-167. —M. Penedo. EstM, 1945, I, núm. 1, 239-240.
- Cubiles y Ramos, Antonio José.—*Del intérprete musical*. Discurso. Madrid, s. i., 1942, 30 págs., 8.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Domínguez Arévalo, Tomás, conde de Rodezno.—*Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla*. Discurso. Pamplona. Edit. Aramburu, 1944, 91 págs., 4 láms., 4.º Real Academia de la Historia.
- Ferrandis Torres, José.—*Guadamectes*. Discurso. Madrid, Estades, Artes Gráficas, 1945, 69 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. = V. F. Sait, 1945, XIII, núms. 15-16, 83-84. —A. S. G. BSCC, 1945, XXI, 294-295.
- Figuerola y Torres, Alvaro de, conde de Romanones.—*El Cardenal Albornoz*. Discurso. Madrid, Espasa-Calpe, 1942, 135 págs., 1 lámina, 8.º Real Academia de la Historia.
- García y Bellido, Antonio.—*Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*. Discurso. Madrid, Diana, Art. Gráf., 1945, 93 págs., 4.º Real Academia de la Historia.
- García Tapia, Antonio.—*La sordera de Beethoven*. Discurso. Madrid, J. Cosano, 1941, 69 págs., 4.º Real Academia de Medicina.
- Gómez del Campillo, Miguel.—*El Conde de Aranda en su embajada a Francia. (Años 1773-1787.)* Discurso. Madrid, Diana, Artes Gráficas, 1945, 145 págs., 1 lám., 4.º Real Academia de la Historia. = C. Alcázar. His, 1945, V, núm. 21, 679-681.
- González de Amezúa y Mayo, Agustín.—*Una reina de España en la intimidad. Isabel de Valois, 1560-1568*. Discurso. Madrid, Imp. Aldus, 1944, 122 págs., 4.º Real Academia de la Historia. = P. Alvarez Rubiano. His, 1944, IV, núm. 15, 328-331. —C. Pérez Bustamante. Cons, 1944, julio, núm. 42, 37-39.
- Guillén Tato, Julio F.—*Don Martín Fernández de Navarrete en la Real Academia de la Historia*. Discurso. Madrid, Imprenta Editorial Magisterio Español, 1945, 80 págs., 1 lám., 4.º Primer centenario de D. Martín Fernández de Navarrete, conmemorado por el Instituto de España en los salones del Museo Naval.
- Hoyos Sáinz, Luis de.—*Raciología prehistórica española*. Discurso. Madrid, S. Aguirre, 1943, 97 págs., 4.º Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

- Huerta, Moisés de.—*Fuerza expresiva y carácter de la escultura española*. Discurso. Madrid, C. Bermejo, 1942, 25 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Jordana de Poza, Luis.—*La reforma administrativa y las revoluciones nacionales*. Discurso. Madrid, Imp. de Madrid, 1941, 46 páginas, 8.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Jorro y Miranda, José, conde de Altea.—*Orientaciones pedagógicas*. Discurso. Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1941, 143 págs., 8.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Lain Entralgo, Pedro.—*La anatomía humana en la obra de fray Luis de Granada*. Discurso. Madrid, Diana, Art. Gráf., 1946, 87 págs., 8.º Instituto de España. Real Academia Nacional de Medicina.
- Larraz, José.—*La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*. Discurso. Madrid, Diana, Art. Gráf., 1943, 163 págs., 4.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.—L. G.[ómez] C.[anado]. AIA, 1943, III, núm. 10, 274.—V. Andrés Vázquez. REP, 1943, V, núm. 9, 139-151.—C. Alcázar. His, 1943, III, núm. 11, 343-345.—J. Azpiazu. RyF, 1944, CXXXIX, núm. 553, 214-215.—E. Pérez Rodríguez. AHDE, 1944, XV, 745-747.
- Lasso de la Vega, Miguel, marqués del Saltillo.—*Doña Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete (1508-1554)*. Discurso. Madrid, Vda. de E. Maestre, 1942, 96 págs., 4.º Real Academia de la Historia. = M. Usón Sesé. Univ, 1942, XIX, núm. 4, 724-725.
- Llanos y Torriglia, Félix de.—*Apología de la carta privada como elemento literario*. Discurso. Madrid, Imp. de E. Maestre, 1945, 76 págs., 4.º Real Academia Española.
- Lloréns Díaz, Francisco.—*Galicia y el paisaje*. Discurso. Madrid, Gráf. Oro, 1943, 38 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Minguijón Adrián, Salvador.—*Los intelectuales ante la ciencia y la sociedad*. Discurso. Madrid, Imp. de Madrid, 1941, 135 págs., 8.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Montero, Eloy.—*Crisis de la familia en la sociedad moderna*. Discurso. Madrid, J. Cosano, 1942, 134 págs., 8.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Ors, Eugenio d'.—*Teoría de los estilos*. Madrid, Gráf. Literaria, 1941, 38 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Otaño, Nemesio.—*El padre Antonio Eximeno. Estudio de su personalidad a la luz de nuevos documentos*. Discurso. Madrid, Talleres Ferga, 1943, 79 + LXIII págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

- Pérez Bueno, Luis.—*La Real Fábrica de Cristales de San Ildefonso (La Granja). Contribución de notas para su historia*. Discurso. Madrid, C. Bermejo, 1942, 52 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Piga, Antonio.—*Informes sobre la causa de la muerte de la reina María Luisa de Orleans*, por... y Santiago Carro. Madrid, Imprenta Cosano, 1944, 117 págs., 8 láms., 4.º Instituto de España. Real Academia de Medicina. Fundación Conde de Cartagena. = P. Alvarez Rubiano. His, 1945, V, núm. 18, 169-170.
- Rogero Sánchez, José.—*Lo sustantivo y lo adjetivo en la formación cultural de la juventud*. Discurso. Madrid, Edit. García Enciso, 1941, 84 págs., 8.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*Don Martín Fernández de Navarrete en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*. Discurso. Madrid, Imp. Edit. Magisterio Español, 1945, 80 págs., 1 lám., 4.º Primer centenario de D. Martín Fernández de Navarrete, conmemorado por el Instituto de España en los salones del Museo Naval.
- Silió, César.—*Maquiavelo y el maquiavelismo en España. Mariana, Quevedo, Saavedra Fajardo y Gracián*. Discurso. Madrid, Talleres Espasa-Calpe, 1941, 128 págs., 8.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Turina, Joaquín.—*La arquitectura en la música*. Discurso. Madrid, Nuevas Gráficas, 1940, 36 págs., 4.º Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Yanguas Messía, José de.—*Francisco de Vitoria, fundador del Derecho internacional*. Discurso. Madrid, 1946. Instituto de España.
- Yanguas Messía, José de.—*Quiebra y restauración del Derecho internacional*. Discurso. Madrid, Gráf. Universal, 1941, 74 páginas, 8.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Zaragüeta, Juan.—*Necrología del académico de número don Manuel García Morente (1886-1942)*. Madrid, Gráf. Universal, 1943, 26 págs., 4.º Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Tradiciones. Costumbres. Folklore

- Carrere, Emilio.—*El reloj de San Plácido. Leyenda madrileña*. Madrid, Ed. Dédalo (S. A.).
- Castañeda, Vicente.—*Una tienda de objetos de escritorio y de quin-calla en 1844*. CE, 1941, II, núm. 17, 187-188.
- López Trescastro, Cayetano.—*Diversiones de los españoles en tiempo*

de Felipe IV [sobre el libro de J. Deleito Piñuela *También se divierte el pueblo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1944]. Esc, 1944, XVI, núm. 48, 310-312.

M.[arichalar], A.[ntonio].—*Más acerca de «Una playa madrileña en tiempos de Felipe IV»*. CE, 1941, II, núm. 12, 53.

Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*Una playa madrileña en tiempos de Felipe IV*. CE, 1940, I, núm. 2, 74-76.

Historia religiosa. Monasterios y Conventos

Araujo-Costa, Luis.—*Los funerales del duque de Parma [en la iglesia de la Encarnación, de Madrid. 29 y 30 septiembre 1727]*. RevBN, 1943, IV, 5-16.

Ferrer Maluquer, Manuel.—*San Isidro Labrador, San Juan Bautista de la Salle [fundador]*. Poeta y narraciones. Barcelona, Vicente Ferrer, 1944, 32 págs., 8.º Colección Nuestros Santos, núm. 12.

Junquera, Amanda, «Isabel de Ambía».—*Notas sobre El Escorial en varios libros*. CE, 1941, II, núm. 14, 113-116.

Placer López, Gumersindo.—*Biografía del padre Alonso Remón, clásico español*. EstM, 1945, I, núm. 3, 59-90.

Pérez, Lorenzo.—*Procuradores de la provincia de Filipinas en las Cortes de Madrid y Roma [Fray Francisco de la Concepción, Fray Francisco de San Nicolás]*. AIA, 1945, V, núm. 18, 278-285.

Vázquez Pájaro, Manuel.—*Noticiario mercedario sacado del periódico «Gaceta de Madrid» desde los primeros días de su publicación [1662] hasta 1785*. EstM, 1945, I, núm. 2, 167-192, núm. 3, 40-58.

Gremios y Cofradías

Schmidt, Expeditus.—*Die Kapelle und das Archiv der Schauspielerbruderschaft in Madrid*. SpanF, 1937, VI, 390 y ss. = E. Wohlhaupt. AHDE, 1936-1941, XIII, 474.

Historia por periodos. Edad Moderna y Contemporánea

Bidagor, Pedro.—*Ornatos públicos con que Madrid solemnizó la exaltación al trono de los Reyes Don Carlos IV y Doña María Luisa de Borbón*. Rec, 1945, núm. 51, marzo.

Bonmatí de Codecido, Francisco.—*Alfonso XIII y su época. Libro primero: 1886-1906. Biografía y stampa de época*. Madrid,

- Edit. Biblioteca Nueva, Bolaños y Aguilar, 1943, 279 págs., 10 láminas, 8.º
- Entrambasaguas, Joaquín de.—*Tres «gabachos» en Madrid*. CE, 1943, III, núms. 25-26, 180-182.
- Ezquerria del Bayo, Joaquín.—*Recuerdos de un caballero paje de Carlos IV* [Joaquín Ezquerria]. BAH, 1944, CXV, núm. 2, 327-371. =M. F.[ernández] A.[lmagro]. REP, 1944, IX, núm. 18, 867. —R. Gibert. Arbor, 1944, II, núm. 6, 424-425.—M. de Montesa, PdV, 1944, V, núm. 17, 441-442.
- Varela Hervías, Eulogio.—*Jerónimo de Quintana y su «Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de Madrid»*. (1629). CE, 1940, I, núm. 3, 86.
- Varela Hervías, Eulogio.—*Relaciones madrileñas publicadas con motivo de la proclamación de Carlos III que existen en la Hemeroteca Municipal*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 51, 201-226.

Arte y Arqueología. Artistas.

- Alvarez Cabanas, A.—*La Real Basílica de El Escorial*. CD, 1945, CLVII, 149-167; 1946, CLVIII, 107-125.
- Araujo Costa, Luis.—*La escuela de Madrid*. BSEE, 1945, XLIX, 255-268.
- Caturla, María Luisa.—*Zurbarán en el salón de Reinos*. AEArte, 1945, XVIII, núms. 71, 292-300.
- Cavestany, Julio, marqués de Moret.—*Un retrato firmado por Felipe Diriksin*. BSEE, 1944, LXVIII. =I. Cajide. BSEAAValladolid, 1943-1944, X, núms. 34-36, 233-234.
- Cavestany, Julio, marqués de Moret.—*Felipe Diriksen. Más retratos por este pintor*. BSEE, 1945, XLIX, 251-254.
- [Contreras y López de Ayala, Juan de], M.[arqués] de L.[ozoya].—*Paños de Nicolás Churriguera*. CE, 1940, I, núm. 2, 57.
- Entrambasaguas, Joaquín de.—*Un bicentenario y dos documentos [del arquitecto D. Juan de Villanueva]*. CE, 1940, I, núm. 3, 95-97.
- Escrivá de Romaní y de la Quintana, Manuel, conde de Casal.—*La casa de los Viáticos*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 51, 135-139.
- Espín Rael, Joaquín.—*El Cardenal Cisneros y su arquitecto Pedro de Gumiel*. CE, 1941, II, núm. 16, 151-153.
- Hueso Rolland, Francisco.—*Heraldica en el Arte*. AEsp, 1945, XVI, 77-79.

- Iñiguez, Francisco.—*El arquitecto Martín López Aguado y la Alameda de Osuna*. AEArte, 1945, XVIII, núm. 70, 219-228.
- Johnson, Ada M.—*La Real Fábrica de Platería de Madrid*. Notes Hispanic, 1942, II.—E. Lafuente. AEsp, 1945, XVI, 112.
- Lafuente Ferrari, Enrique.—*Crítica de Arquitectura. El proyecto inconcluso para el teatro Albéniz de Madrid*. AEsp, 1945, XVI, 143-157.
- Lafuente Ferrari, Enrique.—*Hércules en el Guadarrama*. CE, 1941, II, núm. 8, 329-331.
- Lafuente Ferrari, Enrique.—*La inspección de los retratos reales en el siglo XVII. (Con un autógrafo de Velázquez.)* CE, 1941, II, núm. 12, 55-58.
- Lafuente Ferrari, Enrique.—*La solución arquitectónica de la catedral de la Almudena*. AEsp, 1945, XVI, 9-22.
- Lasso de la Vega, Miguel, marqués del Saltillo.—*Casas madrileñas del pasado*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 51, 25-102; núm. 52, 381-435.
- Lasso de la Vega, Miguel, marqués del Saltillo.—*Los Churriguera. Datos y noticias inéditas (1679-1727). I, José Ratés Dalmáu. Su personalidad. II, Don José Simón de Churriguera (1679). III, Don José Benito de Churriguera y Ocaña (1665-1727)*. AEsp, 1945, XVI, 83-106.
- Lasso de la Vega, Miguel, marqués del Saltillo.—*Un pintor desconocido del siglo XVII: Domingo Guerra Coronel*. AEsp, 1944, XV, 43-48.
- López Otero, Modesto.—*La Casa del Nuevo Rezado, edificio que ocupa la Real Academia de la Historia, sobre que sea declarado monumento históricoartístico*. BAH, 1945, CXVII, 17-23.
- López Serrano, Matilde.—*Catálogo de dibujos. I, Trazas de Juan de Herrera y sus seguidores para el Monasterio de El Escorial*. Estudio preliminar por... Madrid, 1944, 36 págs., 53 láms. Folio. Patrimonio Nacional. Biblioteca de Palacio. = [F. J.] S.[ánchez] C.[antón]. AEArte, 1945, XVIII, núm. 68, 116-117.—E. Lafuente. AEsp, 1946, XVI, 41-42.
- Loriana, Marqués de.—*Hallazgo de un jarro exciso en el valle del Manzanares*. Atla, 1941, XVI, núms. 1-2, 167. = Sait, 1944, II, número 14, 420-421.
- Mac Van, Alice J.—*La Alameda de Osuna*. Notes Hispanic, 1945, V. = E. Lafuente. AEsp, 1945, XVI, 113.
- Martín Mayobre, Ricardo.—*Una Purísima de Antolínez (1635-1675)*. AEsp, 1941, XIII, núm. 4, 21-24.
- Niño, Felipa.—*Bernini en Madrid*. AEArte, 1945, XVIII, núm. 69, 150-161.

- Oña Iribarren, Gelasio.—*Desaparición de importantes porcelanas del Museo Municipal*. AEsp, 1945, XVI, 23-25.
- P.[erera], A.[rturo].—*Imaginería española. Exposición Pérez Comendador*. [Sociedad Española de Amigos del Arte.] AEsp, 1944, XV, 38-39.
- Perera, Arturo.—*Nuestras Exposiciones. José Morales Díaz o la revelación de un pintor*. [Sociedad Española de Amigos del Arte.] AEsp, 1944, XV, 75-77.
- Pérez Bueno, Luis.—*De la España de antaño: Título de platero a Pero Miguel [1553]*. CE, 1941, II, núm. 7, 242.
- Portabales Pichel, Amancio.—*Los verdaderos artífices de El Escorial y el estilo indebidamente llamado herreriano*. Madrid, Gráfica Literaria, 1945, 205 + CCXXII págs., grab., 25 láms., 1 plano, 8.º = BH, 1946, VI, núm. 1, 69-70.
- S.[ánchez] C.[antón, Francisco Javier].—*Angelo Nardi contrata los cuadros para las Bernardas de Alcalá*. AEArte, 1945, XVIII, núm. 71, 310-311.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*La casa de las siete chimeneas*. Informe oficial. BAH, 1945, CXVII, 165-169.
- Sánchez Pérez, José Augusto.—*Notas bibliográficas relacionadas con la Arquitectura [de la B.ª de El Escorial]*. BH, 1944, ns. 8-9, 596-606.
- Simón Díaz, José.—*Francisco Rizi, postergado*. [AHN, Consejos, Cartas de Osuna, leg. 516.] AEArte, 1945, XVIII, núm. 71, 308-309.
- Tamayo, Enrique.—*Las iglesias barrocas madrileñas*. Madrid, Sucs. de Sánchez Ocaña, 1946, 311 pág., lám., 4.º
- Tormo, Elías.—*Muralla y torre árabe de Madrid*. BAH, 1945, CXVII, 7-10.
- Tormo, Elías.—*Las murallas y las torres, los portales y el Alcázar del Madrid de la Reconquista, creación del Califato*. Madrid, Imprenta Viuda de E. Maestre, 1945, 242 págs., 44 láms., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Diego Velázquez.
- Tormo, Elías.—*El Parainfo de la Central, antes templo del Noviciado, y los muy nobles retablo y sepultura subsistentes*. BSEE, 1945, XLIX, 81-135, 171-250.
- Válgoma y Díaz-Varela, Dalmiro de la.—*La Exposición de «La Heráldica en el Arte» (mayo-junio, 1946)*. Arbor, 1945, III, número 9, 531-536.
- V.[arela] H.[ervias], E.[ulogio].—*Patricio Caxes y la obra de la fuente del Prado*. CE, 1940, I, núm. 4, 125.

Museos. Colecciones

- A.—*El Instituto Arqueológico del Imperio alemán crea una Sección en Madrid*. Amp, 1944, VI, 346-347.
- Alvarez-Ossorio, Francisco.—*Medallas de los Papas y cardenales del Concilio de Trento en el Museo Arqueológico Nacional*. AEArte, 1945, XVIII, núm. 67, 33-60.
- Alvarez-Ossorio, Francisco.—*Recuerdo del Concilio de Trento. Algunas medallas de los Papas y cardenales del Concilio, conservadas en el Museo Arqueológico Nacional*. BAH, 1945, CXVII, 201-254.
- Barreiro, Agustín J.—*El Museo Nacional de Ciencias Naturales*. Prólogo de Eduardo Hernández Pacheco. Madrid - Toledo, Imprenta Rafael G., 1944, 381 págs., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Ciencias Naturales José Acosta.
- Colmenares y Orgaz, Aurelio de, conde de Polentinos.—*La Sociedad Española de Excursiones en el Museo Municipal*. BSEE, 1944, XLVIII, 221-229.
- Fernández de Avilés, Augusto.—*El mosaico de las Musas, de Arróniz, y su restauración en el Museo Arqueológico Nacional*. AEArq, 1945, XVIII, núm. 61, 342-350.
- Gómez de Llarena, J.—*La Geografía en el Museo Nacional de Ciencias Naturales*. EG, 1944, V, núm. 16, 638-650.
- Larra, Fernando José de.—*La Sociedad Española de Excursiones y el Museo del Teatro*. BSEE, 1944, XLVIII, 217-220.
- Mourlane Michelena, Pedro.—*En la visita a otro Museo de Madrid*. [Museo Romántico.] Esc, 1944, XVI, núm. 49, 422-429.
- Museo de América. Gula de su instalación provisional*. Madrid, Imp. Blass, 1944, 79 págs., 4 láms., 8.º
- Ors, Eugenio d'.—*Museo secreto. Madrid. Las páginas amigas*. [Barcelona], 1943, 110 págs.
- Palacio (En el) de Oriente. Visita colectiva de la Sociedad [Española de Excursiones] al Alcázar madrileño*. BSEE, 1945, XLIX, 301-305.
- Pérez Bueno, Luis.—*De la España de antaño. Pequeños hierros artísticos*. [Col. Lázaro.] RAO, 1945, núm. 8, enero. = V. Ferrán Salvador. Sait, 1945, III, núms. 15-16, 102.
- Sanz Pastor, Consuelo.—*El Museo de Cerralbo*. BSEE, 1944, XLVIII, 205-216.
- Saralegui, Leandro de.—*Para el estudio de algunas tablas españolas*. [Maestro de Curiel: «La Visitación». Colección Lázaro Galdeano]. AEArte, 1945, XVIII, núm. 67, 17-32.

MUSEO DEL PRADO

- Cantera, Francisco.—*Un camafeo con inscripción hebraica entre las alhajas del Delfín*. Sef, 1945, V, 242-243.
- García y Bellido, Antonio.—*El «vaso marmóreo» de los centauros y lapitas del Museo del Prado (ensayo de filiación y restauración)*. AEARq, 1945, XVIII, núm. 61, 332-338.
- Madrazo, Mariano de.—*Historia del Museo del Prado (1818-1868)*. Madrid, C. Bermejo, 1945, 299 págs., 36 láms., 4.º Ministerio de Asuntos Exteriores. Relaciones Culturales.
- Marañón, Gregorio.—*«La monstrea», de Carreño. El primer caso conocido de síndrome hipercortical*. CE, 1941, II, núm. 13, 105-106.
- Ors, Eugenio d'.—*El arte de Goya seguido de otra visita al Museo del Prado*. Madrid, Edit. M. Aguilar. Imp. Héroes, S. a.: 1946, 264 págs., 55 láms., 8.º
- Ors, Eugenio d'.—*Tres horas en el Museo del Prado*. Cuarta edición. Madrid, Edics. Españolas, Imp. Aldus, 1939, 190 págs., 44 láms., 8.º
- Perera, Arturo.—*Nuevas «notas» al catálogo del Museo del Prado*. AEsp, 1945, XVI, 26-30.
- Prieto, Patricio.—*La rendición de Breda en el Museo del Prado*. Ej, 1942, núm. 25, 22-29.
- Salas, Javier de.—*Fama de «La monstrea», pintada por Carreño*. CE, 1940, I, núm. 3, 109-110.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*Identificación del eclesiástico retratado por Morales en el Museo del Prado*. AEArte, 1945, XVIII, núm. 67, 61-62.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*«La monstrea desnuda», de Carreño, en el Museo del Prado*. CE, 1940, I, núm. I, 13-16.
- Sánchez Cantón, Francisco Javier.—*La Natividad del Señor en el Museo del Prado*. RAO, 1944, dic., 5. = V. Ferrán Salvador. Sait, 1944, II, núm. 14, 413-414.
- Seisdedos, Jerónimo.—*La restauración de cuadros y algunas restauraciones recientes: Los Grecos de Illescas. El Bosco, «El jardín de las delicias o la pintura del madroño». Fra Angélico, «La Anunciación» [del taller del Museo del Prado]*. AEsp, 1944, XV, 100-107.
- Tormo, Elías.—*El último de los Faraones y la estatuaria egipcia en el Museo del Prado*. BSEE, 1944, LII, 65-95. = F. Conejo. BSEAA. Valladolid, 1943-1944, X, núms. 34-36, 218.

Filología. Lingüística

- Entrambasaguas, Joaquín de.—*La obra de El Escorial*. CE, 1941, II, núm. 16, 158.
- Menéndez Pidal, Ramón.—*La etimología de Madrid y la antigua Carpetania*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 51, 3-23.
- Varela Hervías, Eulogio.—*Sobre Alejo de Vanegas (1544)*. CE, 1940, I, núm. 3, 83.

Literatura. Escritores madrileños

SIGLOS XVI-XVII

- Astrana Marín, Luis.—*Cervantinas y otros ensayos*. [Quevedo, Tirso de Molina. Calderón de la Barca. Moreto. Moratín...] Madrid, Afrodísio Aguado, 1944, 460 págs., 8.º Colección Los Cuatro Vientos.
- Díaz-Plaja, Guillermo.—*Los últimos apuros de Villamediana. Notas a un documento inédito*. BAE, 1945, XXIV, núm. 114, 113-120.
- Espín Rael, Joaquín.—*Una publicación periódica manuscrita madrileña del siglo XVII*. CE, 1941, II, núm. 11, 31-32.
- Gillet, J. E.—*Egloga hecha por Francisco de Madrid (1495 ?)* HR, 1943, XI, 275-303.
- Herrero García, Miguel.—*El mercado de la Plaza Mayor. Verduleras, aguadores, esportilleros, mozos y santeros*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 51, 103-133.
- V.[arela Hervías], E.[ulogio].—*Sobre la familia de Agustín Moreto (1657)*. CE, 1940, I, núm. 3, 101.

LOPE DE VEGA

- Aguirre Prado, Luis.—*Lope de Vega, poeta religioso*. VyV, 1944, número 7, págs. 576-586.
- Allué Salvador, Miguel.—*Una tetralogía aragonesa en el teatro de Lope de Vega*. BMPZ, 1942, núm. 2. = C. T. G. BRAToledo, 1943-1944, XXII-XXIII, núm. 59, 118.
- Ashcom, B. B.—*The First Builder of Boats in «El Burlador»*. HR, 1943, XI, 328-333.

- Astrana Marín, Luis.—*Lope de Vega, el Monstruo de la Naturaleza*. Madrid, Edic. Bebé, Samarán, 1944, 51 hojas, 4.º Biografías Amenas de Grandes Figuras. Serie I. Tomo IX.
- B.[allesteros] y G.[aibrois], M.[anuel].—*Lope de Vega en Alemania*. CE, 1940, I, núm. I, 18-19.
- Barbazán, Julián.—*Una edición ignorada de un «romance» de Lope de Vega*. BH, 1946, V, núm. 3, 157-167.
- Baulier, Francis.—*La mise en scène dans deux pièces de Lope de Vega [El Grao de Valencia, San Segundo de Avila]*. BHi, 1945, XLVII, 57-70.
- Blecua, J. M.—*Más sobre la muerte y entierro de Lope*. RFE, 1944, XXVIII, 470-472.
- Camón Aznar, José.—*Citas de arte en el teatro de Lope de Vega*. RIE, 1945, III, núm. 9, 71-137; núm. 10, 233-274.
- Cossío, José María de.—*Lope de Vega y el capitán Alonso de Contreras*. CE, 1943, III, núms. 23-24, 107-108.
- Entrambasaguas, Joaquín de.—*Estudios sobre Lope de Vega*. Tomo primero: *Lope de Vega, poeta nacional. Localización de la sepultura de Lope de Vega. Una guerra literaria del Siglo de Oro. Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos*. Madrid, Gráficas Sol y Aldus, 1946, XIII + 584 págs., láms., map., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Entrambasaguas, Joaquín de.—*Popularidad de Fuenteovejuna*. CE, 1943, III, núms. 23-24, 104-106.
- Fichter, William L.—*The date of Lope de Vega's Santiago el Verde*. HR, 1945, XIII, 243-244.
- Fichter, William L.—*The origin and character of Lope de Vega's «A mis soledades voy...» by... and F. Sánchez y Escribano*. HR, 1943, XI, 304-313.
- Fichter, William L.—*The present state of Lope de Vega's studies*. Hisp Cal, 1937, XX, 327 y sgs.
- Fucilla, J. G.—*A classical theme in Lope de Vega and G. B. Marino*. MLN, 1945, LX, núm. 5.
- González de Amezúa, Agustín.—*Una colección manuscrita y desconocida de comedias de Lope de Vega Carpio*. Madrid, 1945, 138 págs., 8.º Centro de Estudios sobre Lope de Vega. = F. P.[érez] C.[astro]. REV BAM, 1945, XIV, núm. 52, 460-463.
- Goyri de Menéndez Pidal, María.—*Para el romancero de Lope de Vega*. CE, 1943, III, núms. 25-26, 193-195.
- Herrero García, Miguel.—*Una variante de un verso célebre. [«Loco debo de ser, pues no soy santo», incluido por Lope de Vega en «El Laurel de Apolo»]*. CE, 1941, II, núm. 11, 29.

- Kohler, E.—*La date de composition de «El ejemplo de casadas», de Lope, et la valeur chronologique du «Gracioso»*. BHi, 1945, XLVII, 79-91.
- Lafuente Ferrari, Enrique.—*Un curioso autógrafo de Lope de Vega*. [Soneto «Para doña Antonia Trillo».] RevBN, 1944, V, 43-62.
- Martínez Barbeito, Carlos.—*Consideraciones sobre lo humano, lo clásico y lo lírico en la poesía de Lope de Vega*. Discurso. Barcelona, Tip. Catalana, J. Pugés, 1940, 51 págs., 8.º
- Morley, S. Griswold.—*El acero de Madrid*. HR, 1945, XIII, 166-169.
- Pfandl, Luwig.—*Ueber das Maerchendrama bei Lope de Vega*. München, Ed. Max Hueber, 1942, 146 págs. Müncher Romanistische Arbeiten, 9. = H. Janner. RFE, 1944, XXVIII, 487-489.
- Pons, Joseph S.—*L'«Art nouveau» de Lope de Vega*. BHi, 1945, XLVII, 71-78.
- Ríos, Blanca de los.—*El teatro español en la obra de Menéndez Pelayo: Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón*. RNE, 1944, IV, núm. 37, 48-86.
- Rodríguez Casado, Vicente.—*Lope de Vega en Indias*. Esc, 1943, número 34, 249-264.
- S.[ánchez] C.[antón, Francisco Javier].—*El bigote de Lope*. CE, 1941, II, núm. 15, XXIV.
- Silveira, Luis.—*Lope de Vega y Portugal. El núcleo lopesco de la Biblioteca Pública de Évora*. RNE, 1944, IV, núms. 43-44, 33-40.
- Tamayo, Juan Antonio.—*Antonio de Herrera contra «La Dragontea»*. CE, 1943, III, núms. 23-24, 111-112.
- Tamayo, Juan Antonio.—*La popularidad del «Romancero espiritual» de Lope*. CE, 1943, III, núms. 23-24, 106.
- Valbuena Prat, Angel.—*Dos momentos del teatro nacional. De la imaginaria de Lope a la teología sistemática de Calderón*. AUM, 1945-1946, 5-45.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*El castigo sin venganza*. Tragedia adaptada a la escena actual por Joaquín de Entrambasaguas. Madrid, Soler, 211 págs., 3 lams., 8.º Centro de Estudios sobre Lope de Vega. Colección Fénix, I.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*Comedia del molino*. Madrid, Editorial Juventud, Gráfs. Ultra [1944], 207 págs., 8.º Colección para Todos, núm. 27.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*Comedia de El caballero de Olmedo*. Edición, observaciones preliminares y notas de Eduardo Juliá

- Martínez. Madrid, Suc. S. Ocaña, 1944, 213 págs., 2 láms., 4.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Nicolás Antonio. Revista de Bibliografía Nacional. Anejo II. = M. Jiménez Salas. Arbor, 1945, III, núm. 7, 171-173.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*La Dama boba*. Edición, estudio y notas por Francisco Tolsada. Primera edición ilustrada. Zaragoza. Edit. Ebro, Tip. Heraldo, 1945, 148 págs., 8.º Biblioteca Clásica Ebro.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*La Dorotea*. Prólogo de José Mallorquí Figuerola. Buenos Aires, Edit. Molino, 1944, 218 págs., 8.º Colección Literatura Clásica, núm. 32.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*Fuenteovejuna. El mejor alcalde, Rey. El perro del hortelano*. Barcelona, Cisne, T. G. Rovira, 1940, 160 págs., 8.º Teatro Selecto Clásico, núm. 3.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*Peribáñez y el Comendador de Ocaña*. Edición, estudio y notas de José Manuel Blecua. Primera edición ilustrada. Zaragoza, Edit. Ebro, Imp. Heraldo [1944], 133 págs., 8.º Biblioteca Clásica Ebro. Clásicos Españoles. Serie Teatro, XV.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*Peribáñez y el Comendador de Ocaña*. Tragicomedia. Texte original publié avec une notice, une étude littéraire et des notes par Ch.-V. Aubrun, J. F. Montesinos. Paris, Libr. Hachette. = G. Cirot, BHi, 1944, XLVI, 274-276.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*El remedio en la desdicha. El villano en su rincón. La siega*. Edición y nota preliminar de Angela González Simón. Madrid-Zaragoza, Edit. Saeta, Imprenta El Noticiero, 1945, 320 págs., 8.º Biblioteca Escolar de Clásicos, III.
- Vega Carpio, Lope Félix de.—*El sembrar en buena tierra*. A critical and annotated edition of the autograph manuscript, by William L. Fichter. New York, 1944, XIV + 247 págs. Modern Language Association of America, General Series, XVII. = Mabel Margaret Harlan. HR, 1945, XIII, 355-358.
- Villanueva Rico, Carmen.—*Antonio de Herrera contra «La Dragontea»*. CE, 1943, III, núm. 22, 101.
- Vossler, Karl.—*Lope de Vega y su tiempo*. Segunda edición. Madrid, Revista de Occidente, Galo Sáez, 1940, 364 págs., 7 láminas, 4.º
- Zabala, A.—*Rastros léxicos del valenciano en la obra de Lope de Vega*. Med, 1944, 37-48.

TIRSO DE MOLINA

- Arco, Ricardo del.—*La sociedad española en Tirso de Molina*. RIS, 1944, II, núm. 7, 175-190; 1945, III, núm. 10, 459-477, y núms. 11-12, 335-359.
- Lasso de la Vega, Miguel, marqués del Saltillo.—*Tirso de Molina en Soria*. EstM, 1945, I, núm. 2, 193-194.
- Penedo, Manuel.—*Almazán y Madrid en la biografía de Tirso*. EstM, 1945, I, núm. 3, 172-175.
- Penedo, Manuel.—*Noviciado y profesión de Tirso de Molina (1600?-1601)*. EstM, 1945, I, núm. 2, 87-103.
- Peyton, Myron A.—*Some baroque aspects of Tirso de Malina*. TRR, 1945, XXXVI.
- Plácer López, Gumersindo.—*Los lacayos en las comedias de Tirso de Molina*. EstM, 1946, II, núm. 4, 59-115.
- Ríos, Blanca de los.—*Exaltación de la Hispanidad en Tirso de Molina*. Valencia, 1944, 16 págs., 4.º Separata de «Mediterráneo», II, núms. 7-8. = M. Penedo. EstM, 1945, I, núm. 3, 176-178.
- Téllez, Gabriel (Tirso de Molina).—*Comedias escogidas*, juntas en colección e ilustradas por Juan Eugenio Hartzenbusch. Nueva edición. Madrid, Edic. Atlas, Tall. Orbe, 1944, XLIV + 724 páginas, 4.º Biblioteca de Autores Españoles Rivadeneira, V.
- Téllez, Gabriel (Tirso de Molina).—*Don Gil de las calzas verdes. La prudencia en la mujer. El Colmenero divino*. Edición y notas de José María Mohedano. Madrid-Zaragoza, Edit. Saeta, Imp. El Noticiero, 1945, 353 págs., 8.º Biblioteca Escolar de Clásicos, I.
- Téllez, Gabriel (Tirso de Molina).—*Don Gil de las calzas verdes. La villana de Vallecas. El vergonzoso en Palacio*. Barcelona, Editorial Cisne, T. G. Rovira, 1940, 176 págs., 8.º Teatro Selecto Clásico, núm. 4.
- Téllez, Gabriel (Tirso de Molina).—*La prudencia en la mujer* (comedia en tres actos) y *Los tres maridos burlados* (novela). Madrid, Hernando, El Arte, 1944, 192 págs., 16.º Biblioteca Universal, tomo. VII.
- Téllez, Gabriel.—*Tirso de Molina*. Prólogo, selección y notas de Juan Antonio Tamayo. Madrid, Imp. Escelicer, 1944, 327 páginas, 8.º Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Biblioteca Literaria del Estudiante, XIII.

CALDERÓN DE LA BARCA

- Calderón de la Barca, Pedro.—*El Alcalde de Zalamea y cuatro entremeses*. Madrid, Hernando, El Arte, 1944, 191 págs., 8.º Biblioteca Universal, 1.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*El Alcalde de Zalamea. El mayor monstruo, los celos. Casa con dos puertas, mala es de guardar*. Barcelona, Edit. Cisne, Gráf. Vicente Ferrer, 1940, 144 págs., 8.º Teatro Selecto Clásico, I.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*Auto sacramental alegórico «El gran teatro del mundo»*. Con aguafuertes de Ramón de Capmany. Prólogo y acotaciones de Francisco Salvá. Barcelona, Editorial Hora, Montaner y Simón, Tip. Sebastián Heredia, Imp. Francisco Casals, 1944, XIII + 119 págs., viñetas, 11 láms., 4.º
- Calderón de la Barca, Pedro.—*La dama duende. El gran teatro del mundo. El príncipe constante*. Edición y notas de José María Mohedano. Madrid-Zaragoza, Edit. Saeta, Imp. El Noticiero, 1945, 297 págs., 8.º Biblioteca Escolar de Clásicos, II.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*El gran teatro del mundo y La devoción de la misa*. Edición, estudio y notas por Angel Valbuena Prat. Primera edición ilustrada. Zaragoza, Ebro. Tip. Heraldo, Sin año [1940], 8.º Biblioteca Clásica Ebro. Autos Sacramentales, vol. I.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*Das laute Geheimnis (El secreto a voces)*. Dt. von Fr. Wellner. Leipzig, Der junge Bühnenvertrieb, 1943, 148 págs.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*El mayor monstruo del mundo. El príncipe constante*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, Imp. Fabril Financiera, 1945, 184 páginas, 8.º Colección Austral, núm. 496.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*Obras*. Madrid, Edic. Atlas, Talleres Orbe, 1944-1945, 4 tomos, 4.º Biblioteca de Autores Españoles Rivadeneira, VII, IX, XII y XIV.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*La vida es sueño*. Edición, estudio y notas por Rafael Gastón. Cuarta edición ilustrada. Zaragoza, Editorial Ebro, Imp. Heraldo, 1945, 141 págs., grabs., 8.º Clásicos Ebro, 13.
- Calderón de la Barca, Pedro.—*La vida es sueño*. Comedia. Madrid, Espasa-Calpe, 1946, 145 págs., 8.º Colección Universal, 1.034-1.035.
- Frutos, Eugenio.—*Origen, naturaleza y destino del hombre en los autos sacramentales de Calderón*. RdF, 1945, IV, núm. 15. 525-558.

- González Palencia, Angel.—*El arte de Calderón*. RNE, 1943, III, 18-37.
- Herrero García, Miguel.—*Una fuente directa de Calderón* [de «*La vida es sueño*»]. CE, 1943, III, núms. 25-26, 188-189.
- Parker, Alexander A.—*Los dramas alegóricos de Calderón*. Esc, 1944, núm. 42, 163-223.

QUEVEDO

- Aguilera, Ignacio.—*Sobre tres romances atribuidos a Quevedo*. BBMP, 1945, XXI, 494-523.
- A.[lcázar] M.[olina], C.[ayetano].—*La barba en el siglo XVII, comentada por Quevedo*. CE, 1941, II, núm. 15, 30.
- Astrana Marín, Luis.—*La vida turbulenta de Quevedo*. Madrid, Edit. Gran Capitán, Gráficas Nebrija, 1945, 622 págs., 48 láminas, 8.º = BH, 1945, IV, núms. 8-9, 517-518.—J. Cruzado. BBMP, 1945, XXI, 537-544.
- Barker, J. W.—*Notas sobre la influencia de Quevedo en la literatura inglesa*. BBMP, 1945, XXI, 429-435.
- Cascón, Miguel.—*Adiciones arevalianas a Nicolás Antonio en la bibliografía de Quevedo*. BBMP, 1945, XXI, 529-534.
- Cereceda, Feliciano.—*Patriotismo y escepticismo español de Quevedo*. RyF, 1945, CXXXII, núm. 575, 614-631.
- Cossío, José María.—*Lección sobre un soneto de Quevedo*. BBMP, 1945, XXI, 409-428.
- Cotarelo Valledor, Armando.—*El teatro de Quevedo*. Conferencia. BAE, 1945, XXIV, núm. 114, 41-104.=E. Pastor Mateos. REVAM, 1945, XIV, núm. 52, 458-460.
- Espina, Antonio.—*Quevedo*. Madrid, Ediciones Atlas, Imp. Estades, 1945, 157 págs., 8.º Colección Vidas, 17.=R. Gullón. BBMP, XXI, 544-548.
- Fernández Galiano, Manuel.—*Notas sobre una oda incompleta de Quevedo*. REVAM, 1945, XIV, núm. 52, 349-366.
- Gili Gaya, Samuel.—*Guzmán de Alfarache y las Premáticas y aranceles generales*. BBMP, 1945, XXI, 436-442.
- Goicoechea y Cosculluela, Antonio.—*Quevedo, filósofo, moralista y político de acción*. Discurso. Madrid, Imp. Edit. Magisterio Español, 1945, págs. 39-63. Tercer centenario de Quevedo, conmemorado por el Instituto de España.
- Gómez Iglesias, Agustín.—*Nota al baile VIII de Quevedo*. REVAM, 1945, XIV, núm. 52, 437-450.

- González Palencia, Angel.—*Quevedo por de dentro*. Conferencia. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1945, 29 págs., 1 lám., 4.º Ayuntamiento de Madrid. Comisión de Cultura e Información. =REV BAM, 1945, XIV, núm. 52, 503-504.
- González Palencia, Angel.—*Quevedo, pleitista*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 52, 255-347.
- González Palencia, Angel.—*Quevedo, pleitista y enamorado*. Discurso. Madrid, Imp. Edit. Magisterio Español, 1945, págs. 7-20. Tercer centenario de Quevedo, conmemorado por el Instituto de España.
- González Palencia, Angel.—*Quevedo, Tirso y las comedias ante la Junta de Reformation*, BAE, 1946, XXV, núm. 117, 43-84.
- Herrero García, Miguel.—*Bibliografía complementaria de Quevedo*. BH, 1945, IV, núm. 12, 682-695.
- Herrero García, Miguel.—*La primera edición del Buscón «pirateada»*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 52, 367-380.
- Holguín, Andrés.—*¿Fue Quevedo un filósofo?* UNC, 1945, jun.-ag., 55-63. = J. A. C. REP, 1946, XIV, núms. 25-26, 403-405.
- Isaza Calderón, Baltasar.—*Don Francisco de Quevedo y Villegas*. BAPL, 1945, núm. 4, 36-56. = M. F.[ernández] A.[lmagro]. REP, 1946, XIV, núms. 25-26, 448.
- Llanos y Torriglia, Félix de.—*Quevedo como personaje histórico y como historiógrafo*. Discurso. Madrid, Imp. Edit. Magisterio Español, 1945, págs. 21-38. Tercer centenario de Quevedo, conmemorado por el Instituto de España.
- Martínez Burgos, M.—*Quevedo, escriturista. Su «Política de Dios y Gobierno de Cristo»*. BBMP, 1945, XXI, 443-448.
- Maura Gamazo, Gabriel, duque de.—*Conferencias sobre Quevedo. [La falta de vocación. El ascenso penoso. El descenso doloroso. Interpretación de la biografía de Quevedo desde el punto de vista histórico]*. Madrid, Edit. S. Calleja, S. a. [1946], 206 págs., 8.º
- Maura Gamazo, Gabriel, duque de.—*La última obra malograda de Quevedo. [Vida de Marco Bruto.]* BAE, 1945, XXIV, núm. 116, 235-351.
- Méndez Pereira, Octavio.—*Quevedo, muy siglo XVII y muy siglo XX*. BAPL, 1945, núm. 4, 3-16. = M. F.[ernández] A.[lmagro]. REP, 1946, XIV, núms. 25-26, 448.
- Pérez Bustamante, Ciriaco.—*Quevedo, diplomático*. REP, 1945, XIII, número 24, 159-183. = REV BAM, 1945, XIV, núm. 52, 504-507.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Antología poética*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, Imp. Fabril Financiera, 1943, 154 págs., 8.º Colección Austral, núm. 362.

- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Escritos políticos*. Prólogo de Gonzalo Torrente Ballester. Barcelona, Imp. N. A. G., S. A., Edit. Nacional, 1941, 255 págs., 8.º
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1938, 8.º Colección Austral, núm. 24.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Novela picaresca. Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 202 págs., 8.º Colección Universal.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Barcelona, Tall. Gráf. J. Polonio, Edit. Cisne, 1941, 90 págs., 16.º Colección Novela Selecta.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Selección, estudio y notas por Samuel Gili Gaya. Barcelona, Imp. Heraldo de Aragón, Edit. Ebro, 133 págs., 8.º Clásicos Ebro, 40.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Segunda edición. Buenos Aires, Edit. Espasa-Calpe. C.ª General Fabril y Financiera, 1941, 168 págs., 8.º Colección Austral, n.º 24.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Tercera edición. Buenos Aires, Espasa-Calpe, Imp. Fabril Financiera, 1943, 152 págs., 8.º Colección Austral, núm. 24.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. *Los Sueños*. Barcelona, Editor Joaquín Gil, 1945, 349 págs.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Selección, estudio y notas por Samuel Gili Gaya. Segunda edición ilustrada. Zaragoza, Ediciones Ebro, Imp. Heraldo, 1945, 133 págs., grabs., 8.º Clásicos Ebro, núm. 40.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. *Los Sueños*. Barcelona, Iberia, J. Gil, Edit., Imp. A. Núñez, 1945, 349 págs., 8.º Obras maestras.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Historia de la vida del Buscón*. Novela picaresca. Madrid, Espasa-Calpe, 1946, 202 págs, 8.º Colección Universal, 556-557.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*El mundo por de dentro*. Madrid, Edit. Dédalo, Diana, Artes Gráficas, 16 págs., 4.º Novelas y Cuentos.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Musa varia*. Prólogo de Manuel Montoliú. Barcelona, Montaner y Simón, 1943, XXVIII + 323 páginas, 8.º Polimnia.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Obras completas en prosa*. Textos descubiertos, clasificados y anotados por Luis Astrana Marín. Edición crítica. Tercera edición. Madrid, Edit. Aguilar, Imprenta Eugenio Sánchez Leal, 1945, 1.943 págs., 1 lám., 8.º

- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Poesías. Obras satíricas y festivas*. Buenos Aires, 1939, XII + 309 págs., 8.º
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Poesías*. Selección y prólogo de Félix Ros. Barcelona, 1939, 102 págs., 8.º Poetas españoles, 2.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*El sueño de las calaveras*. Madrid, Edit. Dédalo, Imp. Diana, 1942, 16 págs., 4.º Novelas y Cuentos.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Los Sueños*. Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 2 vols., 8.º Colección Universal, 82.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Los Sueños*. Tercera edición. Edición y notas de Julio Cejador y Frauca. Madrid, Imprenta y Editorial Espasa-Calpe, 1943, 283 págs., 8.º Clásicos Castellanos, núm. 34.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Vida del Buscón*. Segunda edición. Prólogo y notas de Luis Santa Marina. Madrid, Imprenta y Editorial Espasa-Calpe, 1941, 216 págs., 8.º Clásicos Castellanos, núm. 5.
- Quevedo y Villegas, Francisco de.—*Vida del Buscón. Sueños y Discursos*. Textos descubiertos y clasificados por Luis Astrana Marín. Madrid, Edit. M. Aguilar, Imp. Orbe, 1945, 505 págs. 1 lámina, 16.º Colección Crisol, núm. 15.
- Solana, Marcial.—*Ideas de Quevedo en torno a la hidalguta*. BBMP, 1945, XXI, 449-455.
- Tamayo, Juan Antonio.—*Las ediciones ilustradas de los «Sueños», de Quevedo*. BH, 1945, IV, núm. 12, 645-681.
- Tamayo, Juan Antonio.—*El texto de los Sueños de Quevedo*. BBMP, 1945, XXI, 456-493.
- Vallina Velarde, Faustino de la.—*Comentarios en torno a un párrafo de Quevedo*. BBMP, 1945, XXI, 526-529.

SIGLO XVIII

- Arteaga, Esteban de.—*Filosofía, ciencia y arte, según...* Proemio y traducción de Miguel Batllori. RIE, 1945, III, núm. 11, 387-393.
- Cabañas, Pablo.—*Moratin y la reforma del teatro de su tiempo*. RevBN, 1944, V, 63-102.
- Cabañas, Pablo.—*Un nuevo dato sobre Isidoro Máiquez*. [Teatro de los Caños del Peral.] RFE, 1943, XXVII, 424-425.
- Cruz, Ramón de la.—*Sainetes*. Nota preliminar de F.[ederico] S.[ainz de] R.[obles]. Madrid, M. Aguilar, Halar, S. a. [1944], 626 páginas, 1 lám., 8.º Colección Crisol, núm. 58.

- Fernández de Moratín, Leandro.—*El si de las niñas. El Barón. La comedia nueva o El café*. Barcelona, Cisne, Gráf. Vicente Ferrer, 1940, 144 págs., 8.º Teatro Selecto Clásico, 2.
- Fernández de Moratín, Nicolás y Leandro.—*Poesía lírica*. Prólogo y selección de Francisco Salvá Miquel. Barcelona, Montaner y Simón, 1945, XXIV + 252 págs., 8.º Polimnia.
- Fernández de Moratín, Nicolás y Leandro.—*Obras*. Nueva edición. Madrid, Edic. Atlas, Tall. Orbe, 1944, XXXVIII + 636 págs., 4.º Biblioteca de Autores Españoles Rivadeneira, tomo II.
- Ruiz Morcuende, Federico.—*Vocabulario de D. Leandro Fernández de Moratín*. Madrid, S. i., 1945, 2 vols., XXXII + 1.636 págs., 4.º Real Academia Española.
- Trenas, Julio.—*Periódicos madrileños del siglo XVIII*. «Caxón de Sastre». GPE, 1943, febrero, núms. 9, 555-569.
- Vega, José.—*Don Ramón de la Cruz, el poeta de Madrid*. Madrid, Imp. Sistemas de Control, 1945, 171 págs., 9 láms., 8.º Los Libros del Ayer y del Mañana.

SIGLO XIX

- Berkowitz, H. Chonon.—*Galdós y Mesonero Romanos*. Traducido por Manuel G. López-Cordovés. EMC, 1945, VI, núm. 14, 111-118.
- Deleito y Piñuela, José.—*Estampas del Madrid teatral fin de siglo. I, Teatros de declamación: Español, Comedia, Princesa, Novedades, Lara*. Madrid, Edit. S. Calleja, Imp. Faure, 1946, 377 páginas, 34 lám., 4.º
- Hartzenbusch, Juan Eugenio.—*Los amantes de Teruel*. Edición, estudio y notas por Alfonso Morera Sanmartín. Primera edición ilustrada. Zaragoza, Edit. Ebro, Imp. Herald, 1944, 110 páginas, 8.º Biblioteca Clásica Ebro. Clásicos Españoles. Serie Teatro, XVI.
- Heinermann, Th.—*Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero) y Juan Eugenio Hartzenbusch*. [Epistolario.] Madrid, Espasa-Calpe, 1944, 263 págs.=J. A. Tamayo. REF, 1944, XXVIII, 282-285.
- Hurtado, Antonio.—*Madrid dramático*. Madrid, 1942, XXXVIII + 460 págs., 16.º Colección Literaria Saeta, 3.=J. A. T.[amayo]. REV BAM, 1944, XIII, núm. 49. 238.—R. de Balbín Lucas. RFE, 1941, XXV, 556-557.
- Larra, Mariano José de.—*Antología*. Selección y prólogo de Emiliano Aguado. Madrid, Editora Nacional, Imp. Uguina, 1945, 222 páginas, 8.º Breviarios del Pensamiento Español.

- Larra, Mariano José de.—*Artículos de crítica literaria y artística, II*. Selección y notas de José R. Lomba y Pedraja. Madrid, Espasa-Calpe, 1940, 272 págs., 8.º Clásicos Castellanos, núm. 52.
- Larra, Mariano José de.—*El Pobrecito Hablador, por...* 11 aguafuertes de Marta Ribas. Barcelona, Montaner y Simón. Aguafuertes en «Hora», 1945, 210 págs., 11 láms., 4.º
- Larra, Fernando José de.—*Mariano José de Larra (Figaro). Biografía apasionada del doliente de España*. Barcelona, Edit. Amaltea, 1944, 252 págs.
- Mesonero Romanos, Ramón de (El Curioso Parlante).—*Escenas matritenses*. Estudio preliminar, bibliografía y notas de Federico Carlos Sainz de Robles. Madrid, Edit. M. Aguilar, Imp. Nebrija, 1945, CXXIV + 988 págs., 8.º
- Quintana, Manuel José.—*Obras completas*. Madrid, Edit. Atlas, Graf. C. Jaime, 1946, VII + 588 págs., 4.º Biblioteca de Autores Españoles Rivadeneira, XIX.
- Quintana, Manuel José.—*Vidas de los españoles célebres*. Tomo II: *El Gran Capitán. Vasco Núñez de Balboa*. Madrid, Espasa-Calpe, 1946, 188 págs., 8.º Colección Universal, núms. 593-594.
- Sampelayo, Juan.—*Elogio y perfil de un madrileño*. [Ramón Mesonero Romanos.] Vért, 1944, núm. 75, 27.
- Varela Hervías, Eulogio.—*Noticia de una carta de Wolf (1844)*. REV BAM, 1945, XIV, núm. 51, 141-145.

SIGLO XX

- Ascanio, Alfonso de.—*Paloma en Madrid. Memorias de una española, de julio de 1936 a julio de 1937*. Avila, Sigiriano Díaz, 1939, 269 págs., 8.º
- Barreiro Vázquez, Ramón.—*Metralla blanca del Madrid rojo*. Madrid, M. Aguilar, Tip. Yagües, 1939, 218 págs., 8.º
- Benavente, Jacinto.—*Al fin, mujer*. Madrid, 1945.
- Benavente, Jacinto.—*Aves y pájaros*. Madrid, 1940.
- Benavente, Jacinto.—*Don Magín el de las magias*. Madrid, 1945.
- Benavente, Jacinto.—*La fuerza bruta. Lo cursi*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, 154 págs., 8.º Colección Austral, número 305.
- Benavente, Jacinto.—*Lo increíble. Aves y pájaros*. Madrid, M. Aguilar, 1940, 136 págs., 8.º
- Benavente, Jacinto.—*Los intereses creados y Señora ama*. Cuarta edición. Buenos Aires, Edit. Espasa-Calpe, 1943, 169 págs.

- Benavente, Jacinto.—*La Malquerida y La noche del sábado*. Segunda edición. Buenos Aires, Edit. Espasa-Calpe, 1942, 169 págs.
- Benavente, Jacinto.—*Nieve en mayo*. Madrid, 1945.
- Benavente, Jacinto.—*Los niños perdidos en la selva. Don Magín el de las magias. Nieve en mayo*. Madrid, Edit. M. Aguilar, Imprenta Clásica Española, 1945, 301 págs., 8.º
- Benavente, Jacinto.—*La noche del sábado*. Madrid, Imp. Diana, 1945, 22 págs., 1 grab., 4.º Novelas y Cuentos.
- Benavente, Jacinto.—*Para el cielo y los altares*. Barcelona, Editorial Cisne, Imp. Moderna, 1943, 48 págs., 8.º Teatro Selecto, núm. 71.
- Benavente, Jacinto.—*Teatro rápido*. Barcelona, Edit. A. López, sin año, 155 págs., 8.º Colección Diamante.
- Borrás, Tomás.—*Checas de Madrid. Epopeya de los caldos*. Tercera edición. Madrid; Editora Nacional, Imp. Helénica, 1944, 423 páginas, 8.º
- Camba, Francisco.—*Episodios contemporáneos. I, Cuando la boda del Rey. II, La leyenda negra. III, ¡Maura, no! IV, El ducado de Canalejas*. Madrid, M. L. Ortega, edit. Inst. Edit. Reus, 1941-1944.
- Camba, Francisco.—*Esto, lo otro y lo demás allá*. Madrid, Editorial Plus-Ultra, Imp. Aldus, 1945, 304 págs., 8.º
- Camba, Francisco.—*Madridgrado*. Documental film. Segunda edición. Madrid, Edic. Españolas, Imp. Diana, 1940, 415 págs., 8.º
- Camba, Francisco.—*La rebelión de los mandos*. Madrid, Instituto Editorial Reus, 1945, 308 págs., 8.º Episodios Contemporáneos. Primera serie, VI.
- Carretero, José María.—*La ciudad inmolada*. Madrid, Imp. Sáez, 1940, 253 págs., 8.º La Revolución de los Patibularios, VI.
- Carretero, José María.—*El Cuartel de la Montaña*. Madrid, Imprenta Sáez, 1939, 285 págs., 8.º La Revolución de los Patibularios, II.
- Cobanelas Camaño, Antonio.—*Emocionario íntimo de un cautivo. Los cuatro meses de la Modelo*, por el Duende Azul [seud]. Madrid, Gráf. Administrativa, 1939, XXIII + 372 págs., 1 lám., grabados, 4.º
- Cuesta, Salvador.—*La obra del padre Iriarte sobre «Ortega y Gasset. Su persona y su doctrina»*. ST, 1943, marzo, 171-176.
- Entrambasaguas, Joaquín de.—*Don Jacinto Benavente en el teatro de su tiempo*. CLC, 1944, núm. 15, 219-221.
- Guarner, Luis.—*La poesía en el teatro de Benavente*. CLC, 1944, número 15, 223-227.
- [Herrero García, Miguel].—*Grato recuerdo. Homenaje a D. Jacinto Benavente. Bodas de Oro del teatro benaventino. 6 octubre 1894 a octubre 1944*. [Madrid, Imp. San Bernardo, 68] 1944, 6 hjs., grabs.

- Huidobro Pardo, Leopoldo. — *Del Madrid rojo. Memorias de un finlandés*. Madrid. Edic. Españolas, Imp. Diana, 1939, 301 páginas, 8.º
- Iriarte, Joaquín. — *La novísima visión de la filosofía de Ortega y Gasset*. RyF, 1943, feb., 107-120.
- Iriarte, Joaquín. — *Ortega y Gasset ante la crítica nacional y extranjera*. RyF, 1942, CXXV, 11-24.
- Iriarte, Joaquín. — *Ortega y Gasset. Su persona y su doctrina*. Madrid, Razón y Fe, Imp. Marsiega, 1942, 293 págs., 8.º = G. Fraile. CT, 1943, LXV, núm. 204, 207-209. — M. A.[lamo]. RHE, 1944-1945, XL, 358.
- Izaga, Guillermo Arsenio de. — *Fe y patriotismo. Los presos de Madrid. Recuerdos e impresiones de un cautivo en la España roja...* Prólogo de D. Alberto de Alcocer. Madrid, Imp. Martosa, 1940, 480 págs., grab., 8.º
- Jiménez Caballero, Ernesto. — *Madrid nuestro*. Madrid, S. Aguirre, 1944, 230 págs. = J. A. T.[amayo]. REV BAM, 1944, XIII, número 50, 446-447.
- Juliá Martínez, Eduardo. — *El teatro de Jacinto Benavente*. CLC, 1944, núm. 15, 165-217.
- Marquerie, Alfredo. — *Madrid, hoy*. Madrid, Edit. Tesoro, Imp. José Ruiz Alonso, 1945, 197 págs., 8.º
- Ortega y Gasset, José. — *Las Atlántidas, con unas figuras del Sudán y de la China*. Segunda edición. Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1943, 65 págs., 24 láms., 4.º
- Ortega y Gasset, José. — *Dos prólogos. A un tratado de Montería [del conde de Yeves]. A una Historia de la Filosofía [de Emilio Bréhier]*. Madrid, Edit. Revista de Occidente, Imp. Galo Sáez, 1944, 207 págs., 1 lám., 8.º = G. R. Bosch. Sait, 1945, XIII, números 15-16, 76-77.
- Ortega y Gasset, José. — *Estudios sobre el amor*. Nueva edición. Madrid, Revista de Occidente, Galo Sáez, 1943, 187 páginas, 4.º
- Ortega y Gasset, José. — *Historia como sistema y del Imperio romano*. Segunda edición. Madrid, Imp. Galo Sáez, Edit. Revista de Occidente, 1942, 170 págs., 8.º
- Ortega y Gasset, José. — *Ideas y creencias*. Madrid, Imp. Galo Sáez, 1942, 201 págs., 8.º Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, José. — *Meisterwerke europäischer Malerei des XV-XIX Jahrh. Velázquez*. Bern, Iris Verl., 1943.
- Ortega y Gasset, José. — *Notas*. Segunda edición. Buenos Aires, Edit. Espasa-Calpe, S. a., 186 págs.

- Ortega y Gasset, José.—*Obras*. Tercera edición, corregida y aumentada. Madrid, Espasa-Calpe, 1943, XLIX + 828, 829, 1.747 páginas, 1 lám., 4.º
- Ortega y Gasset, José.—*La rebelión de las masas, con un prólogo para franceses y un epílogo para ingleses*. Sexta edición. Buenos Aires, Espasa-Calpe, Imp. Fabril Financiera, 1943, 226 páginas, 8.º Colección Austral, I.
- Ortega y Gasset, José.—*La rebelión de las masas*. Novena edición. Madrid, Revista de Occidente, Galo Sáez, 1943, 225 págs., 8.º
- Ortega y Gasset, José.—*La rebelión de las masas, con un prólogo para franceses y un epílogo para ingleses*. Décima edición. Madrid, Revista de Occidente, Imp. Vda. de Galo Sáez, 1945, 319 págs., 4.º
- Ortega y Gasset, José.—*El tema de nuestro tiempo*. Tercera edición. Buenos Aires, Edit. Espasa-Calpe, S. a., 153 págs.
- Ortega y Gasset, José.—*El tema de nuestro tiempo: El ocaso de las revoluciones. El sentido histórico de la teoría de Einstein*. Quinta edición. Buenos Aires, Espasa-Calpe, Imp. Peuser, 1945, 155 págs., 8.º Colección Austral, núm. 11.
- Ortega y Gasset, José.—*Das Wesen geschichtlicher Krisen*. Stuttgart, Deutsche Vlg. Anstalt, 1943.
- Osete Robles, Enrique.—*Don Jacinto Benavente y sus anécdotas*. CLC, 1944, núm. 15, 233-235.
- Portes Alcalá, Alvaro.—*Cárceles rojas. Memorias de un oficial de Prisiones sobre las cárceles y «checas» de Madrid*, por Daniel España [seud.]. Madrid, Victoriano Suárez, Imp. Marsiega, 1939, 168 págs., 8.º
- Romo Arregui, J.—*Don Jacinto Benavente (Biografía)*. CLC, 1944, núm. 15, 161-164.
- Romo Arregui, J.—*Jacinto Benavente (Bibliografía)*. CLC, 1944, número 15, 251-259.
- Sainz de Robles, Federico Carlos.—*Cuerpo y alma de Madrid. Ensayos de simpatía. Seguidos de «Los temas de El Escorial»*. Madrid, Edit. M. Aguilar, Imp. Halar, 1945, 532 págs., 1 lám., 8.º Colección Crisol, núm. 108.
- Sainz de Robles, Federico Carlos.—*Por qué es Madrid capital de España. (Tema de interpretación histórica.)* Madrid, M. Aguilar, s. a.: [¿1940?], 224 págs., 16.º
- Sánchez Camargo.—*El hombre y la obra en el día del homenaje a don Jacinto Benavente*. CLC, 1944, núm. 15, 229-231.
- Velasco Zazo, Antonio.—*El Madrid de Fornos. Retrato de una época*. Madrid, V. Suárez, Imp. Marsiega, 1945, 156 págs., 8.º

ABREVIATURAS DE LAS REVISTAS CITADAS EN LA BIBLIOGRAFIA

- AEArq—Archivo Español de Arqueología. Madrid.
- AEArte—Archivo Español de Arte. Madrid.
- AEsp—Arte Español. Madrid.
- AFA—Archivo de Filología Aragonesa. Zaragoza.
- AHDE—Anuario de Historia del Derecho Español. Madrid.
- AIA—Archivo Ibero Americano. Madrid.
- AMM—Anales del Museo Michoacano. Morelia, Michoacán Méjico.
- Amp—Ampurias. Barcelona.
- AN—Alimentación Nacional.
- ARAF—Anales de la Real Academia de Farmacia. Madrid.
- Arbor—Arbor. Madrid.
- ATG—Archivo Teológico Granadino. Granada.
- Atla—Atlantis. Madrid.
- BAE—Boletín de la Real Academia Española. Madrid.
- BAH—Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid.
- BAPL—Boletín de la Academia Panameña de la Lengua.
- BBMP—Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. Santander.
- BCP Burgos—Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Burgos. Burgos.
- BH—Bibliografía Hispánica. Madrid.
- BHi—Bulletin Hispanique. Burdeos.
- BMPZ—Boletín del Museo Provincial de Zaragoza y de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis. Zaragoza.
- BRAToledo—Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Toledo.
- BSEAAValladolid—Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Valladolid.
- BSEE—Boletín de la Sociedad Española de Excursiones. Madrid.
- CB—Cultura Bíblica. Segovia.
- CD—La Ciudad de Dios. Escorial.
- CE—Correo Erudito. Madrid.
- Cisn—Cisneros. Madrid.
- CLC—Cuadernos de Literatura Contemporánea. Madrid.
- Cons—Consigna. Madrid.
- CT—Ciencia Tomista. Salamanca.
- Ecc—Ecclesia. Madrid.
- EG—Estudios Geográficos. Madrid.
- Ej—Ejército. Madrid.
- EMC—El Museo Canario.
- Esc—Escorial. Madrid.
- EspMis—España Misionera. Madrid.
- EstM—Estudios. Madrid.

- GPE—Gaceta de la Prensa Española. Madrid.
 Guía—Guía.
 Haz—Haz. Madrid.
 His—Hispania. Madrid.
 Hisp Cal—Hispania. Stanford, California.
 HR—Hispanic Review. Filadelfia.
 Ját—Játiva. Madrid.
 Manr—Manresa.
 Maur—Mauritania. Tánger.
 Med—Mediterráneo. Valencia.
 MLN—Modern Language Notes. Baltimore.
 PdV—Príncipe de Viana. Pamplona.
 RAO—Revista de las Artes y de los Oficios. Madrid.
 RdF—Revista de Filosofía. Madrid.
 RE—Revista de Espiritualidad.
 Rec—Reconstrucción. Madrid.
 REP—Revista de Estudios Políticos. Madrid.
 RET—Revista Española de Teología. Madrid.
 RevBAM—Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo. Ayuntamiento de Madrid.
 RevBN—Revista de Bibliografía Nacional. Madrid.
 RFE—Revista de Filología Española. Madrid.
 RHE—Revue d'Histoire Ecclésiastique. Louvain.
 RIE—Revista de Ideas Estéticas. Madrid.
 RIS—Revista Internacional de Sociología. Madrid.
 RNE—Revista Nacional de Educación. Madrid.
 RT—Revista de Trabajo. Madrid.
 RUM—Revista de la Universidad de Madrid. Madrid.
 RyF—Razón y Fe. Madrid.
 Sait—Saitabi. Valencia.
 Sef—Sefarad. Madrid.
 SpanF—Spanische Forschungen.
 ST—Sal Terrae. Santander.
 TRR—The Romanic Review.
 UNC—Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.
 Univ—Universidad. Zaragoza.
 Vért—Vértice. Madrid.
 VyV—Verdad y Vida. Madrid.

Observación Preliminar

INDICE DE LA «REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO»

ABARCA LOS TOMOS DE LA «REVISTA» NÚMEROS I A XII,
QUE CORRESPONDEN A LOS AÑOS 1924 A 1935,
ES DECIR, LA PRIMERA SERIE

OBSERVACION PRELIMINAR

El presente índice se ha redactado con referencias a los autores, a las materias y a los lugares; se han ordenado las fichas en un solo cuerpo, a fin de facilitar su manejo. Se ha tratado de agotar en lo posible las referencias, repitiendo varias veces el mismo capítulo por las diferentes palabras que puedan interesar al investigador; por ejemplo: el artículo de D. José Deleito y Piñuela titulado *La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, ha sido catalogado por *Deleito y Piñuela*, *José...*, *Vida...*, *Madrileña...*, y *Felipe IV*. De las reseñas bibliográficas se han hecho tres referencias: del autor del libro, del título del mismo y del autor de la reseña. Se ha procurado dar noticia de todos los artículos y notas referentes a Madrid, bajo este encabezamiento.

El volumen se indica con números romanos; las páginas, con números arábigos.

Confiamos en que este índice sea útil para los eruditos que deseen buscar en los volúmenes de la REVISTA los datos en ella recogidos sobre historia de Madrid o de España.—*Angela González Simón*.

(Continuación)

M

Martínez, Rafael.—Reseña de la *Historia eclesiástica de España*, por Zacarías García Villada.—VIII, 101-105.

Martínez, Rafael.—*La novela de España*, por Manuel Gómez Moreno.—Reseña por...—VI, 92-93.

Martínez Ferrando, J. E.—*Archivo de la Corona de Aragón. Catálogo de la documentación*

relativa al antiguo reino de Valencia, contenida en los Registros de la Cancillería Real. Reseña por Agustín Millares Carlo.—XII, 119.

Martínez Ferrando, Ernesto. *La escultura moderna y contemporánea*, por Alexander Heilmeyer. Traducción por... Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 236-237.

Martínez Kléiser, Luis.—*Del siglo de los chisperos*.—Reseña

- por José Rincón Lazcano.—II, 310-311.
- Martínez Kléiser, Luis.*—*Guía de Madrid para el año 1656.*—Reseña por José Rincón Lazcano. III, 511-513.
- Martínez Kléiser, Luis.*—*La Semana Santa de Sevilla.*—Reseña por José Rincón Lazcano. II, 579.
- Martínez de la Rosa, Don Francisco,* por Luis de Sosa. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 214-216.
- Martínez Santa-Olalla, Julio. *Algunos hallazgos prehistóricos de superficie del término de Madrid.*—V, 74-78.
- Martínez de Toledo, Alonso.*—*El Arcipreste de Talavera,* por Verardo García Rey.—V, 298-306.
- Martínez Vélez, Pedro.*—*Leyendo nuestras crónicas.*—Reseña por Aurelio Báig Baños.—IX, 329-332.
- Martínez Vélez, Pedro.*—*Observaciones al libro de Aubrey F. G. Bell sobre fray Luis de León.*—Reseña por Aurelio Báig Baños.—IX, 239-242.
- Martorell, Ricardo.—*Las cruces de San Bernardino.*—V, 310-313.
- Martorell Téllez-Girón, Ricardo.* *Anales de Madrid, de León Pinedo. Reinado de Felipe III. Años de 1598 a 1621.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VIII, 442-444.
- Martorell Téllez-Girón, Ricardo.* *Aportaciones al estudio de la población de Madrid en el siglo XVII.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. VIII, 107-109.
- Maslama Benahmed, El matemático madrileño,* por Francisco Vera.—IX, 135-149.
- Matanza por el rito judío (Sche-ritah),* por C. Sanz Egaña.—VI, 75-82.
- Matemático madrileño, El, Maslama Benahmed,* por Francisco Vera.—IX, 134-149.
- Matilla, Aurelio.*—*Olózaga, el precoz demagogo.*—Reseña por Luis de Sosa.—X, 261-262.
- Matritense, Un triunfo de la Económica,* por Miguel Tato y Amat.—X, 363-376, 491-519.
- Matritenses, Escrutinio de monedas,* por Casto María del Rivero.—V, 28-34.
- Mayer, Augusto L.*—*El estilo gótico en España, traducido por Felipe Villaverde.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 314-317.
- Mayor de Madrid, Gómez de Mora y la Plaza,* por Antonio García Bellido.—VI, 222-225.
- (*Mayora, La, y Garrido.*) *Bajo el imperio de la tonadilla. Un*

- desafío de dos populares cantantes*, por José Subirá.—III, 371-375.
- Mayorazgo, El, de treinta y cuatro cuentos (Niebla)*, por Amalio Huarte Echenique.—III, 20-55.
- Mayr, Robert von.—Historia del Derecho romano, traducida por el profesor Wenceslao Rocas.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 222-224.
- «*Medeas*» musicales, Varias, en el antiguo teatro madrileño, por José Subirá.—X, 429-438.
- Medina Medinilla, Pedro de. Egloga en la muerte de doña Isabel de Urbina. Edición y prólogo de Gerardo Diego.* Reseña por Felipe Morales de Setién.—I, 538-539.
- Medinaceli, Duque de, Series de los más importantes documentos del Archivo y Biblioteca del... por A. Paz y Melia.*—Reseña por Agustín Millares Carlo.—I, 113-114.
- Meditaciones políticas, por Ángel Sánchez Rivero.*—Reseña por B. Sánchez Alonso.—XI, 443-445.
- Mele, Eugenio, y Alonso Cortés, Narciso.*—Sobre los amores de Gutierre de Cetina y su famoso madrigal. Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña. VIII, 312-314.
- Meléndez Valdés y la literatura de cordel*, por Ángel González Palencia.—VIII, 117-136.
- Meléndez Valdés, Juan (1798-1801)*, por Antonio R. Rodríguez Moñino.—IX, 357-380.
- Meléndez Valdés, Juan. Notas sobre*, por María del Pilar Lamarque.—VII, 189-193.
- Mélida, José Ramón.—Arqueología española.*—Reseña por Rafael Álvarez.—VI, 239-240.
- «*Melólogo*», *Un, curioso, y una «Introducción» a otro melólogo. La escena trágica «Police-na»*, por José Subirá.—V, 360-364.
- «*Melólogos*», *Los, de Rousseau, Iriarte y otros autores*, por José Subirá.—V, 140-161.
- Memoria escrita en defensa del Madrid viejo, por José Bordiú.* Reseña por José Rincón Lazcano.—III, 256-257.
- Memorial de Pedro Tamayo, de la guarda a pie de Su Majestad*, por A. Morel-Fatio.—I, 286-326.
- Mena, Pedro de, y el misticismo español, por Antonio Gallego Bustn.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 323-325.
- Méndez-Núñez o El honor, por Manuel de Mendivil.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 417-419.

- Mendicidad en Madrid, Memoria sobre la, por José Bordiú.* Reseña por Juan Vergara. I, 539.
- Mendivil, Manuel de.*—*Méndez-Núñez o El honor.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 417-419.
- Mendizábal, Sobre la estatua de,* por el marqués de Lema.—II, 337-341.
- Mendoza, El relacionero Andrés de,* por Amalio Huarte.—II, 20-30.
- Menéndez Pidal, Ramón.*—*La España del Cid, tomo I.*—Reseña por Rafael Martínez.—VI, 357-360.
- Menéndez Pidal, Ramón.*—*Poesía juglaresca y juglares.*—Reseña por Amado Alonso.—III, 377-380.
- «*Menina e Moça*», *Algunas relaciones de la, con la literatura española, especialmente con las novelas de Diego de San Pedro,* por Erasmo Buceta. X, 291-307.
- Mentidero de San Felipe, Cervantes y el,* por Francisco Rodríguez Marín.—I, 5-12.
- Merimée, Ernest,* por Jean Sarrailh. (Noticia de su muerte.) I, 260-262.
- Merino, El crimen de Don Martín,* por Ignacio Calvo.—IV, 75-82.
- Meropio Paulino, Poncio, y Therasia Crescente. Orígenes de la Diócesis Madrid-Alcalá,* por Ignacio Calvo.—II, 1-19.
- Merriman, Roger Bigelow.*—*The rise of the Spanish empire in the old world and in the new.* Reseña por Cristóbal Espejo. III, 392-394.
- Mesón del Toro, El,* por Amalio Huarte Echenique.—VII, 81-83.
- Mesonero Romanos, Le «Manual de Madrid» de,* por Jean Sarrailh.—II, 159-164.
- Mesones, Valerio Fort y su arbitrio sobre,* por Cristóbal Espejo.—VI, 23-39.
- «*Messenger d'Athènes*», *La etimología griega de Madrid según él.*—V, 205-207.
- Mestres, Apeles.*—*Volves musicales. Anécdotas y recorts.*—Reseña por José Subirá.—IV, 221-223.
- Meunier, Mario.*—*Leyendas épicas de Grecia y Roma.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 374-375.
- Militar, Una reforma, en el siglo XVIII,* por José Chacón de la Aldea.—VIII, 177-196.
- Millares Carlo, Agustín.*—Reseña de *El pergamino original del Fuero de Jaca concedido por el Rey Sancho Ramírez, por Ricardo del Arco.*—II, 564.

- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Asocio de la extinguida Universidad y tierra de Avila*.—IV, 96-97.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Las fuentes narrativas de la Historia de España durante la Edad Moderna, por Rafael Ballester y Castell*.—V, 322-324.
- Millares Carlo, Agustín.—*Cartularios del monasterio de Ovila (siglo XIII)*.—Reseña por E. Varela Hervías.—X, 524.
- Millares Carlo, Agustín.—*Contribución al «Corpus» de Códices visigóticos*.—V, 35-59.
- Millares Carlo, Agustín.—*Un dato para la historia del reinado de Enrique IV*.—VIII, 88-91.
- Millares Carlo, Agustín.—*Documentos del Archivo Municipal de Madrid acerca de judíos españoles*.—II, 395-405.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Catálogo 547. España y Portugal con sus antiguas posesiones de Ultramar, por Karl W. Hiersemann*.—II, 447-448.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Katalog 550. Inkunabeln, por Karl W. Hiersemann*, II, 447-448.
- Millares Carlo, Agustín.—*Los incunables de la Biblioteca Municipal de Madrid*.—II, 306-309.
- Millares Carlo, Agustín.—*Índice y extractos del Libro Horadado del Concejo madrileño (siglos XV-XVI)*.—I, 46-101.
- Millares Carlo, Agustín.—*Índice y extractos del Libro Horadado del Concejo madrileño (siglos XV-XVI). 2.ª edición*. Reseña por María del Pilar Larraque.—V, 102-103.
- Millares Carlo, Agustín.—*Índice y extractos de los libros de Cédulas y Provisiones del Archivo Municipal de Madrid (siglos XV-XVI)*.—VI, 285-332 y 382-419.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Manuel de Paléographie latine et française, por Maurice Prou*.—II, 185-186.
- Millares Carlo, Agustín.—*Notas del Archivo*.—V, 294-297.
- Millares Carlo, Agustín.—*Otros documentos acerca de León V de Armenia, señor de Madrid*.—XII, 106-110.
- Millares Carlo, Agustín.—*Paleografía española*.—Reseña por Mariano Usón Sesé.—VI, 360-363.
- Millares Carlo, Agustín.—*De paleografía visigótica: A propósito del «Codex toletanus»*. Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—III, 114-115.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Relaciones del siglo XVIII, publicadas por José Palanco Romero*.—IV, 107-108.

- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Apuntes sobre Ginés Pérez de Hita, primer historiador de Lorca, por Francisco Escobar*.—VIII, 97.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Archivo de la Corona de Aragón. Catálogo de la documentación relativa al antiguo reino de Valencia, contenida en los Registros de la Cancillería Real, por J. E. Martínez Ferrando*.—XII, 119.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays Bas, por J. F. Peeters Fontainas*.—XII, 113-114.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de la *Gula y Avisos de forasteros que vienen a la Corte, por Antonio Llánan y Verdugo*. I, 116-117.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Impresos españoles publicados en Burdeos hasta 1850, por M. Núñez de Arenas*.—XII, 121.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Jean Parix, imprimeur en Espagne (1472?-1478?), puis à Toulouse, por Dom A. Lambert*.—XII, 115-116.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Ordenanzas dadas a su villa de Peñafiel por Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, por Saturnino Rivera Manescáu*.—IV, 105-106.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas, por Francisco Rodríguez Marín*.—V, 108.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Serie de los más importantes documentos del Archivo y Biblioteca del Duque de Medinaceli, por A. Paz y Melia*. I, 113-114.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Sobre una nueva variedad de la edición príncipe del «Quijote», por Homero Seris*. II, 450.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Paleografía española, por Zacarías García Villada*. I, 110-112.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Un défenseur du trône de Fernand VII. Le général Egüa, premier comte du Real Aprecio, por Jean Sarrailh*. II, 451-452.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Note paléographique, por Luigi Schiapparelli*.—II, 444-445.
- Millares Carlo, Agustín.—Reseña de *Raccolta di documenti latini. I, Documenti romani, por Luigi Schiapparelli*.—II, 187-188.
- Millares Carlo, Agustín.—*El siglo XVIII español y los inten-*

- tos de formación de un «Corpus» diplomático.* —II, 515-530.
- Millares Carlo, Agustín, y T. Díaz Galdós. — *Incendio en la Plaza Mayor en 1631.* —IV, 83-85.
- Millares Carlo, Agustín; Artiles, Jenaro, y Gómez Iglesias, Agustín. — *Bibliografía.* —IX, 338-352 y 465-471.
- Millares Carlo, Agustín, y Varela Hervías, Eulogio. — *Notas y documentos del Archivo de Villa.* IX, 1-18.
- Millé Giménez, Juan. — *Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas atribuidas a Lope de Vega.* —Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña. —VI, 375-376.
- Millé Giménez, Juan. — *Lope de Vega y la supuesta poetisa Amarilis.* —VII, 1-11.
- Millé Giménez, Juan. — *Miscelánea erudita.* —IX, 302-313.
- Millé Giménez, Juan. — *Miscelánea lopista.* —X, 241-248.
- Mira de Amescua, por C. E. Antbal, Ph. D. —Reseña por José Subirá. —III, 384-385.
- Miscelánea erudita*, por Juan Millé Giménez. —IX, 302-313.
- Miscelánea lopista*, por Juan Millé Giménez. —X, 241-248.
- Moderna ciencia, La, del urbanismo*, por Alberto León Peralta. —Reseña por José Rincón Lazcano. —III, 394-395.
- Molina, «Tirso de, *La partida bautismal de*, por Jenaro Artiles Rodríguez. —V, 403-411.
- Monarquía*, «*Proyecto para restablecer la*, por Cristóbal Espejo. —XI, 305-310.
- Monasterios de España*, por Federico Carlos Sainz de Robles. Reseña por Luis de Sosa. —XI, 243-244.
- Moncloa, Los jardines de la*, por Javier de Winthuysen. —I, 378-396.
- Monedas matritenses, Escrutinio de*, por Casto María del Rivero. V, 28-34.
- Monetarias, Reformas, del vellón en el reinado de Felipe IV. Apuntes sobre los antecedentes de las*, por Cristóbal Espejo. IV, 212-213.
- Monetario en Madrid (17 a 25 de enero de 1495)*, por R. de Lloréns. —I, 105-106.
- Moneva Puyol, Juan.* — *Historia de Portugal*, por Antonio Sérgio de Sousa, traducida por. —Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. —VII, 102-103.
- Monja concepcionista del siglo XVI, Poesías de una*, por Jesús Domínguez Bordona. IV, 251-282.
- Montengón, Pedro, y su novela «El Eusebio»*, por Angel González Palencia. —III, 343-365.

- Montepto de Hijosdalgos y Jove-
llanos, El*, por Miguel Tato y
Amat.—XI, 85-102.
- Montero Alonso, José.*—*Antolo-
gía de poetas y prosistas espa-
ñoles.*—Reseña por Luis de
Sosa.—VII, 419-420.
- Montesinos, José F.*—«*El cordobés
valeroso Pedro Carbonero*», de
Lope de Vega, publicado por...
Reseña por Angel Valbuena
Prat.—VII, 93-95.
- [*Montijo, Eugenia de*]. *Eugenia
de Guzmán, Emperatriz de
los franceses, por el marqués
de Villa-Urrutia.*—Reseña por
Jenaro Artiles.—VIII, 230-
232.
- Montolú, Manuel de.*—*Traduc-
ción de «Historia de la Litera-
tura rusa», por Alexander
Brückner.*—Reseña por Federico
Carlos Sainz de Robles.—VI,
499-500.
- Montoto, Santiago.*—*Lope de
Vega y Don Juan de Arguijo.*
XI, 270-282.
- Mora, Gómez de, y la Plaza Ma-
yor de Madrid*, por Antonio
García Bellido.—VI, 222-225.
- Mora, José de, por Antonio Ga-
llego Burín.*—Reseña por José
Subirá.—III, 391-392.
- Morales Oliver, Luis.*—*Arias
Montano y la política de Feli-
pe II en Flandes.*—Reseña por
Jenaro Artiles Rodríguez.—V,
219-220.
- Morales Oliver, Luis.*—Reseña
de *Fuentes de la Historia es-
pañola e hispanoamericana,*
por Benito Sánchez Alonso.
V, 320-322.
- Morales Oliver, Luis.*—Reseña
de *Los autos sacramentales de
Calderón (clasificación y aná-
lisis)*, por Angel Valbuena
Prat.—V, 97-99.
- Morales de Setién, Felipe.*—*Don
Antonio Ponz y la Academia
de San Fernando.*—I, 241-
244.
- Morales de Setién, Felipe.*—*El
hato de las compañías cómi-
cas a fines del siglo XVIII.*
I, 106-108.
- Morales de Setién, Felipe.*—*Ne-
crología de.*—III, 264-265.
- Morales de Setién, Felipe.*—Re-
seña de *La agonía del Princi-
pe de la Paz*, por Angel Osso-
rio.—I, 115-116.
- Morales de Setién, Felipe.*—Re-
seña de *Life's a Dream, by
Pedro Calderon de la Barca.*
*Translated for the English
Stage by Frank Birch and
J. B. Trend.*—II, 575-577.
- Morales de Setién, Felipe.*—Re-
seña de *Jacinto Benavente. Es-
tudio literario*, por Federico
de Onts.—I, 251-253.
- Morales de Setién, Felipe.*—Re-
seña de *Madrid past and pre-
sent*, de Mrs. Esteuart Erskine.
I, 117-119.

- Morales de Setién, Felipe.—Reseña de *Egloga en la muerte de doña Isabel de Urbina, por Pedro de Medina Medinilla. Edición y prólogo de Gerardo Diego*.—I, 538-539.
- Morales de Setién, Felipe.—Reseña de *Moratin (Teatro). Edición, prólogo y notas de F. Ruiz Morcuende*.—I, 540-541.
- Morales de Setién, Felipe.—Reseña de «*Ya anda la de Mazagatos*». *Comedia desconocida, atribuida a Lope de Vega, por S. Griswold Morley*.—I, 535-536.
- Morales de Setién, Felipe.—Reseña de *Jacinto Benavente, por Wálter Starkie*.—II, 569-570.
- Moratin. Un breve de Pio VI referente a «La Florida», traducido por...*, por Joaquín de Entrambasaguas y Peña. VII, 275-298.
- Moratin. Cartas de D. Leandro Fernández de*, por E. Varela Hervías.—IV, 364-365.
- Moratin y su época*, por Agustín del Saz.—V, 411-416.
- Moratin (Teatro). Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende*.—Reseña por Felipe Morales de Setién.—I, 540-541.
- Moratin, Una ofuscación de*, por Angel González Palencia.—X, 75-82.
- Moratin, secretario de la Interpretación de Lenguas*, por Federico Ruiz Morcuende.—X, 273-290.
- Moratin, dibujante*, por Federico Ruiz Morcuende.—I, 528-530.
- [*Moratin, Nicolás Fernández de*]. *Sobre la «Fiesta de toros en Madrid»*, por Narciso Alonso Cortés.—IX, 323-327.
- Morato, J. J.—*El estudio de la Villa*.—III, 108-110.
- Morato, J. J.—*La imprenta de Juan de la Cuesta*.—II, 436-441.
- Morel Fatio, Alfred.—[Descripción de Madrid en el] *Memorial de Pedro Tamayo*.—I, 286-326.
- Morel Fatio, Alfred.—*Memorial de Pedro Tamayo, de la guardada a pie de Su Majestad*.—I, 286-326.
- Morel Fatio, Alfred.—*Necrología de...*—II, 194-195.
- Morel Fatio, Alfred.—*La Puerta de Guadalajara en Madrid*. I, 417-423.
- Morelos, caudillo de la independencia mexicana, por Alfonso Teja Zabre*.—Reseña por Luis de Sosa.—XI, 445-446.
- Moreno Villa, J. — Dibujos del Instituto de Gijón. Catálogo*. Reseña por Jesús Domínguez Bordona.—III, 514-515.
- Moreno Villa, J. — Tres dibujos de Pedro de Ribera*.—Reseña

- por Antonio García Bellido. VI, 111-112.
- Moreto, Doce documentos inéditos relacionados con, y dos poesías suyas desconocidas*, por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VII, 341-356.
- Morley, S. Griswold.—*Una glosa de romances viejos por Romero de Cepeda*.—I, 349-361.
- Morley, S. Griswold.—«*Ya anda la de Mazagatos*». *Comedia desconocida atribuida a Lope de Vega*.—Reseña por Felipe Morales de Setién.—I, 535-536.
- Mortet, Charles.—*Le format des livres. Notions pratiques suivies des recherches historiques*.—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—III, 122-123.
- Mortet, Charles.—*Les origines et les débuts de l'imprimerie d'après les recherches les plus récentes*.—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—II, 570-572.
- Mostra delle Biblioteche Italiane*. Reseña por María del Pilar Lamarque.—XI, 461-462.
- Movimiento de la Biblioteca Municipal*, por José Rincón Lazcano.—I, 263-264.
- Mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII, Los*, por Ángel González Palencia.—Reseña por Ezio Levi d'Ancona, traducida y comentada por Joaquín de Entrambasaguas.—VIII, 433-439.
- [Muenzer, Jerónimo de]. *Monetario en Madrid*, por R. de Lloréns.—I, 105-106.
- Mujeres de antaño. La reina María Luisa, esposa de Carlos IV, por el marqués de Villa-Urrutia*.—Reseña por José Deleito y Piñuela.—V, 104-107.
- Mujeres de antaño. Teresa Cabañero (Madame Tallien), por el marqués de Villa-Urrutia*. Reseña por José Deleito y Piñuela.—V, 215-219.
- Municipal de Madrid, Índice y extractos de los libros de Cédulas y Provisiones del Archivo (siglos XV-XVI)*, por Agustín Millares Carlo.—VI, 285-332 y 382-419.
- Municipal, Movimiento de la Biblioteca*, por José Rincón Lazcano.—I, 263-264.
- Muntaner, Ramón*.—*Crónica*. Reseña por E. Varela Hervías. V, 221-222.
- Muñoz Rivero, Mariano.—*Los «Diligentes de Madrid»*.—I, 245-247.
- Muñoz Rivero, M.—*Nota acerca de Vera Tassis y de su «Historia de Nuestra Señora de la Almudena»*.—I, 108-109.
- Muñoz Rivero, Mariano.—Reseña de *Archivo General Central en Alcalá de Henares. Reseña y clasificación de sus fondos, por José Torre Revello*.—IV, 104-105.

- Muñoz Rivero, Mariano.—Reseña de *Contribución a la historia y bibliografía de la Imprenta en Montevideo*, por José Torre Revello.—IV, 108-109.
- Museo Arqueológico Nacional. *Catálogo sumario del*.—Reseña por José Pérez de Barradas. I, 113.
- Museo Arqueológico de Madrid, *Una visita al*, por Francisco Alvarez Ossorio.—Reseña por E. Varela Hervías.—III, 124.
- Museo Cerralbo o Museo del excelentísimo señor marqués de Cerralbo, D. Enrique de Aguilera y Gamboa, por Juan Cabré y Aguiló.—Reseña por Jesús Domínguez Bordona.—V, 431.
- Museo Municipal. *La porcelana del Buen Retiro en el*, por Emiliano M. Aguilera.—X, 308-320.
- Music, *The, of Spanish History to 1600*, por J. B. Trend.—Reseña por José Subirá.—III, 507-508.
- Música, *La, en la Casa de Alba. Estudios históricos y biográficos*, por José Subirá.—Reseña por Julio Gómez.—IV, 368-370.
- [Música]. *Los «melólogos» de Rousseau, Iriarte y otros autores*, por José Subirá.—V, 140-161.
- [Música en el teatro]. *Un «Melólogo» curioso y la «Introducción» a otro Melólogo. La escena trágica «Policena»*, por José Subirá.—V, 360-364.
- Musical, *Una batalla, inédita. El asalto de Galera*, por José Subirá.—I, 186-203.
- Musical, *La participación, en los sainetes madrileños durante el siglo XVIII*, por José Subirá.—IV, 1-14; VII, 109-123 y 389-404.
- Musicales, *El hispanismo y el italianismo, en la época de la tonadilla*, por José Subirá.—I, 401-404.
- Musicales, *Las realizaciones, del «Quijote»*, por Víctor Espinós. X, 34-62.
- Musicales, *Varias «Medeas»*, en el antiguo teatro madrileño, por José Subirá.—X, 429-438.
- Músicos románticos: Schubert, Schumann y Mendelssohn, por José Subirá.—Reseña por E. M.—II, 446-447.
- Musteriense español, *Las difentes facies del, y especialmente del de los yacimientos madrileños*, por Hugo Obermaier y José Pérez de Barradas.—I, 143-177.

N

- Nacimiento, *vida y muerte de la romería madrileña «La Cara de Dios»*, por José Cascales Muñoz.—IX, 314-323.
- Nakuru y elmenteña, *Las culturas, y su relación con las industrias paleolíticas de Ma-*

- drid. Arqueología del Este africano*, por Rafael Alvarez. VI, 40-50.
- Naturaleza, La expresión literaria del sentimiento de la*, por B. Sánchez Alonso.—XI, 283-298.
- Navarro, José Gabriel.—La escultura en el Ecuador.*—Reseña por Antonio García Bellido. VII, 319-321.
- Necrología de Angel Sánchez Rivero*, por Benito Sánchez Alonso.—VII, 440-443.
- Neolítico, El, de la provincia de Madrid*, por José Pérez de Barradas.—III, 75-87.
- Neolíticos, Nuevos yacimientos, de los alrededores de Madrid*, por José Pérez de Barradas y Fidel Fuidio.—IV, 283-293.
- (Niebla): El mayorazgo de treinta y cuatro cuentos*, por Amalio Huarte Echenique.—III, 20-55.
- Niña de plata, La, de Lope, refundida por Cañizares*, por Manuel Machado.—I, 36-45.
- Nota sobre Juan Meléndez Valdés*, por María del Pilar Lamarque.—VII, 189-193.
- Nota sobre Mariano Luis de Urquijo*, por María del Pilar Lamarque.—VI, 470-477.
- Nota sobre la población de Madrid en el siglo XVII*, por E. Varela Hervías.—IV, 88-92.
- Notas de Archivo*, por Antonio García Bellido.—VIII, 203-206.
- Notas del Archivo*, por Agustín Millares Carlo.—V, 294-297.
- Notas y documentos del Archivo de Villa*, por Agustín Millares Carlo y Eulogio Varela Hervías.—IX, 1-18.
- Notas literarias de Extremadura, por J. López Prudencio.*—Reseña por Antonio R. Rodríguez Moñino.—X, 118-128.
- Notas y noticias sobre la capilla de la Congregación del Cristo de San Ginés*, por Miguel Kreíslér Padín.—VI, 333-352.
- Notas para la Historia del Arte, Tres*, por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VI, 215-220.
- Notas del viaje de mi vida (1850 a 1920. 1850 a 1860)*, por Antonio Espina y Capo.—Reseña por José Rincón Lazcano.—III, 118.
- Notas del viaje de mi vida (1850 a 1920. 1861 a 1870)*, por Antonio Espina y Capo.—Reseña por José Rincón Lazcano.—III, 389-390.
- Note paléografiche... por Luigi Schiapparelli.*—Reseña por Agustín Millares Carlo.—II, 444-445.
- Noticia* (referente a Víctor Espinós).—VII, 335.

- Noticias bibliográficas, Nuevas, del abate Hervás y Panduro*, por Angel González Palencia. V, 345-359.
- Noticias para la historia del Buen Retiro*, por Jesús Domínguez Bordona.—X, 83-90.
- Noticias sobre la capilla de la Congregación del Cristo de San Ginés, Notas y*, por Miguel Kréisler Padín.—VI, 333-352.
- Novela de España, La, por Manuel Gómez Moreno*.—Reseña por Rafael Martínez.—VI, 92-93.
- Novelas de Diego de San Pedro, Algunas relaciones de la «Mennina e Moça» con la literatura española, especialmente con las*, por Erasmo Buceta.—X, 291-307.
- Nuevo yacimiento de vertebrados fósiles del Mioceno de Madrid, Un, por F. Hernández Pacheco*.—Reseña por José Pérez de Barradas.—IV, 116-117.
- Nuevos yacimientos neolíticos de los alrededores de Madrid*, por José Pérez de Barradas y Fidel Fuidio.—IV, 283-293.
- [Numismática].—Casto María del Rivero.—*Escrutinio de monedas matritenses*.—V, 28-34.
- Numismática española, La, en el reinado de Felipe II, por Arturo García de la Fuente*.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 328-330.
- Núñez de Arenas, M.—*Don Vicente María Santiváñez. Un madrileño en la Revolución francesa*.—II, 372-394.
- Núñez de Arenas, M.—*Impresos españoles publicados en Burdeos hasta 1850*.—Reseña por Agustín Millares Carlo.—XII, 121.
- Núñez Arenas, M.—*El primer casamiento de la bella Teresa Cabarrús*.—IV, 294-316.
- Núñez de Arenas, M.—*Reseña de Cantares, por Marius André*. VII, 321-322.
- Núñez de Arenas, M.—*Reseña de Colección de pliegos sueltos, recogidos y anotados por Vicente Castañeda y Amalio Huarte*.—VII, 330-331.
- Núñez de Arenas, M.—*Reseña de Maîtres des littératures. Lope de Vega, por Marcel Carayon*.—VII, 331-332.
- Núñez de Arenas, M.—*Teresa Cabarrús en Burdeos*.—VI, 117-150; VII, 25-57.
- O
- Obermaier, Hugo.—*Die Bronzezeitlichen felsgravierungen von Nordwestspanien (Galicien)*.—Reseña por E. Varela Hervias.—III, 251-252.
- Obermaier, Hugo.—*Fossil man in Spain*.—Reseña por José Pérez de Barradas.—II, 448-450.

- Obermaier, Hugo.* — *El hombre fósil.* — Reseña por José Pérez de Barradas. — III, 119-121.
- Obermaier, Hugo.* — Reseña de *Estudios sobre el terreno cuaternario del valle del Manzanares*, por José Pérez de Barradas. — IV, 114-116.
- Obermaier, Hugo, y Breuil, Henri.* — *Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormón (Teruel).* — Reseña por E. Varela Hervías. — V, 327-328.
- Obermaier, Hugo, y José Pérez de Barradas.* — *Las diferentes facies del Musteriense español y especialmente del de los yacimientos madrileños.* — I, 143-177.
- Obispo, El, el Concejo y los regidores de Palencia*, por Ramón Carande. — IX, 249-271.
- Obras maestras de la literatura universal, Grandes.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. — IX, 460-461.
- Obras de artistas extranjeros en Madrid y su provincia*, por Verardo García Rey. — VI, 166-186.
- Obras completas de Juan Álvarez Gato. Editadas con notas y una introducción por Jenaro Artiles Rodríguez.* — Reseña por Fernando González. — VI, 494-495.
- Obras ilustradas sobre arte y arqueología, de autores españoles, publicadas en el siglo XIX*, por Félix Boix. — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. — VIII, 316-318.
- Obras de Lope de Vega. Publicadas por la Real Academia Española.* — Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña. VII, 84-87.
- Ocios poéticos, con un prólogo de D. Manuel de Sandoval, por el conde de Cedillo.* — Reseña por Manuel Machado. — III, 115-117.
- Ocho sainetes inéditos de don Ramón de la Cruz, editados por Charles Emil Kany.* — Reseña por Angel González Palencia. — V, 230-231.
- Ofuscación de Moratín, Una*, por Angel González Palencia. — X, 75-82.
- Ojos, La doncella que se sacó los. La leyenda de Santa Lucía*, por Angel González Palencia. IX, 181-200 y 272-294.
- Olmedo, Félix.* — *Las fuentes de «La vida es sueño».* — Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez. V, 332-333.
- Olózaga, el precoz demagogo, por Aurelio Matilla.* — Reseña por Luis de Sosa. — X, 261-262.
- Onís, Federico de. — Jacinto Benavente. Estudio literario.* — Reseña por Felipe Morales de Setién. — I, 251-253.

- Ordenación financiera de los Ayuntamientos*, por E. Nicá-nor Puga y Sancho. — Reseña por Timoteo Díaz Galdós. — I, 253-255.
- Ordenanzas dadas a su villa de Peñajiel por Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, por Saturnino Rivera Manescau*. Reseña por Agustín Millares Carlo. — IV, 105-106.
- Ordenanzas municipales, Las primeras, de la Villa y Corte de Madrid*, por Agustín González de Amezúa y Mayo. — III, 401-429.
- Origen de los himnos mozárabes, por Justo Pérez de Urbel*. — Reseña por Emilio García Gómez. — IV, 218-221.
- Origen, Sobre el, de la iglesia de San Marcos*, por Angel Sánchez Rivero. — II, 180-183.
- Orígenes del Archivo de Protocolos de Madrid*, por Amalio Huarte Echenique. — VII, 194-199.
- Orígenes del Correo moderno en España, Los*, por Cayetano Alcázar. — V, 169-187.
- Orígenes de la Diócesis Madrid-Alcalá. Poncio Meropio Paulino y Therasia Crescente*, por Ignacio Calvo. — II, 1-19.
- Orígenes de la Humanidad, Los*, por René Verneau. — Reseña por Rafael Alvarez. — IX, 98-100.
- Orígenes del régimen constitucional en España*, por M. Fernández Almagro. — Reseña por Luis de Sosa. — VI, 227-232.
- Origines, Les, et les débuts de l'imprimerie d'après les recherches les plus récentes*, por Charles Mortet. — Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez. — II, 570-572.
- Ortega y Gasset, José. — España invertebrada*. — Reseña por Luis de Sosa. — XI, 343-344.
- Ossorio, Angel. — La agonía del Príncipe de la Paz*. — Reseña por F. Morales de Setién. — I, 115-116.
- Ostria Gutiérrez, Alberto. — La Casa de la Abuela (Impresiones de Madrid)*. — Reseña por José Rincón Lazcano. — II, 184-185.
- Osuna, La Alameda de*, por Joaquín Ezquerro del Bayo. — III, 56-66.
- P**
- Padre, El, de D. Luis de Góngora, Corregidor de Madrid*, por Antonio Martín Lázaro. — IV, 363-364.
- Paisiello, El estreno de la «Serva Padrona» de*, en Madrid, por José Subirá. — II, 559-562.
- Palabra vengada, La. Plan inédito de una comedia perdida de Lope de Vega*, por Manuel Machado. — II, 302-306.

- Palacio de Buenavista, El*, por Emiliano M. Aguilera. — XI, 355-380.
- Palacio de El Pardo, El anti-guo*, por Luis Calandre. — XI, 245-269.
- Palacios Rubios. Un colaborador de los Reyes Católicos. El doctor... y sus obras, por Eloy Bullón y Fernández.* — Reseña por Agustín del Saz. — V, 427-431.
- Palanco Romero, José. Relaciones del siglo XVII publicadas por.* — Reseña por Agustín Millares Carlo. — IV, 107-108.
- Palencia, El obispo, el Concejo y los regidores de (1352-1422)*, por Ramón Carande. — IX, 249-271.
- Paleografía española, por Agustín Millares Carlo.* — Reseña por Mariano Usón Sesé. — VI, 360-363.
- Paleografía española de Zacarías García Villada.* — Reseña por A. Millares Carlo. — I, 110-112.
- [*Paleografía visigoda*]. — Agustín Millares Carlo. — *Contribución al «Corpus» de Códices visigóticos.* — V, 35-59.
- Paleografía visigótica. A propósito del «Codex toletanus», por Agustín Millares Carlo.* — Reseña por Jenaro Artilles Rodríguez. — III, 114-115.
- Paléographie latine et française, Manuel de, por Maurice Pron.* Reseña por Agustín Millares Carlo. — II, 185-186.
- Paleolíticas de Madrid, Las culturas nakuru y elmenteita y su relación con las industrias, Arqueología del Este africano,* por Rafael Alvarez. — VI, 40-50.
- Paleolítico inferior. La escultura madrileña del,* por Manuel Serrano. — IX, 124-134.
- Paleolítico de San Isidro, El yacimiento,* por Paul Wernert y José Pérez de Barradas. — II, 31-68.
- Palmira, Las ruinas de. Una edición francesa hecha en Madrid en 1797,* por Faustino Gil Ayuso. — IX, 428-438.
- Pan y Fernández, Ismael del. Notas para el estudio de la Prehistoria. Etnología y Folklore de Toledo y su provincia.* Reseña por Rafael Alvarez. V, 434-435.
- Panadería, La Casa de,* por Esperanza Guerra Sánchez-Moreno. — VIII, 363-391.
- Pantorba, Bernardino de. — Jiménez Aranda. Ensayo biográfico y crítico.* — Reseña por Joaquín de Entrambasaguas y Peña. — VIII, 112-113.
- Papsttum, Das, und der Katalanische Prinzipat,* por P. Kehr Reseña por Pascual Galindo Romeo. — IV, 109-114.

- Papsturkunden in Spanien von Arbeiter zur Hispania Pontificia.*—II, Navarra und Aragón.—I, Archivberichte.—II, Urkunden und Regesten, por Paul Kehr, P. Rassow, J. Rius y P. Galindo.—Reseña por José M.^a Lacarra.—VI, 371-374.
- Pardo, El antiguo palacio de El,* por Luis Calandre.—XI, 245-269.
- Parix, Jean, imprimeur en Espagne (1472-1478?), puis à Toulouse,* por Dom A. Lambert. Reseña por Agustín Millares Carlo.—XII, 115-116.
- Parra, Caracciolo.*—Filosofía universitaria venezolana (1788-1821).—Reseña por Aurelio Báig Baños.—XI, 237-239.
- Participación musical, La, en el antiguo teatro español,* por José Subirá.—Reseña por Manuel Machado.—VII, 322-323.
- Participación musical, La, en las comedias madrileñas durante el siglo XVIII,* por José Subirá.—VII, 109-123, 389-404.
- Participación, La, musical en los sainetes madrileños durante el siglo XVIII,* por José Subirá.—IV, 1-14.
- Partida bautismal, La, de «Tirso de Molina»,* por Jenaro Artiles Rodríguez.—V, 403-411.
- Paseos de un solitario,* por Carlos María Cortezo.—Reseña por Luis Marco.—I, 541-543.
- Patriotismo musical del compositor Laserna, El. «Aragón restaurado»,* por José Subirá.—I, 502-513.
- Patrocinio, Sor,* por Benjamín Jarnés.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 87-90.
- Paz, Julián.*—Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—XI, 114-115.
- Paz, Julián.*—Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional. Reseña por Joaquín de Entrambasaguas.—X, 529-530.
- Paz y Melia, A.*—Documentos del Archivo y Biblioteca del Duque de Medinaceli.—Reseña por A. Millares Carlo.—I, 113-114.
- Peers, Allison.*—A Spanish Poetry Book for school and home. Reseña por Manuel Machado. II, 312.
- Peeters-Fontainas, J. F.*—Bibliographie des impressions espagnoles des Pays Bas.—Reseña por Agustín Millares Carlo. XII, 113-114.
- Pemán, José María.*—Nuevas poesías.—Reseña por José Rincón Lazcano.—III, 253-255.
- Penal, Los problemas de la población, en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo*

- XVIII, por José Gavira.—V, 313-317.
- Peral, *La Plaza Mayor y los caños del*, por Angel González Palencia y Jenaro Artiles.—IX, 73-76.
- Pérez, Antonio, *al duque de Villahermosa, Dos cartas de*, por Erasmo Buceta.—VIII, 246-252.
- Pérez, Dionisio (*Post - Thebussem*).—*Gula del buen comer español*.—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VII, 317-319.
- Pérez Bustamante, Ciriaco.—*Las instrucciones de Felipe II a Juan Bautista de Tassis*.—V, 241-258.
- Pérez Bustamante, Ciriaco.—Reseña de *Bibliografía de cronistas de la ciudad de México*, por Manuel Romero de Terres.—VI, 370-371.
- Pérez Bustamante, Ciriaco.—Reseña del *Catálogo de la colección de manuscritos de Joaquín García Icazbalceta, relativos a la historia de América*, por Federico Gómez de Orozco. VI, 110-111.
- Pérez de Barradas, José.—*Estudios sobre el terreno cuaternario del valle del Manzanares*. Reseña por Hugo Obermaier. IV, 114-116.
- Pérez de Barradas, José.—*La infancia de la Humanidad*. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 106-107.
- Pérez de Barradas, José.—*Introducción al estudio de la Prehistoria madrileña*.—I, 13-35.
- Pérez de Barradas, José.—*El Neolítico de la provincia de Madrid*.—III, 75-87.
- Pérez de Barradas, José.—*Prehistoria (Cartilla de divulgación)*.—Reseña por E. A. B. II, 572-574.
- Pérez de Barradas, José.—Reseña del *Catálogo sumario del Museo Arqueológico Nacional. Antigüedades prehistóricas*. I, 113.
- Pérez de Barradas, José.—Reseña de *Un nuevo yacimiento de vertebrados fósiles del Mioceno de Madrid*, por F. Hernández Pacheco.—IV, 116-117.
- Pérez de Barradas, José.—Reseña de *Fossil man in Spain*, por Hugo Obermaier.—II, 448-450.
- Pérez de Barradas, José, y Fidel Fuidio.—*Nuevos yacimientos neolíticos en los alrededores de Madrid*.—IV, 283-293.
- Pérez de Barradas, José, y Hugo Obermaier.—*Las diferentes facies del Musteriense español y especialmente del de los yacimientos madrileños*.—I, 143-177.
- Pérez de Barradas, José, y Paul Wernert.—*El yacimiento paleolítico de San Isidro*.—II, 31-68.

- Pérez de Hita, Ginés. Apuntes sobre, primer historiador de Lorca, por Francisco Escobar. Reseña por Agustín Millares Carlo.*—VIII, 97.
- Pérez Martínez, Héctor.*—*Juárez el impasible.*—Reseña por Luis de Sosa.—XI, 347-348.
- Pérez Mínguez, Fidel.*—*La condesa de Castellar, fundadora del convento «Las Carboneiras».*—VIII, 41-52; 152-170; 253-273; 392-419; IX, 150-180; 409-427.
- Pérez de Urbel, Justo.*—*Origen de los himnos mozárabes.*—Reseña por Emilio García Gómez. IV, 218-221.
- Personaje prefreudiano, Un, de Lope de Vega, por Angel Valbuena Prat.*—VIII, 25-35.
- Petimetres, Los, en el campo tonadillesco, por José Subirá.* XI, 434-438.
- Pfandl, Ludwig.*—*Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro, traducida por Félix García.*—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VII, 421-424.
- Pfandl, Luis.*—*Juana la Loca, traducida por Felipe Villaverde.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IX, 238-239.
- Philobiblion, El... de Ricardo de Bury, obispo de Durham, tra-*
- ducido por Tomás Viñas. Reseña por Jesús Domínguez Bordona.*—V, 334-335.
- Pi y Margall, católico y monárquico, por Luis Marco.*—II, 141-158.
- Picón, Jacinto Octavio, Apuntes biográficos de D., por Agustín Gonsález de Amezúa y Mayo. Reseña por Manuel Machado.* II, 442-444.
- Pijodn, José.*—*El arte romano. Volumen V de «Summa Artis».*—Reseña por Luis de Sosa. XI, 352.
- Pinta Llorente, Miguel de la. Un documento inédito de fray Luis de León sobre el padre Báñez.*—X, 106-112.
- Pinto, Fray Héctor, Fray Luis de León y, por Joaquín Carvalho. Traducción de Antonio R. Rodríguez Moñino.*—IX, 295-301.
- Pintura, El costumbrismo madrileño en la, por Pedro de Répide.*—IV, 38-55.
- Pintura española, Breve historia de la, por Enrique Lafuente Ferrari.*—Reseña por Jesús Domínguez Bordona.—XI, 240-241.
- Pinturas mudéjares del castillo de la Mota, Las, por Antonio Prast.*—Reseña por Federico Sainz de Robles.—XII, 114-115.
- Pinturas negras de Goya, Las, por Emiliano M. Aguilera.*—IX, 68-73.

- Pinturas rupestres, Las, de los alrededores de Tormón (Teruel), por Hugo Obermaier y Henri Breuil.*—Reseña por E. Varela Hervías.—V, 327-328.
- Pto VI, Un breve de, referente a «La Florida» y traducido por Moratin,* por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VII, 274-298.
- Plan de unos anales de Madrid,* por Ramón García Pérez.—I, 248-250.
- Plan de reforma de los teatros de Madrid, aprobado en 1799,* por C. E. Kany.—VI, 245-284.
- Plantin, Chr. El «Avois una maison...» de, y el «Vitam quæ faciunt beatiorem...» de Marcial,* por Antonio R. Rodríguez Moñino.—IX, 439-449.
- Plaza Mayor, La, y los caños del Peral,* por Angel González Palencia y Jenaro Artiles.—IX, 73-76.
- Plaza Mayor, Incendio de la, en 1631,* por Agustín Millares Carlo y T. Díaz Galdós.—IV, 83-85.
- Plaza Mayor de Madrid, Gómez de Mora y la,* por Antonio García Bellido.—VI, 222-225.
- Pleito entre ciegos e impresores (1680-1755),* por Cristóbal Espejo.—II, 206-236.
- Población de Madrid en el siglo XVII, Nota sobre,* por E. Varela Hervías.—IV, 88-92.
- Poemas. El oculto manantial,* por Marceliano Álvarez-Cerón. Reseña por José Rincón Lazcano.—II, 574-575.
- Poesía inédita de Lope de Vega, Otra,* por Manuel Machado. II, 431-433.
- Poesía juglaresca y juglares,* por Ramón Menéndez Pidal.—Reseña por Amado Alonso.—III, 377-380.
- Poesía romántica española, Antología de la, por Manuel Altolaguirre.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. X, 424.
- Poesías, Doce documentos inéditos relacionados con Moreto, y dos, suyas desconocidas,* por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—VII, 341-356.
- Poesías, Las, inéditas e inciertas de Quevedo,* por B. Sánchez Alonso.—IV, 123-146 y 388-431.
- Poesías juveniles de Quintana,* por Narciso Alonso Cortés. X, 211-240.
- Poesías de una monja concepcionista del siglo XVI,* por Jesús Domínguez Bordona.—IV, 251-282.
- Poesías nuevas de Lope de Vega, en parte autobiográficas,* por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—XI, 48-84 y 151-205.

- Poeta madrileño del siglo XV*, Juan Alvarez Gato, por Jenaro Artiles Rodríguez.—IV, 15-37 y 209-212.
- Poetisa Amarilis, Lope de Vega y la supuesta*, por Juan Millé Giménez.—VII, 1-11.
- Poncio Meropio, Paulino, y Therasia Crescente. Orígenes de la Diócesis Madrid-Alcalá*, por Ignacio Calvo.—II, 1-19.
- Ponz, Don Antonio, y la Academia de San Fernando*, por Felipe Morales de Setién.—I, 241-244.
- Ponz, Carta de, sobre un revoco de la fachada de la Cárcel de Corte*, por Francisco Javier Sánchez Cantón.—I, 531-532.
- Populares, La canción y la danza, en el teatro español del siglo XVIII*, por José Subirá. VI, 87-90.
- Porcelana, La, del Buen Retiro en el Museo Municipal*, por E. M. Aguilera.—X, 308-320.
- Portugueses, Manuscritos españoles y, en Leningrado. De bibliofilia y bibliografía.—I, Don Juan Valera entre bibliófilos. II*, por Jesús Domínguez Bordona.—VII, 58-74.
- Posibles Cecas madrileñas*, por Ignacio Calvo.—III, 67-74.
- (Post-Thebussem), Dionisio Pérez.—Guía del buen comer español.—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VII, 317-319.*
- Policena•, La escena trágica. Un «Melólogo» curioso y la «Introducción» a otro Melólogo*, por José Subirá.—V, 360-364.
- Policta, El bando de, de 1591, y el pregón general de 1613 para la Villa de Madrid*, por Agustín G. de Amezcua.—X, 141-179.
- Político-satírica, La Prensa madrileña, en el siglo XIX*, por Alejandro Larrubiera.—X, 344-362.
- Prado, El, de San Jerónimo. Un cuadro costumbrista del siglo XVII, por Félix Boix.—Reseña por Jenaro Artiles Rodríguez.—VII, 200-201.*
- Prampolini, Giacomo.—Cosecha. Antología de la lírica castellana.—Reseña por José Gavira. XII, 118-119.*
- Prast, Antonio.—Las pinturas mudéjares del castillo de la Mota.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—XII, 114-115.*
- Prats, Antonio.—El castillo de la Mota de Medina del Campo. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—X, 260-261.*
- Pregón general de 1613, El bando de policta de 1591, y el, para la Villa de Madrid*, por Agustín G. de Amezcua.—X, 141-179.
- [Prehistoria]. Algunos hallazgos prehistóricos de superficie del término de Madrid*, por Julio Martínez Santa-Olalla.—V, 74-78.

- [*Prehistoria*]. — *Arqueología del Este africano. — Las culturas nakuru y elmenteita y su relación con las industrias paleolíticas de Madrid*, por Rafael Alvarez.—VI, 40-50.
- Prehistoria (Cartilla de divulgación)*, por José Pérez de Barradas.—Reseña por E. A. B.—II, 572-574.
- [*Prehistoria*]. *Las diferentes facies del Musteriense español y especialmente del de los yacimientos madrileños*, por Hugo Obermaier y José Pérez de Barradas.—I, 143-177.
- Prehistoria y folklore da Barbanza. Catalogo dos castros galegos*, por Florentino L. Cuevillas y Fermín Bouza Brey. Reseña por Rafael Alvarez. V, 426-427.
- Prehistoria madrileña, Anuario de.* — Reseña por E. Varela Hervías.—X, 425.
- Prehistoria madrileña, Introducción al estudio de la*, por José Pérez de Barradas.—I, 13-35.
- [*Prehistoria*]. *El Neolítico de la provincia de Madrid*, por José Pérez de Barradas.—III, 75-87.
- Prehistoria, Notas para el estudio de la, Etnología y folklore de Toledo y su provincia*, por Ismael del Pan y Fernández. Reseña por Rafael Alvarez. V, 434-435.
- [*Prehistoria*]. *Nuevos yacimientos neolíticos de los alrededores de Madrid*, por José Pérez de Barradas y Fidel Fuidio.—IV, 283-293.
- [*Prehistoria*]. *El yacimiento paleolítico de San Isidro*, por Paul Wernert y José Pérez de Barradas.—II, 31-68.
- Prehistóricos, Algunos hallazgos, de superficie del término de Madrid*, por Julio Martínez Santa-Olalla.—V, 74-78.
- Preliminares en Madrid y su jurisdicción del donativo de 1625*, por Cristóbal Espejo. II, 553-559.
- Prensa madrileña, Antiguallas cervantinas de la*, por Aurelio Báig Baños.—IV, 345-358.
- Prensa madrileña político-satírica, La, en el siglo XIX*, por Alejandro Larrubiera.—X, 344-362.
- Prescott, Guillermo H.—Historia de la conquista del Perú.* — Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—V, 227-230.
- Pretéritos y presentes. Trabajos varios de mi archivo*, por Joaquín Ruiz Jiménez.—Reseña por José Rincón Lazcano.—II, 564-566.
- Primer, El, casamiento de la bella Teresa Cabarrús*, por M. Núñez Arenas.—IV, 294-316.

- Primeras, Las, Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid*, por Agustín González de Amezúa y Mayo.—III, 401-429.
- Primeras versiones españolas de «Romeo y Julieta», tragedia de Shakespeare, Sobre las*, por Emilio Cotarelo.—IX, 353-356.
- Princesa de Beira, La, y los hijos de Don Carlos, por el conde de Rodezno*.—Reseña de Luis de Sosa.—VI, 365-366.
- Príncipe de la Paz, La agonia del, por Angel Ossorio*.—Reseña por F. Morales de Setién. I, 115-116.
- Príncipe Pío, Casa de Campo y Heredamiento de la Florida y Montaña del*, por Joaquín Ezquerro del Bayo.—III, 184-188.
- Problemas, Los, de la población penal en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo XVIII*, por José Gavira.—V, 313-317.
- Proclamación del Archiduque en Madrid en 1706, La*, por Amalio Huarte Echenique. VII, 298-305.
- Profesión, Sobre la, del padre de Lope*, por Miguel Herrero. X, 117.
- Protocolo de Madrid, Orígenes del Archivo de*, por Amalio Huarte Echenique.—VII, 194-199.
- Prou, Maurice.—Manuel de paléographie latine et française*. Reseña por Agustín Millares Carlo.—II, 185-186.
- Provenienzprinzip, Das, in den Preussischen Staatsarchiven*, por Georg Winter.—X, 180-190.
- Provincia, Obras de artistas extranjeros en Madrid y su*, por Verardo García Rey.—VI, 166-186.
- Provisiones, Índice y Extractos de los libros de Cédulas y, del Archivo Municipal de Madrid (siglos XV-XVI)*, por Agustín Millares Carlo.—VI, 285-332 y 382-419.
- Proyecto para restablecer la Monarquía*, por Cristóbal Espejo.—XI, 305-310.
- Psicología del pueblo español*, por José Bergua.—Reseña por Aurelio Baig Baños.—XI, 349-351.
- Puente de Segovia, Donación de doña Mencía Fernández hecha a favor de Madrid para el arreglo del, en el siglo XIV*, por E. Varela Hervías.—V, 317-319.
- Puente de Toledo, El.—Don Juan Alonso Villabrille y Ron, autor de las estatuas de San Isidro y Santa María de la Cabeza*, por Faustino Gil Ayuso.—X, 249-253.
- Puerta de Guadalajara en Madrid, La*, por Alfred Morel-Fatio.—I, 417-423.

Puga y Sancho, E. Nicanor. Ordenación financiera de los Ayuntamientos.—Reseña por Timoteo Díaz Galdós.—I, 253-255.

Puyol, Julio.—*Adolfo Bonilla y San Martín.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles. IV, 378-380.

Puyol, Julio.—*Don Diego Clemencin, ministro de Fernando VII.*—Reseña por José Deleito y Piñuela.—VII, 90-93.

Q

Quevedo, Imitación de (por Salas Barbadillo), por Miguel Herrero García.—V, 307-309.

Quevedo, Las poesías inéditas e inciertas de, por Benito Sánchez Alonso.—IV, 123-146 y 388-431.

Quevedo en el teatro, por Narciso Alonso Cortés.—VI, 1-22.

Quevedo en el teatro y otras cosas, por Narciso Alonso Cortés. Reseña por Jenaro Artiles. VIII, 216-219.

Quinta de Goya, La, por Joaquín Ezquerro del Bayo.—I, 424-430.

Quintana, Poesías juveniles de, por Narciso Alonso Cortés. X, 211-240.

Quijote en una imprenta, Don, por Eudaldo Canibell.—Reseña por José Rincón Lazcano.—I, 537.

«*Quijote*», *Felipe V, continuador del,* por Manuel Machado.—V, 365-380.

«*Quijote*», *Las realizaciones musicales del,* por Víctor Espinós. X, 34-62.

«*Quijote*», *Sobre una nueva variedad de la edición príncipe del,* por Homero Serís.—Reseña por Agustín Millares Carlo. II, 450.

Quijote de la Mancha, «*Don,* por Miguel de Cervantes Saavedra. Joaquín Gil, editor. Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—X, 427.

Quijote de la Mancha, «*Don,* por Miguel de Cervantes Saavedra. Prólogo y notas por Juan Suñé Benages.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—IX, 328-329.

R

Raccolta di documenti latini. I, Documenti romani, por Luigi Schiapparelli.—Reseña por Agustín Millares Carlo. II, 187-188.

Ráfols, José E.—*Traducción de «El arte italiano»,* por Adolfo Venturi.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VII, 425-426.

Rasow, P.; Rius, J.; Galindo, P.; y Kehr, Paul.—*Papstskunden in Spanien vorarbeiter zur*

- Hispania Pontificia.*—II, *Navarra und Aragón.*—I, *Archivberichte.*—II, *Urkunden und Regesten.*—Reseña por José María Lacarra.—VI, 371-374.
- Rastro, El, de Madrid,* por Miguel Herrero García.—IX, 381-392.
- Real de Manzanares, castillo del,* por Francisco Layna Serrano.—XI, 387-419.
- Real de Manzanares, El castillo del, Una bella fortaleza madrileña,* por Rafael Alvarez.—VII, 259-274.
- Real, San Isidro el,* por Víctor Espinós.—IV, 454-476.
- Realizaciones musicales del «Quijote», Las,* por Víctor Espinós.—X, 34-62.
- Realtà e fantasia nelle memorie di Diego Duque de Estrada, por Benedetto Croce.*—Reseña por B. Sánchez Alonso.—VI, 234-235.
- Recintos y puertas de Madrid, Los,* por Félix Boix.—Reseña por Manuel de Terán.—V, 432.
- Recuerdos de los Infantes de la Cerda, Un,* por Mercedes Gai-brois de Ballesteros.—XII, 1-10.
- Reforma militar en el siglo XVIII, Una,* por José Chacón y de la Aldea.—VIII, 177-196.
- Reforma, Plan de, de los teatros de Madrid, aprobado en 1799,* por C. E. Kany.—VI, 245-284.
- Reforma de teatros, La Junta de. Sus antecedentes, actividades y consecuencias,* por José Subirá.—IX, 19-45.
- Reformas monetarias del vellón en el reinado de Felipe IV, Apunte sobre los antecedentes de las,* por Cristóbal Espejo.—IV, 213-214.
- Refranero castellano, El,* por Julio Cejador y Frauca.—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 364-365.
- Refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección de Gonzalo Correas. Más de 21.000,* por Francisco Rodríguez Martín.—Reseña por Agustín Millares Carlo.—V, 108.
- Regidores, los, El obispo, el Concejo y, de Palencia (1352-1422),* por Ramón Carande.—IX, 249-271.
- Regreso a España de José I en 1811, y obsequios dispuestos a su entrada en Madrid,* por José Rincón Lazcano.—I, 493-501.
- Reina María Luisa, La, y Bolt-var, por el marqués de Villa-Urrutia.*—Reseña por José De-leito y Piñuela.—V, 114-115.
- Reinado de Enrique IV, Un dato para la historia del,* por Agustín Millares Carlo.—VIII, 88-91.
- Reivindicación histórica del siglo XVI.*—Reseña por Federico Carlos Sainz de Robles.—VI, 100-101.

- Relacionero Andrés de Mendoza, El*, por Amalio Huarte.—II, 20-30.
- Relaciones de la «Menina e Moça» con la literatura española, especialmente con las novelas de Diego de San Pedro, Algunas*, por Erasmo Buceta.—X, 291-307.
- Relaciones del siglo XVII*, por José Palanco Romero.—Reseña por Agustín Millares Carlo. IV, 107-108.
- Reliquias románticas*, por Joaquín de Entrambasaguas y Peña.—IX, 224-237.
- Relojes de Madrid, Los*, por Miguel Herrero García.—IX, 46-67.
- Répide, Pedro de.—*El costumbrismo madrileño en la pintura*.—IV, 38-55.
- Répide, Pedro de.—*Santos madrileños*.—IV, 194-208.
- Répide, Pedro de.—*La villa de las siete estrellas*.—Reseña de José Rincón Lazcano.—I, 255-256.
- Representación de «El gran teatro del mundo», Una. La fuente de este auto*, por Angel Valbuena Prat.—V, 79-83.
- Residencia*.—Reseña por E. Varela Hervías.—III, 516-517.
- Retablo mayor, El, de la iglesia de Colmenar Viejo*, por Verardo García Rey. IX, 453-459.
- Retiro, Noticias para la historia del Buen*, por Jesús Domínguez Bordona.—X, 83-90.
- Retiro, La porcelana del Buen, en el Museo Municipal*, por Emiliano M. Aguilera.—X, 308-320.
- Retorno a la Naturaleza, El. Los orígenes del tema y sus direcciones fundamentales en la literatura*, por Baltasar Isaza y Calderón.—Reseña por Aurelio Báig Baños.—XI, 241-243.
- Retratos en manuscritos españoles*, por Jesús Domínguez Bordona.—V, 276-293.
- Revista, Nuestra*, por Ricardo Fuente.—I, 1-5.
- Revolución francesa, Un madrileño en la, Don Vicente María Santiváñez*, por M. Núñez de Arenas.—II, 372-394.
- Ribera, Pedro de. Tres dibujos de, por J. Moreno Villa*.—Reseña por Antonio García Bellido.—VI, 111-112.
- Rica colección artística en Madrid (siglo XVII), Una*, por Jenaro Artiles Rodríguez.—V, 83-87.
- Riego, Un recuerdo del general*, por J. Domínguez Bordona.—I, 102.
- Rincón Lazcano, José.—*Madrid y el poeta Gabriel y Galán*. II, 165-173.

- Rincón Lazcano, José. — *Movimiento de la Biblioteca Municipal*. — I, 263-264.
- Rincón Lazcano, José. — *Regreso a España de José I en 1811 y obsequios dispuestos a su entrada en Madrid*. — I, 493-501.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de El oculto manantial. Poemas, por Marceliano Álvarez-Cerón*. — II, 574-575.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de De mi archivo. -- Varias cartas del siglo XIX, por Ignacio Baüer y Landauer*. — III, 517-518.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de Memoria escrita en defensa del Madrid viejo, por José Bordiú*. — III, 256-257.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de Artículos. Prólogo de José Francos Rodríguez, por Julio Burell*. — II, 312-314.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de Don Quijote en una imprenta, por Eudaldo Canibell*. — I, 537.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de El pequeño ahorro, por Wenceslao Delgado y García*. — II, 186-187.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña del Diccionario geográfico popular de cantares, refranes, adagios, proverbios, locuciones, frases proverbiales y modismos españoles, de Gabriel María Vergara Martín*. — I, 405-406.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de Guerra Junqueiro, por Antonio Escribano Iglesias*. — II, 188-189.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de 1850 a 1920. Notas del viaje de mi vida, 1850 a 1860, por Antonio Espina y Capo*. — III, 118.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de 1850 a 1920. Notas del viaje de mi vida, 1861 a 1870, por Antonio Espina y Capo*. — III, 389-390.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de La moderna ciencia del urbanismo, por Alberto León Peralta*. — III, 394-395.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de la Guía de Madrid para el año 1656, por Luis Martínez Kléiser*. — III, 511-513.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de La Semana Santa de Sevilla, por Luis Martínez Kléiser*. — II, 579.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de Del siglo de los chisperos, por Luis Martínez Kléiser*. — II, 310-311.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de La Casa de la Abuela (Impresiones de Madrid), por Alberto Ostria Gutiérrez*. — II, 184-185.
- Rincón Lazcano, José. — *Reseña de La villa de las siete estrellas, por Pedro de Répide*. — I, 255-256.

- Rincón Lazcano, José. — Reseña de *Nuevas poesías, por José María Pemán*. — III, 253-255.
- Rincón Lazcano, José. — Reseña de *Preteritos y presentes. Trabajos varios de mi archivo, por Joaquín Ruiz Jiménez*. — II, 564-566.
- Rincón Lazcano, José. — Reseña de *Estudio de antecedentes para la creación de Cooperativas locales, por Manuel Saborido Soler y Jesús Huerta Peña*. — III, 515-516.
- Rincón Lazcano, José. — Reseña de *La Capilla del Obispo, por Antonio Velasco Zazo*. — I, 533-534.
- Rincón Lazcano, José. — *Un viaje del Concejo de Madrid a la ciudad de Sevilla en 1810*. — I, 178-185.
- [*Río y Rico, Gabriel Martín del*]. *Descripción del Catálogo bibliográfico de la Sección de Cervantes de la Biblioteca Nacional, de, por Aurelio Báig Baños*. — VIII, 53-75.
- Rise, The, of the Spanish empire in the old world and in the new, por Roger Bigelow Merri-man*. — Reseña por Cristóbal Espejo. — III, 392-394.
- Rito judío, Matanza por el (Scheritah), por C. Sanz Egaña*. VI, 75-82.
- Rtus, J.; Galindo, P.; Kehr, Paul, y Rasow, P.* — *Papstuskunden in Spanien vorarbeiter zur Hispania Pontificia*. — II, Navarra und Aragón. — I, Archivberichte. — II, Urkunden und Regesten. — Reseña por José M. Lacarra. — VI, 371-374.
- Rivas, El duque de, madrileño, por Valentín Dorado Dellmáns*. — VII, 305-308.
- Rivera Manescan, Saturnino. Ordenanzas dadas a su villa de Peñafiel por Don Juan, hijo del Infante Don Manuel*. — Reseña por Agustín Millares Carlo. — IV, 105-106.
- Rivero, Casto María del. — Escrutinio de monedas matritenses*. V, 28-34 y 381-402.

(Concluirá.)

INFORMACION

El tercer centenario de Quevedo

Entre los muchos actos, homenajes y artículos periodísticos que han venido a conmemorar la fecha del fallecimiento del ilustre madrileño, hemos seleccionado algunas conferencias que por su carácter erudito convienen al espíritu de esta REVISTA, y de las cuales damos a continuación amplia reseña.

No queremos olvidar, sin embargo, al señor Cotarelo, disertante, en el Colegio Mayor de Santa Teresa de Jesús, en 25 de abril de 1945, sobre «El teatro de Quevedo»; al señor Pérez Bustamante, en la Real Sociedad Económica Matritense, en 23 de noviembre, sobre «Quevedo, diplomático», y al señor González Palencia, en el acto organizado por el Ayuntamiento de Madrid, en 21 de diciembre, sobre «Quevedo por de dentro», conferencias todas ellas ya reseñadas en el anterior número de nuestra REVISTA.

El día 26 de octubre tuvo lugar en los locales de la Real Academia de la Historia la solemne sesión con que el Instituto de España hubo de conmemorar el tercer centenario de Quevedo. Presidió el director del Instituto, obispo de Madrid-Alcalá, con los directores de las Reales Academias de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de Ciencias Morales y Políticas, director general de Bellas Artes y secretario del Instituto, señor Cotarelo.

Hicieron uso de la palabra los académicos D. Cándido Angel González Palencia, por la Real Academia Española; D. Félix de Llanos y Torriglia, por la de la Historia, y D. Antonio Goicoechea y Cosculluela, director de la de Ciencias Morales y Políticas, que disertaron sobre los temas «Quevedo, pleitista y enamorado», «Que-

vedo como personaje histórico y como historiógrafo», «Quevedo, filósofo, moralista y político de acción», respectivamente. Todos los oradores fueron muy aplaudidos y recibieron numerosas felicitaciones.

* * *

La conferencia del señor González Palencia, fué extracto y anticipo de la que con más amplitud había de desarrollar en 21 de diciembre, en el salón de conferencias de la Casa de Cisneros, con el título de «Quevedo por de dentro», organizada ésta por el excelentísimo Ayuntamiento de la Villa, y de la cual dimos amplia reseña en nuestro número anterior.

El señor González Palencia dió cuenta de sus investigaciones sobre algunos aspectos de la vida de Quevedo: el pleito mantenido con la villa de la Torre de Juan Abad sobre cierto préstamo cuyos réditos eran pagados al acreedor, Quevedo, como expresa el dicho popular, *tarde, mal y nunca*; otro pleito promovido por el Concejo de dicha villa sobre jurisdicción, y otros muchos que como accesorios de éstos se derivaron: el que tuvo con los herederos de Juan Abad sobre propiedad de un mesón, y cuyo fin no conoció en vida el ilustre polígrafo; más cuantas incidencias y repercusiones pudieron inventar los ingenios de la Curia durante casi dos siglos.

Esto, como pleitista. Como enamorado, sus ilícitas y bochornosas relaciones con la Ledesma, puestas a la luz de un informe que llegó a manos de la Junta de Reformación, y su desdichado matrimonio, ya cincuentón, corrido y desilusionado.

* * *

El señor De Llanos comenzó llamando la atención de su auditorio sobre la vena histórica de Quevedo, siempre olvidada cuando se analizan las múltiples y variadas actividades a las que dedicó su ingenio, su pluma y aun su vida.

Como historiador, en el estricto sentido de la palabra, es, no obstante, imposible considerarle: ninguna de sus obras cabe dentro de la consideración de verdaderamente histórica. En carta de 13 de marzo de 1635, dirigida a Sandoval, le comunica estar escribiendo

una obra que se había de titular *Teatro de la Historia*, y que desgraciadamente no ha llegado a nosotros, si es que llegó a concluirse. Sin embargo, es casi seguro que esta obra tampoco sería propiamente histórica, y aun cabe afirmar que su estilo no diferiría mucho del *Marco Bruto*.

No es, pues, en el eje de sus obras donde Quevedo se puso en relación con esta disciplina. Hay que bucear en otros campos de su vida y de sus obras para descubrir sus relaciones con los estudios históricos y con la Historia misma.

Busquemos en primer lugar, y como punto de partida, las características de su formación; y nos encontraremos con un sólido cimiento de erudición humanística. El señor De Llanos llama la atención sobre la innumerable cantidad de citas históricas de que están abarrotados sus escritos más jocosos y festivos. Domina probablemente entre sus conocimientos la Historia clásica, y en todas sus opiniones se desliza un destello de su visión pragmática de la Historia, muy de acuerdo con el ideal educativo del humanismo.

Pero los dos aspectos que el conferenciante quiso poner de relieve, aunque derivados de éste, son sin duda más trascendentales. Quevedo comprendió que si hay algo más bello que escribir ajena historia, es hacerla propia; que es mejor escribir en la vida que en el papel, aunque haya que sustituir la pluma por la espada. Desde un principio, apasionado político y hábil diplomático, buscó en el cañamazo de la Historia un resquicio donde meter su aguja y tejer a su gusto brillantes escenas desde los primeros años de su vida. Quevedo alternó con los más altos personajes de una Corte poderosa. Su amistad con «el grande Osuna», el más brillante de los períodos de su vida, se hace presente en los más notables episodios de la historia política de la época; presencia que persiste, aunque no siempre con buena estrella para el ardido montañés, a quien su arrojo lleva por fin a la lóbrega y malsana prisión de San Marcos. La vida agitada de Quevedo no se encierra en el marco sentimental de un Lope, ni transcurre envuelta en la penumbra mesocrática de un Cervantes: Quevedo aspira a intervenir en las altas esferas de la gobernación del Estado. Joven, sale intrépidamente en defensa de nuevas instituciones; viejo y fracasado, todavía se atreve, si la tradición no miente, a introducir en el ánimo del rey el recelo contra el favorito, por medio de sonoros e inspirados versos.

Pero hay más: en la abundante y variada obra de Quevedo ha quedado perfectamente reflejada la historia de su época. Se pueden citar listas interminables de sucesos recogidos en sus obras. Algu-

nos sólo son mencionados; otros merecen unos versos que los perdetúen; a alguno se le dedica abundante comentario. No es esto sólo: en el espejo curvo que fué D. Francisco, toda la [sociedad, con sus costumbres, sus diversiones, sus pecados, sus dichos y sus hechos, puede ser contemplada; a decir verdad, deformada; pero con un verismo crudo y atrayente, y con un tinte caricaturesco y sañudamente despiadado, que si en alguna ocasión resulta incluso repulsivo, sirve por regla general de magnífica lente de aumento y colorante adecuado para resaltar lo que ha de ser observado.

El señor De Llanos establece una distinción entre el historiador, tratadista formal de Historia, y el historiógrafo, el cual escribe tan sólo sobre temas de esta índole, vulgarizando y embelleciendo lo que el historiador previamente investigó. En este sentido fué Quevedo uno de los más grandes historiógrafos españoles.

* * *

La conferencia del señor Goicoechea giró en torno a la vida pública de Quevedo. Señala en primer lugar dos características fundamentales de su carácter: su arrebatado patriotismo, recio y solidísimo, basado en su noble profesión de caballero, en su probada hidalguía, en la limpieza de su sangre, y acrisolada por sus profundos estudios y su constante observación de la realidad de España.

La otra de sus características es su pragmatismo. Moralista y político como filósofo, satírico como poeta, hombre de acción, de intriga y de lucha en los avatares de su vida.

Advino Quevedo en una época en que España estaba en crisis. Sus ojos empezaron a abrirse en los primeros años de Felipe el Piadoso, cuando ya la estrella que iluminó al Prudente comenzaba a eclipsarse. La grandeza de España comenzaba a derrumbarse, no porque terribles enemigos la atacasen, sino porque, lo que era peor, sus socavados cimientos se negaban a sostenerla. Época, además, de paz y de inacción, en que las inmensas posibilidades de un Quevedo no hallaron donde emplearse. Período éste cuyo grotesco y a la par trágico fin se centra en la lastimosa actuación del Conde-Duque, que en vano pretendió reverdecer los ya añejos lauros de antaño.

Ante este estado de cosas, Quevedo pretende tres fines diversos por tres caminos distintos: orientar a los gobernantes en su ardua labor con sabios consejos, reformar las podridas costumbres con sana doctrina y enderezar los torcidos negocios con prudente actuación.

Como teórico de la gobernación del Estado, Quevedo escribe dos grandes obras: la *Política de Dios y Gobierno de Cristo* y la *Vida de Marco Bruto*.

El señor Goicoechea, interesado en demostrar la originalidad del autor, se limitó a analizar cuatro de sus más significativas teorías: las referentes al tiranicidio, a los castigos secretos, a la masa como gobernante y su curiosa concepción de la guerra, en la que manifiesta un extremado belicismo.

Párrafo aparte merece su *Discurso de las privanzas*, en donde expone doctrinas audaces y novedosas, aparte de ser lucida y ardiente refutación de Maquiavelo.

Como moralista, Quevedo es estoico. Según el padre Nieremberg, «parece como si Epicteto se nos hubiera vuelto español, y Séneca, cristiano». Porque su estoicismo es profundamente cristiano. Quizá de esta forma personaliza la ideología del caballero español del Siglo de Oro: cristiano en sus convicciones, estoico en sus preferencias, pecador... mientras Dios y sus flaquezas se lo permiten. Porque el problema más arduo está en armonizar los severos y aun téticos conceptos de *La cuna y la sepultura* y *El tratado de la Providencia de Dios* con su actuación, no ya privada, sino, valga la expresión, profesional.

Su actuación política puede ser dividida para su estudio, dice el señor Goicoechea, en dos períodos: junto a Osuna y frente al Conde-Duque.

Al lado de Osuna fué el fiel consejero y leal amigo. Fué además hábil negociador de prebendas en la Corte, aunque desdichado urdidor de conjuraciones en enemigos países. Aparte conjeturas sobre aquella gran parte de su actuación que permanece en la penumbra, no es aventurado decir que ni realizó trascendentales negociaciones, a pesar de su entrevista privadísima con el Papa, ni notables reformas, ni jugó todo lo limpio que su honrada conciencia de montañés debía exigirle.

Frente al Conde-Duque podemos señalar una época de admiración, incluso aduladora, que culmina en *El Chitón de las taravillas*, su brillante alegato contra los detractores del valido, y que tiene su correlato sentimental en el matrimonio de Quevedo, gestionado por la duquesa.

De pronto, sin saber cómo, Quevedo cae en desgracia, es encarcelado y perseguido y su nombre aparece entre los de los enemigos del ministro...

Años después, Quevedo moría en Villanueva de los Infantes sin haber vuelto a ser nunca una figura en el mundo de la política.

* * *

El insigne académico duque de Maura pronunció los días 12, 13 y 14 de noviembre un ciclo de conferencias en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación con el título genérico de «Quevedo, hombre político». Los títulos de las conferencias son lo suficientemente expresivos para mostrar sin dificultad la trayectoria de una vida: «La falta de vocación» (primeros años de su vida, infancia y juventud), «El ascenso penoso» (años de su madurez y época de sus éxitos), «El descenso doloroso» (período de sus fracasos, largo y triste ocaso, prematuro declinar del coloso).

El día 7 de diciembre, y en el Instituto Británico de Madrid, pronunciaba una cuarta conferencia con el título «Interpretación de la biografía de Quevedo desde el punto de vista histórico», que puede considerarse complemento de las anteriores¹.

Tanto por sus primeras conferencias como por esta última, el duque de Maura recibió numerosos plácemes y felicitaciones.

La conferencia leída en el Instituto Británico de Madrid el día 7 de diciembre de 1945, aunque posterior a las otras, es, sin embargo, clave y explicación de toda su teoría sobre Quevedo.

El duque de Maura, teniendo en cuenta la *regula aurea* de la técnica biográfica, pretende desentrañar lo típico de la azarosa vida del hidalgo polígrafo y cortesano, y utilizando nuevas tendencias de la investigación histórica, pretende descubrir, en atavismos raciales y clasistas, en rasgos temperamentales y en la doble influencia de una educación descuidada y un ambiente escandaloso, las coordenadas de su vida aventurera y fracasada.

Cabría derivar, como tan acostumbrados nos tienen otros autores, a los tenebrosos derroteros de los análisis psicológicos, tan de moda en nuestros días. Podríamos hacer una caracterización patológica del héroe; pero correríamos el peligro de caer en un fácil deter-

¹ Estas cuatro conferencias han sido publicadas recientemente en un volumen: Duque de Maura, *Conferencias sobre Quevedo*. Editorial Saturnino Calleja, S. A. (Madrid, 1946.)

minismo. Es preferible fijarnos en la educación, en ese primer contacto con el mundo, que tan indeleble huella ha de dejar en nuestro espíritu; ese adquirir nuestras primeras experiencias, tan cruel a veces, tan lamentable en ocasiones.

Mucho es lo que en nuestra sangre ha depositado la herencia, y muy abundante el legado fisiológico de nuestra raza y de nuestra familia; pero cabe pensar que el alma, recién salida impoluta de manos de Dios, recibe este primer bagaje de tradición por medio de la educación.

Es por ello por lo que la primera conferencia del duque de Maura, dedicada exclusivamente al estudio de este interesantísimo aspecto de la vida de Quevedo, tiene el extraordinario interés de poder ser considerada como el nudo de la cuestión. Efectivamente, es sabido que Quevedo fué, según el término modernamente utilizado, un *tímido*. Su vida amorosa principalmente, la falta de un verdadero amor en el decurso de su vida, su prevención contra el matrimonio y su inclinación más al pecado que a una vida marital normal, es quizá el testimonio más fehaciente de esta afirmación. Pero llevado esto a su vida pública, sobre todo a sus múltiples y variadas actividades políticas, puede proporcionarnos explicación satisfactoria de multitud de hechos hasta ahora enigmáticos. En Quevedo faltó sin duda el arrojo y el valor suficientes para forjarse en él un verdadero hombre público. Careció de lo que pudiéramos llamar ambición política y deseo de mando. No tenía suficiente afición al trato con los hombres, ni concedía a la vida social la necesaria importancia, ni valoraba en lo preciso a sus semejantes. Esto constituye quizá su manera de ser; mas luego una multitud de prejuicios que imperaban entre sus educadores motiva una serie de lances, inexplicables de otra forma.

En aquella sociedad era imprescindible ser espadachín y puntilloso. No fué pendenciero de profesión, y sin embargo, la Historia nos lo muestra a veces irritado. Sin ser un Don Juan Tenorio, no faltan en su vida amorios, devaneos, fracasos amorosos y nefandas aventuras. Sin ser rastroero, no por eso dejó de adular; inveterada costumbre del siglo. Sin ser ladrón, tuvo en alta estima el soborno, y lo usó con gran frecuencia. Sin ser intrigante, hizo en sus gestiones diplomáticas con Italia que la gente le tuviera por tal. Es decir, que aunque por sus ideas y principios gustaba de considerarse como hombre intachable y rendía, buen español del siglo xvii, inapreciable culto al honor, no por ello dejaba de utilizar todos aquellos recursos que la costumbre relajada o la opinión extraviada de su época había puesto al alcance de todos.

No es así extraño que un hombre lanzado a la vida sin vocación para el oficio en que va a dejarse los mejores años de su existencia, ascendiera penosamente, para descender con estrépito y con dolor. Su ascenso es penoso porque la antinomia de su vida alcanza el punto de máxima tensión. Para ascender es preciso arrastrarse, y es preciso, por tanto, cohonestar los principios más puros y las acciones más indignas. Para descender, poco hace falta. Al primer resbalón falta todo punto de apoyo, y son pocas e insuficientes las manos amigas que se tienden generosas hacia nuestro pobre y fracasado héroe.

Coincide además su subida con la época de plenitud y euforia, en el momento en que las fuerzas son más abundantes y el ánimo más esforzado; sólo consigue desgastarse en la dureza de la vida, en lo agreste de la subida.

Cuando las fuerzas flaquean y el humor más negro y más denso oscurece el brillo de nuestra razón, el impulso de nuestra generosidad, la claridad de nuestra alegría, los obstáculos más obstinados y difíciles debilitan por momentos la recia fibra del escritor montaños.

No es extraño que una educación descuidada germine en un carácter sagaz y observador, y a la par voluntarioso y atrabiliario. No es excepción que ese afán insaciable, siempre momentáneamente satisfecho, de saber y abordar nuevos horizontes intelectuales nos conduzca insensiblemente a las desigualdades del genio.

Pero aun más relevante es en Quevedo la imagen precisa de la España del diecisiete, que como apretado cinturón oprime y destroza el ser y la actividad de D. Francisco, apagando a veces, avivando en otras ocasiones la llamarada de su genio.

Fué profundo moralista y sesudo comentador del *Libro de Job*; en sus obras, esmaltadas de sabias máximas, fluye diluida una amarga filosofía.

Pero es lo cierto que su vida novelesca y ejemplar, como las de nuestros dos grandes vates, Cervantes y Lope, es sumamente aleccionadora. Y es el caso que la lección y el ejemplo propenden a un paladino estoicismo.

No podemos ocultar que, tras pasar revista a la estupenda vida del autor de *Los Sueños*, se apodera de nosotros una íntima compasión y parece que queda en nuestros labios el amargo sabor de fracaso, mientras florece en lo íntimo un sentimiento dulce. ¿Nos sentimos quizá más sabios con su doctrina? No. Es, sin duda, que nos sentimos más fuertes con su ejemplo.

* * *

El domingo día 17 de febrero de 1946 celebró la Real Academia Española solemne sesión extraordinaria, dedicada a honrar la memoria del insigne polígrafo D. Francisco de Quevedo en su tercer centenario. Presidió el académico duque de Maura, con el secretario de la Corporación, señor Casares; el director de la de la Historia, duque de Alba; el secretario del Instituto de España, señor Cotarelo, y el bibliotecario de la Academia, señor García de Diego. Hicieron uso de la palabra los académicos señores González de Amezúa y Marquina.

El primero pronunció una erudita y amena conferencia, que reseñamos a continuación. El segundo recitó una composición original sobre el homenajeado, y leyó con magnífico estilo varios trozos de las obras de Quevedo, así de prosa como de verso. Ambos oradores fueron muy aplaudidos.

El señor González Amezúa trató sobre un sugestivo tema: fué el título de su disertación «Las almas de Quevedo».

Con frase castiza y exacta, comienza el ilustre académico afirmando que Quevedo fué *varón de muchas almas*. Cuatro son las que señala, y aun diríamos que se queda corto, después de hablarnos D. Tomás Borrás de los *nueve Quevedos*, y haberse dicho que alguno se le había quedado en el tintero.

Del alma filosófica y moralista, declina el conferenciante la ocasión de hablarnos. Igual del alma política. Quedan, pues, a su cargo e ilustración el alma picaresca y el alma satírica del polígrafo.

Quevedo recibió el soplo de lo pícaro en los patios del Alcázar, en los corrillos palaciegos, entre las haldudas dueñas y los rufianescos lacayos de una Corte intrigante y enamorada. Fué confirmado en la picardía cuando, mozo aún, marchó a estudiar a la Universidad Complutense, en donde sentaba cátedra la estudiantil picaresca. Todo esto sin desgarrarse de la sociedad en que vivía, pues, como observa magistralmente el señor González Amezúa, la picaresca constituía una región no perfectamente delimitada, y entre ésta y la vida cortesana se extendía, en penumbra sospechosa, una amplia zona por donde transitaban los más variados personajes, dándose en ella cita la gravedad con la briba. Nuestro genial escritor, reñido con la sociedad elegante por su carácter misantrópico y reservado, divorciado de la germanía por su alcurnia y su orgullo de caballero, halló en las sombras de lo híbrido su elemento. Fué, en síntesis, lo que apunta el conferenciante que era España: pícaro en apariencia, cristiano caballero en el fondo de su alma.

No hay, por lo visto, picardía sin chiste, ni alma picaresca sin vena festiva. Y Quevedo, serio en su vida recoleta, es la carcajada

más sonora de nuestra literatura. Empieza con risa alegre, despreocupada y franca; termina en epicureísmo grosero, en arrebatadas anacreónticas, en cáusticas letrillas, en demoledoras burlas, en lúbricas groserías.

El alma picaresca informa a ratos la vida misma del vate. Abandona su hidalga gravedad y se lanza atrevido a vivir raras aventuras. Se codea con jaques y rufianes, enamora busconas, habla jerga, corteja daifas y reta valentones. Todo ello si la moderna tendencia de sus biógrafos no ha ido demasiado lejos al destruir la aureola de gravedad que rodeaba a un Quevedo, víctima de una adversa estrella que le atribuía cuanta procacidad se había dicho en su siglo.

En su obra no es difícil encontrar magistrales manifestaciones de su genio festivo. Analiza con gran acierto el señor González Amezcua algunos aspectos sobresalientes de las obras jocosas de Quevedo: la jácara, quehacer de chirles hasta que D. Francisco la ennobleció cumplidamente; el baile, ágil, desenfadado y alegre, sin igual en ninguna literatura: su *Baile de las loquillas*, lleno de gracia y movimiento; su *Baile de los borrachos*, maravilla de color y regocijo. Terminó esta glosa de su alma picaresca haciendo agudo comentario del espíritu anacreóntico del poeta y de la pretendida «dipsomanía» que se le achaca.

Unas consideraciones generales sobre el asunto nos sirven de introducción para el estudio del alma satírica de Quevedo: los conocidos versos de Juvenal, en su sátira primera, nos sitúan en el ámbito de la sátira. Dice el señor González Amezcua, y probablemente no le faltarán contradictores, que hay como un primer grado, que es el humorismo, suave, grácil y burlón; que viene después la ironía, elevada en su intención, maligna y tenue en su expresión, exquisita y excepcional manifestación de espíritus superiores; larva ésta del sarcasmo más bárbaro y grosero. La parodia y la caricatura pican más bajo, a pesar de su mérito. Y por último, la sátira misma.

Requiere la sátira fe en lo que se defiende, invención poética y buen retórico por parte del sujeto. Hace falta además una realidad hiriente.

En Quevedo se dieron ambos ingredientes. Naturaleza y medio se conjuraron para dar paso a un gran satírico.

Quevedo, ya muy joven, da muestras de sus notables disposiciones escribiendo sus *Orígenes y definiciones de la necedad*, obra finamente satírica. Su formación le ayudó a ello. Juvenal y Persio fueron frecuentemente solaz de sus ocios. Luciano, en cambio, dejó poca huella en su espíritu, si es que alguna vez se pusieron en contacto ambos poetas. Dante, sin embargo, fué el gran inspirador de

nuestro vate. Las visiones dantescas, en que desfilan ante el atónito escrutador de otros mundos los más varios estados y personas, fueron sin duda el modelo inmediato de sus *Sueños*.

La sátira de Quevedo es, dice el ilustre académico, resultado de una inconfesada atracción a la vida social, a la vorágine del mundo; es miedo a la *soledad* de los grandes líricos.

Será preciso hacer un estudio de la sociedad que le rodeaba; ver la Corte de Felipe II, austera y grave, tornada disoluta y pródiga nada más coronado el tercer Felipe; sustituidas las sanas ambiciones políticas de antaño por ruines deseos de indignas paces; pervertidas las costumbres en las oficinas del Gobierno, en las mansiones de los grandes y en las zahurdas de los pequeños (para imitar el loco ejemplo de la Corte). Quevedo clamará contra la esterilidad de la paz, gastará su pluma en invectivas contra la inmoralidad invasora. Sin personalismos ruines, todos los vicios y todas las lacras de una sociedad enferma llevarán su parte en las burlas sangrientas que destilará su pluma.

Escribanos, médicos, boticarios, alguaciles, viejas y eunucos y mil tipos más serán blanco de su ingenio. Si alguien merecía venia, serán los que no pudieron reprimir los ardores de la carne y formaron entusiastas en el cortejo de la Venus terrestre. Si alguno, al contrario, es doblemente fustigado, será el marido engañado y paciente, tipo innoble y mil veces despreciado por Quevedo.

En el cuadro del siglo XVII no es extraña ni discorde la voz del gran Quevedo. Si en las Cortes se presentaban memoriales pidiendo reforma en las costumbres; si teólogos y moralistas trataban de contener la ruina moral que se avecinaba; si clamaban políticos y economistas, no es extraño los gritos de Quevedo; tan estentóreos, eso sí, que todavía los está oyendo la Humanidad.

Pero Quevedo fué exagerado, pesimista y cruel. Sus lentes aumentaban el mal y hacían su pupila ciega para lo bueno y lo bello. Exageraba además el ámbito de sus críticas, generalizando excesivamente: olvidaba que a su alrededor todavía quedaban valores incorruptos.

Esta visión deformada le hace pesimista. Su vida sin satisfacciones ni alegrías le empuja a una errada ideología pesimista y a una malsana tristeza, que le envuelve a él, a sus obras y a quien las lee.

Es además cruel. En sus controversias literarias su humor pendenciero le arroja a interminables disputas; numerosas y llenas de incidentes, ninguna puede compararse con la saña implacable de su *Perinola*, dirigida contra el desgraciado doctor Pérez de Montalbán.

Por último, el señor González Amezcua se adentra en el más intrincado problema de la personalidad de Quevedo: sus flagrantes contradicciones. Entre su vida vacilante y oscura y su doctrina luminosa y recia; entre sus obras, ya radiantes, ya cáusticas, unas veces que provocan a risa, otras a graves reflexiones.—*E. Pastor.*

Lectura del señor Redonet

En el salón de actos de la Sociedad Económica Matritense, el esclarecido académico y erudito D. Luis Redonet leyó en el pasado marzo, y ante una selecta concurrencia, algunos trozos de una obra que tiene hace tiempo terminada sobre la vida pretérita en Chamartín de la Rosa y otros pueblos del antiguo Rastro de la Villa y Corte. Ocupóse en primer lugar de los alcaldes de Casa y Corte, explicando lo que fueron y el alcance de su misión, y refiriendo multitud de ejemplos, muy curiosos, contra toda clase de personas, aun las más amigas de los reyes, y en toda suerte de asuntos, desde los de mayor interés nacional hasta los relativos a pequeñeces de indumentaria y de compostura de las personas. Pasó luego el señor Redonet a poner de relieve el papel eminentemente concejil de la antigua parroquia de San Salvador y de la plaza del mismo nombre, hoy de la Villa, demostrando con citas de carácter histórico y literario que en la plaza, centro durante varias centurias de la vida madrileña, y en la propia iglesia, se reunía siempre el Concejo para todos los acuerdos que le competían, entre los cuales mencionó algunos de la más alta importancia y sumamente honrosos para los regidores y caballeros que los tomaron. Por último, dió a conocer el conferenciante una polémica epistolar sobre las sisas de Madrid, sostenida en tonos bastante agrios, dentro de la protocolaria cortesía, entre el presidente de Castilla, fray Gaspar de Molina, y el duque del Infantado, D. Juan de Dios de Silva y Mendoza, señor jurisdiccional de Chamartín de la Rosa; así como un sonado motín promovido por la Guardia española contra el cardenal Trejo, presidente entonces de Castilla, con motivo de la introducción fraudulenta de unas cargas de pan en la corte.

PUBLICACIONES DEL ARCHIVO DE VILLA

FUERO DE MADRID. Edición facsímil, hecha por Agustín Millares. Estudio preliminar de Galo Sánchez y glosario por Rafael Lapesa. Precio: 100 pesetas (agotada).

LIBRO DE ACUERDOS DEL CONCEJO MADRILEÑO. Edición de Agustín Millares y Jenaro Artiles. Tomo I, 1464-1485.

Precio: 75 pesetas (agotada).

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Primera serie, tomos I-IV, 1152-1521. Edición de Timoteo Domingo Palacio.

Precio: 40 pesetas.

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA. Segunda serie, tomos I y II, 1284-1406 y 1408-1440. Edición de Agustín Millares y Eulogio Varela. Precio: Tomo I, 25 pesetas; tomo II, 15 pesetas.

PUBLICACIONES DE LA SECCION DE CULTURA E INFORMACIÓN DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

ESTADO ACTUAL DE LA ESCULTURA PÚBLICA EN MADRID. Edición del Conde de Casal. Precio: 15 pesetas.

NOTICIAS DE MADRID, 1621-1627. Edición de Angel González Palencia. Precio: 25 pesetas.

CARTAS DE PÉREZ GALDÓS A MESONERO ROMANOS. Edición de Eulogio Varela Hervías. Precio: 15 pesetas.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA

REVISTA DE FILOLOGIA ESPAÑOLA

Se publica en cuadernos trimestrales, formando cada año un tomo de unas 500 páginas.

Comprende estudios de lingüística y literatura, y da información bibliográfica de cuanto aparece en revistas y libros españoles y extranjeros referente a la filología española.

FUNDADOR:

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

DIRECTOR:

VICENTE GARCÍA DE DIEGO

En publicación el tomo XXIX, correspondiente a 1945.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 35 pesetas año. Tirada aparte de la bibliografía, 3 pesetas año. Cuaderno suelto, 10 pesetas.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Medina del Campo, 4. — MADRID

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

